

ALBATROS

COLLECCIÓN

COLLECCIÓN

Carter Dickson



Nueve y la muerte
son diez



ALBATROS

Lectulandia

La muerte navega a bordo del Edwardic.

“¡Apaga esa luz!” gritó una voz casi en su oído. No se había dado cuenta de que estaba en medio de una pequeña multitud, hasta que una docena de movimientos agitaron el amargo aire. Algo duro, un hombro o una mano, lo golpeó debajo del omóplato izquierdo empujándolo hacia adelante. Entró en pánico al ver la barandilla precipitarse sobre él, balanceándolo lo suficiente para ver el fosforescente hervidero debajo. Justo delante de él, alguien salió de la oscuridad y golpeó la mano que sostenía el fósforo. Su luz se extinguió.

“¿Cómo se te ocurre mostrar una luz en cubierta?” exigió la voz del tercer oficial.

“Hombre al agua”, Hooper logró tartamudear. “Cayó al agua, con una bala en la parte de atrás de su cabeza. Incluso vi al tipo que le disparó. Por el amor de Dios, no se quede ahí preocupándose por fósforos. Hombre al agua”.

Lectulandia

Carter Dickson

Nueve y la muerte son diez

Henry Merrivale - 11

ePub r1.0

Titivillus 14.03.2019

Título original: *Nine and Death Makes Ten*
Carter Dickson, 1940
Traducción: J. Dalino

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Nueve y la muerte son diez

Fotografía de John Dickson Carr

Portada edición inglesa

Lista de pasajeros

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

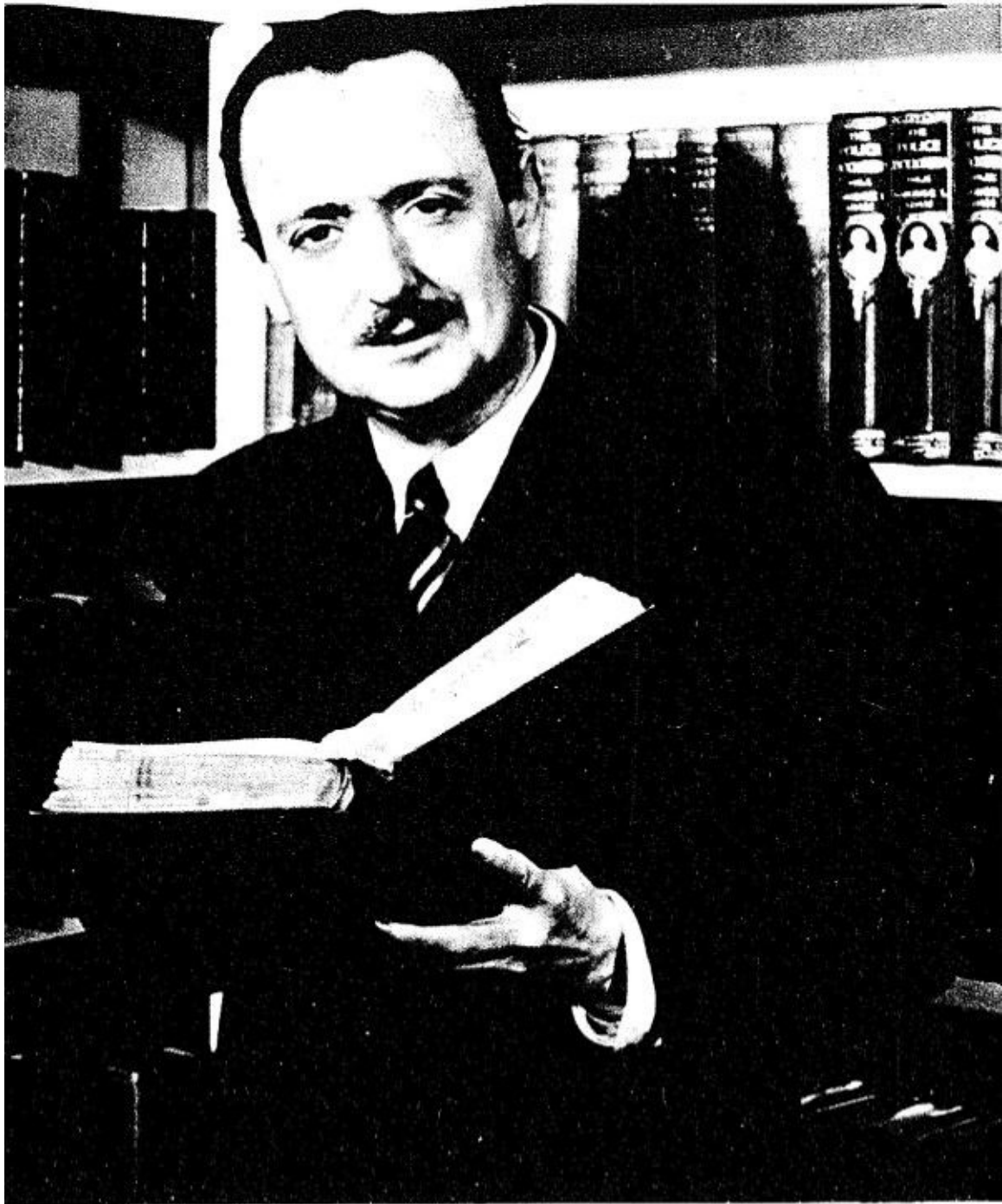
18

19

20

Sobre el autor

Notas



John Dickson Carr
CARTER DICKSON

*Carter
Dickson*



**NINE—AND DEATH
MAKES TEN**

CARTER DICKSON. Este relato está dedicado, como debe ser, a los pasajeros de a bordo del *M. V. Georgia*, como recuerdo de una travesía que hicimos procedentes de Nueva York con rumbo hacia “un puerto británico” durante los primeros días de la guerra.

Esta travesía se efectuó con todas las precauciones de oscurecimiento y de chalecos salvavidas que aquí se describen. Pero, esto aparte, el resto es ficción. El buque salió en septiembre de 1939, y no en enero de 1940, y no llevaba munición. Tampoco los deplorables incidentes que aquí ocurren corresponden a la realidad. Ninguno de los rasgos de los personajes —ni los pasajeros, oficiales, ni miembros de la tripulación— tiene la menor relación con cualquier persona viva. En una palabra, todo, excepto el ambiente, es puro producto de imaginación, desde el principio hasta el fin.

C. D.

Londres, mayo 1940.

LISTA DE PASAJEROS DEL *S. S. Edwardic*, SEGÚN EL ORDEN DE
SU APARICIÓN

- MAX MATTHEWS: hermano del comandante Matthews, capitán del *Edwardic*: periodista siempre dispuesto a restablecer sus nervios destrozados.
- JOHN LATHROP: hombre encargado de una misión secreta; grueso, afable, locuaz y, sin embargo, discreto.
- UN CAMARERO que no ha visto nada malo, no ha oído nada malo, ni ha dicho nada malo.
- MRS. ESTELLE ZIA BEY: exótica, voluptuosa y fácil. Representa un papel secundario en la gran intriga.
- CRUIKSHANK: oficial tercero del *Edwardic*.
- GEORGE A. HOOPER: pequeño, redondo, de mediana edad. Propietario rural del Oeste de Inglaterra; hombre vulgar.
- CAPITÁN PIERRE BENOIT: de los Tirailleurs franceses. Hombre muy extraño, extremadamente misterioso y rodeado de secretos.
- COMANDANTE FRANK MATTHEWS: el rudo y hábil capitán del *Edwardic*.
- DR. REGINALD ARCHER: grave y educado, con un asombroso sentido del humor muy fuera de lugar en ciertas ocasiones.'
- MISS VALERIE CHATFORD, aparentemente fría, aparentemente arrogante, aparentemente una patricia —todo nada más que aparentemente—.
- EL HONORABLE JEROME KLENWORTHY, cuyo mareo continuo le convierte en el objetivo favorito de las extravagantes bromas de...
- GRISWOLD, sobrecargo del *Edwardic*, robusto y de severo aspecto.
- SIR HENRY Merrivale, sardónico y excéntrico jefe del British Military Intelligence, conocido por sus admiradores por H. M.

Pintado de gris, cual si fuera buque de guerra, el gran vapor de línea, yacía en el muelle situado al pie de la calle Veinte. Era el *Edwardic*, buque de veintisiete mil toneladas, perteneciente a la *White Planet Line*, y había de salir esa misma tarde para algún puerto británico'. A lo largo del horizonte de Nueva York, los edificios se destacaban resplandeciendo con un brillo tan frío como el de unos patines. Aunque no era más de la una de la tarde, ya estaban encendidas algunas luces en las ventanas. El agua del puerto parecía estar helada y grasienta..., dando la impresión de que uno se congelaría en pocos segundos si se cayera dentro. El viento que barría las desnudas cubiertas de los almacenes de la Aduana no era mucho mejor.

El *Edwardic* era un buque sólido, rechoncho y ancho a pesar de su largura. Tenía los costados encorvados en forma de arco. Desde el cobertizo de la Aduana parecía pálido y exento de vida, a no ser por la fría raya de humo gris que salía de una de sus chatas chimeneas, escape de vapor de las máquinas que estaban quemando el petróleo, y que el agrio viento deshizo al instante. Gris la cubierta, grises los mástiles, grises los ventiladores, incluso las portillas grises; todo gris y oscuro entre la luz del día.

La policía del muelle se estremecía de frío al lado del agua turbia. No estaba permitido fumar en el muelle, ni siquiera en la amplia y húmeda sala de espera. Aunque el *Edwardic* estaba cargado ya hacía cierto tiempo, los guardias no dejaban pasar a nadie sin darle el alto. El eco de algunas voces penetró a través del delgado techado del cobertizo. Una voz bronca, hablando por un altavoz, producía penosa agitación entre la poca gente desanimada que se hallaba en la sala de espera. Poníanse en movimiento de pronto, dando con los pies contra el suelo y soplando sus heladas manos, mientras el aullido de una sirena resonaba desde el puerto y las vigas amontonadas vibraban cavernosamente. No se admitían visitas a bordo, porque el *Edwardic*, en apariencia un buque de pasajeros, llevaba en realidad municiones destinadas a 'algún puerto británico'. Su carga consistía en potentes explosivos por valor de medio millón de libras esterlinas y cuatro bombarderos *Lockheed* sobre la cubierta principal. Transportaba nueve pasajeros.

Uno de ellos, que estaba de pie en la parte delantera de la cubierta A con los brazos apoyados en la baranda, experimentó una intensa sensación de

alivio cuando el *Edwardic* se puso, por fin, en movimiento.

No podía explicarse el porqué de su ansia por ver el buque puesto ya en marcha. No tenía motivos algunos para ello. Dejaba América para encaminarse a un inseguro trabajo y a un dudoso porvenir en su propia patria. Siendo parcialmente inválido, no podría ser admitido en el Ejército, y durante los próximos ocho días (o nueve, o diez, u once, según quisieran el tiempo de enero y las órdenes del Almirantazgo) tendría que vivir en un polvorín flotante. Cualquier torpedo bien colocado podía convertir el barco en mil añicos, junto con todos los seres Vivos de a bordo.

No obstante, nada más que viendo cómo el *Edwardic* se iba deslizando perezosamente, describiendo una curva lenta y majestuosa, poniendo distancia entre él y el muelle, sus nervios se fueron apaciguando. Se envolvió en su gabán y dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre la baranda. Era un joven moreno, un tanto ceñudo de expresión y en sus primeros treinta años; robusto, bien parecido, no se distinguía, sin embargo, por nada de particular, excepto por una ligera cojera que intentaba disimular apoyándose en un bastón. Llevaba un grueso gabán y una pesada gorra. Su nombre era Max Matthews; en otros tiempos había sido periodista, y de los buenos. Se decía que estaba loco por hacer la travesía en ese buque —cuando había tantos otros italianos o americanos que, si tardaban mucho tiempo en llevarle a uno a Inglaterra, por la línea del Sur, eran, sin embargo, perfectamente seguros—. Por el momento, nuestro hombre estaba excitado —más excitado que nunca recordara haberlo estado en su vida—. ¡Gracias a Dios, pensaba, nos vamos por fin!

El viento que cruzaba el puerto le golpeaba en pleno rostro y le obligaba a cerrar los ojos, helándole de pies a cabeza. Se agarró fuertemente, mientras el *Edwardic*, sacudido por un remolcador que chillaba sin parar, giraba un poco al balancearse. Pero pronto adquirió un movimiento regular, gracias al buen funcionamiento de sus motores, y ampliaba la distancia que le separaba de los *docks*.

Iban directos a la oscuridad, a un gran desierto que tenían por delante. El silbato del buque chilló protestando, protestando contra un cielo que parecía vacío, lejos de toda tierra, y la sirena del remolcador contestó lúgubrementemente.

“Hace frío”, advirtió una voz no lejos de él. Max se volvió en redondo. De pie, en la baranda, no lejos de él, se encontraba un joven de alta estatura, vestido con un ligero gabán, mirando por las portezuelas y el castillo donde, durante las travesías normales, se alojaban los pasajeros de tercera clase.

Adelantaba la cabeza y el ala del sombrero flexible le cayó sobre el rostro, empujada por el viento. “Hace frío”, repitió con voz indiferente.

Ambos conocían perfectamente el código correcto de la conversación entre viajeros por mar. Era un intento para entablar diálogo. Si Max replicara simplemente. “Sí, en efecto”, volviendo la vista nuevamente hacia el mar, daría a entender que no deseaba entrar en conversación. Pero si dijera “Sí, en efecto”, añadiendo cualquier observación, significaría que estaba dispuesto a entablar la charla. Pensó Max que estaba lejos de la idea de empezar una conversación, pero, con gran sorpresa suya, sintióse de pronto comunicativo y respondió: “Sí, en efecto. Y me parece que aún tendremos más frío antes de que lleguemos”.

“O acaso más calor del que quisiéramos”, replicó el desconocido en tono amable, aunque algo misterioso. Y metiendo la mano en el bolsillo de su gabán, preguntó: “¿Quiere fumar?”.

“Gracias”. Esta respuesta era el signo final que indicaba que el coloquio había ligado. El viento soplaba tan fuertemente contra ellos, incluso a sotavento y bajo el parcial refugio de la cubierta de paseo, que, después de corteses esfuerzos, hubieron de renunciar a darse lumbre para sus cigarrillos, encendiéndolos separadamente.

Iluminado por el resplandor del fósforo, el desconocido resultaba un hombre alto y ancho que, al sonreír, descubrió una fuerte y blanca dentadura. Su edad podría ser de unos sesenta años, con los cabellos canosos, casi blancos, bajo el sombrero; pero sus ademanes eran los de un hombre mucho más joven y todavía vigoroso. Tenía los hombros ligeramente inclinados y gesticulaba fuertemente. Su faz era enérgica y tersa, y sus ojos, oscuros y perspicaces, parecían pertenecer a un joven, lo que daba enorme viveza a su expresión. Lo que extrañó a Max era que todo él, por su modo de hablar y vestir, parecía un americano. Max sabía perfectamente las dificultades que tenían que vencer los americanos actualmente para conseguir un pasaporte y también que les estaba absolutamente prohibido viajar en barcos de naciones beligerantes. “Vaya un viaje”, prosiguió, tirando la cerilla apagada. “Me dijeron que no somos más que nueve”.

“¿Pasajeros?”.

“Sí; no va nadie en segunda ni en tercera. Todos viajamos en primera, incluyendo las dos mujeres”.

“¿Dos mujeres?”, preguntó Max extrañado.

“Eso es”, contestó el desconocido, fijando sus ojos en Max, como para convencerle de que no debía dudar de sus palabras. “No es un sitio muy

adecuado para ellas, ¿verdad? ¡Demonio! El caso es que están aquí”. Extendió las manos hacia fuera y prosiguió: “Me dijo el capitán...”.

“¿Ha visto usted al capitán?”.

“¡Oh!, por casualidad, por pura casualidad”, contestó el desconocido con cierta precipitación. “Hablé con él esta mañana... ¿Por qué? ¿No le conoce usted?”.

“Yo..., pues”, replicó Max titubeando, “el caso es que es mi hermano. Usted lo habrá visto, pero yo, no. Y creo que no le veremos mucho durante esta travesía”.

“De modo que... ¿su hermano?... Supongo que este es el motivo por el que viaje usted en este barco”.

“Sí, es una de las razones”.

“Me llamo Lathrop”, dijo el desconocido, tendiendo de repente una mano grande. “John Lathrop”.

“Y yo Matthews”, respondió Max estrechando la mano.

Max tuvo la sensación de que este conocimiento hacía progresos demasiado rápidos, pero había por parte de Lathrop una cortesía y cordialidad que le gustaban. Ambos pestañearon cuando el aire volvió a levantarse y esparció la lumbre de sus cigarrillos. El *Edwardic* iba cruzando el puerto. Sus hélices batieron el agua más profundamente, hasta hacer vibrar la cubierta superior. Hacia la izquierda alzábase una confusión indescriptible de tejados que pronto se fundieron en el horizonte del bajo *Manhattan*. Este se destacó blanco y poderoso sobre un cielo tan oscuro ya que los vigilantes apenas podían distinguir cosa alguna, excepto cuando un destello de luz atravesaba las nubes; a poco, incluso los más altos edificios parecían miniaturas al lado de la inmensidad del agua. “Estoy pensando justamente...”, dijo Lathrop de pronto.

“¿Cómo?”...

“Bueno, que nosotros nueve nos revolvemos dentro de este cascarón algo así como guisantes en un tonel. La mayor parte de ellos debe ser gente valiente”.

“¿Cree usted?”.

Lathrop se apoyó sobre la baranda, y después de tirar su cigarrillo, entrelazó los dedos. El viento les daba en pleno rostro y salpicaba sus ojos con agua. “Deben tener sus razones para desear volver a Inglaterra con tanta prisa o, por lo menos, con la máxima celeridad que es posible hoy en día. Fíjese en las rutas de mar seguras que hay. Pero, claro, si usted baja hasta Génova o Lisboa, para luego volver a subir, se requiere tiempo. Si los viajeros

de este buque han preferido viajar en un cajón de dinamita, tendrán, como dije, sus buenas razones; ellos sabrán por qué lo hacen. Debe haber gente muy interesante a bordo”.

“Lo supongo”.

Lathrop le miró fijamente. “No se ha asustado usted, ¿verdad?”.

“No, claro que no. Pero estuve once meses en el hospital con esto”, y se tocó la pierna con el bastón. “Ahora deseo el aire de mar y un barco con poca gente que moleste”.

“Lo siento”, dijo Lathrop con voz aguda y con mucha dignidad. “No había pensado importunarle”.

“Oh, no; usted no me entiende. Me refiero a un buen viaje con buena comida y buen vino; con... con todas las cosas buenas, excepto una: la buena ‘juerga’. Nada de vida social; y me parece que esta travesía ha de ser todo, menos alegre”.

Lathrop echó la cabeza hacia atrás y sonrió. “Tiene razón”, confirmó; y después de reflexionar un momento añadió: “¿De manera que este es el motivo de su viaje?”.

“Si usted lo quiere llamar motivo”...

“Oiga usted”, prosiguió Lathrop mirándole con perspicacia. “No quiero presumir delante de usted, ni ir con disimulos. Mi historia es muy sencilla, y hasta puede parecerle absurda. Voy persiguiendo a un asesino”. Hubo una pausa.

El ronco grito de la sirena estalló contra la inmensidad. Aun aquí, en el puerto, el agua era sucia y turbia. Mirando su cigarrillo, Max Matthews pensó, de pronto, que estaba fumando en un buque cargado de munición, y se preguntó si estaría permitido fumar en cubierta. Tiró el cigarrillo y lo apagó cuidadosamente con el pie. “¡Cómo pasa el tiempo!”, dijo. “Mejor sería que bajásemos a deshacer el equipaje; hay algún papel que supongo habrá que entregar al sobrecargo”...

“No creerá usted que he pretendido gastarle una broma respecto al asesino, ¿verdad?”, inquirió Lathrop.

“Pero ¿no es una broma?”.

“No, de ningún modo”. Los ojos vivaces de Lathrop se animaron, guiñando a su interlocutor. Luego, añadió con tono confidencial: “Se lo contaré todo más tarde. ¿Cuál es su sitio en el comedor?”.

“En la mesa de mi hermano, me imagino. ¿Por qué no comer juntos?”.

“¿En la mesa del capitán? ¡Encantado! Hasta luego, pues. Le veré más tarde... ¡Vaya, vaya!”. Dijo las últimas palabras a media voz, cómo hablando

consigo mismo, en el momento en que Max: se alejaba. Al volverse, Max vió la causa de ello.

Dirigiéndose hacia donde estaban, a lo larga de la cubierta A, y pasando a través de un montón de mangueros gris oscuro, por un lado, y la hilera de lanchas de salvamento, por otro, aproximábase una mujer de mediana edad, vestida con abrigo de marta. Llevaba los ojos medio cerrados para protegerlos contra la brisa, y su pasa era firme. Tenía el pelo muy rubio y lo llevaba recogido con un pañuelo encarnado cuyos dos extremos flotaban en el aire. Su cara era llena y algo morena, y le brillaban los pómulos como si se hubiese puesto en ellos vaselina. Sus ojos (o lo poco que de ellos podía distinguirse) eran azules, y los labios gruesos. Aunque debía tener cuarenta y poco más, no se averiguaba su edad hasta que se encontraba muy cerca. Debajo de su abierto abrigo de marta llevaba una blusa de seda, recogida en el pecho con un *clip* de diamantes, y una falda oscura. El viento, que soplaba de lleno sobre ella, ponía de manifiesto que no usaba corsé, que sus muslos eran llenos y rollizos, y que unos zapatos, de muy alto tacón, sostenían unas piernas admirables.

Los tres —Max, Lathrop y la mujer— parecían desconocer la presencia de los demás. Al menos, la mujer parecía ignorar la presencia de ellos. Pasaba lentamente, con los ojos aún medio cerrados, estrechando un bolso de piel de serpiente bajo el brazo. Lathrop echaba una mirada furtiva tras ella, mientras Max prosiguió su camino.

Y lo hacía enojado consigo mismo, al notar que la imagen de la mujer le perseguía. Un hombre plenamente restablecido, después de once meses —once intolerables meses— de vida monástica en un hospital, es susceptible y fácil de contentar. El atractivo de la mujer se ejercía instantáneamente. Así lo comprendió Max, a pesar de que notaba algo vagamente desagradable en su rostro, algo así como una leve arruga alrededor de la boca.

Max abrió una de las puertas de la cubierta A, penetró en ella con dificultad, y luego la corriente de aire volvió a cerrarla de golpe, produciendo un fuerte ruido en el silencio. Dentro del pasillo, el aire era sofocante y olía a goma. Reinaba un silencio de muerte, tan sólo interrumpido por los crujidos de las mamparas. Este ruido le persiguió mientras bajaba la escalera que se balanceaba debajo de él, a tenor del movimiento del *Edwardic*. Abajo, en la cubierta B, el aire era más denso todavía. Todas las portillas de los dormitorios —así eran las órdenes— debían estar cerradas y atornillados en todo momento. Incluso arriba, en los salones comunes, y durante el día, sólo

debía haber una abierta, y a la estricta discreción de un camarero. Jamás había experimentado Max una sensación tan grande de estar solo.

Su cabina, espaciosa y con un cuarto de baño privado, se encontraba en la banda de estribor de la cubierta B. Entró por un estrecho pasadizo, que se bifurcaba en otro muy corto, más bien una especie de salita. Abrió la puerta de la izquierda. Todas las luces estaban encendidas y brillaban iluminando las blancas paredes. Un ventilador eléctrico giraba en su cabina, aclarando en parte el ambiente. Su baúl estaba cerca de una de las literas cubiertas con blancas colchas; era una cabina doble, aunque él no la tuviese que compartir con nadie. Había un par de sillas de mimbre y una agradable alfombra verde sobre el suelo. El vaso de los dientes tintineaba en su repisita encima del lavabo; en el cuarto de baño, cuya puerta estaba abierta y enganchada por la parte posterior, un hilillo de agua goteaba suavemente, y especialmente el ventilador eléctrico, moviéndose de un lado a otro con su cuello giratorio, le refrescaba el rostro con una brisa suave. Todo era muy apacible, pero...

Sonó una discreta llamada en la puerta. “Señor”, dijo el camarero mostrando un rostro grave y redondo por el filo de la puerta. “¿Tiene usted todo cuanto necesita?”.

“Sí, gracias”.

“Puse su baúl ahí dentro”.

“Lo he visto”.

“Una cosa más, señor. Cuando oiga el próximo golpe de *gong* —dentro de unos minutos— todos los pasajeros deben reunirse en el salón”.

“¿Para qué?”.

“Para recibir instrucciones. Sírvase llevar con usted el chaleco salvavidas. ¿Conoce su manejo?”.

“Sí”.

“¿De veras, señor?”, insistió el camarero, introduciéndose sonriendo y cautelosamente en la cabina. Mantenía la sonrisa constantemente, lo mismo que una máscara de yeso. Había dos chalecos salvavidas en el guardarropa, en cuyo espejo se reflejaba la sonrisa del camarero. Max alzó uno de ellos y guardó el otro. Consistía en dos largas y oblongas bandas de corcho, recubiertas de lona, con hombreras y correas, también de lona. Se introduce la cabeza por estas últimas, de manera que quede una banda de corcho a cada lado del cuello; se meten a continuación los brazos por las hombreras de lona y se aprieta el total del equipo con los tirantes de lona, por detrás, lo mismo que si fuera un delantal. Max se puso el chaleco. “Perfectamente, señor”, aprobó el camarero. “Si usted lo hace de la misma forma cuando lo necesite”.

A continuación volvió el rostro hacia la parte del camarote donde una larga hoja de papel rosado mostraba la lista de los pasajeros. “Y llévelo consigo, con su pasaporte, al despacho del sobrecargo tan pronto como pueda”.

“Está bien”. Max no se dió cuenta de la salida del otro. Sintióse un Goliath bajo su equipo de salvamento, se quedó mirando la lista de los pasajeros.

No podía sacudir de sí aquella imagen de la mujer rubia, de mediana edad; aquellos sus ojos medio entornados, mientras el viento batía sobre *su* cuerpo, jugando con su cabellera en el aire. Después de todo, él era libre. ¡No deseaba ser molestado por la gente! Sólo deseaba dormir y descansar; estar solo, en una palabra. Había llegado a un morboso estado, que para conseguirlo hasta se había embarcado en un vapor cargado de explosivos. A pesar de todo, deseaba saber dónde estaba su nombre. Y ojeó la lista de los pasajeros, donde el espacio dedicado a los nombres no estaba precisamente muy lleno Decía así:

ARCHER, DR. REGINALD
BENOIT, CAP. PIERRE
CHATFORD, MISS VALERIE
HOOPER, MR. GEORGE A.
KENWORTHY, HON. JEROME
LATHROP, MR. J. E.
MATTHEWS, MR. MAX
ZIA BEY, MRS. ESTELLE

¡Diablos! Solamente había ocho nombres, y Lathrop habló de nueve pasajeros. Seguramente, se trataba de un error de Lathrop. Pero fué el último nombre de la lista el que despertó la atención de Max. Si un nombre podía aplicarse a la mujer que había visto era ‘Mrs. Estelle Zia Bey’. “¿Qué nacionalidad sería la suya? ¿Turca, tal vez?”, se preguntó en alta voz, dirigiéndose al ventilador, que seguía zumbando. Y continuó con una suerte de exasperación: “Es inglesa, o no sé lo que me pesco”.

El eco devolvía su voz en aquel espacio cerrado. Bajo sus pies, la cubierta del *Edwardic* comenzaba a elevarse lentamente, aunque con inflexible y traicionera amplitud. Alzábase, como suspendida, y se inclinaba a uno y otro lado, mientras crujía fuertemente la mampara, de tal modo que tenía que cogerse a un borde de la litera para no caer. El movimiento agitaba su estómago también. Max Matthews conocía ya la causa de esta excitación, que le había poseído casi siempre al navegar. Era nervosismo, puro nervosismo.

Se desató el chaleco salvavidas y se lo colgó del brazo. Pudo escuchar, lejanas al principio y luego cada vez más próximas, recorriendo el barco, las estridentes notas de un *gong* que sonaron fuertes y más fuertes, hasta que — pasada su puerta— se perdieron a lo lejos.

“Todos los pasajeros han de reunirse en el salón”. Max lanzó un profundo suspiro. Se quitó el abrigo, que ahora le daba demasiado calor, y recogió el chaleco salvavidas. A tiempo que abría y cerraba la puerta que conducía al angosto pasadizo, para hacer un poco de aire, se le ocurrió salir a dicho estrecho recinto, y entonces encontróse frente a frente con la mujer de cubierta. Sus cabinas debían estar precisamente enfrente la una de la otra, en el saloncito. Alargando la mano, podría alcanzar y aun tocar la blanca puerta, en donde se leía: *B-37*. Precisamente en aquel momento regresaba a la cabina, andando muy aprisa y a contraluz, de modo que ambos tropezaron. “Dispéñeme”, se disculpó Max.

“No es nada”, dijo ella, tras una corta pausa. “Ha sido culpa mía, seguramente”. Su voz era fuerte, con ronquera de fumador. Mientras él permanecía de pie para dejarla pasar, ella buscó a tientas la cerradura y abrió la puerta. Las luces estaban encendidas en el interior de la cabina. Observó que era en todo semejante a la suya, excepto en lo que se refería al papel pintado de las paredes; que tenía también un cuarto de baño privado, y que, sin el menor cuidado, estaba en ella esparcido el contenido de dos grandes baúles, marcados en blanco con las iniciales *E. Z. B.*

Pudo advertir este complejo lanzando una ojeada sobre sus hombros, antes de que ella se volviera, en el momento de cerrar la puerta. Llevaba aún fuertemente apretado debajo de su brazo su enorme bolso de mano. De nuevo advirtió él las desagradables y petulantes arrugas que rodeaban sus labios; pero nada de aquello le interesaba en realidad. Ella, sin embargo, le miró a los ojos mientras la puerta se cerraba.

Un tanto inquieto, Max subió la escalera principal que conducía al salón de la cubierta A.

Si hubiera prestado más atención a sus compañeros de viaje en las primeras veinticuatro horas, si hubiese observado detenidamente a más de uno o dos, como hizo después, hubiera podido ser ahorrada mucha sangre y violencia. Pero la dificultad radica en que no se puede tener mucho conocimiento de los compañeros de viaje desde el principio. Está uno cansado, o aburrido, o ensimismado en sus propios asuntos. Las caras de los demás nos aparecen como moldes, en los que más tarde, a medida que los vamos conociendo, nos es difícil asociar su verdadera personalidad. La selección y encaje no es fácil, aun pasados varios días. Más difícil en el *Edwardic*, que, por estar tan poco habitado, si los pasajeros hubieran sido fantasmas errantes, vagando entre el recargado decorado de una casa tenebrosa, su observación hubiera sido más fácil. Y todo ello en un barco cargado de potentes explosivos, razón suficiente para perturbar el fino olfato del mejor detective en el momento de perseguir a un asesino. Para el tercer oficial, estaba claro que este viaje no era una excursión de recreo, toda vez que los había reunido a todos en el salón.

El salón era una vasta habitación con columnas de caoba incrustadas, que sostenían un techo formado por un mosaico de vidrios de color. Había varias mesas cubiertas con tapices verdes y sillas de brocado, alrededor de una pista de baile, que ahora estaba cubierta con una alfombra. Sus luces eran débiles y daban un aspecto espectral a la sala. Ciertamente, los reunidos tenían el aire del que espera escuchar un cuento de fantasmas. Pero el tercer oficial, en quien Max reconoció a *Sir Malcom Campbell*, hablaba con seguridad y viveza. “Ahora, señoras y caballeros”, dijo inclinándose sobre el borde de una mesa donde se amontonaban unas cajas cuadradas de cartón, “a ninguno de nosotros nos agrada tomar todas estas precauciones ni proporcionarles tanta molestia; pero el diablo vela...”. Pronunció esta última frase con tono siniestro y estremeciéndose. “En primer lugar”, prosiguió, “he creído conveniente que ustedes subieran aquí para ser provistos de caretas anti-gás. ¡Camarero!...”.

(¿Caretas anti-gás? ¿Por qué precisamente en medio del mar? En la mente de todos se formuló esta pregunta. Pero nadie osó hablar).

“Aunque aquí no tengan necesidad de ellas”, prosiguió el oficial fríamente, “la tendrán cuando desembarquen en Inglaterra, y, por tanto, deberán llevarlas consigo. Escriban sus nombres y el número de sus cabinas en la caja. Ahora mismo, si ustedes gustan”. Todos obedecieron. Los marineros encajaron las máscaras que, con su cierto parecido con el hocico de un cerdo, dieron a los reunidos, que se atisbaban mutuamente en la penumbra, una expresión desagradable. Con las máscaras bien colocadas, la respiración producía un ruido largo y desagradable (parecido al raspar) que bullía en los oídos cada vez que se expelía el aire.

Miss Chatford y *Mr. Keworthy* —entonces se descubrió— habían faltado al llamamiento. Un camarero informó que ambos se encontraban mareados. El tercer oficial mostró cierto disgusto por estas noticias, pero, finalmente, decidió ir a verlos a sus respectivas cabinas, más tarde. “Mañana”, continuó, “les daré instrucciones más detalladas. Habrá un ejercicio de salvamento a las once en punto. Cuando oigan la campana de alarma, deben bajar todos al comedor —*al comedor* de la cubierta C— y esperar órdenes. Lleven sus chalecos salvavidas, sus máscaras anti-gás y una manta. Recuerden que, si somos atacados por el mar o por el aire, tienen que dirigirse *al comedor*. Esto es todo por el momento”. Sonrió. “No se inquieten por nada de esto. Dejen las preocupaciones para nosotros”. A continuación, todos abandonaron el salón.

No hubo ningún comentario, ninguna broma, ninguna chanza. El *Edwardic* se venía balanceándose a causa del mal tiempo, y las caras lívidas de sus ocupantes acusaban la inquietud de sus estómagos. En consecuencia, la primera noche, solamente cuatro pasajeros bajaron al comedor y ningún oficial —excepto el sobrecargo—. En el comedor, lleno de espejos y lacas rojas, reinaba un silencio sepulcral sobre las blancas mesas vacías. Podía escucharse el ruido de la loza de la cocina. Los marineros, salvo alguno, tenían tan mal color como los pasajeros. Soló en la mesa del capitán, que era redonda y tenía espacio para seis personas, estaba Max, el afable *Mr. Lathrop* y un hombre pequeño, gordo y de mediana edad, que se había presentado él mismo, con el nombre de *Mr. George A. Hooper*, de *Bristol*. A alguna distancia de éstos, en una mesa para dos, se encontraba un hombre seco y fuerte, de tez morena, vistiendo el uniforme caqui, con hombreras doradas y rojas de capitán de *tirailleurs* franceses. Max supuso que debía ser el capitán Pierre Benoit de la lista de los pasajeros. Su faz carecía por completo de expresión y nunca alzaba los ojos de su plato.

Misteriosas corrientes de aire atravesaban el comedor, acompañadas de silbidos que provenían del otro lado de las portillas. Todo el salón se elevaba frecuentemente con lentitud, lo mismo que un globo para descender después inclinándose. La vajilla y los cubiertos entrechocaban y sonaban en el centro de las mesas.

“Para empezar: *cocktail* cangrejo^[1]”, dijo el jactancioso Lathrop, consultando el menú; “luego: lenguado asado con salsa holandesa y un bistec con patatas fritas a la francesa... ejem... después de esto, ya veremos”.

“Para mí: bistec con patatas fritas”, escogió *Mr. George A. Hooper*, en el simpático y agradable dialecto del oeste de Inglaterra. Y añadió: “¡Gran bobo de Charles! ¡Contemplan la reina de Saba!”.

Era para designar la entrada de Estrella Zia Bey. Había cometido la equivocación de ponerse traje de noche para la primera cena de a bordo; pero sin duda lo había hecho premeditadamente. El cuchicheo de *Mr. Hooper* tenía algo de asustadizo. *Mrs. Zia Bey* —¡qué demonio de apellido!, pensaba Max —, llevaba un vestido de noche con lentejuelas de plata, tan escotado, que el honesto *Mr. Hooper* no pudo por menos de gruñir en voz baja. Su silueta se reflejó en las innumerables piezas del mosaico de espejos del comedor. Sus hombros, descubiertos, eran del mismo color dorado oscuro que su rostro. Ahora no se le veían arrugas. Su bolso de mano negro le colgaba de una correa. El buque cabeceaba fuertemente en el momento que ella entraba, y cualquier otra mujer de contextura menos fuerte hubiera resbalado y tropezado al engancharse, con poca dignidad, sus faldas en una columna; pero ella no hizo más que sonreír al camarero, que se apresuró a asistirle. Ella le dió con cierta gracia un empujoncito en el pecho, recogió su larga falda y tomó asiento sola en una mesa para dos. Todos oyeron cómo elevaba la voz, algo áspera, para encargar la cena.

Los tres hombres empezaron inmediatamente a censurarla y murmurar: “No debían permitirle estar aquí de ningún modo”, masculló *Mr. Hooper*, contemplando su plato. “Es escandaloso”.

“No hay para tanto...”, dijo Lathrop con un gesto de indulgencia, mientras sus pardos ojos —ojos juveniles— pestañeaban paternalmente. “Ella es muy bonita. Su nombre es *Mrs. Zia Bey*; está divorciada o a punto de conseguir el divorcio. Americana, aunque su primer marido fué inglés. Su segundo marido (del cual está tratando de divorciarse ahora) trabaja en la Embajada turca, en Londres. (Lathrop, y esto Max iba a saberlo pronto, tenía más facultades para enterarse de los chismes que toda una cuadrilla de mujeres juntas en un taller de costura de pueblo)”.

“¿Habló usted con ella?”, inquirió Max.

“¡Oh!, por pura casualidad. Creo que ella deseaba que yo le ofreciese una bebida, pero yo no tenía ninguna”. (Al diablo con ella, pensaba Max). Lathrop se reía entre dientes. “Siempre se encuentra a bordo a alguna de estas mujeres”, dijo confidencialmente. “A veces se pasa bien con ellas y a veces no. Generalmente, no. Pero con ella creo que sí se podría... Aunque no; conmigo, no. Creo que a la señora Lathrop no le agradaría mucho”.

Max cenaba en silencio. De nuevo se repetía con fastidiosa insistencia y, tal vez, un poco celoso que *no sería él* quien se metiera con esta mujer endemoniada, ni trataría de conocerla, ni le invitaría a tomar el aperitivo. A pesar de todo, pensaba que la fatalidad habría echado sus dados y que él no podía evitarlo. Una especie de previsión desagradable se lo decía. Y lo peor del caso era que a él no le agradaba siquiera su aspecto. Pero cuando un hombre se halla harto de la vida, suele preguntarse: “¿por qué no?”. Él siempre decía...

Un camarero de uniforme azul cruzaba el salón, abriéndose camino cautelosamente por entre las mesas. “¿El Sr. Matthews?”.

“Dígame”.

“Le traigo saludos de parte del capitán. ¿Quisiera usted tomar café con él, en su cuarto, después de cenar?”.

¡Ya lo creo que quería!, y se alegró de aquel pretexto que le permitía levantarse. Para salir, hubo de pasar por delante de la mesa de *Mrs. Zia Bey*. Hubiera podido evitarlo dando una gran vuelta, pero pensó que esto podría parecer sospechoso y le embargaron un sin fin de angustiosas consideraciones. En el momento en que pasaba por delante de su mesa, ella alzó la cabeza y le miró a los ojos. Su boca, pintada de rojo intenso, tenía el aspecto jugoso de la pulpa y mostraba una expresión burlona, como si ella hubiera sonreído. Esto fué todo. Él pasó de largo.

El camarero le condujo por un ascensor hasta la cubierta A, y luego al exterior. Para evitar toda posibilidad de que pudiera escaparse una rendija de luz, las puertas exteriores estaban construidas como las de los compartimentos estancos. A través de una de ellas, completamente pintada de negro, pasó a una especie de vestíbulo. Después de cerrar una segunda (también completamente en negro), le condujo a la más silenciosa oscuridad. “*¡Tenga cuidado, señor!*”, gritó el camarero.

Max no había imaginado nunca semejante oscuridad, ni en sus sueños. La húmeda cubierta levantábase bajo él, inclinándose luego profundamente. La punta de su bastón resbaló sobre una lámina de acero mojado y estuvo, a

punto de caer cuan largo era. Pudo oír el aullido del viento en forma de un intenso gualdrapazo en los toldos de lona, que habían sido amarrados como mamparas protectoras a lo largo de la cubierta exterior. A pesar de ellas, cuando soplaba, se introducía por las rendijas y le alborotaba el cabello. Era literalmente cierto que no podía verse la propia mano delante de la cara. Alzó la suya y movió los dedos: nada. Ni un destello; ni una estrella. Nada, excepto una oscuridad aullante y ensordecedora que ponía un medroso temblor en los labios. El camarero, gritando de vez en cuando en el propio oído, le condujo hasta otro pasajero que llevó también a la cubierta de botes. Al menos, supo que era un pasajero al tropezar con él. Se abrieron camino a lo largo de unos inmensos dispositivos de dirección de los bombarderos, instalados en la cubierta de botes, para aparecer de pronto, medio cegados, a la deslumbrante cabina del capitán.

“Mírame”, dijo su hermano, después de examinarle en silencio algunos momentos. “¿Qué diablos significa el ocurrírsete tomar este buque?”. El capitán Francis Matthews había cambiado muy poco durante los dos o tres años pasados desde que Max le había visto por última vez. Tenía cuarenta y cinco años; el color de su cara era algo más claro que el de la carne cruda; su porte era tranquilo (excepto en materia de familia), y sus maneras eran, en general, buenas (con la misma reserva). Estaba sentado, rechoncho y cuadrado, sobre una silla giratoria, al lado de un brillante escritorio. Su ‘habitación’ —y no su cabina— podría haber sido un estudio en cualquier barrio de la capital. Sus ojos azules, fríos, con los párpados un tanto cerrados y arrugados, como a causa de astigmatismo, no se apartaban del rostro de su hermano. El capitán Matthews se restregó los párpados con los puños. Las cuatro rayas doradas de sus mangas le prestaban una sensación de poder. “¿No sabes que este viaje es peligroso?”, exclamó. “Siéntate”.

Max le sonrió, y él correspondió con una mueca, tras una corta pausa. “También tú vas en este buque”, precisó Max.

“Es diferente. Es mi obligación”, dijo el capitán, poniendo nuevamente un gesto duro y severo. Siguió otro silencio. “Veamos: ¿qué te ha sucedido?”, siguió el capitán Matthews con cierta inquietud. “He sabido que tuviste un accidente. Desgraciadamente, no pude ir a verte. Esta sangrienta guerra”... “No sigas”.

“Bien”, dijo su hermano calurosamente: “¿Qué te sucedió?”.

“En el reportaje de un incendio, el fotógrafo y yo estábamos sobre un andamio. De pronto, éste se derrumbó y fuimos precipitados abajo, en medio de la hoguera. No llegué a quemarme porque me sacaron a tiempo, pero me

lastimé el costado y la pierna, y si no hubiese acudido al mejor médico del mundo, hubiera quedado paralizado para siempre. Tom Miller resultó muerto”.

Hubo otra pausa. El comandante Matthews hizo una profunda inhalación por su nariz. “Ej’m. ¿Se destrozó el nervio?”.

“No. Al menos, eso pienso yo”.

“Y ahora, ¿cómo te sientes?”.

“Me mantengo en pie, que no es poco”.

El otro asintió con la cabeza. Y a continuación indagó: “¿por qué regresas a Inglaterra?”.

“No te reservan el puesto en un periódico de Nueva York después de haber estado once meses enfermo. El periódico fué condenado con justicia, yo creo; pagó hasta el último céntimo de los gastos... Pero esta guerra se extiende, Frank, y he pensado que podría encontrar algo en Londres”.

“Ej’m. ¿Dinero?”.

“No me hace falta. Gracias”.

“He dicho ¿*dinero*?”, gruñó el comandante Matthews.

“Y yo he dicho que está bien. Gracias; no necesito nada”.

Su hermano pareció un poco confundido. Como siempre, no le gustaba profundizar en sus asuntos personales; mientras, el comandante Matthews se balanceaba hacia atrás y hacia delante en su silla giratoria. De repente, una brusca sacudida del buque oprimió a Max el corazón y le subió un nudo en la garganta, estando a punto de desvanecerse. La silla del capitán se deslizó, y el servicio de café casi se volcó en la mesa de centro. El capitán se incorporó. Parecía vivificado por tener su atención ocupada. “¿Café?”.

“Sí, gracias”.

“¿Coñac?”.

“Gracias, Frank. ¿Qué es lo que piensas y qué es lo que te preocupa?”.

El comandante Matthews desvió el rostro, pero no sin que Max hubiese visto antes la sangre afluir a su cara y a las venas de su frente. Derramó el café, y, abriendo un armario de pared, cogió una botella y dos copas de balón. Después, echando una ojeada al tubo acústico que comunicaba con el puente, sirvió dos coñacs no muy abundantes. “Supongo que ya lo sabes”, continuó con los ojos fijos en la botella. “Hemos encontrado dos bombas de relojería antes de zarpar”. Nuevamente hubo una pausa. “Escucha: perderías el pellejo si hicieras alusión de esto a alguien. Es seguro que hubieran hecho explosión a unas seis horas de Nueva York. Si Cruikshank no llega a encontrarlas,

estaríamos en este momento con los ángeles, tocando el arpa”. Derribó la botella de un manotazo.

“Pero las precauciones...”, insinuó Max.

“¡Precauciones!”, dijo el capitán. “Ya conoces a esa chusma de los inspectores de los muelles. Nosotros hemos tomado todas las precauciones humanas posibles, hemos examinado cada pulgada del buque con un microscopio: ni bombas, ni polizones, ni nada. No hay que angustiarse, no obstante”, añadió alegremente. “Llegaremos felizmente a nuestro destino”.

“Así lo espero”.

“Pero es una responsabilidad, tú lo sabes; nadie puede negar que es una gran responsabilidad”.

“Si no algo peor”.

“Exacto. Pues bien, atiende”. El capitán titubeaba, frunciendo el entrecejo. “Desde que estás a bordo, me harás un gran favor si... mantienes los ojos abiertos. Escucha bien: Estoy seguro de cada uno de los hombres de la tripulación. Pero no estoy tan seguro de los pasajeros”.

Max se incorporó. “¿No querrás decir que alguien haya podido colocar una bomba y embarcarse después?”.

“Francamente”, dijo el comandante Matthews con un gesto de generosa concesión, “no sé lo *que* serían capaces de hacer estos tipos si tuviesen la oportunidad de hacer naufragar un cargamento como éste”. Nuevamente se restregó los párpados con los puños. Sonreía, pero con su sonrisa ‘oficial’, mellada y poco convincente. Añadió: “No puedo decirte nada más. Estoy bajo las órdenes del Almirantazgo, con nueve pasajeros a bordo...”.

“Ocho”.

“Ocho”, corrigió el otro apresuradamente, “eso quise decir”. Sus ojos se aguzaron. “¿Te encontraste con algunos pasajeros hasta ahora?”.

“Unos cuantos solamente. Hay uno, llamado Lathrop, que tiene un primitivo sentido del humor. Gasta bromas acerca de un criminal, al que dice ir persiguiendo, y actúa rodeándose de un gran misterio”.

“¿Bromas?”, dijo el capitán. “No, no es una broma; tan verdad como el mismo Evangelio”.

Max se incorporó. “¿Qué quieres decir?”.

“Nunca afirmo lo que no me consta”, exclamó el comandante, con las venas de la frente abotargadas de nuevo. “¿No has oído hablar nunca de un tal Carlo Fenelli? Es uno de estos... *gangsters*. Está en presidio de Inglaterra, y se le reclama por lo menos por seis asesinatos en los Estados Unidos. Lo quieren tener pronto, y gestionan su extradición. Pero (así parece) este Fenelli

es tan vivo como tiene las espaldas guardadas. Si intentan atraparlo fuera de Inglaterra, en camino hacia Francia o Italia, la sagacidad del abogado de Fenelli amontonará papeles, y papeles, balduque colorado hasta el día del Juicio. Lathrop es alguien que está en contacto con la policía de Nueva York. Se ofreció a ir derecho al asunto y traer a Fenelli en un barco inglés. En fin, esto es lo que Lathrop dice. Parece convincente”.

El comandante Matthews bebió su coñac de un golpe. Alzando la lista de los pasajeros, la ojeó, y su rojizo índice se movió hacia abajo, parándose en el nombre *Kenworthy. El honorable Jerome*. “Ej’m; sí; a éste le conozco bastante”.

“¿A quién?”, preguntó Max.

“Al joven Kenworthy, hijo de lord Fulano o Zutano. Ha viajado conmigo otras veces. Tiene mucho dinero. Siempre está mareado en la primera mitad del viaje y borracho en la segunda. De él estoy seguro, pero de los otros...”.

Cada vez Max estaba más perplejo: “Hay un hombre de negocios del Oeste, llamado Hooper”, replicó, “y un oficial del Ejército francés. Además, un tal doctor Archer, el dicho Kenworthy joven y una tal *miss Valerie Chatford*; a los cuales yo no he visto. Finalmente, existe una...”.

“¿Mrs. Zia Bey?”, interrogó el capitán elevando sus ojos oscuros.

“Sí. ¿No has pensado que es un personaje un tanto siniestro?”.

“Es una...”, comenzó a decir el comandante Matthews, reprimiéndose en el acto; y, encogiéndose de hombros, añadió: “No, no la conozco, pero sí conozco todo cuanto se refiere a ella”. Miró a Max estrechamente. “Haz lo que te encargué, pero mantente alejado. Puede tener gustos raros”.

“¿Qué quieres decir?”.

“Eso, precisamente”.

“Es ciertamente interesante”.

“Lo es, ¡vive el Cielo!”, dijo el otro, quitándose la gorra y volviéndosela a poner con un refunfuño. Las doradas hojas de su galón prestaban a su mirada un aspecto más severo, más competente, más oficial. “Quizá no pienses así, si es que la conoces. Ahora, toma un trago y márchate, pues tengo mucho que hacer. Recuerda, mantén los ojos abiertos. Si vieras algo extraño, *cualquier cosa* (no puedo decirte más), acude a mí en seguida. ¿Conformes?”.

Cinco minutos más tarde, llevado por sus pies inseguros y azotado por el viento, Max estaba nuevamente en la cubierta A.

El *Edwardic* marchaba con más suavidad, y el rumor de sus máquinas semejava un rítmico y firme latido. Esto aumentó la inquietud y el silencio de

catedral que lo envolvía todo. Entró en el salón; allí seguía la caoba, las columnas alineadas y el techo de mosaicos de cristal, pero no había un alma.

Se sentó en una silla y volvió a levantarse de nuevo. Cerca del piano había un *jazz-band* preparado para el baile. Al remover la funda que lo envolvía, ocasionó unos pequeños golpecitos sobre los címbalos; el ruido fué tan grande, que se apresuró a colocar las cosas en su sitio. Se había apoderado de él una verdadera fiebre de inquietudes, y no quería admitir que ello era debido a los nervios. Sus nervios —se dijo a sí mismo— estaban tan seguros como antes de la caída del andamio en el fuego del *Chemical Works*. Tom Miller se había partido el cuello en la caída.

Desde el salón, Max pasó a la larga galería que se abría tras éste. Estaba cubierta de alfombras, mullidas sillas de felpa, estantes con libros y pequeñas figuras de bronce con lámparas. Tampoco había nadie. Entonces pasó al salón de fumadores, que se abría más allá de la larga galería. También estaba desierto... excepto la presencia de Estelle Zia Bey.

De todos los departamentos públicos del *Edwardic*, el salón de fumadores era el de ambiente más apacible. Sus lámparas, veladas por cristales esmerilados, eran deliberadamente tenues. Los adornos eran de color rojo oscuro, y el destello de las lámparas resbalaba sobre el rojo cuero repujado de las sillas con ribetes cromados, sobre los tapetes verdes de las pequeñas mesas, y sus pulidos ceniceros, sobre el rojo linóleo del suelo, así como sobre los rojos ladrillos de una chimenea, la cual tenía encima un pesado reloj de mesa y debajo un voluminoso gato de porcelana negra sobre un cojín rojo... el todo, una fuente de fascinación o de estética agonía para borrachos.

En el rincón más distante, al lado de las puertas que conducían a la cubierta de popa, había un pequeño bar; detrás de éste, el blanco *barman* dormitaba. *Mrs.* Zia Bey estaba sentada en un taburete enfrente de él y sorbía un *ginfizz* con una paja. Su rostro se reflejaba en uno de los espejos, y Max pudo verlo al aproximarse. Parecía semidormida, con las espaldas un poco echadas hacia delante y cubiertas, con el abrigo de marta cibelina. “Hola”, dijo Max.

“Hola”, respondió *Mrs.* Zia Bey, y continuó sorbiendo la bebida. Sus ojos de pálido azul estaban medio abiertos bajo los párpados. Después de una pausa, alcanzó y le señaló un taburete a su lado. “Siéntese”, dijo.

Y él se sentó.

Ésta fué la primera noche de la travesía, noche del viernes diecinueve de enero. Max durmió mal. A pesar del tiempo desapacible, el ambiente de la cabina era tan caliente, que producía dolor de cabeza. El ventilador eléctrico zumbó durante toda, la noche; su ruido se mezclaba con un largo y silbante flujo y reflujo de las aguas. El suave cabeceo alivió a Max, pero sus sueños no fueron agradables. Hacia la madrugada —o al menos así le pareció— fué despertado por unas fuertes pisadas y un gran bullicio producido en alguna parte. Se dió cuenta de su causa. Eran los botes salvavidas que estaban siendo desenganchados de los soportes donde debían estar sujetos, y dispuestos, para ser lanzados en el momento oportuno, durante el resto del viaje. Entonces se volvió a adormecer y no despertó hasta que el clamor de campana de alarma, sonando insistentemente, le arrancó el sueño del cerebro.

“Ejercicio de salvamento, señor”, dijo la voz del camarero al lado de su cama. “Debe usted *apresurarse*. Son las once”.

Sin molestarse en afeitarse, Max se echó un poco de agua por la cara y alcanzó un vestido. Cogió su chaleco salvavidas, la máscara de gas y una manta, y se precipitó hacia el comedor, mientras la campana seguía sonando como una alarma de incendio. Lo que la pasada noche había sido melancolía y oscuridad entre los pasajeros, era entonces exuberante jovialidad. *Mr.* John Lathrop gastaba bromas sobre *Mr.* George A. Hooper, cuyas facciones no podía Max recordar. El capitán Benoit estaba allí, con su careta anti-gas conscientemente puesta, con su sobresaliente gorra, roja y dorada, y su aspecto insignificante. Estrella Zia Bey apareció, sonriendo con intención a Max. Esta mañana se les agregó un nuevo pasajero, a quien el tercero de a bordo dió el tratamiento de 'doctor'; un elegante y educado caballero que llevaba el cabello cuidadosamente alisado y cepillado desde su frente.

“¡Señoras y caballeros!”, dijo el tercer oficial, mientras la campana de alarma dejaba de sonar bruscamente y su voz se hacía más potente. “Tal y como dije ayer a ustedes”, prosiguió con precipitación, “si fuésemos atacados por mar o aire, oirán esta campana y deberán bajar aquí inmediatamente. Un momento. Esto no quiere decir necesariamente que tengamos que abandonar el barco y subir a los botes de salvamento...”. (“¡Oh!”, suspiró *Mr.* Hooper con cierto escepticismo). “Es simplemente una medida de precaución. No

obstante, si aconteciera, ustedes deberían seguirme y salir a cubierta... así. Vengan, por favor”.

Agrupáronse todos detrás de él, subieron y salieron al exterior; la mañana era pesada y plomiza; el mar estaba picado con blancas crestas, y el viento era frío de muerte. Cuando salieron todos a la cubierta A y los botes salvavidas fueron descubiertos y preparados, Max vió algo que le chocó y le hizo avergonzarse de su alegría un tanto burda. Alineada en dos derechas hileras, inmóvil, firme, la tripulación del *Edwardic* aguardaba atenta, cada cual en su puesto. Los uniformes azules de los camareros de los salones y cubiertas, en un grupo; en otro, los blancos chalecos de los sirvientes de cabinas y comedor; las cofias de las camareras, los oficiales, despenseros, cocineros, pinches, en fin todos con sus rostros lavados y los botones relucientes; detrás, los estibadores y engrasadores esperaban a pie firme. Cada cual llevaba su chaleco salvavidas, y todos vista al frente. Así permanecerían todos, aunque el hundimiento de la cubierta y la inclinación del barco les lanzara al agua helada, hasta tanto no hubiera entrado el último pasajero en los botes salvavidas. Estos eran (los pasajeros) los que precisamente presentaban dificultades.

“Ahora, esperen ustedes un instante”, dijo el fatigado tercer oficial mirando a su alrededor a tiempo que contaba: “¡Miss Valerie Chatford!”, llamó con voz clara. “¡Mr. Jerome Kenworthy!”, continuó. No hubo contestación. Entonces, hizo una bocina con sus manos y repitió: “¡Miss Valerie Chatford, Mr. Jerome Kenworthy!, ¡hagan el favor!...”.

Un marinero que había sido destacado para esperarlos, se inclinó y habló en voz baja. “Me tiene sin cuidado que estén mareados o no”, dijo el tercer oficial. “Deben estar aquí. Tráigalos, ¿hace el favor? Esto puede ser cuestión de vida o muerte. Deben saber lo que hay que hacer y dónde ir. ¡Santo Dios! ¡Ahora se nos va el francés!...”.

“Bueno, usted ha dicho 'ir'”, remarcó bastante razonablemente Lathrop. “El capitán Benoit no habla más de seis palabras en inglés; lo conozco porque tuve una conversación con él. Es de Provenza. Intenta leer *Gone with the Wind*^[2], con ayuda de un diccionario francés-inglés, y parece que no puede conseguirlo de primera intención. El...”.

“¡Calle, por favor!”.

“¡Bueno, bueno, hijito!”, dijo Mr. George a Hooper con dulzura.

“Lo siento, señoras y señores, pero debo suplicarles que permanezcan aquí unos minutos más, Hay aún una última instrucción que dar; desde este

momento, les rogamos que lleven ustedes sus chalecos salvavidas dondequiera que vayan”.

“¿Llevarlos puestos?”, preguntó *Mrs. Zia Bey* un tanto horrorizada.

“No, no es necesario ponérselos. Pueden llevarlos consigo, pero no los abandonen”.

“¡Ah!, y ¿también las caretas anti-gás?”.

“No, no es preciso”.

“¿Y las mantas?”.

“Tampoco”.

“¿Es que vamos a ser convoyados?”.

“No tengo instrucciones sobre ello, señora. Quizá, pensándolo mejor, sería preferible si todos ustedes se marchasen. Yo me las arreglaré con los que faltan”.

Así, por el momento, Max no vió a *miss Chatford* ni al fanfarrón —según se afirmaba— de *Mr. Kenworthy*. Pero no pensaba en ellos. Pensaba en *Estelle Zia Bey*. Lo que él no lograba decidir era si le atraía mucho o si le repelía intensamente. Sus maneras lo mismo decían una cosa que otra. Tenía una risa especial, fuerte y áspera, lanzando hacia atrás su cabeza y abriendo su boca con tal amplitud, que era capaz de irritar los nervios de cualquiera. Consumía *ginfizz* a una velocidad de uno por quince minutos sin perder nunca la cabeza. Exceptuando su elegante pronunciación y su conversación delicada, parecía tan burda como la mujer de un pescador. Pero poseía unos ojos tan expresivos y una figura de la que emanaba tal atracción, que se terminaba por acercarse a ella, por más esfuerzos que se hicieran.

Su conversación en el bar la noche anterior había sido una especie de escaramuza, un forcejeo, en el cual, cada uno, midió las fuerzas del otro con maniobras. Lo observó en sus fieros y retadores ojos. Ambos quedaron indecisos; cada uno dijo, en efecto: “no puedo formar un juicio acerca de usted”, y se separaron con cierta hostilidad. Pero esto fué la noche anterior, la primera y tenebrosa noche a bordo. Por la mañana, durante el ejercicio de salvamento, ella le sonrió tan hábilmente, que fué como si a ambos les envolviera un velo de intimidad. Ella había reflexionado mejor sobre aquella hostilidad... y él también.

El barco entero, en efecto, parecía haber despertado. Cuando Max la invitó al bar para tomar un *cocktail* antes del *lunch*, ya encontraron allí a *Lathrop*. Estaba delante de la chimenea de ladrillo rojo, con las piernas abiertas. Con él se hallaba el elegante y siempre recién peinado caballero —evidentemente el *Dr. Reginald Archer*— a quien *Lathrop* tenía

momentáneamente cogido por la solapa. Lathrop les hizo una seña para que se acercaran, e insistió en pedir un *Martini* para todos.

“Lo que nosotros necesitamos”, dijo, “son más ejercicios de salvamento. Sí, de veras. Este resultó muy bonito. ¿Supongo que pudieron por fin sacar de la cama a esos dos sinvergüenzas?”.

“Creo que sí”, sonrió el Dr. Archer. “De hecho, yo me quedé atrás para ver... ¡A su salud!”. El doctor era lo que se dice un hombre de mundo. Tenía siempre en el rostro una expresión indulgente, una media sonrisa como si estuviera en paz con la vida. Nunca hablaba hasta que todos habían hablado, y entonces lo hacía con aire deliberadamente juicioso. Era quizá más viejo de lo que representaba. Estaban sentados en el sofá de cuero rojo que había delante de la chimenea, con las lámparas encendidas detrás de sus cabezas, puesto que pocos ventanillos estaban abiertos, aun en los salones. Cuando el Dr. Archer se sentó confortablemente, con su pulido y engomado cabello y su tímida barba, la luz amarilla mostró innumerables y finísimas líneas alrededor de sus ojos. “Espero”, continuó alzando el *cocktail*, “que esto me arreglará; he pasado una mala noche”.

“¿Mareo?”, preguntó Lathrop con simpatía.

El doctor Archer sonrió. Sus ojos estaban mirando una bagatela, sumidos y amarillentos; pero esto podía ser un efecto de las lámparas. “En parte”, contestó.

“¿En parte?”.

El doctor Archer sonrió de nuevo. “Sí. Pero yo mejor quisiera saber quién estaba practicando un lanzamiento de cuchillo en los pasillos, a las dos de la madrugada”.

Como buen conversador, esperaba una sensación. Y la produjo. “¿Lanzamiento de cuchillos?”, dijo Lathrop casi gritando, hasta el punto de que el camarero del bar dejó caer un vaso que estaba limpiando, rompiéndole.

“Eso creo yo”.

“Pero ¿qué ocurrió?”.

“Tuvo algo de aventura”, dijo el doctor. Su rostro, eternamente risueño, se tornó serio.

“¿Sí? ¡Siga, por favor! ¿Qué fué?”.

Archer les atormentó un poco más antes de seguir hablando. “Ocurrió, como dije, alrededor de las dos de la madrugada. Estaba descansando en la litera de mi cabina. Mareado, señoras y caballeros, muy mareado. El barco cabeceaba mucho y crujía lo mismo que una silla de mimbre. Y, además, estaba casi desagradablemente silencioso”.

“¿Sí?”.

“¡Oh!, ¡a propósito! Debo explicar que nadie había cerca de mí por ninguna parte. Mi cabina está en la cubierta C, en medio del barco; fuera, corre un estrecho pasadizo de unos doce a catorce pasos de largo, que termina en un muro blanco con una portezuela”. (Todo lo ilustraba con gestos de sus manos, perfectamente manicuradas). “A lo largo del pasadizo hay una cabina vacía”.

“Pues bien; lo primero que yo oí fué una especie de golpe así: ¡pum! Lo mismo que si alguna cosa sólida hubiese golpeado madera. Inmediatamente escuché unos pasos por mi puerta, que iban hacia el final del pasadizo y daban la vuelta y volvían otra vez. Eran pisadas cortas, pequeñas, suaves, como de una persona que estuviera paseando con la punta de los pies. Después de pocos segundos escuché otro ¡pum! Volvieron las pisadas suaves otra vez dieron la vuelta y se marcharon. ¡Pum!, otra vez, ¿comprenden ustedes?...”. El doctor Archer inclinó la cabeza y sonrió, excusándose. “¡Se me cortó la respiración! Pues sí, señor, ¡se me cortó!”.

”Toqué la campana para llamar al marinero, pero nadie respondió. Así, pues, me levanté, sintiéndome terriblemente indisputado y atolondrado, y daba traspies hacia la puerta. Sonaron dos golpes más mientras yo caía redondo e intentaba encontrar la puerta. Lo que no podía soportar era la cautela de aquellos ruidos y pisadas en medio de la noche: era como si los pasos se acercaran a mí”.

“Entonces... ¡aprisa!”.

“Llegué a abrir la puerta, y algo huyó esquivando. Esto es lo único que puedo decir. Pero no me encontraba bien, y mi vista tal vez no fué buena. En todo caso, el pequeño pasadizo estaba completamente vacío”.

“Sin embargo, había luz encendida en el pasaje principal, que iluminaba al pequeño. Alguien había estado usando este último como salón de tiro; alguien había estado lanzando un pesado cuchillo sobre un pedazo de papel prendido al final del muro sobre la portezuela. Sobre el pedazo de papel había sido dibujada en forma imperfecta una cara humana. El cuchillo había hecho blanco en todas las tiradas, frecuentemente atravesado los ojos o el cuello. Por esto he dicho antes que he pasado una mala noche”.

Hubo una pausa.

Cogiendo su vaso de *cocktail*, lo vació de un trago y volvió a colocarlo en su sitio. Mientras contó lo sucedido, sobre su rostro había cierto centelleo que parecía decir: ‘Ustedes saben que puedo estar bromeando; pero puede que no’; y entonces sacudió las rodillas de sus pantalones.

“Bien; ¿he tomado un *Martini*? ¿No? ¿Seguro? Entonces debo irme y cepillarme un poco para el almuerzo”.

Lathrop preguntó con afectada incredulidad.

“¿Es de verdad?”.

“Completamente exacto. Si usted no me cree, venga abajo y eche una ojeada sobre las hendiduras del cuchillo en la pared”.

“¿Vió usted el cuchillo?”.

“¡Oh, no! Se lo habían llevado”.

“¡No lo creo! Perdón; no lo tome como ofensa, usted me entiende, pero ¡no lo creo y es una necedad!”.

El doctor Archer levantó sus pantalones y sonrió. Adelantó sus pies, tiró hacia abajo su chaleco y se ajustó el talle de su irreprochable chaqueta. Evidentemente, era la primera vez que alguien se aventuró a colocar alguna historia (verdadera o falsa) a Lathrop; y a éste, que de ordinario solía contarlas, no le hizo ninguna gracia. En contrapartida, adoptó una sonriente y escéptica expresión, sacudiendo la cabeza con reproche; pero Max conoció que estaba impresionado. “Puede ser que ronden el barco”, sugirió Max; “ya sabe usted, algo parecido al caso del *Upper Berth*”.

“Puede”, agregó Lathrop cacareando. “Puede que este francés sea un fantasma. Nunca se le ve, excepto a las horas de la comida. O puede que sea el pobre Hooper el que es un fantasma. ¿Les he hablado acerca de Hooper?”, preguntó Lathrop, cogiendo de nuevo las riendas de la conversación y dirigiéndola donde deseaba. “Fabrica sellos de caucho, y su hijo es...”.

“Dispéñeme”, interrumpió Max; “pero, doctor, ¿no ha dado cuenta del asunto?”.

“Dar cuenta. ¿Y a quién?”.

Max no lo sabía. Pudo con dificultad decir ‘al capitán’, dado que la historia podía ser una broma o, como parecía más probable, una invención del doctor Archer. Alguien había dicho a Max que el doctor Archer era aficionado a esta clase de humor que consiste en contar las más salvajes mentiras con el rostro serio y grave, sólo porque uno imagina que antes alguien ha tratado de darte en la espinilla. El doctor Archer, que había estado hablando por algún tiempo con Lathrop, había, probablemente, imaginado que Lathrop no había hecho más que enredar una mentira tras otra. Desgraciadamente, ésta era la impresión que Lathrop producía.

“Pero ¿qué hay acerca del papel?”, preguntó Max, “¿del papel que tenía dibujada la cara? ¿Lo guardó usted?”.

“El camarero lo tiene, o debe tenerlo”, respondió Archer sin alteración. “Estaba sujeto al muro con un imperdible. Pueden ustedes preguntarle; estoy diciendo la verdad; ustedes lo saben. ¡Palabra de honor!”.

“¡Por Dios, lo creo absolutamente!”, exclamó Lathrop de pronto.

“Y en este caso”, dijo Max, “debemos poner todos los indicios en manos de nuestro experto criminalista”.

El doctor Archer alzó sus casi invisibles cejas rubias. “¿Nuestro experto criminalista?”.

“Sí, *Mr.* Lathrop. Después de todo, representa al Departamento policíaco de Nueva York, y si está atravesando el océano es para atrapar a Carlo Fenelli”.

Segunda sensación. “No es completamente exacto”, dijo Lathrop sin pestañear. “Supongo que se lo diría su hermano”.

“Sí”.

“No es absolutamente exacto”, dijo Lathrop en el mismo balbuciente tono. “Es cierto que ando detrás de Carlo Fenelli; pero no estoy en contacto con el Departamento de policía en la forma que usted piensa. Soy un asistente del fiscal de distrito. Mi papel es procurar que Carlo no se escape con alguna de sus celebradas estratagemas legales. Gran pillo ese Carlo”.

“¿Se trata de Carlo Fenelli, el *gangster*?”, preguntó el doctor Archer.

“Sí”. Lathrop hizo un gesto con el cual parecía dejar esto a un lado como cosa de poco interés. Parecía excitado por algo distinto. Balanceándose cerca de la chimenea, con las manos tras su espalda y su frente cruzada por unas arrugas de meditación, dejó que su faz se iluminara por una mueca juvenil. “Vea... me refiero al asunto del tirador de cuchillo”, prosiguió. “Soy un abogado, no un detective. Gracias, sin embargo, por la lisonja. En realidad, el estudio de las huellas digitales fué en otro tiempo una de mis chifladuras. Pero hay una cosa que puede ser muy interesante en la historia del doctor. Alguien estuvo arrojando cuchillos contra una cara humana dibujada en un trozo de papel. Bien; la cosa es: ¿había algo personal? ¿Representaba el dibujo una cara en particular? ¿Podría usted reconocerla?”.

El doctor Archer chasqueó los dedos. “¡Estúpido de mí!”, exclamó como si una pequeñez hubiera escapado de su memoria. “Debía haberlo mencionado. No. Aquel dibujo no era reconocible como de alguien en particular; sólo era un imperfecto bosquejo. Mas una cosa, si esto puede tener algún valor para usted, estaba perfectamente clara”.

“¿Y era?”.

“Que era el rostro de una mujer”, dijo el doctor Archer.

“Maxie”, dijo «Mrs.» Zia Bey. “¿Sí? ¡Maxie! ¿Sí? Tengo una sed horrible. ¿Podría usted ir a por otra copa?”.

“Mire, Estelle, estoy dispuesto a llevarle todo el coñac que haya a bordo en este barco; pero está casi como una cuba. ¿Puede resistir aún?”.

“Maxie, no sea usted intratable”.

“Está bien. ¡Camarero!”.

Las cosas volvieron de nuevo a ir mal. A las nueve en punto de aquella noche, el *Edwardic*, habiendo encontrado un viento de proa a unas seiscientas millas de *Ambrose Ligth*, comenzó a navegar con mar fuerte. En la espaciosa galería, donde las sillas eran tan pulidas que fácilmente podía resbalarse en ellas, Max se sentó, apoyando su espalda y agarrándose. Mrs. Zia Bey se arrodilló sobre el asiento de otra, enojada. Él vino recién terminada la cena para tomar su café en paz y tranquilidad. Su pierna enferma había comenzado a dolerle con el cambio de tiempo, y en su interior tampoco se sentía demasiado confortable a causa de los movimientos del buque.

Estelle Zia Bey se le reunió una media hora más tarde. Tan pronto como la vió entrar por otro extremo de la galería —deslizándose sobre la gruesa alfombra y recogiendo la blanca falda de seda con volantes—, se dió cuenta dónde estaba el error. Caminaba abrazando un gran bolso de mano, igualmente blanco.

Estelle empezó a hablar con cierta volubilidad. Lathrop y George A. Hooper, en su opinión, habían estado de un caprichoso humor durante la cena. Cuando pasaron cerca de su mesa, al salir, se sentaron y la invitaron a beber. Hooper, dijo, había 'dado un paso' hacia ella. Max consideró esto muy poco probable; pero en el inflamado estado de su imaginación, ella era apta para decir cualquier cosa. Contó la historia con una combinación de inmensa dignidad, cacareantes carcajadas y versallesca coquetería.

Él la retuvo con una mano, mientras hacía señas al camarero con la otra. “¡Camarero! ¡Dos coñacs!”.

“Dos coñacs *dobles*, Maxie”.

“Dos coñacs dobles. Pero, por el amor de Dios, siéntese en esta silla. No se arrodille en ella: siéntese”.

“¿Qué te pasa, Maxie? ¿Ya no quieres a tu pequeña Estelle?”.

“Desde luego que sí, pero ¿no comprende que puede caerse y se romperá la cabeza?”.

“Me tiene sin cuidado”.

“¡Qué tontería! ¿Dónde tiene su chaleco salvavidas?”.

“No lo sé. Lo he dejado en alguna parte...”. Al mirarla de reojo, se dió cuenta del cambio que había experimentado. Sus ojos, con finas arrugas, enrojecidos alrededor de las pupilas azules, empezaron a llamear. Las arrugas que bordeaban su boca hacían el efecto de haberse prolongado hacia abajo. Levantó el bolso de mano como si fuera a tirarlo. “Está usted en un atolladero”, dijo ella.

“Puede ser. Pero...”.

“No debe usted creer que es persona de tanta importancia”, continuó con voz chillona, intentando levantarse; “he conocido a mucha gente bastante más importante que usted; me estoy acordando de uno: en el Alm... ¡al demonio! No hay necesidad de que usted me pague mis bebidas. Tengo mi información, tengo mis pruebas, tengo mi...”.

“Cálmese. Aquí tiene su coñac”. Estaba excitada por los vapores del alcohol, y apenas se daba cuenta de sus actos. Sus exclamaciones apenas se oían entre el estrépito y el bramar del agua, que sacudía los muebles del barco y que parecía sacudir también sus dientes. Súbitamente pareció aún más aturcida. “Venga aquí, yo la sostendré; siéntese”.

“¡Maxie!”, exclamó entre lágrimas y sentándose en su regazo y colocando la cabeza sobre sus hombros. En este momento, *miss Valerie Chatford* entró en la galería.

Ser descubierto de improviso en un departamento público de un barco con un vaso de coñac en cada mano y con una mujer ebria agarrada al cuello, puede decirse que es para desconcertar a cualquiera. Pero, pasado el primer momento —cosa extraña—, Max no se sintió ya en situación tan embarazosa. Estaba furioso, eso sí, y más que nada por la mirada que lanzó sobre él Valerie Chatford.

Esta hizo su aparición por el otro extremo de la galería, es decir, desde el salón. Max no reconoció en un principio a la persona que entraba, y no reparó en ningún detalle, excepto la mirada que le dirigió. *Miss Chatford* poseía uno de esos rostros fríos, arrogantes, que son ordinariamente llamados ‘aristocráticos’. Pasaba por el mundo como si le perteneciera. Aun en reposo, tales rostros excitan la ira. Hacen el efecto de decir continuamente: “¡Oh, qué personas más estúpidas!”. De esta clase fué la mirada que lanzó sobre Max; pero después, aun este pálido destello de interés desapareció de su rostro.

Max tuvo una confusa impresión de una chaqueta corta de piel blanca y de unos cortos rizos morenos. No tuvo tiempo de más, porque en ese momento ella salió del pasillo, apoyándose con una mano sobre un armario de libros, que rechinó con el peso, y Max se dió cuenta de que, después de todo, Estelle era una persona tan atrayente como ella y más humana.

“¡Maxie!”.

“¿Qué?”.

“¿Dónde está mi copa de coñac?”.

“Aquí. Siéntese y tómelo”. Sentía una especie de lenta desesperación. “Escuche”, dijo, afirmando el nada ligero peso del cuerpo de Estelle sobre sus rodillas. “Sólo hay una cosa que hacer. Deme un poco de tiempo para ello, y después los dos sentiremos lo mismo”.

“¡Maxie! ¡Qué amable eres!”.

“Mientras tanto, ¿qué diría usted si saliésemos a tomar un poco de aire sobre cubierta? ¿Se atreve usted?”.

“No seas tonto, Max. Ya lo creo que sí”. “Entonces, venga”.

Estelle parecía vencida y un tanto ofuscada, y Max se sintió intensamente inclinado a protegerla. Pensaba que era una buena muchacha, que sólo necesitaba que se la cuidase *un poco*. Atravesaron el salón y salieron al *hall* próximo a la escalera principal. “La última bebida me ha sentado bien”, dijo Estelle con voz ronca; “con su permiso, voy a bajar a mi cabina para coger un abrigo y empolverarme la nariz. Estaré contigo en menos de un minuto”.

“¿Podrá usted ir sola? ¿Quiere usted que la acompañe?”.

“¡Oh, no; puedo muy bien! Espérame aquí. Volveré en seguida”. Max vió cómo Estelle se agarraba al pasamanos de la escalera y descendía, apretando su bolso de mano contra el pecho. En el muro opuesto a la escalera, había un reloj cuyas manecillas marcaban las nueve cuarenta y cinco. En los momentos de silencio del estruendo exterior, podía escucharse el monótono tic-tac marcando minuto tras minuto. Mientras esperaba, el corazón de Max se encendía y entusiasmaba por Estelle Zia Bey. Es posible que hubiera estado un poco ebria, pero era indudable que parecía abandonada y casi digna de lástima cuando bajaba a traspies aquellas, escaleras. En parte —sin duda alguna—, esta impresión era producida por la disposición de ánimo de Max, por la soledad en que se encontraba u otras causas. Pero había que reconocer que era la persona más humana y sensible de todas las que viajaban a bordo del barco; bastaba compararla con la fría y arrogante mujer que había cruzado la galería.

Intentó recordar lo que Estelle le había dicho acerca de sí misma. Pero esta información sólo la había facilitado a tirones. Su mente de ella, lo mismo que una estación de ferrocarril, estaba llena de confusión y de ruido de cruzamientos, pero sobre cada pista corría una especie de impetuoso y sano temperamento. Había hablado largamente sobre su segundo marido, *Mr. Zia Bey*, de quien estaba divorciada hacía unos seis meses. Tenía dos niños, en un colegio de Suiza, cuya tutela le había sido adjudicada a su marido. La manilla del reloj produjo un golpe seco. Cinco minutos.

Max, con el chaleco salvavidas echado sobre los hombros, iba sintiendo mayor dificultad para mantenerse de pie, incluso con ayuda del bastón. Bajo él, la cubierta parecía deslizarse hacia lo más profundo, dando la impresión de una caída colosal, deteniéndole la respiración en la boca del estómago. Se elevaba, quedaba un momento en suspensión y volvía a descender con la misma facilidad que un corcho en el agua antes de que pudiera recuperar el equilibrio. Todo el maderamen crujía. Cayó sobre el pilar, se incorporó de nuevo y volvió a caer sobre la base del mismo. Soplaban un viento fuerte, cargado de humedad. A veces, una puerta golpeaba con estrépito. Nada mejor que salir a cubierta en una noche como ésta. El mar estaba agitado y golpeaba las planchas del *Edwardic* como un puño. Max pensó que debería llevar un abrigo. Luego recordó a Estelle. ¿Qué edad tendría? Había dicho firmemente que tenía treinta y cinco años. ¿Dónde estaban los otros pasajeros? En el próximo departamento —el salón—, algo muy pesado, que sonó lo mismo que una palmada, debió caer al suelo rodando con estrépito. El camarero del salón lo habría visto. Todas y cada una de las piezas del armazón rechinaban. Diez minutos. ¿Qué estaría haciendo esa mujer?

Comenzaba a aturdirse. Estelle había salido con la mejor intención del mundo, desde luego; pero, en un olvido, se había metido en su litera. Lathrop y Hooper debían haberle dado gran cantidad de licor, y además, había tomado tres o cuatro *cocktails* antes de cenar. Aun esperó varios minutos antes de que la aprensión comenzara a turbarle. Estelle estaba prácticamente ignorada para el mundo. ¿No podría haberse caído y dado un golpe en la cabeza? Fácilmente puede ocurrir en cualquier cabina. Desde el *hall* le llegaba un desagradable olor de goma quemada, entrándole por los orificios de la nariz, y no le dejaba respirar apenas; pero no le gustaba salir. Se hubiera avergonzado de perder su jactancia a causa del mareo. Mas era preferible bajar y enterarse de lo que hubiese ocurrido.

Los escalones que tuvo que bajar no ofrecían, ninguna seguridad debido a hallarse recubiertos de planchas de latón, que los hacían resbaladizos en

extremo, y, sobre todo, al movimiento ondulante producido por las sacudidas del barco. Pero parecía necio realizar un gran esfuerzo para bajar en un arranque hasta la cubierta B, y cuando alcanzó el pasillo estaba sin respiración apenas. El largo pasadizo sobre la cubierta B, reluciente y lustroso como el cuero de un zapato, extendíase hasta las cabinas de estribor. Se detuvo frente a la puerta de Estelle y llamó con suavidad. No hubo respuesta, y repitió la llamada.

“¿Desea algo, señor?”, preguntó su camarero, apareciendo de repente por el recodo del pasadizo principal.

“No, gracias. Puede retirarse”.

Volvió a llamar por tercera vez, sin resultado alguno, y al fin se decidió a abrir la puerta. La cabina estaba a oscuras. Únicamente, del pequeño cuarto de baño llegaba una tenue luz a través de la puerta, completamente abierta y sujeta por dentro, que bastaba para seguir el contorno de los objetos situados en la cabina, que saltaban y se estremecían, moviéndose como sombras. La cabina era de forma cuadrada. Sobre el muro de enfrente y en el extremo izquierdo se hallaba una litera. Fué tocando con la mano sucesivamente los restantes objetos: una mesilla de noche, un lavabo de porcelana, el tocador con su espejo, otra mesilla de noche y la cabecera de una nueva litera. Todos estos objetos estaban alineados en la pared de enfrente.

Estelle Zia Bey era un objeto más, de oscuros contornos en la semipenumbra; había estado frente al tocador, con la espalda vuelta hacia Max. Ahora había caído con la cara hacia adelante, todavía sentada en el taburete, sin otro movimiento que el producido por el balanceo propio del barco. Parecía como si se hubiera caído sin sentido mientras, se aplicaba el lápiz rojo de los labios. Pero había en la atmósfera del cuarto un olor acre y caliente que sofocaba la respiración. Max encendió la luz. Lo primero que vió fueron unas manchas de sangre sobre el espejo. Entonces le pareció ver sangre por todas partes. Eso mismo era lo que había olido.

Salió fuera y cerró la puerta. “¡Camarero!”, llamó. No obtuvo respuesta. “¡Camarero!”, rugió Max. Parecía como si el estómago se abriese y cerrase dentro de él. Cerrando los ojos, intentó superar las náuseas. Cuando volvió a abrirlos de nuevo, vió al camarero frente a él. “Vaya usted a avisar al capitán”, dijo Max.

La enormidad de esta petición pareció aturdir a su compañero. En la media luz, Max pudo observar sus ojos brillantes y abiertos, como dos globos de cristal en gesto suplicante: “¿Al capitán, señor?”.

“Al capitán”.

“Pero yo no puedo hacer eso, señor. Usted sabe que no podemos molestar al capitán”.

“Mire”, dijo Max con dureza. Ambos, él y el camarero, tuvieron que sostenerse a sí mismos en un balanceo, pero éste los llevaba tan ligeramente, que parecían estar volando. “Soy hermano del capitán, ¿ha comprendido? Su hermano. Tengo órdenes tuyas de hacer lo que precisamente estoy haciendo. Haga usted lo que le digo, y lleve el mensaje personalmente, o él le hará papilla. Dígale que necesito verle en seguida en la cabina B-37, y ya supondrá por qué deseo verle. Ahora, márchese en seguida”.

Después de una pausa, el marinero obedeció. Max volvió a entrar en la cabina B-37, y cerró la puerta detrás de él.

“MISTRESS” ZIA BEY TENÍA un profundo corte en la garganta. Es éste uno de los espectáculos más desagradables, aun dentro de las muertes violentas, y no es necesario describirlo. Pero Max tuvo que mirarlo atentamente, y la fría luz que provenía del globo del techo lo mostraba con ruda claridad. Afortunadamente, tenía la cara oculta entre sus brazos, que la rodeaban por ambos lados y que, doblados por los codos, caían por encima de su cabeza. Como su traje de seda no tenía espalda y estaba inclinada hacia adelante, se podía ver las articulaciones de la columna vertebral bajo la tensa y suave piel morena. El cabello ayudaba a ocultar su rostro. Había tanta sangre, que hubiera sido difícil identificar a primera vista muchos de los artículos de tocador que había sobre la mesa. Al ser cortada la arteria, la sangre había llegado hasta el espejo, y después había empapado su vestido por el delantero y ambos lados. Cuando las hélices salían del agua, las vibraciones que estremecían la cabina hacían temblar su cuerpo, como si estuviera llorando. En aquel momento, el cuerpo de *Mrs. Zia Bey* se inclinó a un lado, y hubiese caído al suelo si Max no le sujetase fuertemente.

Aquello no parecía poder ser cierto.

Pero lo era.

A sus espaldas, la puerta del guardarropa se mantenía abriéndose y cerrándose —abriéndose y cerrándose con un enervante y monótono *clac*, a intervalos de aproximadamente veinte segundos—, y Max se dió cuenta de que se sobresaltaba al oírlos. Empujó la puerta firmemente con el codo, y después trató de recorrer la cabina y mirar a Estelle desde todos los ángulos.

Los dos baúles de Estelle habían sido retirados hacía algunos días, de manera que la cabina relativamente estaba despejada. Su bolso blanco estaba abierto sobre una litera. El abrigo de marta yacía junto a él, y el cubrecama mostraba dos grandes manchas de sangre en su blanca superficie.

Debió haber sido asesinada mientras estaba bebida.

Los papeles pintados que cubrían la cabina eran azules y anaranjados. El ambiente se tornaba caliente, irrespirable, cegador, sofocante, y la mampara no cesaba de molestar con su ruido. Pero apenas habían pasado cinco minutos cuando apareció el comandante Francis Matthews, lanzando su mirada interrogante al interior. Después de esto, entró rápidamente y cerró la puerta.

Durante cierto tiempo no dijo nada. Max podía oírle respirar asmáticamente. “¿Ha sido ella misma?”.

“No”, dijo Max; “no creo eso, de ninguna manera”.

“¿Por qué?”.

“Por el corte de su garganta. Además, no he encontrado nada con lo que pudiera haberlo hecho. Aquí sólo hay una lima para las uñas”.

“Entonces, ¿un asesinato?”.

“Eso parece”.

El comandante Matthews echó una mirada alrededor. “¿No lo habrás hecho tú...?”.

“¡No, no!”.

“Echa el pestillo”. Mientras Max lo hacía, el comandante Matthews atravesó la cabina y llegó hasta la litera más apartada, situada bajo el ventanillo del lado izquierdo, y se sentó al borde de la cama. Había recibido el mensaje cuando estaba afeitándose, y despedía un fuerte olor a ‘Embrujo de Avellano’ en torno suyo. Max notó esto porque los olores son las cosas más sensibles para una persona con el estómago delicado. El comandante alzó los brazos y respiró con fuerza. Las hojas de roble doradas de su gorra se mostraban más autoritarias que nunca sobre su cabeza. “¿Qué ha sucedido?”.

Max lo refirió con todo detalle.

“Así, pues, ¿vino ella hacia aquí a las diez menos cuarto”, preguntó el capitán, “¿y tú la seguiste exactamente a las diez?”.

“Eso es”.

“Esperaba algo. Pero no esto. Parece como si...”.

Con el movimiento del barco, el cuerpo de Estelle se deslizó del tocador, rodó hasta el suelo antes de que nadie pudiera sujetarle. Cayó de espaldas, pero rodó de cara, derribando el taburete de baño sobre el que había estado sentada. Objetos de tocador —un lápiz para los ojos, una barra de carmín, un pequeño frasco de barniz de las uñas— fueron arrastrados y cayeron sobre las manchas de sangre, a su alrededor. Mientras yacía con el rostro vuelto hacia la alfombra azul claro, pudieron ver que aún tenía en su mano derecha una gruesa barra de oro de los labios. El comandante Matthews se acercó para examinarla. “Por lo general, tardan bastante en morir”, comentó. “¿Qué sucedió? ¿No gritó, ni ofreció resistencia, o algo así?”.

“No sé nada. Podemos preguntar al camarero, por si oyó algo”.

“Tiene un golpe en la parte posterior de la cabeza”, dijo el capitán, tocando el rubio cabello manchado. “Seguramente, el asesino se acercó por

detrás, la golpeó con algo para aturdiría, la levantó la cabeza, y entonces...”. Hizo un gesto como si cortara algo de izquierda a derecha.

“Haces eso muy a lo vivo”.

El comandante Matthews le miró con ojos penetrantes. “He visto cosas de estas en otro tiempo”, dijo inesperadamente. “En el viejo *Heraldic*; y el que lo hizo fué uno del lavadero”.

“¿Qué hizo?”.

“Mató a una mujer como ésta. Un sexomaníaco, ya sabes a lo que me refiero; sólo que en este caso no se ve ninguna señal de cosa semejante...”.

“No”.

“Es difícil de explicar. El asesino pudo asustarse y haberse marchado fuera”.

Max movió la cabeza. “Tengo la impresión de que hay algo más en todo esto”.

“También yo, aunque pudiera ser eso solamente. Estas cosas acontecen con frecuencia, te lo aseguro”. El capitán hizo una pausa. Por vez primera, su malhumorada voz reveló cierta excitación, Examinó el cuerpo con más cuidado y lanzó una mirada en torno suyo. “¡Santo Dios! Aquí le tenemos, Max. Mira aquí, y aquí, y más allá. ¡Ya le tenemos!”.

“¿Dónde? ¿Qué pasa?”.

“Huellas digitales”, dijo el comandante Matthews. Una vez señaladas, era fácil comprobarlas. Sobre el hombro derecho del vestido blanco de Estelle, marcada en sangre, se adivinaba claramente una huella que podía ser de un pulgar. Otra más difusa se descubría en su cintura, hacia el costado izquierdo.

El comandante Matthews, que había permanecido en cuclillas todo el tiempo que duró la observación, abandonó su postura y respiró profundamente por la nariz. Miró con detenimiento en los dos cajones del tocador de caoba. Sacando una caja de fósforos del bolsillo de su pantalón, pasó uno de ellos, encendido, sobre la manchada superficie del mueble. Precisamente en el borde del cristal —en lugar anteriormente oculto por el cuerpo de la mujer— descubrió una media huella, más estrecha que la de un dedo.

El capitán alargó el cuello y miró al lavabo situado a la izquierda del tocador. Seguramente habían sido colocadas dos toallas en el pequeño soporte que estaba a su lado; ahora sólo una colgaba, Matthews encontró la otra, arrugada y manchada de sangre, en el cesto de los papeles, debajo del escritorio. “Esto es”, dijo con calma. “La asesinó, perdió la cabeza, limpió sus

manos con la toalla y la arrojó a este cesto. Un verdadero loco...”. El comandante Matthews parecía un tanto aliviado.

“Así parece”, admitió Max.

“¿No estás de acuerdo?”.

“Sí, yo supongo que fué así”.

“Entonces, ¿qué te pasa? ¿Por qué tienes esa mirada burlona en el rostro?”.

“¡Oh!, yo no niego que pueda ser verdad lo que dices, sino que solamente...”.

“Bien, ¿qué?”.

“Solamente que me parece demasiado sencillo; esto es todo. ‘El Pulgar Ensangrentado’. Todo arreglado aquí dentro para que nosotros lo veamos. Huellas dactilares, precisamente, donde no pudiéramos dejar de verlas”.

Hubo un silencio, interrumpido por el ruido de las máquinas del *Edwardic* palpitando y batiendo, abajo... lejos... El comandante Matthews se permitió una fría sonrisa. “Desecha esas ideas tan divertidas, Max”, le advirtió. “En toda la familia, siempre has sido el único para esa clase de ideas”.

“Tal vez”.

“Ahora, echa una ojeada sobre lo que realmente pasó. He visto cosas de estas antes de ahora. Las conozco bien. En este momento, el sujeto estará probablemente temblando y sudando en su cabina, bajo la ropa de la cama, extrañado de haber hecho esto y preguntándose si su mano ha dejado indicios. ¡Indicios!” —su faz se ensombreció—. “No está tan mal el asunto. Precisamente, ahora que yo estaba apurado por... otras cosas... ¡buen negocio hemos hecho! Tenemos un monomaniaco a bordo”.

“Estoy de acuerdo; llevamos un monomaniaco a bordo, perfectamente”.

“Sí; y ahora, fíjate en esto, Max. No quiero que esto se divulgue”, prosiguió el capitán con calma. “No es conveniente alarmar a nadie. Así se obra mejor, y echaremos mano a nuestro hombre. Tomaremos las huellas dactilares de cada una de las personas que van a bordo. Es fácil encontrar excusa sin llamar la atención. Una vez que lo hayamos conseguido, atraparemos al socio antes de llegar al otro lado”.

“Parece lo razonable. ¿Sabes algo acerca de huellas dactilares? ¿Cómo identificarlas, por ejemplo?”.

Por un momento, esto hizo titubear al capitán. “No, pero creo que el sobrecargo sabe. Sí, estoy seguro que Griswold sabe. Pero, ¡demonio!”. Reflexionó. “Está ese..., bueno... ese... ¿cómo es su nombre? Lathrop, sí.

¿No es Lathrop el que me dijo que estaba en el camino de ser una autoridad en huellas dactilares?”.

“Imagino que lo está. Y en cualquier caso, será más eficaz que cualquiera de nosotros”.

“Buena idea”, murmuró el capitán, moviendo enfáticamente la cabeza, como para que el plan se le fuera desarrollando en la mente. “Lathrop es policía, y sabrá lo que hay que hacer para tener la boca cerrada”.

“Es un abogado. Pero probablemente importa lo mismo, si se dispone a averiguarlo”.

El comandante Matthews no escuchaba. “¿Podrás *tú* mantener la boca cerrada?”.

“Sí. ¿Cuántas personas vas a tener informadas del secreto?”.

El capitán reflexionó de nuevo. “Las menos posibles. El sobrecargo, desde luego; y el fotógrafo también, porque necesitamos fotografías de las huellas digitales. Y el médico...”.

“¿Te refieres al doctor Archer?”.

“¿Archer?... No; me refiero al médico del barco. ¿Quién demonios ha dicho nada del doctor Archer? ¿Por qué hay que decírselo?”.

“Porque”, replicó Max, “alguien estuvo haciendo prácticas de lanzamiento de cuchillo sobre un dibujo que representaba el rostro de una mujer cerca de la puerta del doctor Archer la noche pasada”. Y a continuación le contó la historia. “No intento molestarte, Frank” —prosiguió mientras el capitán apoyaba sus puños en las caderas, frunciendo la boca en un gesto de preocupación—, “pero creo que tú tienes demasiadas cosas en tu cabeza...”.

“Tonterías. Es mi obligación”.

“... pero esa idea de un sexomaníaco no parece muy convincente. Ni a ti mismo te satisface. ¿Qué significa todo ese misterio que me has insinuado la pasada noche? ¿Qué es lo que sospechas acerca de uno de tus pasajeros? Porque, desde luego, hay algo. Además, ¿quién es ese noveno personaje? Juraría que hay nueve personas a bordo y que tú lo sabes, pero que por alguna razón lo tienes escondido”.

El comandante Matthews no replicó, limitándose a hacer un gesto desdeñoso.

“Mira, Frank, puede ser una coincidencia o un incidente sin conexión el que esta mujer haya sido asesinada ahora. Por último, esas huellas digitales son sospechosas”.

“Pero, ¡maldición! *Hay* huellas dactilares, son auténticas. ¿Qué sospechas de ellas?”.

“No lo sé”.

“Tonterías”, dijo su hermano secamente.

“Tal vez”, replicó Max.

“Bien, y ¿qué te hace creer que ella fué asesinada? Tú estuviste con ella, a pesar de mis advertencias. ¿Por qué piensas que fué asesinada?”.

“No lo sé”.

“Bueno. Entonces, deja las cosas así, y procuremos atrapar al asesino. Ahora, fíjate bien, quiero que vayas a buscar a *Mr. Lathrop* y le ruegues que venga inmediatamente aquí. Cuanto más pronto empecemos, mejor. Entretanto, tendré unas palabras con el camarero encargado de la cabina. Puede haber visto a alguien entrar o salir. También puede ser buena idea hablar a la doncella que atendía a *Mrs. Zia Bey*. No es necesario preguntar demasiado en este caso, porque tenemos las huellas dactilares; pero yo me pregunto...”. Su mirada se perdió por la litera de la derecha. Sobre la colcha estaba el blanco bolso de *Estelle Zia Bey*, abierto, y su chaqueta de piel. Max advirtió lo que antes había visto, las dos redondas manchas de sangre en el borde de la colcha que la cubría. ¿No había demasiada distancia para que la sangre hubiera salpicado? “Como si hubiese sido robada”, concluyó el comandante *Matthews*, pensativo.

“Estaba yo pensando”, dijo Max, “precisamente lo mismo”.

“¿Por qué?”.

“Porque llevaba este bolso lo mismo que un niño, apretándole contra su pecho, esta tarde” —Max se interrumpió. Vivos recuerdos atravesaron su mente—. “Ahora me viene al pensamiento que nunca la vi sin un bolso; blanco, negro o de piel de serpiente. Nunca lo dejaba de la mano, excepto cuando lo ponía sobre su falda. Y en cada caso, ponía el bolso inclinado como si llevara algo dentro que pudiera derramarse”.

Ambos se dirigieron a la litera. El comandante *Matthews* cogió el bolso abierto, lo vació y volvió a dejarlo. Una cascada de pequeños objetos cayó sobre la colcha: otra barra de labios, un compacto de colorete, un manojito de llaves, algunos billetes y monedas, un peine y un librito de sellos. Pero lo que llamó su atención fué un objeto largo y grande que cayó sobre la colcha juntamente con los otros. Max dirigió la vista a su hermano, que hizo un ruido como si le hubieran dado un golpe en el estómago. Estaban viendo ahora lo que *Estelle Zia Bey* parecía haber llevado dentro del bolso y lo que le obligaba a colocarle siempre inclinado.

Era una botella de tinta.

Max salió a buscar a Lathrop para acompañarle a la cabina de *Mrs. Zia Bey*; pero todavía permaneció en la B-37 el tiempo suficiente para asegurarse de que no había nada misterioso en la botella de tinta. Era un frasco de tinta azul-negra de marca americana corriente, como podría comprarse en cualquier parte por diez o quince centavos. Estaba llena, y no parecía haber sido abierta. Junta con el comandante, derramaron un poco de tinta en el lavabo para examinarla.

Eran las diez y veinticinco minutos. El viento y el mar habían amainado bastante, y aunque el *Edwardic* cabeceaba todavía, lo hacía con movimiento lento, fantasmal, casi en el más absoluto silencio. Pero este silencio parecía tan opresivo como el ruido que había habido la media hora anterior; mas permitió que Max encontrase a Lathrop sin dificultad. Estaba éste tocando el gran piano del salón y tarareando una canción.

Lathrop era un gran estilista y *poseur* en el piano, y hacía gestos que permitiesen lucir los limpios puños de su camisa y sus gemelos relucientes.

*“Brilla la luna esta noche a lo largo del Waaabasch,
y llega desde los campos el olor del heno segado...”*

Lathrop se detuvo, dejando resbalar los dedos sobre las teclas, para dirigirse a Max. “Siéntese”, dijo, “y decida en una discusión que tenemos Hooper y yo. ¿Llevan siempre los oficiales franceses la gorra puesta dentro de casa? Los detectives, sí, ya sé que lo hacen; y los judíos, a veces; pero ¡los oficiales franceses! Tengo una teoría formada acerca de nuestro compañero Benoit. Es realmente un espectro, es...”

*“A través de los sicomoros resplandecen las luces
lejos, en las distantes orillas del Wabasch...”*

Así concluyó Lathrop, interrumpiéndose a sí mismo. Su fuerte voz y el sonido del piano extendíanse por los oscuros compartimentos del salón. Parecía un sarcasmo y casi obsceno. Pero Max encontró un medio para que cesara en su música, “¿Puede usted venir al B-37 ahora mismo? Han asesinado a *Mrs. Zia Bey*”.

Se hizo un silencio de muerte. Las manos de Lathrop se quedaron inmóviles sobre el teclado. Volvió la cabeza, formándosele grandes arrugas en el cuello. Su rostro, ahora, parecía tan viejo como su bien peinado cabello blanco. “Así, pues, algo había de cierto en aquel lanzamiento de cuchillo”, dijo.

“Evidentemente”.

“¿Muerta? ¿Asesinada? ¡Gran...!”. Se detuvo, y prosiguió: “¿Cómo?”.

“Le cortaron la garganta. Pero no hemos podido encontrar ningún arma hasta ahora”.

“Yo no deseo saber nada de esto”, dijo Lathrop, dejando caer su meñique sobre una tecla aguda del piano.

“Pero el capitán desea particularmente que usted venga. Nos está esperando allí ahora”.

“¿A mí? ¿Y por qué a mí? ¿Qué puedo hacer yo? ¡Por Júpiter!, ¿no he trabajado bastante ya?”.

“¡Vamos, hombre!”.

“Bien, pero yo le ruego...”.

“¿Fué cierto, o no, lo que usted nos dijo esta mañana acerca de sus conocimientos sobre huellas dactilares?”.

“Sí, es completamente cierto”, masculló Lathrop. “¿Es que ha hallado usted algunas huellas? No me importa ayudar en eso”.

Max lo ignoraba. “*Mr. Lathrop*. Si tuviese la bondad de contestarme a una pregunta, le haría una que es una tontería, y quizá por esto sea precisamente una obsesión mía. ¿Es posible falsificar huellas dactilares?”.

“No”, respondió Lathrop tras una corta pausa.

“¿Está usted completamente seguro de ello? Siempre hacen esto en las historias de detectives para complicar a personas inocentes”.

“Ya conozco eso. Pero en este caso se trata de la verdad, si usted está interesado. Es posible, desde luego, reproducir una huella y reproducirla muy bien, pero ello no engañaría a un experto, cuanto más que la señal no resistiría a un análisis químico. Si usted no me cree, mírelo en el Gross. Para mí, es la máxima autoridad. Si mi memoria no me es infiel, Gross dice que jamás se ha presentado el caso en parte alguna del mundo de que hayan sido usadas huellas dactilares falsificadas”^[3].

Lathrop calló. “Ahora”, añadió, “deseo saber por qué me ha preguntado eso”.

Max le hizo un resumen de los hechos. “Como es de suponer, esto hay que guardarlo en secreto; cuantas menos personas lo conozcan, mejor. En

consecuencia...”.

“¡Chiss!”, siseó Lathrop.

Un débil murmullo, seguido de un gemido como de una persona a medio despertar de un sueño ligero, hizo girar a Max la cabeza en redondo. *Míster* Hooper, de Bristol, dormía sobre una alta silla tapizada. Los rayos de la débil lámpara apenas le alumbraban. Su pequeño y robusto cuerpo estaba bien recogido dentro de la silla, cuyo respaldo se elevaba sobre su cabeza. La barba le caía más abajo del cuello de su camisa. Su corto cabello era de un color más oscuro que el curvo mostacho que se levantaba a cada movimiento de sus labios. Tenía unas rosetas en las mejillas, como de haber pasado la sobremesa tomando coñac. Sus párpados cerrados le daban un aire casi infantil. Y sobre la panza, beatíficamente, descansaban sus manos cruzadas: y dormido, era la estampa de la beatitud.

“Baje la voz”, dijo Lathrop, “el viejo puede oírnos. ¿Le dije que su hijo estaba muy enfermo? Esta es la razón de su viaje. Y ahora...”.

“Ahora, ¿qué?”.

“Alguien mató a aquella mujer”, dijo Lathrop.

Por vez primera, Max tuvo la sensación de que avanzaban camino del terror, tan seguro como de que el buque se movía en dirección a la zona submarina; sin embargo, se esforzó en alejar este presentimiento. “Y bien”, preguntó, “¿viene usted al B-37?”.

“Naturalmente. Algo puedo hacer. ¿Quiere acompañarme?”.

“No, por poco tiempo. He de ver al sobrecargo para que éste busque al fotógrafo. Vaya usted delante. Pero, entre nosotros, ¿qué piensa usted de las huellas dactilares?”.

Lathrop se levantó del piano. Parecía un tanto confuso. “Me inclino al parecer de su hermano. Usted ya conoce aquello de que alguien casca nueces...; bueno, ya lo sabe. Otros estarían preguntando ya a cada uno de nosotros: ¿dónde estaba usted a tal hora?”.

“Poca importancia tendría esto con las huellas dactilares”.

“Y yo no puedo probar una coartada para nadie”, dijo Lathrop humorísticamente. “Estuve en cubierta la mayor parte de ese tiempo. No era muy agradable permanecer allí, desde luego. La única persona que recuerdo haber hablado, y esto a primera hora del atardecer, fué aquella joven de cabello rizado que se llama Chatford, según me dijo el camarero”.

“¿Aquella mujer con rostro de pez y abrigo de piel blanca?”.

Lathrop clavó su mirada sobre él.

“¿Qué quiere decir usted con eso?”, preguntó. “Creo que es bien parecida. Extraña clasificación la suya. No pretendo asegurar que sea muy afortunado el que mantenga una larga conversación con ella, pero tuve la impresión que era cosa buena y sin trampa”.

“Es el peor castigo del mundo que puedan darle a uno”. Lathrop le miró nuevamente, sorprendido por su tono. El mismo Max no salía de su asombro. Pero no pudo evitarlo; su lengua corría demasiado y, como en un desahogo de sus pensamientos, puso en sus palabras todo el concentrado veneno que le sobraba por otras causas. De hecho, casi vociferó a Lathrop.

“Bien, bien”, dijo éste. “No sé lo que pueda tener usted contra esa pobre muchacha; pero deje eso a un lado. Ahora bajo y veré a su hermano”.

Max asintió ásperamente. Mientras iba en busca del despacho del sobrecargo en la cubierta C, las palabras ‘pobre muchacha’ se le ahincaban en los oídos. Encontró cerrada la puerta y las persianas de madera echadas. Pero cuando llamó, a la puerta de al lado del pupitre, el escribiente, sentado en medio de una niebla de humo de cigarros frente a un montón de pasaportes y documentos oficiales, le dió la dirección: “No está aquí. Si no lo encuentra en el salón o en la sala de fumar, lo hallará, probablemente, en la cabina de *Mr. Kenworthy*, la B-70 sobre babor”.

En este lugar fué donde Max logró encontrarlo. La tumultuosa risa del sobrecargo, seguida del débil regocijo de otra persona, podían escucharse a través de la puerta cerrada de la cabina B-70. La llamada de Max produjo un repliegue de angustia en la voz más débil. “Si es Walsingham”, aulló, “márchese; no quiero más huevos batidos. No puedo soportar su vista. Por lo que más quiera, Walsingham, si usted vuelve a traer un huevo batido, le frotaré la cara con él”.

Max abrió la puerta. *Mr. Griswold*, el sobrecargo, era un hombre robusto y de sincero aspecto, que llevaba unas gruesas gafas y mostraba una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja. Estaba sentado cómodamente en una silla cerca de la litera del inválido, y fumaba un cigarro. “Pase usted”, invitó. “No haga caso a *Mr. Kenworthy*; está un poco trastornado”.

“¿Trastornado?”, dijo el honorable Jerónimo Kenworthy. “El diablo le lleve. Me estoy muriendo, pero ¿ya usted qué le importa?”. Hizo un guiño a Max y prosiguió: “Míreme; lo siento; pensé que era usted el malhadado de Walsingham. Walsingham es un camarero que se hace la ilusión de que una dieta constante de huevos batidos, administrada a la fuerza, puede curar desde la simple indigestión hasta la peste negra. No deje la puerta abierta; pase usted y presencie el tránsito de mi espíritu”.

Max supo más tarde por el sobrecargo que para Jerónimo Kenworthy era un deporte molestar a quien tenía delante. Pero este joven estaba evidentemente enfermo. No había sido capaz de retener alimento alguno en el estómago desde hacía veinticuatro horas, y se le notaba.

Ocupaba una amplia cabina con tres literas. Oblicuamente recostado, con la cabeza apoyada, un poco alta, sobre mullidas almohadas, dirigía su débil mirada hacia la puerta. Jerónimo Kenworthy tuvo una juventud enfermiza, y su palidez y las prematuras arrugas de su boca eran sólo en parte debidas a la enfermedad. Sus sueltos y rubios cabellos sombreábanle un ojo. Usaba gafas octogonales que daban a su mirada un aire decepcionado y serio; pero su boca y sus ojos tenían humor, aun cuando estuviera, como ahora, en suspenso. El sobrecargo lanzó el humo del cigarro en su dirección.

“Griswold”, dijo el joven, “no puedo enderezar esto”.

La sonrisa burlona del sobrecargo se entristeció. “¿Qué quiere decir?”.

“Me estoy muriendo, se lo digo”, cuchicheó Kenworthy con toda seriedad. “Hace rato que me esfuerzo por mantenerme erguido, y me desplomo. Esto ya me ha ocurrido cuando usted intentó divertirme con sus chanzas...”.

“¡Qué disparate! Yo no he estado divirtiéndole con ninguna chanza”.

Kenworthy se desplomó sobre su espalda y cerró los ojos. “Griswold”, dijo lanzando las palabras hacia el techo. “Admito que me debe usted una o dos desde la travesía en agosto. Pero no ahora. Espere un poco hasta que yo pueda competir. Éste es exactamente igual al peor trastorno que haya tenido, sólo que diez veces peor”.

De repente se dió cuenta de que le esperaban. “Perdóneme”, añadió, envolviendo a Max en una mirada. “¿Qué desea usted?”.

“Siento interrumpirle. Venía buscando al sobrecargo”, dijo Max. “El capitán desea verle”.

Griswold se puso en pie. “¿El viejo quiere verme?”, preguntó incrédulamente. “¿Y para qué?”.

“No lo sé, pero parece algo serio. ¿Puede usted venir ahora mismo?”.

“Alguien debía haber cortado ese cuello”, dijo en un tono desconocido de repente. “¡Bien! Estoy a su disposición”. Se puso en pie y arrojó la ceniza del cigarrillo. Entonces quedó un momento dudando. “Mire usted”, dijo dirigiéndose a Kenworthy, “no quiero que piense nadie que estoy distraído a los pasajeros fuera de sus comidas. No quiero caer en desgracia, y, palabra de honor, no sé de qué está usted hablando; y desde luego yo no he gastado ninguna broma”.

Kenworthy cerró los ojos. “Salga usted”, dijo con débil muestra de desagrado. “Ya tengo adiestrado a Walsingham, y ahora le adiestraré a usted. Salga y no vuelva otra vez. Quiero decir que no nos hemos divertido”.

“Bueno. ¿Qué es lo que supone que he *hecho*?”.

Kenworthy abrió un ojo. “Algunas personas”, murmuró, “pueden pensar que es gracioso aguardar a que esta cáscara de nuez estuviera en lo peor de la travesía, hace poco rato, y para más seguridad, cuando la mayor parte de las luces estaban apagadas y yo me encontraba muy mal, para ponerse una máscara anti-gás y de repente empujar la puerta abierta y quedarse mirándome con ella”.

El sobrecargo le lanzó una mirada. “¿Una careta anti-gás?”.

“Exactamente”, dijo Kenworthy sacando fuera los talones de sus pies y haciendo crujir los huesos como un esqueleto. “Nunca vi cosa semejante desde que tuve D. T.^[4] en Miami. Este condenado aparato con hocico de cerdo permanecía silencioso como la muerte, mirándome, sin moverse, cuando yo hablaba”.

“¿Lo dice usted en serio?”.

“¡Que no hablo en serio! ¡Fuera de aquí!”.

“Le doy mi más solemne palabra de honor que nunca...”.

“Escuchen”, dijo el otro. “Cuando tomé pasaje en este condenado barco, escogí con cuidado una cabina precisamente a lo largo del departamento donde están todos los lavabos. Ahora, atienda. Dentro de aproximadamente un minuto” —extendió una larga mano con la palma vertical— “voy a salir fuera a una velocidad de trescientas ochenta y cinco millas por hora. Échenme la bata sobre la cama y fuera de mi camino. En otras palabras: si ustedes no pueden escuchar una insinuación, apiádense de un hombre que yace en la agonía y salgan fuera a hablar de sus asuntos”.

“Pero...”.

“¡Fuera!”.

“Lo siento. Le enviaré el médico”.

“Si usted lo hace, le arrojaré los huevos batidos. Quiero estar solo”.

A una seña de Max, el sobrecargo apagó las luces, saliendo al pasillo y cerrando la puerta tras de sí. “Siempre está igual”, confió el sobrecargo con aire de excusa cuando salieron al pasillo. “Cruikshank y yo pasamos bastante tiempo con él”.

“¿Quiere usted decir que él, ordinariamente, ve a la gente con las caretas anti-gás abriendo su puerta y mirándole?”.

Hubo una pausa en el frío y desierto pasillo. El sobrecargo frunció la frente. “¡Oh, estaba probablemente procurando que yo volviera! ¿Ha leído alguna vez historias policíacas?”.

“Con bastante frecuencia”.

El sobrecargo se rió entre dientes. “Le divertí con ello en el otro viaje. Yo digo: Suponga que usted desea envenenar a alguien. Pues bien, hágalo a bordo de un trasatlántico. Espere hasta que su víctima comience a dar señales de mareo. Entonces dele el veneno. Irá de mal en peor, mientras el doctor se limitará a sonreír y prescribirá galleta seca; así, nadie puede prevenirle y estará muerto antes que nadie sepa que pueda haber habido error. *Mr. Kenworthy* se pone lívido cuando le hablo de esto”.

La ingenuidad de este relato hizo pestañear a Max. Bruscamente, Griswold se detuvo. Pareció hacerse cargo de que estaba hablando al hermano del comandante del *Edwardic*. Su risa se convirtió en tos. “Pero no quiero que usted piense...”, empezó precipitadamente.

“No, no”.

“Ya me había olvidado; ¿qué es lo que quiere el viejo de mí? ¿Dónde está?”.

El aire enjugaba su cara mientras Max se lo explicaba. “¡Bien!”, dijo con rápida eficiencia. “Tengo un rodillo y tinta para huellas dactilares en mi despacho. Tomaremos las huellas sobre unas tarjetas; el fotógrafo tiene precisamente el aparato para ello. Dígale al viejo que estaremos con él dentro de cinco minutos. Excúseme”. Y bajó ruidosamente las escaleras hacia su oficina.

Max estaba parado a la izquierda del espacio de la cubierta B, delante de la escalera. La ‘tienda’ del *Edwardic* resplandecía débilmente con luces amarillas disimuladas tras los cristales, aunque éstos habían sido cerrados hacía tiempo. Detrás estaba la barbería, también cerrada. Max se detuvo y lanzó una mirada a las hileras de *souvenirs*, candelabros, muñecas, adornos y chucherías. Como a Kenworthy, no le hacía mucha gracia que alguien, inesperadamente, le tocara en un hombro por detrás.

“Buenas tardes”, observó el doctor Reginald Archer. “¿Interesado en la tienda? ¿Piensa en alguna mujer?”.

“Sí”.

“Confío que no le habré alarmado”.

“No”.

El doctor Archer, evidentemente, acababa de subir las escaleras. Venía envuelto en un albornoz de gruesa felpa blanca. Su fino cabello formaba

pequeñas guedejas húmedas, que él secaba con una toalla. Sus desnudos pies los calzaba en unas zapatillas. Pero, conscientemente, traía consigo un chaleco salvavidas. “Acabo de dar una vuelta por la piscina”, explicó el doctor. “Abajo, en la cubierta E. ¡ Buen Dios! ¡ Son las once menos cuarto! He estado allá abajo cerca de una hora”.

“¿Se nada bien?”.

“Espléndidamente”, contestó el doctor. Su rostro, alumbrado por unos ojos castaños, irradiaba astucia. Continuaba restregando su cabeza con la toalla. “Al principio se hacía un poco penoso, pero el barco se estabilizó. Ahora me siento un hombre nuevo. No hay nada como un poco de ejercicio, y nada como una ducha para dejarle a uno realmente limpio. ¡ Dormiré de un tirón esta noche!”.

(Yo desearía poder hacerlo, pero recordar las heridas sangrantes de una garganta es mala cosa).

“¿No habrá más lanzamientos de cuchillos esta noche?”.

“¿Eh? ¡ Oh, no! Espero que no”. El doctor Archer se detuvo y echó una mirada en su derredor. “¡ Anda, esta es la cubierta B!, ¿ no es eso?”.

“Exactamente”.

“Entonces he subido demasiado. Mi cabina está en la cubierta C. Es una cosa estúpida. A veces soy muy atolondrado”. Bostezó ruidosamente y concluyó: “Bien; ya es hora de retirarse. No ha sido un mal día. Le veré mañana. Buenas noches”.

“Buenas noches”.

Los pequeños ruidos nocturnos tomaron posesión del *Edwardic*. Sus oscilaciones habíanse hecho tan suaves como el soñoliento cabeceo de una cuna. La canción del mar era un susurro. A duras penas se movía una silla suelta. Max se volvió en redondo y atravesó el pasaje de a bordo hacia su propia cabina. Unas voces bajas e ininteligibles murmuraban tras la puerta de la cabina B-37. Un asustado camarero de cabina y una camarera un poco más asustada todavía rondaban alrededor de las dos cabinas, pretendiendo no ser advertidos. Max pensó: Estoy un poco fatigado. El sobrecargo y el fotógrafo están ya en su puesto y, por el momento, he hecho cuanto puedo hacer. Necesito la quietud, el reposo y la limpieza de mi cabina durante algunos minutos, sentándome y cerrando los ojos. Frank puede perdonarme por esto, después de todo.

Abrió la puerta, todas las cosas habían sido colocadas en orden por un criado-fantasma que jamás se le ve trabajar. Las blancas, frescas y crepitantes sábanas de la litera se mostraban dobladas hacia abajo para pasar la noche.

Una débil luz alumbraba sobre el lavabo. Se sentó al borde de la cama, tirando de su chaleco salvavidas desde los hombros y apoyando su bastón en el guardarropa. Se llevó las manos a su frente, dolorida. Ningún perjuicio habría en que él se extendiera sobre el lecho, que parecía invitarle a ello, y abandonara su cuerpo al descanso por uno o dos minutos. Así lo hizo, y en treinta segundos se había dormido.

“¡Tiene usted buen sueño!”, dijo una voz.

Max se sintió desvelado por una mano que le sacudía los hombros. Se sentó verticalmente e intentó despejarse. Tenía una sensación de frescura y bienestar que nunca hubiera creído posible.

Las luces estaban completamente encendidas, aunque en una habitación arreglada para un perpetuo oscurecimiento podía significar cualquier hora. Lathrop, al lado de su cama, intentaba animarle.

“¡Bueno!”, continuó Lathrop. “Por pura fórmula, escriba su nombre en la cabecera de esta tarjeta. Después pasaremos este rodillo entintado para obtener las huellas de sus pulgares derecho e izquierdo. Su hermano deseaba dejarle dormir; pero si yo he de perder el sueño con este asunto, justo es que algún otro lo pierda también”.

“¿Qué hora es?”.

“Las dos de la mañana”.

“¿Las dos? Esto está mejor. Tenía miedo de dormirme...”.

“¿Qué es lo que está mejor?”, inquirió Lathrop, cuyo disgusto no carecía de justificación. “Nosotros hemos terminado ya este asunto. Indagar, indagar, indagar... Debía uno alegrarse de dejar de hacerlo. No se ofenda, pero de cuanta gente testaruda y terca que he visto, su hermano y el cirujano de a bordo se llevan la palma”.

“¿Ha estado usted tomando huellas dactilares?”.

“Yo no sé. El sobrecargo y el tercer oficial vinieron hace tres horas con otro rodillo; precisamente han cogido el mejor. Desde entonces no los hemos visto. Probablemente habrán hecho la vuelta hace rato. Sus órdenes eran que si encontraban todavía a algún pasajero levantado le tomaran las huellas, pero si estaba durmiendo lo dejaran estar hasta mañana. La tarea más pesada será con la tripulación. Pondré la excusa de que el capitán tiene órdenes del Almirantazgo para tomar huellas dactilares de cada uno antes de desembarcar en Inglaterra. Con todo el expedienteo que hay ahora, se tragarán esto fácilmente”.

Max se sentó al borde de la litera. Sentía la cabeza fresca y los nervios sosegados. Era como si hubiese salido de los efectos de una droga o una fiebre.

“El patrón, el doctor y yo”, prosiguió Lathrop tomando mañosamente las huellas de los pulgares izquierdo y derecho que Max había impresionado en la tarjeta, “hemos estado averiguando, y discutiendo, y midiendo cada una de las huellas dactilares mucho tiempo”.

“Mire. Necesito disculparme...”.

“¿Por qué?”.

“Porque caí o me quedé dormido, como usted quiera llamarle, y además sin saber por qué. No me gustaría oír lo que un psiquiatra puede decir de ello”.

Lathrop le dirigió una mirada penetrante con sus ojos oscuros, que contrastaban con lo blanco de su cabello. Numeró la tarjeta y, metiéndola luego en un sobre, introdujo éste en su bolsillo. Atornilló la estilográfica, puso el rodillo de tinta en su caja y se sentó en una silla de mimbre. “¿Qué es lo que está mal?”, preguntó con calma. “¿Puede usted explicármelo?”.

“He sufrido pruebas muy duras en mi vida”, dijo Max. “Yo probé aquel submarino *Roberston* en doscientos pies de agua; aquel aparato que se suponía que era defectuoso. Fui el último hombre que habló a Steinmetz antes de que Feds le disparase. Ahora parece cómico. Aun después de aquel incendio...”.

Lathrop movió la cabeza. “¿De qué está usted asustado realmente?”.

“Del fuego. Y de las cosas ardiendo. Fué un incendio en una factoría química; ¿me comprende usted?”.

“Fuego y cosas que arden”, repitió Lathrop con la mirada puesta en la alfombra. “¡Olvídelo!”, añadió con repentina viveza, golpeando los brazos de la silla y levantándose. “Lo que nosotros necesitamos, amigo mío, es un buen sueño esta noche. Tengo una dulce tarea delante de mí, mañana, manejando unas setecientas u ochocientas colecciones de huellas dactilares. Sin embargo, es mejor que otras cosas. Lo prefiero a estar dentro de la camisa del que dejó el cadáver en la próxima puerta. ¡Dios tenga piedad de sus sueños esta noche! Bien, ya le veré a usted”.

El *Edwardic* cabeceaba lentamente. La cabina B-37 estaba ahora vacía, pues habían sacado de allí el cuerpo de Estelle. Max lanzó una mirada sobre las manchas de sangre antes de cerrar su puerta, después que Lathrop cerrara la suya. Bostezó, se desnudó lentamente y se puso la bata. Lo que deseaba era una ducha caliente para tener el sueño realmente tranquilo. Con este fin, abrió la puerta de su cuarto de baño privado, y... se encontró frente a frente con *miss Valerie Chatford*.

Se quedó sin respiración, y ambos se miraron con asombro mutuo. Ella estaba sentada en el borde de la bañera, enfrente de él. No parecía tan altiva ahora. Quizá esto se debiera al hecho de hallarse físicamente agotada. Sus dedos, contraídos, se agarrotaban en el bordo del baño; los pies le colgaban como si pertenecieran a piernas sin movimiento. Llevaba un vestido de noche color gris, con collar de perlas al cuello. Su blanca chaqueta de pieles y su chaleco salvavidas formaban un montón sobre el suelo. Sus ojos, grises también, como el vestido, aunque con una calidad más luminosa que las mismas perlas, le miraban con ira y desafío. De forma extraña oyó a su propia voz decir: “¿Desde cuándo está *usted* aquí?”.

“Desde las diez”.

“Desde...”.

“¿Cómo podía haber salido?”. Gritó con enojo y retorciendo las muñecas. “¿Sin posibilidad de haber sido avistada? Siempre había alguien enfrente de la puerta de su cabina”.

“¿Ha estado usted sentada en mi cuarto de baño durante cuatro horas?”.

“Sí. Y ahora, ¿me hará usted el favor de quedarse de pie aquí al lado y dejarme salir de este horrible lugar?”.

Es un hecho poco caballeresco para ser registrado; pero Max estalló en una ruidosa carcajada. La mirada de la muchacha era tan desdeñosa, que Max no pudo impedirlo. A causa del entumecimiento de sus piernas, apenas podía ponerse en pie cuando intentó andar. Él recogió del suelo su bolso de piel y su chaleco salvavidas cuando ella pasó con la barbilla adelantada. “Pero, ¿qué buscaba usted en mi cuarto de baño? ¿No podía usted haber...?”.

“La gente grosera me molesta”.

“Iba a decir”, prosiguió Max, enlazando con sus anteriores palabras. “¿No podía usted haber salido cuando quisiera?”.

“No”.

“Lo lamento. Parece usted fatigada. ¿Puedo ofrecerle un... asiento más cómodo?”.

“Gracias. Me quedaré un momento, si puedo”. Max estaba maravillado de la calma con que ella hacía frente a las contrariedades. Había perdido por completo su altivez. Cuando él la vio tan cerca de sí, Max reconoció que quizá ‘blanca como la espuma’ no era el término apropiado para describir su cutis. Era éste de esa calidad que se llama lechosa y aun parece etérea. Sus cortos bucles de color castaño sobre la frente dábanle una apariencia aún más juvenil que sus veintidós o veintitrés años. Decididamente, era bella. Con un poco de expresión, podía hasta ser atractiva.

Miss Chatford comenzó a hablar antes de que Max se lo figurase. “El capitán de un barco es todopoderoso en el mar, ¿no es eso?”.

“¿Qué es lo que dice usted?”.

“El capitán puede hacer lo que quiera. Es decir, si él ordena que alguien sea arrojado por la borda o cualquier otra cosa parecida, ¿puede hacerlo?”.

“Creo que ha confundido al capitán Matthews del *Edwardic* con el capitán Bligh del *Bounty*. Pero siga...”.

“Y me han dicho” —añadió miss Chatford— “que usted es hermano del capitán”.

Max pensó: joven, está usted poniéndose casi conciliadora. Usted intenta conseguir algo de mí. Y es un motivo de satisfacción para mí pensar que, sea lo que sea, no lo va a conseguir. Además, la visión del viejo Frank ordenando que alguien fuera arrojado por la borda no podía contemplarse sin pensar en los graves resultados que tendría. “¿Quién le ha dicho eso?”.

“Míster... Mr. Lathrop creo que fué. El hombre que estaba hablando aquí con usted hace pocos minutos. Usted debe tener mucha influencia con él. ¿No es eso?”.

“¿Con Lathrop?”.

“Por favor, no confunda mis palabras” —aclaró miss Chatford—. “Con su hermano”.

“Poco más o menos, la que tengo con el *lord* canciller”.

“No sea reservón”, dijo de pronto miss Chatford. “Yo sé que Mrs..., bueno, como se llame, fué asesinada en la cabina de enfrente. Sé que usted descubrió su cuerpo. Sé que usted avisó al capitán, y le hizo venir aquí, y que encontraron un frasco de tinta en su bolso de mano”.

“¿Cómo sabe usted todo esto?”.

Miss Chatford titubeó. “Estuve vigilando y escuchando... El hecho es que vine aquí a ver a Mrs. Zia Bey, alrededor, de las diez menos diez. Pero oí que hablaba con un hombre en su cabina, y por eso me deslicé hasta aquí, para esperar a que se fuera. Poco después, el hombre salía”.

“¿Vió usted salir al asesino?”.

“No, no le vi. Tenía la puerta cerrada. Pero oí su voz. Pasado un minuto, abrí la puerta para ver... y entonces llegó usted. Vi cómo usted abría su puerta y miraba dentro, y también vi lo que usted vió. Intenté salir de aquí cuando usted avisó al camarero para que fuese a llamar al capitán. Pero precisamente cuando éste salía, pasaba la camarera por delante de la puerta. Así es que tuve que meterme aquí de nuevo, y no he vuelto a tener ocasión de salir a causa de

toda esta gente. E igualmente tuve que permanecer en el cuarto de baño mientras usted dormía, puesto que seguían ahí fuera”.

Max permaneció inmóvil y la observó con atención. “¿Conocía usted a Mrs. Zia Bey?”.

“No, nunca hablé con ella en mi vida”.

“Entonces, ¿por qué quería usted verla? ¿Tiene idea de quién pudo matarla? ¿Y por qué llevaba una botella de tinta en su bolso de mano?”.

“No, no llevaba ninguna botella de tinta en su bolso”, respondió Valerie Chatford tras una corta pausa.

“Dispéñeme, pero nosotros la encontramos”.

“¡Hasta cuándo persistirá en confundir mis palabras! Quise decir que ella, en un principio, lo que llevaba era un gran sobre repleto de cartas, papeles o alguna otra cosa. El que la asesinó sacó el sobre y puso en su lugar la botella de tinta dentro del bolso”.

“Pero, ¿por qué había de hacer eso?”.

“No sé. Pero estoy *segura* de que eso es lo que debió ocurrir. Por ello deseo que usted me ayude”.

“¿Ayudarla?”.

“Sí. Usted sabe que lo que ella tenía en ese bolso no era todo. Por el contrario: había entregado un grueso sobre al sobrecargo; ¿comprende lo que quiero decir? Cuando se posee algo de valor, se suele entregar al sobrecargo; éste precinta el sobre y pone el nombre de su dueño por fuera, y lo pone en la caja fuerte hasta que termina la travesía. Estoy segura de que ella entregó un sobre al sobrecargo el primer día”.

“¿Y bien?”.

“Que si el capitán lo ordena” —y la palabra del capitán es ley, ¿no es eso? —, “usted puede conseguir el paquete del sobrecargo y entregármelo a mí”.

Otra vez se hizo el silencio. La enorme calma con que había sido hecha la súplica era como para causar vértigo a cualquiera, e inspiraba cierta admiración. Max no dijo nada durante cierto tiempo. Ocultó sus ojos en la sombra de la luz que caía sobre él, y volvió a observarla detenidamente.

“Y, por supuesto”, sugirió, “¿sin que nadie sepa nada acerca de su participación en esto...?”.

“Exactamente”.

“Ni mencionar que usted estuvo aquí esta noche...”.

“Eso es”.

“Pero, ¿y cuando exijan alguna explicación sobre usted?”.

“¡No puedo explicar! No puedo explicar nada.

Pero ¿no comprende usted? Confíe en mí”.

Max respondió: “Tan cándidamente... no, no lo haré. He visto esta clase de cosas en los libros y en el cine; pero, por el mismísimo Cielo, no imaginé nunca que pudieran ocurrir en la vida real. ¿Ha pensado usted seriamente que usted o cualquier mujer que no esté mezclada en el asunto pueda hacer tragar una historia semejante? ¿Ha creído usted que puede decir sólo lo que escoja, y guardarse lo que no le conviene a sus propósitos, y aparecer como una mártir, y decir que estaba usted segura de que algún pobre infeliz confiara en usted? Desde luego que no. A *mí* no. Es demasiado tarde para levantar a alguien esta noche. Pero mañana por la mañana será pasada esta información a Frank. Entonces podrá usted hablarle. Otra cosa no puedo hacer”.

Los largos soñolientos golpes de agua, arrollándose y curvándose pasados los costados del buque, caían en un silbido de retroceder de olas. Se intensificó en la calma de una anticipada mañana, en que la luz parecía lucir con brillo más intenso. Valerie Chatford estaba sentada en una silla, apoyada en su respaldo. Sus largas pestañas hacían sombra sobre las mejillas cada vez que bajaba los párpados. Su pecho se elevaba con rítmico y acelerado movimiento al respirar. Como de costumbre, apenas abría los labios cuando dijo:

“De manera que ¿va usted a contar eso al capitán?”.

“Naturalmente”.

“Si lo hace, ya lo sabe, yo negaré simplemente”.

“Muy bien”.

“Diré que jamás estuve aquí”.

“Veo que está usted decidida a todo”.

“¿Por qué?” —preguntó *miss* Chatford— “¿se muestra usted tan poco razonable conmigo? No lo niegue. Cuando le vi sentado en la gran galería esta noche, medio embriagado y con aquella mujerzuela en sus rodillas...”.

“*Miss* Chatford, esto es ir demasiado lejos. De todos modos, ¿por qué hablar de ella de esta forma? A mí me gustaba mucho, porque se mostraba muy considerada con...”.

“¿Conmigo?”.

“Con cualquiera de las personas de a bordo”.

“Aun me atrevería a decir más. He notado que usted galantea solamente a las mujeres de esa clase porque piensa que no tiene necesidad alguna de ser galante de otro modo”, dijo Valerie. Se levantó, y colocándose su chaqueta de piel blanca, dando una vuelta a los cordones del chaleco salvavidas alrededor de su brazo. “Y después de todo” —añadió desde la puerta—, “si yo fuera un

hombre hecho y derecho, me avergonzaría de confesar que sentía miedo del fuego. Escuché lo que usted habló con *Mr. Lathrop*. Buenas noches, *Mr. Max Matthews*”. Con esta estocada, llena de veneno, salió de la habitación. Y aunque atravesó el umbral con calma, estropeó este efecto dando un portazo tan estrepitoso, que podía haberse oído en la cubierta A. Cuando Max volvió a la cama, siguió lanzándola irritados discursos aun en sueños.

El domingo por la mañana, veintiuno de enero, despertó un poco tarde para tomar el desayuno y dar un paseo por cubierta. Su pensamiento sobre Valerie Chatford estaba oscurecido por el deseo de conocer el resultado de las huellas dactilares, lo que tal vez estaría haciéndose ahora en el barco. Nadie había en el comedor excepto el doctor Archer, que le saludó desde la puerta, pero sin detenerse a hablar.

Un domingo tranquilo existía aún allí. (Por lo menos, hasta aquel momento lo parecía. Se recogieron los juegos y se retiró el equipo de tenis hasta después del almuerzo). Salió fuera, a cubierta, bajo un frío intenso; el viento era pesado y el sol muy pálido se reflejaba sobre el mar plomizo. El *Edwardic* navegaba ahora describiendo zigzags. Desde la popa podía seguirse el trazado de la blanca estela sobre las ondas hasta que se diluía en el agua oscura. Se pusieron centinelas junto a los botes. Después de una docena de vueltas por la cubierta 33, Max no encontró a nadie, excepto a George A. Hooper, que dormitaba bajo una manta en una silla extensible. Tampoco pudo ver a su hermano hasta que se celebró el servicio religioso en el salón, a las once.

Este fué dirigido por el comandante Matthews, quien parecía un puritano, aunque sostenía la Biblia con torpeza. Leyó el salmo treinta y tres, y a Max le pareció que lo hacía muy bien para ser hecho por él. Una pequeña orquesta tocó dos himnos. No había ningún predicador. Las únicas personas presentes fueron el doctor Archer, Hooper, Max y Valerie Chatford, que no se dignó mirarle.

Cuando hubo terminado el servicio, Max arrastró al comandante Matthews aparte. “Bien, ¿y cómo va eso? ¿Se han conseguido las huellas dactilares?”.

“¡Chiss!”, interrumpió el capitán, lanzando una mirada alrededor. Parecía esta mañana cansado y preocupado... “Vi al sobrecargo unos cinco minutos; obtuvieron las huellas de Hooper y del francés la pasada noche, y las suyas y las de Lathrop, naturalmente. Esta mañana se obtuvieron las del doctor Archer, *miss* Chatford y el joven Kenworthy. Han empezado a tomarse las de la marinería por grupos de...”.

“¿Sobre cuánto tardaremos en conocer...?”.

“No seas impaciente”, dijo el comandante Matthews con la blanda tolerancia de quien es paciente por naturaleza. “Atraparemos la pieza. No puede huir, tú lo sabes”.

“Sí; pero ¿cuánto tardaremos todavía?”.

“Lathrop dice que puede necesitar toda la jornada. Cálmate y procura estar tranquilo. Te llamaré tan pronto como sepamos algo”.

Hasta media hora después, no recordó Max que no había hablado nada acerca de *miss Valerie Chatford*. Pero no importaba: podía esperar. Si aquellas huellas descubrían al criminal, toda la información que ella pudiera dar (si no se trataba de una pura mentira, como él casi sospechaba) sería de pequeños detalles sin importancia.

Llegó el almuerzo, y aun no se sabía ni una palabra. El doctor Archer, el capitán Benoit, Hooper y Max solamente fueron a comer. En la mesa del comandante, la conversación era monótona. Leíanse las noticias del boletín de a bordo, recogidas por la radio; se charlaba acerca del convoy y del probable puerto de destino. El doctor Archer opinaba que sería *Southampton*; Hooper apostaba por *Liverpool*. El camarero, consultado sobre su opinión, confidencialmente predijo que sería *Glasgow*.

Llegó la hora del té, y todavía nada nuevo. Max estaba febril. Exploró el barco sin encontrar a Lathrop ni al sobrecargo. Averiguó el número de la cabina de Lathrop, que era C-42, pero éste no se encontraba allí. La ventana del sobrecargo permanecía cerrada, y repitiendo la llamada, no se recibió respuesta.

El viento había refrescado a la puesta del sol. Rondando a lo largo de la gran galería y del salón de fumar, Max halló en un rincón de este último departamento un ejemplar de *'Gone With the Wind'*, que tenía los nombres de *Pierre Marie Celestin Benoit* sobre la primera hoja, impresos con un sello de caucho. No consiguió encontrar al encargado de la biblioteca, y alcanzó por su cuenta algunos libros de la gran galería. Sentándose, intentó leer; pero ni para esto tenía gusto. Desesperado, subió a cubierta, y aquí fué, bajo el pálido resplandor rojizo de las luces, donde lo halló el sobrecargo.

“He estado buscándole”, dijo *Mr. Griswold* mientras se limpiaba el cuello. “Precisamente Cruikshank subió al puente después que lo hizo el 'viejo'. Venga a mi despacho”.

“¿Averiguó usted algo?”.

“¡Oh..., sí, sí! Ya lo hemos averiguado”.

A pesar del frío, Max sintió tibio el contacto de su piel bajo el fino chaleco. Tal vez fuera producto de su imaginación, pero la faz de Griswold, bajo las luces, parecía turbada por una excitación nerviosa.

“Bien, ¿y quién la mató?”.

“*Venga*”, contestó el sobrecargo.

El despacho de la cubierta C, cuya puerta tuvo que abrir Griswold, estaba profusamente iluminado y el humo de los cigarrillos volvía denso el aire de su interior. Lathrop trabajaba en esta atmósfera con las manos recogidas, sobre el escritorio que había empotrado en el muro. Ampliaciones fotográficas — gigantes huellas de pulgares, en negro intenso, cruzadas de líneas numeradas — se amontonaban frente a él. Se destacaba también un magnífico cristal casi del tamaño de una salsera, y un montón de notas apiladas en un extremo. Detrás de él, el escribiente del sobrecargo improvisaba un fichero sobre la caja de caudales.

“Pase, comandante”, dijo Lathrop haciendo chirriar el sillón giratorio, cuando la puerta se abrió nuevamente, y el capitán hizo entrar primero a su hermano.

“Cruikshank dice...”.

“Sí”, interrumpió Lathrop frotando sus cavernosos ojos con los nudillos y estirando sus largos brazos. “Ustedes desean saber cuál de estas huellas dactilares es... Puedo decir poco: no lo sé”.

Y añadió: “Y no faltan las huellas dactilares de nadie que esté a bordo de este barco”.

Después de tal desabrido pronunciamiento, cuatro voces empezaron a hablar a un tiempo. El comandante Matthews ordenó silencio. “¿Es esto una broma?”.

“No. No, no, no, no”, vociferó Lathrop. “No soy yo tan tonto como para venir con bromas en esta ocasión”. Se pasó la mano por los ojos. “Ni que fuese Griswold. Sáquenme de aquí y pronto. Pueden ustedes verlo ahora mismo. Tenemos aquí” —y alargó las ampliaciones— “las huellas de un pulgar derecho e izquierdo encontradas en el cadáver. Y aquí tenemos” —añadió, señalando a las fichas restantes— “el pulgar derecho e izquierdo de cada alma viviente que hay a bordo de este barco. Pues bien; las dos huellas no pertenecen a ninguna de estas personas”.

“Es cierto, sí, señor”, convino el sobrecargo, gruñón.

“¡Pero es imposible!”.

“¿Y me lo dice a mí?”, inquirió Lathrop. “Es verdad hasta los huesos”.

“Algún error...”.

“No ha habido error alguno”, contestó el sobrecargo, hinchándose como un sapo. “*Mr.* Lathrop y yo hemos investigado una por una todas las fichas dos veces. No hay posibilidad de un error. Por otra parte, hace mucho tiempo que me dedico al estudio de huellas dactilares. Tenga en cuenta que forma parte de mis ocupaciones”.

El comandante Matthews dió unos pasos en dirección a la caja de caudales, apoyó en ella la espalda, estiró las piernas y cruzó los brazos. “Esto nos obliga a seguir otro camino” —declaró con tal autoridad que ninguno se atrevió a interrumpirle—; “las huellas” —añadió, atisbando desde sus velludas cejas al borde de su gorra—, “deben haber sido falsificadas”.

“No”, dijo Lathrop.

“Es imposible”, afirmó el sobrecargo.

“¿Por qué no? Con un sello de caucho o alguna otra cosa...”. Se interrumpió de repente. “¡Esperen un momento! ¿No tenemos entre nosotros a un pasajero cuya ocupación es fabricar sellos de caucho?”.

Lathrop intervino nuevamente. “Es raro. Su hermano” —y lanzó una mirada sobre Max— “estuvo hablándome la pasada noche sobre falsificación de huellas. También Griswold y yo hemos discutido sobre ello, y estábamos dispuestos a jurar que esas huellas no podían ser falsas”. Dió una palmadita a

las ampliaciones. “Pero teníamos que estar plenamente seguros. Ahora bien, parece que tiene usted un personal escogido en este barco; el asistente del cirujano (Banks, creo que se llama), que es un buen químico. De éste nos hemos servido para hacer un análisis”.

“¿Un análisis químico?”, repitió el comandante Matthews. “¿Qué quiere usted decir? No puede usted hacer un análisis químico de una fotografía en un pedazo de papel”.

“No. Pero usted puede analizar las mismas manchas de sangre del vestido de la mujer”, respondió Lathrop. “Esta es la prueba final, comandante. Lo único que nadie podría falsificar con éxito es la grasa de las glándulas sudoríparas en los dedos humanos”. Hizo una pausa, y prosiguió: “Recogimos el informe hace horas. Los dos pulgares no han sido falsificados de ningún modo: eran dos pulgares vivos. Puede usted admitir esto como perfectamente seguro”.

Durante cierto tiempo, nadie habló. El humo de los cigarrillos de la oficina del sobrecargo entraba por los pulmones, pero ninguno hizo el menor movimiento para poner en marcha el ventilador eléctrico. “Es preciso pensar en otra cosa” —insistió el capitán, moviendo su cabeza de un lado a otro—, “hay que pensar en otra cosa”.

“Comandante” —dijo Lathrop titubeando—, “no deseo insistir sobre esto, pero ¿está usted seguro de no llevar un polizón? ¡Espere! No me refiero al polizón oficial, ese noveno pasajero a quien usted ha guardado en una cabina, sobre cubierta, porque ya hemos conseguido sus huellas, y tampoco coinciden con las que buscamos”.

Max se volvió en redondo para mirar a su hermano. Después de todo, pensó que había obrado bien al callar lo relativo a *miss* Valerie. Así, pues, había un noveno pasajero, a quien Frank tenía escondido cuidadosamente de los ojos del público. Pero ¿quién era y por qué?

“Lo que quiero decir es” —prosiguió Lathrop— “si ha podido esconderse alguna persona, por su cuenta, sin que ninguno de nosotros sepa nada. Esta es la única explicación que necesito; ¿está usted *seguro* de no llevar un polizón?”

“Completamente seguro”, replicó el capitán.

Y cuando Frank Matthews hablaba de esta manera, no se le podía contradecir.

“Entonces, ¡esto es imposible!” —exclamó el sobrecargo—. “No puede haber pasado”.

El comandante Matthews presumía de observar todas las conveniencias delante de sus oficiales. “¿Qué ventajas obtiene al hablar así, *Mr. Griswold*? El hecho ha sucedido, y en consecuencia, debe tener alguna explicación; pero a mi ver solamente hay una: Usted o algún otro pudieron haber mezclado las tarjetas o haber sufrido un error cualquiera. Lo siento, *Mr. Griswold*, pero me temo que tengan que revisar nuevamente todas las huellas obtenidas”.

Lathrop expresó cierta desesperación, y el sobrecargo movió la cabeza. Parecía una persona muy distinta de aquella otra, alegre y jocosa que la noche anterior estuvo haciendo chistes acerca del mareo de Jerónimo Kenworthy. “Muy bien, señor. Pero estoy tan seguro de que no ha habido error como usted de que no existe ningún polizón a bordo”.

El comandante Matthews seguía insistiendo. “¿No podría haber error al barajar las tarjetas, o haberle dado huellas equivocadas?”.

“Ninguno”.

“¿Seguro?”.

“Cruikshank y yo” —volvió a decir el sobrecargo— “tomamos nosotros mismos todas las huellas, con la excepción de cuatro: la suya, capitán; la de *Mr. Lathrop*; la del cirujano del barco y la de *míster Max Matthews*. Lo mismo Cruikshank que yo podemos asegurar que esto fué hecho con toda seriedad. ¿Puede *Mr. Lathrop* responder igualmente del grupo que ha examinado?”.

“Puedo hacerlo” —juró Lathrop—. “Y, además, decirle, *Griswold*, que yo miré las suyas y las de Cruikshank mientras usted volvía a mirar las mías”.

“Está bien”.

Hubo una larga pausa. El sobrecargo atravesó la habitación y dió al interruptor del ventilador eléctrico, que empezó girando lentamente para luego zumbiar con una vehemencia que resonaba extrañamente, y que hizo volar la ceniza de cada cigarrillo; pero ninguno se dió cuenta de ello.

“Y para plantearle la última dificultad, señor”, añadió el sobrecargo no sin malicia, “puedo decir a usted que tampoco estaban las huellas de la mujer muerta. Igualmente, ella había podido dejar sus propios pulgares estampados. Ya hemos pensado en ello, y lo hemos comprobado”.

El comandante Matthews, moviendo todavía los brazos, habló, esforzándose en sistematizar: “Permítame poner esto perfectamente en claro. Tal como lo veo, hay tres puntos ciertos hasta ahora. Primero: que las huellas dactilares aparecidas en la escena del crimen no han sido falsificadas, sino que pertenecen a los dedos de una persona viva. Segundo: no hay ningún polizón a bordo, ni queda nadie cuyas huellas no hayamos obtenido. Tercero:

No ha habido jaleo ni error, ni al tomar ni al comparar las huellas. Esto es, cada persona estampó sus propias huellas en su propia tarjeta sin ningún género de engaño; y cada tarjeta fué cuidadosamente comparada con la fotografía de las huellas de sangre originales. ¿No es así?”^[5].

“Perfectamente”, asintió Lathrop.

El comandante Matthews se levantó, quitándose la gorra, que le dejó una raya encarnada sobre la frente. Cogiendo un pañuelo, se limpió el sudor, pasándolo también sobre su cabello negro y tieso. “Pero, ¡por vida de...! *Alguien* hizo esas huellas”.

“Al parecer, no”.

“No pensarán ustedes que la mujer fué asesinada por un fantasma”.

“No lo sé”, murmuró Lathrop.

El comandante volvió a ponerse la gorra. “Es un caso de asesinato”, dijo, “y hemos de convertirnos en detectives. Es gracioso. Pues bien: dejemos quietas las huellas dactilares y ensayemos otros procedimientos”.

El sobrecargo fué el primero en intervenir. “La otra noche ocurrió una cosa graciosa con el francés, comandante”.

Todos le miraron con interés. “¿El capitán Benoit?”.

“Sí, señor. Cruikshank y yo comenzamos nuestro cometido poco después de las once. Teníamos órdenes, lo recuerdo, de tomar las huellas de cualquier pasajero que se hallase aún levantado. Pues bien, el francés lo estaba. Su cabina es la situada junto a estribor, la B-71, y en cuanto pegué mi cabeza a la cabina, pensé: ‘¡Lo hemos cogido!’. Y por cierto que en mi vida vi mirada de culpabilidad semejante”. (El interés había crecido enormemente). “Estaba sentado, sirviéndose de la litera como de una mesa. Sobre ella se mostraban cuatro o cinco sellos de caucho y un tampón”.

“¡Otra vez los sellos de caucho!”, masculló Lathrop.

“Sea como sea, él estampaba su dirección en unas hojas de papel grandes. No debe hablar apenas el inglés, todo lo más un par de palabras. Y yo no hablo demasiado el francés. Cruikshank *reclama* el derecho de poseer mayores conocimientos, que se reducen a decir: ¡Ah. *Oui!* y mirar fijo, por lo que prudentemente no podía confiar yo demasiado en su ayuda. Cruikshank dijo: ‘*Monsieur, nous voulons votre print de pouce*’, lo que no pareció impresionar mucho al francés. Soltó como unas cincuenta frases muy excitado, y Cruikshank exclamó: ¡Ah. *Oui!* Cuando pareció que comprendía lo que deseábamos de él, comenzó a sudar y a dar vueltas a su mostacho, con un aspecto como un muerto. Insistimos de nuevo, se levantó y oprimió su

pulgar sobre el tampón —su propio tampón— para marcar de esta forma la impresión obtenida”.

“Ahora bien, no había en la tierra razón alguna por la que pudiese usar su propio tampón. La tinta es la tinta, lo mire usted como quiera. Pero tantas sospechas teníamos, que no se lo permitimos. Yo estaba casi seguro de haber atrapado a nuestro hombre. Cruikshank le cogió por la muñeca y dijo: *'Nong, nong, Monsieur, il faut se servir de notre roller'*. Así, pues, obligado por las muñecas, obtuvimos buenas y cuidadosas pruebas con el rodillo. Todo el tiempo que esto duró, él hablaba como veinte, y Cruikshank decía: *'¡Ah. Oui!'*, lo que parecía sorprenderle mucho. Cuando salíamos, el francés nos miró con un mirar tan peculiar... que yo no sé cómo describirlo”.

“¿Culpable?”, sugirió Lathrop.

El sobrecargo se rascó la cabeza. “N... no. No culpable, precisamente. Como dije, que me cuelguen si supiese cómo describirlo. Le pregunté a Cruikshank qué es lo que había dicho, pero no estaba seguro. Fuimos abajo, a la cabina del fotógrafo, y yo le dije: *'Teddy, obtén estas fotografías lo más pronto posible, porque creo que hemos atrapado a nuestro hombre'*. Así se hizo y” —añadió el sobrecargo lentamente— “las huellas ensangrentadas de los pulgares —usted sabe lo que quiero decir— no eran de Benoit. Si alguien las ha hecho, no ha sido él”.

El silencio que siguió después de este momento de expectación se sintió con más fuerza en el despacho. “Pero eso no nos ayuda, *Mr. Griswold*”, dijo el capitán con cierta exasperación.

“Ya lo sé, señor. Pero me pareció extraño. ¿Para qué necesitaba proceder de manera tan chocante?”.

“Puede ser importante averiguarlo. Max, ¿hablas tú bien el francés?”.

“Regular”.

“Volveremos a verle contigo” —dijo el comandante Matthews—. “¿Hubo algún otro incidente, *Mr. Griswold*?”.

“No, señor”. Los demás estuvieron conformes. “Pero... hay dos o tres cosas que quiero exponer, si puedo. ¿Qué evidencia tenemos del asesinato? ¿Dónde están los testigos? ¿Vieron algo los camareros o las doncellas?”.

El comandante Matthews movió la cabeza. “Nada; por menos, eso dicen ellos”. Miró a Lathrop. “Pero existe un punto que podemos volver a tocar, por si puede servirnos de ayuda. Según la doncella, *Mrs. Zia Bey* no llevaba en el bolso de mano una botella de tinta; lo que llevaba era un sobre lleno de cartas o papeles. Asegura haberlo visto una vez cuando *Mrs. Zia Bey* se estaba

vistiendo. ¡Ah, y otra cosa más! No había ninguna botella de tinta en su equipaje. La doncella ayudó a deshacer su baúl, y jura no haberla visto”.

“¡Tinta!” —exclamó el sobrecargo—. “¡Tinta! Lo que quiere decir que el asesino llevó deliberadamente una botella de tinta a la cabina...”.

“Así parece”.

“Y la cambió por el sobre”.

“Evidentemente”.

“Pero ¿por qué”, preguntó el sobrecargo sin esperar respuesta, “tinta”?

“Por mi parte, he de decir”, gruñó Lathrop, ajustándose la corbata y arreglando su chaqueta, “que todo lo que necesito ahora es alimento. Pero, si ustedes se empeñan, les diré que todo este asunto es muy enrevesado. Suena a Nick Carter. Primeramente, la marca del pulgar con sangre, y ahora, el envoltorio de *los* papeles. Si hubiera tan sólo que sacar a la luz el misterio de un pinchazo con una extraña flecha india envenenada... Debía usted haber ordenado a su cirujano una autopsia regular: lo que ustedes llaman una *Post-mortem*. Sí, ¡ya sabemos que ella murió a consecuencia de un corte en la garganta!; pero éste es exactamente el punto que juega un gran papel en los juicios, a menos que usted haya tomado todas las precauciones; y como abogado, se lo advierto. Bien; ¿tenemos aún alguna otra información?”.

“Sí”, respondió Max. Y comenzó a contar todo cuanto le había ocurrido con *miss* Valerie Chatford.

“¡Por Júpiter!”, exclamó Lathrop. “Siempre se halla usted en compañía de mujeres, ¿no es así?”.

“No, con ésta. Y me alegro de poder decirlo”.

En el rostro del comandante Matthews se dibujó cierta duda e indecisión. “¿Una cosa así pequeñita?”. Evidentemente se refería al aspecto físico de Valerie Chatford. “¿Podrías suponer que ella fuera capaz de...”. E hizo ademán de cortar un cuello.

“No lo sé”, dijo Max. “Quizá sí, quizá no. No llevaba sangre alguna sobre ella; lo observé perfectamente. Y el asesino, según creo, debió mancharse bastante”.

“¡Continúe!”, rogó Lathrop impaciente. “Espero que esto no nos lleve a uno de esos casos en que el asesino operaba desnudo... y, en consecuencia, no podían hallarse manchas de sangre sobre su ropa. El caso Courvoisier; el caso Borden; el caso Wallace...”. Tamborileó con sus dedos y prosiguió: “En cada caso se presumía que así había ocurrido, y en cada caso no había la más mínima prueba para afirmarlo. Pero lo que sí demostraron todos ellos es que un asesino no se mancha con la sangre tanto como la gente parece creer”.

“*Mr. Matthews* no ha dicho nada acerca de que *miss Chatford* fuera desnuda”, observó el sobrecargo. Sus ojos parecían volverse hacia dentro, como si hablara consigo mismo. “Aunque ¿se imagina usted qué vista tan estupenda...?”.

“¡*Mr. Griswold!*”.

“Perdón, señor. Pero” —prosiguió, esquivando la ceñuda mirada del capitán—, “usted recordará aquella ocasión en que la condesa yugoslava anduvo por el salón sin prenda ninguna delante de la gente. ¡Supongo que eso no lo haría *miss Chatford!*”.

“*Mr. Griswold!*”, dijo el capitán con voz más grave y potente que de ordinario. “Si le parece, no volveremos a tocar este punto. La cuestión no consiste en saber lo que el asesino llevase puesto o quitado. Sólo nos interesa averiguar ¡cómo pudieron ser hechas las huellas —huellas reales, de verdad— de dos pulgares en la escena del crimen por un fantasma! ¡Por alguien que, desde luego, no está a bordo de este barco! Por...”. Y levantando sus propios pulgares para ilustrar mejor lo que decía, el comandante *Matthews* dejó caer los brazos con un gesto de desesperación. “Yo no lo creo”, añadió. “¡Es imposible! Pero, ¿qué vamos a hacer ahora?”.

“Yo sé lo que haría, si estuviera en su lugar”, dijo *Lathrop*.

“¿Qué haría?”.

“Acudiría a *sir Henry Merrivale*. Nunca lo he visto, pero he oído decir que su especialidad es desenredar imposibles”.

Max clavó su mirada en la reposada faz de *Lathrop*. “¿*Sir Henry Merrivale?*”, gritó con el convencimiento de que el mundo se hubiese vuelto loco de repente. “Yo solía tratarle hace siete u ocho años en *Fleet Street*. Pero ¡está a dos mil millas! Está...”.

“¡No!”, replicó *Lathrop*. “Está en una cabina próxima a la del comandante, en la cubierta de las lanchas”.

“¡El viejo H. M. a bordo de este buque!”.

Lathrop le miró sorprendido. “¿No se lo dijo su hermano? No; ya veo que no. Es el noveno pasajero. No sé por qué se ha llevado con tanto misterio o qué misterio es el que le envuelve; pero el comandante debía haberlo descubierto al tratarse de tomar las huellas dactilares de cada pasajero”.

“¡El viejo H. M.! ¡Buen Dios! ¡Es el hombre que necesitamos! ¿Dónde está ahora?”.

El comandante *Matthews* consultó su reloj. “Casi es la hora de cenar. En este momento estará en la barbería, afeitándose. Le dije que puede aprovechar

cuando no haya nadie allí”. El capitán se permitió hacer una mueca burlona. “Dices que lo conoces muy bien, ¿verdad, Max?”.

“Acostumbraba a discutir conmigo, fuera de su despacho, dos veces por semana”.

“Entonces, sube a verle. A *mí* no me quiere oír. Es la persona más extraña que nunca haya llevado en cubierta”, declaró el comandante Matthews sacudiendo su cabeza. “Cuéntale la historia y veamos lo que sucede. Seré el más interesado en conocer lo que diga él de todo esto”.

“¡Tenga cuidado!”, gritó una voz airadamente, “me está usted quemando, ¡no tiene cuidado! Ya sé que estoy tan calvo como Julio César. *Pero no quiero ningún regenerador del cabello.* Yo quiero un afeitado, a-f-e-i-t-a-d-o, afeitado. Esto es todo cuanto yo deseo. Por el amor de Esaú, ¿quiere usted dejar de hablar de ese regenerador y comenzar con esto?”.

“Es muy bueno, señor”, insistió débilmente el barbero. “Este preparado podría hacer crecer las patillas a unas bolas de billar. Porque mi tío, mi propio tío..., ¿entiende usted, señor?”.

Max se asomó por la rendija de la puerta de la barbería. El espectáculo que se le ofreció era por sí solo suficientemente impresionante. *Sir Henry Merrivale*, familiarmente H. M., de un peso aproximado de doscientas libras, estaba retrepado en la silla de la barbería, formando un ángulo tan obtuso que se esperaba de un momento a otro verle resbalar y caer de espaldas en cualquier movimiento del barco. Un paño blanco muy grande, cubríale casi por completo desde la barba hasta el suelo, cubriendo casi la silla. Todo lo que se podía ver de él, emergiendo de todo eso, era la cabeza. Su rostro tenía una expresión de malevolencia sin descripción posible; inmóvil y paralizada, su mirada estaba dirigida al techo a través de sus grandes lentes. El barbero, hombre de pequeña estatura, ataviado con un chaleco blanco, suavizaba la navaja de afeitar con un movimiento suave y perezoso. “Y créame, señor, que mi tío era tan calvo como usted, si me es permitido decirlo. ¡Completamente calvo! Después de todo, usted tiene un poco de pelo aquí”, declaraba el barbero mientras doblaba una oreja de H. M. y rebuscaba detrás. “Una vez me preguntó: ‘Jack, ¿dónde conseguiste ese maravilloso específico que me diste? ¡Es asombroso!’. Y yo le contesté: ‘¡Me alegro de saberlo, tío Williams; ¿ha sido eficaz?’. —‘¿Eficaz?’, volvió a decir él; ‘te aseguro, Jade, sin una palabra de exageración, que veinticuatro horas después de haberme puesto la primera aplicación, mi cabello comenzó a crecer lo mismo que en esas películas documentales cuando muestra una flor que brota y se abre durante la noche. Cabello negro y abundante, y esa que tengo ya los sesenta y tres cumplidos’. Así, pues, señor, ahora que su edad se lo permite podría hacer una prueba”...

“Mire, hijo, yo no quiero ningún regenerador del cabello. Yo...”.

“Como usted quiera, señor”, respondió el barbero con resignación, pasando la navaja hacia abajo. Seguidamente, tocando una palanca con sus pies, movió la silla hacia atrás con tal brusquedad que hizo temer por la estabilidad de su ocupante. “¿Podría interesarle a usted una nariz postiza?”.

“No quiero tampoco nariz postiza”, dijo H. M. “¿Pero qué se propone? ¿No pretenderá cortarme la que ya tengo? Debe usted ser más cuidadoso con esa toalla caliente; tengo una piel muy delicada. Yo...”.

“¡Oh, no, señor!”, dijo el barbero. “No quiero hacerle daño. En cierta ocasión afeité a catorce parroquianos durante un fuerte temporal, y a ninguno de ellos hice un arañazo. No. Estaba pensando en la fiesta de disfraces. No sé cómo podrán hacer una fiesta de disfraces con este tiempo y con tan pocos pasajeros, pero lo que siempre digo es que no hay nada mejor que una fiesta de disfraces. Podría convertirle en un magnífico bandido. O, si usted lo prefiere, podría sacar la barbilla y usar un pequeño sombrero a lo Mussolini”...

“¡Por vida de!... Tenga más cuidado con esta toalla; tenga más cuidado con...”.

“Inmediatamente, señor”, replicó el barbero, despojando hábilmente a H. M. de sus lentes y fajando su cara con una toalla pequeña. Hasta entonces el barbero no se había dado cuenta de la presencia de Max. “¡Pase usted, señor, y tome asiento! Es usted el próximo”.

“No vengo a utilizar sus servicios, gracias”, replicó Max. “Tan sólo deseo hablar con este caballero”.

No hizo más que hablar, y la figura de la silla pareció sufrir los efectos de una corriente galvánica. La convulsión afectó, aunque en menor grado, al paño blanco que la cubría. El rostro de H. M., encendido como un cangrejo, giró en redondo con tanta malicia como el de un diablo, lanzando una mirada feroz sobre Max. “Periodistas”, gritó. “Otra vez periodistas; precisamente cuando pensaba disfrutar de un poco de reposo y paz. Comienzan a llover periodistas. ¡Oh, mis ojos! Deme mis lentes”.

“Pero, señor”, comenzó a decir el barbero.

“Deme mis lentes”, insistió H. M. “He cambiado de parecer, y no quiero afeitarme. Voy a dejarme crecer las patillas hasta aquí”. Y señalaba tan abajo que la realización del propósito parecía poco probable. Se levantó de la silla, pagó al barbero y se caló los lentes. Su gran vientre, que le precedía, espléndidamente adornado, como la máscara de un guerrero salvaje (además de la cadena de oro de su reloj), un enorme diente de alce que le habían regalado en Nueva York. Andando con dificultad por entre las perchas, se

puso una chaqueta impermeable y una gruesa gorra de *tweed* que se caló hasta las orejas; una estampa que hacía falta haberla visto para ser creída.

“Pero, mire usted...”, protestó Max.

H. M. salió de la habitación con enorme dignidad. Max le siguió. Así llegó hasta la tienda de muñecas y recuerdos de viaje. Entonces la actitud de H. M. se humanizó un poco. “Diga ahora lo que quiera decir”, gruñó con un suspiro de pena. “Si lo hubiera hecho allá dentro, lo hubiera sabido todo ser viviente del buque en menos de diez minutos”.

Max se sintió aliviado. “Estoy muy satisfecho de verle otra vez, después de estos años, H. M.”, dijo. “No parece ni un solo día más viejo. Pero ¿qué hace a bordo de este barco y por qué tan secreto?”.

“*Estoy más viejo, sin embargo*”, comentó H. M. con voz sorda, “y tengo además una indigestión, ¿sabe usted?”. Y sacando del bolsillo de su chaqueta impermeable un gigantesco frasco de píldoras blancas, lo llevó a la nariz. “Probablemente, no tardaré en marcharme de este mundo, hijo, pero quiero pasarlo lo mejor que pueda mientras esté aquí. Cuando vine”, y lanzó sobre Max una profética y siniestra mirada que presagiaba lo peor, “es porque aún tenían confianza en este pobre viejo, más de la que ahora demuestran. Pero no se preocupe por saber lo que hago aquí. Tengo mis razones”.

“¿Cuánto tiempo estuvo usted en América?”.

“Cinco días”.

Max promovió otra vez la cuestión. No conocía la posición que H. M. había alcanzado en *Whitehall* desde la guerra; pero creía que el viejo todavía tenía dos veces la inteligencia de cualquier persona que fuera apta para sucederle como jefe del Departamento de Investigación Militar. Sin embargo, no le parecía discreto hacer insinuaciones... todavía. A pesar de lo tarde que era, por primera vez en este viaje, no sentía la más mínima necesidad de cenar. “¿Sabe usted”, preguntó, “lo que ha sucedido a bordo de este barco?”.

Como H. M. se limitó a gruñir, comenzó a hacer una breve relación de lo ocurrido. H. M. escuchaba con ojos afilados y penetrantes, detrás de sus lentes. “¡Oh!”, exclamó. “¡Espectros de capitanes! Espectros de...”. Y como si estuviera torturado y perseguido por espíritus malignos, levantó sus fuertes puños. “¿Y no hay ninguna otra posibilidad?”.

“Eso temo. Un caso tan malo como cualquiera de los que usted ha encontrado. Si recuerdo algunos de sus casos anteriores, todo lo que usted tuvo que explicar era cómo un asesino podía salir de una habitación cerrada^[6] o atravesar la nieve sin dejar huellas de las pisadas^[7]. Aquí tiene usted que explicar las huellas dactilares, auténticas, de un ser vivo, dejadas por un

criminal que no existe. Usted sabe lo que es esto, H. M. Nos prestaría una gran ayuda si puede echar una mano. Frank tiene demasiadas responsabilidades sobre sí”.

“¿Cree usted que yo no tengo responsabilidades sobre *mí*?”.

“Sí, ya lo sé; pero usted recoge el honor de estas molestias, y Frank, no”.

Por un instante pensó que había dicho demasiado. H. M. le miró con tal penetración y tan tremenda fuerza —un ojo como perdido y medio cerrado, y el otro abierto y sin expresión—, que buscó en su mente algo con que desviar el rayo. No obstante, el otro terminó por estirar sus labios con desabrida dignidad.

“Necesito aire”, dijo, “mucho aire. Venga a cubierta y cuénteme toda la historia”.

Anduvieron a tientas a través de los compartimentos, oscurecidos y cerrados desde la caída de la tarde. Si pudiera haber grados de oscuridad — como oposición a la simple oscuridad—, la tercera noche en el mar era, quizá, de un oscuro más claro que las dos anteriores. Sólo era posible ver la propia mano delante de la cara, pero nada más. Llegaron al lado de sotavento, en la cubierta B, sin protección ni resguardo de los lienzos. Unas estrellas parecían inestables con el lento subir y bajar de las cubiertas y brillaban como puntos mortecinos. El aire, un gradó sobre cero o algo así, pasaba la tela de la camisa de Max, le entumecía el pecho y atería su cabeza y manos; pero le agradaba la sensación de estremecimiento. De pie a la barandilla podían mirar el resplandor de abajo. Cuando todo lo demás era negro, la parte mojada de los costados del buque aparecía blanca y fosforecente. No producía reflejo alguno. Era una luz muerta, un fuego fatuo en el mar. Se curvaba y tejía en pequeñas venas y líneas que se diluían luego como blondas de encaje en medio de un hervidero, cuyo ruido llenaba los oídos, excluyendo a cualquier otro. Obligaba a mirar hipnóticamente, mientras este objetivo libraba al cerebro de toda somnolencia. “Ahora, hijo”, dijo una voz detrás de él, en la oscuridad.

Con la mirada puesta en la despierta y lejana, en la negra y aceitosa agua que limitaba su mundo, Max relató la historia por completo. No se dejó nada. Como más tarde pudo probarse, fué tan exacto como preciso. Cuando hubo terminado, el silencio de H. M. se hizo un poco largo y pesado. Parecía haber estado hablando al helado vacío, en el que no había mar, ni tierra, ni cielo. El continuo bullir del agua sonaba eternamente en sus oídos. “Vaya”, musitó la voz ronca y distante, “no son hechos muy agradables, ¿eh?”.

“No”.

“¿Y usted cree”, prosiguió la voz de H. M. en la oscuridad, “que el asesino es el mismo que estuvo lanzando el cuchillo sobre un dibujo de mujer —probablemente el de *Mrs. Zia Bey*— cerca de la puerta del doctor Archer, el viernes por la noche?”.

“Así es”.

“Además, ¿que es el mismo que se puso una máscara de gas y, sea por accidente o por su voluntad, metió su cabeza dentro de la cabina del joven Kenworthy?”.

Max titubeó. “Esto ya no parece tan seguro. Kenworthy parece ser un blanco apropiado para esta clase de cosas. Puede haber sido una broma del sobrecargo”.

“Ya, ya. Puede haber sido, sin duda. Este sobrecargo me llama la atención... pero no importa. Una vez más usted cree que el incidente de la máscara de gas estaba relacionado con esto”.

“Puede que sí y puede que no. Todo lo que puedo decirle es que me llamó la atención, como particularmente extraño. El porqué yo no lo sé”.

“Pues yo sí”, susurró la voz con un aire de suficiencia mayor que cualquier otro en el mundo. “Porque es de una mentalidad infantil; esto es el porqué. Es una mentalidad infantil la que planeó ese asesinato y cada uno de sus detalles. Así es el tipo que tenemos entre manos: adulto no desarrollado. Y lo que embrolla el asunto es precisamente que parece tratarse de un adulto de cuidado y con cerebro. Mala combinación desde luego. Pero, dígame: ¿se ha hecho alguna investigación policíaca? ¿Se ha intentado averiguar, por ejemplo, dónde estuvieron todos los pasajeros la pasada noche entre las nueve cuarenta y cinco a las diez?”.

“¿Cree usted que el asesino era un pasajero?”.

“No creo nada, hijo. Puede haber sido un pasajero, o un oficial del barco, o alguien que está dentro de este cascarón. Pero con algo hay que empezar. ¿Les ha interrogado usted? ¿Sabe dónde estuvieron?”.

“No”. Max reflexionó. “Sin embargo, algo sí puedo decirle. Valerie Chatford estaba en mi cabina. El doctor Archer, nadando abajo, en la piscina. Lathrop estaba fuera, en cubierta. De los otros ya no sé nada”.

“¿Y el francés?”.

“No tengo ninguna información. Estaba en su propia cabina poco después de las once; pero esto no significa nada”.

“Además”, arguyó H. M., “un oficial francés no llevaría...”. Hizo una pausa, mientras el silbido del agua parecía dominar todo un mundo muerto. Un sonido hueco e indescifrable siguió a las palabras del comisario. “¡Oh!

Los tontos tenemos suerte. ¿Habrá algo en *esto*? Precisamente estaba pensando en la mañana del sábado”.

“¿Cree usted que el francés tiene alguna relación con esto?”.

“Me parece que sabe algo, hijo”, respondió H. M. seriamente, “y daría cualquier cosa por saber lo que intentaba hacer cuando los dos cazadores de huellas dactilares le encontraron en su cabina la pasada noche. También creo...”.

“¿Qué?”.

No hubo respuesta. El comisario permaneció en silencio tanto tiempo que Max llegó a pensar que se hubiere dormido sobre sus brazos, apoyado en la baranda. Pero, forzando sus ojos en la oscuridad, divisó débilmente los gruesos cristales de las gafas y su robusta figura vestida con una chaqueta impermeable, que podía parecer una gárgola del tejado de una catedral. Entonces su voz se elevó quejumbrosamente. “No me pueden molestar con esto”, gruñó. (Lo que quería decir que había chocado contra un obstáculo oculto y le costaba trabajo admitirlo). “¿Es que no tengo ya la cabeza bastante ocupada? ¿Acaso cada crimen que se cometa en el mundo se me va a echar sobre las espaldas?”.

Max replicó intencionalmente: “Este podría concernir a su departamento, H. M.”.

“¿Qué quiere decir?”.

“Que a lo mejor se relaciona con el espionaje”.

Otra vez H. M. guardó silencio. No es necesario advertir que Max no pudo leer nada en su cara. En primer lugar, era tanta la oscuridad, que no se lo permitía, y en segundo lugar, los jugadores de *poker* del Diógenes Club lo habían encontrado difícil, aun en plena luz. El *Edwardic* se deslizaba lentamente, de manera que las pequeñas y brillantes estrellas que se divisaban sobre el cielo oscuro parecían lucir sobre los palos más altos de la cubierta. Aun los ojos más expertos no conseguirían otra cosa que distinguir la superficie del mar negra y brillante, rizada de vez en cuando con la espuma del agua. “Podría ser”, admitió H. M. al fin. Su voz sonaba grave, no muy segura de sí misma. “El espionaje, hijo, está muy lejos de ser una chanza hoy día. Es extenso y profundo, donde se te hunden los pies... lo mismo que en el mar que tenemos delante. Se mueve mucho más profundo que era hace veinticinco años, y no tan pintoresco, ni sus situaciones son como las leyendas las pintan. El agente enemigo es una persona corriente e insignificante. El empleado, el pequeño profesional, la joven, la mujer de mediana edad. No trabajan por recompensas, ni tienen un talento particular;

pero todos son fanáticamente idealistas. Podríamos matar a todos ellos sin causar demasiada agitación al G. H. Q.^[8]. Pero cada una de estas pequeñas polillas, individualmente, suponen una posibilidad en potencial. Tome este barco por ejemplo. Piense que alguien deja una portezuela abierta durante la noche con la habitación iluminada. No se necesitaría ser muy inteligente para hacerlo, ni profundizar mucho en los cálculos del enemigo. Pero, considerando que esa luz puede ser divisada en cinco millas a la redonda, el resultado no puede extrañarnos a ninguno de nosotros”.

“¿Cree usted que podría hacer esto alguien? ¿Que aceptaría la posibilidad de ser torpedeado y compartir la gloria con el resto de nosotros?”.

H. M. suspiró con satisfacción, “¡Ah, hijo! Aunque sea un fanático idealista, sabe de sobra que el capitán del submarino es demasiado caballero para abrir fuego antes de que cada uno esté a salvo en las lanchas”.

“¿Cree usted?”.

“Sin duda”.

“De cualquier modo, se han colocado centinelas a lo largo de la cubierta de las lanchas. ¿No podría la luz verse desde aquí?”.

“Es probable”, concedió H. M. con el mismo gesto indefinido de antes. “Sin embargo, eso no impediría intentarlo. Antes de abandonar Nueva York, se me informó de que una de las mujeres que iban a bordo de este barco era un agente enemigo. No sé si la información era realmente cierta o no, y no quiero hacer suposiciones inútiles. Yo necesitaba emitir las noticias ampliamente, y publicarlas, incluso en el boletín de a bordo, si fuera necesario, como los avisos contra los jugadores^[9]. Pero su hermano no lo permitió, y él es el que manda”. La voz de H. M. se hizo más amarga. “Sin embargo, yo ya soy viejo. ¿Por qué no buscan a otro en Whitehall?”.

Max fijó la vista en la bruma fosforescente, que parecía hervir cuarenta pies más abajo. “¡Una mujer! ¿Quiere usted decir... Estelle Zia Bey?”.

“No quise decir nada, ni sé quién podría ser; tampoco lo sabe el capitán. Él obtuvo su información, y de ser verdad, no parece que fuera *Mrs. Zia Bey*. Lo más probable es que se trate de alguna camarera. Algún fanático soñador que cree con total honradez que sirve a una gran causa y que la sirve mejor con el palo de una escoba que en una brigada”.

“¿Y por esto está usted en este barco?”.

“¡Oh, oh!”, dijo H. M. con cierto regocijo. “No, hijo. Me alegro de decir que tengo otras cosas que hacer. Quien quiera que esta sedicente espía pueda ser, no es *mademoiselle Docteur*. Es sencillamente una loca. Y por ello, precisamente, obtendremos al asesino, lo cual es una extraña coincidencia, sin

duda”. Su voz se hizo aguda y penetrante. Estaba turbado y jugaba con las ideas, atrayéndolas y apartándolas de pronto como si se tratara de un balón. “Este asesinato fué planeado con mucha habilidad. Esto es lo que me incita a ir a él lo mismo que una llama. La mentalidad puede ser, en parte, infantil, pero eficaz y rápida como *esto*” —hizo chasquear los dedos— “para obtener resultados eficientes. Confío en que no haya ninguna broma más de aquí en adelante”.

“¿Cómo?”.

“Mire; suponga que le voy acercando a la barandilla. Suponga que pongo mis manos bajo sus hombros, cogiéndole desprevenido, y le levanto hacia arriba súbitamente y con fuerte impulso. Moriría tan pronto como sus pies abandonasen la cubierta”.

Max encogió sus hombros dificultosamente. En esta oscuridad, parecía imposible decir quién era amigo o enemigo. Se corría el peligro de tener detrás un rostro airado. “No vaya a intentarlo”, advirtió. “Y yo no soy manco. Además, tengo una gran resistencia en el agua y soy un buen nadador”.

“Dudo que esto le pudiera servir de algo”, dijo H. M. con calma. “Esto es lo que quise decir diciendo de usted moriría si sus pies dejasen esta cubierta. El caso es que ellos no serían capaces de descubrirle a usted. Mire aquí fuera; negro como la pez. Ni la más mínima claridad. Se ahogaría usted en pocos momentos, o perecería helado, mientras seiscientas personas le oyesen gritar, sin que nadie pudiera salvarle, porque no se atreverían a encender un proyector. Créame, la necesidad del oscurecimiento parece inventada para favorecer a un criminal”.

Max sintió un escalofrío. “¿Quiere usted decir”, preguntó, “que aun cuando supieran en qué punto estaba no encenderían ninguna luz?”.

“No lo harían, hijo. Son las órdenes. Su propio hermano no podría desobedecerlas. Cuando otras muchas vidas están en peligro, una vida sola nada importa. Es la guerra”.

Por vez primera Max experimentó algo de la crueldad del mar inmenso y oscuro en el que un barco, a ciegas, intentaba moverse sin el menor éxito en dirección de una llamada de socorro.

“No intento jugar”, dijo H. M. ahogando una sonrisa entre dientes; “pero ello es así. Una cuerda no sería vista, pero no se atreverían a lanzar un bote al agua. Así, pues, hay una posibilidad que considerar, y...”.

“¡Escuche!”, dijo Max.

De repente, sus oídos percibieron los miles de pequeños ruidos que levanta el clamor del mar. Solamente se da uno cuenta de su fuerza cuando el

viento los sopla hacia la persona. Localizó el origen hacia el lado de proa de la cubierta B. Divisó un resplandor y oyó la detonación de un disparo de revólver, acompañada de un ronco alarido que se fundió después con el golpe de una pesada carga sobre el agua y el ruido de unos pies que se escurrían como ratas por la cubierta de las lanchas. Nada más se oyó; las fuertes olas suavemente volvían a dominar todos los sonidos.

Poco antes de que estos acontecimientos tuvieran lugar, Valerie Chatford subía la escalera principal en dirección al salón. Contempló su imagen al pasar, reproducida en los grandes espejos de la pared. Su problema era conseguir que dos vestidos de noche parecieran media docena en un viaje de ocho (o más) días. Su problema era, además, continuar con la tarea que tenía que hacer. Durante la primera noche, estuvo mareada. En la noche siguiente intentó disimular su falta de confianza en sí misma, con un aire altanero y soberbio de que ella misma estaba sorprendida, aunque le había sido muy útil el contemplar el cuerpo yacente de la cabina B-37.

Esta noche había color en sus mejillas. Movi6 la cabeza de derecha a izquierda, inclinando la barbilla, para contemplar su cara suave y los bucles de su cabello. Sonrió satisfecha, con una sonrisa que hubiera asombrado a Max Matthews, por la animación que ponía en sus facciones, lo mismo que si hubieran encendido una lámpara en su rostro. Llevaba un traje color de rosa.

Valerie fluctuaba entre el aplomo y la excitación. Había estado a punto de estropearlo todo la pasada noche. No podía obrar con torpeza otra vez, porque a la gente de su casa no le gustaría. No se sentirían tan orgullosos de ella como Valerie quería que lo fuesen. Pero ¿cómo persuadir a ese hombre? Aquí estaba la dificultad.

Conforme el anuncio que había aparecido en el boletín de a bordo, de que la orquesta tocaría en el salón a las nueve en punto, la música había comenzado pocos minutos antes. Las melodías bajaban por la escalera con sorprendente nitidez. Valerie entró en el salón, se dejó hundir en uno de los mullidos sillones y creyó descubrir su oportunidad.

La casualidad o accidente —lo que *sir* Henry Merrivale llamaba simplemente el tremendo azar de las cosas en general— flotaba sobre el *Edwardic* con la malicia acostumbrada. Este decretó que el honorable Jerome Kenworthy en persona viniera en este momento arrastrándose sobre cubierta para hacer su primera aparición en público en traje apropiado. El barco estaba ahora inm6vil, y así continuaría las próximas veinticuatro horas. Aquello era suficiente. Kenworthy se dejó ver por el bar en el salón de fumadores, pero, arrullado por la orquesta y pensando que también aquí podría conseguir su curación por medios líquidos, cayó con brusquedad sobre una silla del salón.

Y Valerie vió su oportunidad. Vió a un joven flaco y tieso, rubio, con un pliegue de preocupación en su frente despejada y algunas arrugas pequeñas, como comas, en los ángulos de la boca. Su rostro era más largo de lo corriente, decorado por unos lentes octogonales con patillas de oro cogidas a las orejas. Llevaba un *smoking* sin comida donde asistir. Abría y cerraba la boca lo mismo que un pescado mientras daba órdenes a un camarero. Sacando los brazos por detrás del respaldo de la silla, cerró los ojos.

Valerie echó una mirada en torno suyo. Exceptuando la orquesta y a Kenworthy, el salón estaba vacío. Había pensado mucho en el camino a seguir con este joven. Era la primera vez que ponía los ojos sobre él, pero, no obstante, había sido informada ampliamente sobre su carácter, y ella lo consideraba muy delicado, lo que hacía más fácil su trabajo. No obstante, el corazón de Valerie latía fuertemente, e incluso su mirada parecía saltar. Esperó todavía unos minutos. Luego recogió la falda de su vestido satén rosa con encaje rosa; se deslizó por la mesa de caoba, junto a la que él ocupaba; se escurrió hasta una silla opuesta a la suya, y puso los codos sobre la mesa. “No se preocupe”, le dijo, mirándole a los ojos. “Yo le salvaré, primo”.

Jerome Kenworthy, que precisamente llevaba a su boca el primer *whisky-and-soda* después de tres días de abstinencia, se estremeció violentamente.

Dejó escapar por su boca un largo ruido, semejante a un “¡A a a ah!”, con el cual en ciertas ocasiones, acogía una repentina llamada telefónica. Sus huesos crujieron en su interior. La miró con asombro, sintiendo un fuerte apretón de manos.

“Le estoy muy reconocido”, dijo, “pero, ¿quién... es...?”.

“Soy Valerie”.

Kenworthy rebuscó en su memoria. “Deseo refrescar mis recuerdos”, dijo sinceramente, “pero nunca la he visto a usted. ¿Valerie qué?”.

“Valerie Chatford. Pero esto no importa”. Su voz denotaba prisa por hablar. “Usted no tiene necesidad de preocuparse, porque a ‘ella’ le hayan cortado el cuello la pasada noche. El asesino se llevó todas las cartas; estoy segura de ello”.

Jerome Kenworthy la miró con atención y dejó cuidadosamente sus lentes sobre la mesa. “¿Es otra broma?”.

Valerie se volvió confundida: “¿Broma?”.

“Perdone; quiero decir —procuraré disimular la influencia americana en mis modales— ¿es ésta alguna payasada más de las de Griswold? ¿Otra como la de la máscara de gas? ¿O como la de obtener mis huellas dactilares sin ninguna razón?”.

“¿Quién es Griswold?”.

“¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!”, observó Kenworthy. “Me duele la cabeza, y siento un entumecimiento que me atormenta como si estuviese oliendo cicuta. Yo he bebido cicuta. Esto lo recuerdo. Un momento, por favor”. Cogió un vaso, lo vació, dando la impresión por un momento de un hombre en agonía, y volvió a dejarlo. “Tengo un fuerte presentimiento de que usted y yo estamos hablando despropósitos. Pero, antes de que vayamos más lejos, ¿querría usted decirme quién piensa que soy yo?”.

“Usted es Jerome Kenworthy”, gritó ella, mientras se filtraba un vals en el oscuro salón. “Su padre es *lord* Abbsdale; tiene un cargo importante ahora en *Whitehall*, pero yo no sé lo que...”.

“En el Almirantazgo, exactamente”.

“Y usted vive, o acostumbra a vivir, en *Thetlands Park*, en *Oxfordshire*. Yo iba con frecuencia a visitarle a usted allí. Su madre es mi tía Molly. Mi madre es su tía Ellen...”.

La luz comenzó a hacerse en la inteligencia de Jerome Kenworthy. Recordó, doce o quince años atrás, a una muchacha pequeña y vulgar con trenzas jugando en los verdes prados de *Thetlands*, y disputas, y un columpio en el *Ducht Garden*. El *whisky* suavemente se le iba subiendo a la cabeza y le ponía, sentimental. Después de tres días de un lado para otro, pensó con cariño en *Thetlands*, y aun en su padre, y sintió una antigua emoción en su garganta. Si esta maldita guerra terminara alguna vez, él se establecería allí como dueño de extensas tierras. “¿Desde luego que la recuerdo! Valerie... ¿Cuál dijo usted que era su apellido de casada?”.

“No estoy casada”.

“No, claro; yo quise decir el nombre de casada de la tía Ellen. Chatford; ¡eso es! Merece que lo celebremos: ¿por qué no me acompaña usted a beber?”.

“Con mucho gusto. ¿Podría tomar un *Grand Marnier*?”.

Kenworthy dió las órdenes al camarero. “Pero yo digo: ¿Y en dónde estuvo todo este tiempo y qué hace usted ahora y dónde vive?”.

Valerie entrelazó sus manos suavemente. Sus ojos, grises y oscuros, se quedaron fijos sobre el extremo de la mesa. Su rostro, que a Max Matthews le pareció demasiado delicado, no lo era tanto o, si acaso, de una manera incipiente, debido a la delgadez de sus labios. “¡Oh, en todas partes!”, respondió. “Mi madre, *Daddy*^[10] y yo nos trasladamos a las Bermudas... ¿No recuerda?”.

“Sí, recuerdo algo de esto”.

“Y luego, hace un año o poco más, marchamos a Nueva York. Pero, cuando la guerra empezó, yo... Bueno, yo pensé que podría prestar también mi pequeña ayuda; esto es todo”. Y a continuación se le quedó mirando sonriente. “Yo esperaba que su padre —perdón, tío Fred— me diera algo que hacer. Pero no podía escribirle por el horrible escándalo que tuvo con mis padres. Y ya sabe usted cómo es él”.

Kenworthy recibió con alegría el segundo *whisky*. “Sí, lo sé, sí. Pero esto es ya una vieja historia. Le puedo asegurar que el viejo *encontrará* algo para usted. Y que a usted no le hará gracia. Mi padre está hartó, y siento decirle que ha tenido ya que echarme el freno...”.

Kenworthy bebió de nuevo. Valerie se agarró al borde de la mesa. “Pero hay otra cosa además...”.

“Continúe, querida mía. ¡A su salud!”.

“¿Qué ha dicho usted?”.

“He dicho: ¡A su salud!”.

“¡Oh! Buena suerte, Jerome”, contestó Valerie tomando entre sus dedos el pequeño vaso de licor. “Va usted a pensar que soy una perfecta descarada. Pero no puedo evitar decírselo”. Comenzó a jugar con el vaso, poniendo de manifiesto su vacilación. “Cuando yo era pequeña, puede decirse que ustedes me adoraban”. Sonrió un poco. “Sí; es la verdad. Tía Molly acostumbraba a mandarme la revista de su escuela. Estoy enterada de casi todos los premios que usted ganó. Y de su preparación para diplomático... Bien, dejemos eso”.

“Sí”, respondió Kenworthy con la faz contristada.

“Siempre he oído hablar de usted. Sé que estuvo en Nueva York por las notas de sociedad de los periódicos y por las columnas dedicadas a comentarios, una o dos veces. Y cuando supe que se había unido a aquella horrible mujer...”.

“¿A qué mujer se refiere?”.

Valerie se apoyó sobre la mesa, bajó la voz cuanto pudo y prosiguió. “Pero esto es lo que estaba intentando decirle. Esta mujer —usted lo sabe— fué asesinada la pasada noche, aquí abajo, en la cabina B-37. No se supone que lo sepa usted. Era ella, Jerome. Fué degollada. Algo horrible. Yo misma la vi”.

“Pero ¡santo Dios!, ¿cuál es su nombre?”.

“¡Chiss! ¡Baje la voz!”.

“¿Cuál es su nombre?”.

“Estelle Zia Bey. En su bolso de mano llevaba un paquete de cartas... ¡oh, así de grueso!”, exclamó Valerie, ilustrando sus palabras con un movimiento

de las manos. “Cartas comprometedoras. Tal vez hubiera otras cartas además de las suyas, pero las suyas estaban todas, me interesé en ello”.

Kenworthy reflexionó, mientras sus pensamientos giraban como un remolino. “Mire, Valerie: me crea o no, no conozco a ninguna mujer llamada Estelle Zia Bey”.

“¡Por favor, Jerome!...”.

“Es la verdad”.

Valerie no había esperado esto.

Ahora, una cosa debe aclararse perfectamente. La muchacha que se llamó a sí misma Valerie Chatford no era, según su parecer, deshonesto. Eligió cierto camino, porque así lo creyó preciso. A veces, su carácter ofrecía una complejidad, mezcla de astucia, ingenuidad, lealtad, celo, pasión, fantasía y ciertas debilidades que se interponían en medio de una serenidad y sangre fría. Hasta aquí, estuvo segura; pero su negativa la desconcertó.

Ella sabía muy bien que Jerome Kenworthy no era el asesino, porque (si se debe decir la verdad) ella había visto al asesino. Este conocimiento intentaba utilizarlo ahora como una parte de su plan. Pero hasta ahora, toda la información de segunda mano acerca de Kenworthy era exacta.

Habló en tono de disculpa. “Pero... ¡si tiene que ser!”, tartamudeó. “¿Conoce el bar de Trimalcio, en la calle 65, Este?”.

“Conozco el bar de Trimalcio muy bien. Mis juiciosos amigos de este barco me aconsejaron que fuera a visitarlo tan pronto como pusiera los pies en América”.

“Ella era... ¿qué palabra desagradable es la que usan los hombres...? Una de esas chicas alegres... por la noche”.

Kenworthy miró con asombro. “Si ella frecuentaba ese bar, he tenido que encontrarme con ella. Mis conocimientos con las mujeres que infestaban aquel lugar eran extensos. ¿No podría haber usado ella otro nombre? Lo que deseo poner en su punto, y con algún interés, es que jamás escribí una carta comprometedoras en mi vida. El abogado de nuestra familia me advirtió las consecuencias que acarrearían cuando tenía quince años; así es que, desde entonces, he mantenido una correspondencia muy sobria. Así, que no...”, se interrumpió. “Pero ¿cómo es que usted conoce el bar de Trimalcio?”.

Valerie volvió sus ojos hacia él. “Lo siento, sólo intentaba ayudarle a usted”, dijo en voz baja.

“Sí, pero...”.

“Quizá fué una simpleza mía ir allá abajo e intentar cogerla”, dijo Valerie. “Lo mismo que hubiera hecho una colegiala inocente para su hermano mayor.”

Y todo ello me ha metido en un espantoso enredo. Estoy atemorizada”.

“¿Un enredo?”.

“Tengo amigos que van al bar Trimalcio. Ellos me hablaron de usted. Mi madre decía siempre que usted podía ser *redimido*. Pensé que quizá podría hablar con *Mrs. Zia Bey* y persuadirla para que renunciara a las cartas —o incluso robárselas...—”.

“¡Déjese de historias! ¡Le digo que nunca escribí carta alguna!”.

Valerie se volvió rápidamente. “Si yo hiciera una cosa semejante, usted podría quererme un poco más que cuando me presenté por vez primera. También tío Fred podría quererme un poco más y ayudarme en mi obra de guerra. Pero, por favor, olvídelo. Veo ahora que fué una ingenua fantasía romántica, como muchas de mis ideas”.

Jerome, repentinamente, se conmovió. En cuanto a Valerie, por una parte estaba satisfecha al comprobar la habilidad que había mostrado para ser insinuante y no descubrir sus pensamientos. Por otra parte, se dijo que había escogido para sus objetivos a un chico decente. Sólo deseaba fervientemente que, en vez de Jerome Kenworthy, hubiera habido en su lugar aquel muchacho moreno, cojo, que hablaba con monosílabos y que parecía soportar el peso del mundo en sus hombros. Detestaba al Matthews que se asustaba del fuego. “Valerie, mi antigua amiga”, dijo Kenworthy, “es usted simpática. Siéntese otra vez. Permítame que le invite a otra bebida. Y si ésta es la ocasión de ayudar a su patria como usted desea...”.

“Creo que estoy realmente interesada”.

“Una ocasión para ayudar a ese hogar de majestad, esa isla imperial que es Inglaterra”, prosiguió Kenworthy, sonándole el *whisky* en el estómago vacío. “Bien; permítame decirle la clase de trabajo que yo *le he* asignado”.

“¡Oh! ¿Qué es?”.

“Pero, antes de proseguir, tengo que disculparme por haberme mostrado como el mismo demonio. ¿Qué enredo es ése en que se ha metido?”.

“No es nada, Jerome. Realmente no es nada”.

“Probablemente, no; pero de todas formas, ¿qué es ello?”.

“Sería mejor no decirlo”.

“No tenga ese gesto de orgullo conmigo. Creo, por lo que deduzco, que algún asunto sumamente sucio debe haberle seguido de cerca”. La mirada de Kenworthy se hizo más aguda, y las pequeñas arrugas, en forma de comas, se hicieron más hondas alrededor de su boca, y miró fijamente a su vaso vacío. “¡Un asesinato! ¡Mal asunto! Opinaría si hubiera tropezado alguna vez con

esa mujer, Griswold seguramente puede arreglar esto; ¿por qué no me lo diría? ¿Tienen idea de quién pudo hacerlo?”.

“Creo que no”.

“¿Qué parte tiene usted en ello?”.

“Yo... yo estaba escondida en la cabina de enfrente, y un hombre detestable, llamado Matthews, hermano del capitán, se lo ha contado todo”. Casi con lágrimas en los ojos, diseñó la historia, aunque sin excederse en una palabra, de lo que había contado a Max.

Kenworthy se estremeció. “¿Y usted hizo todo esto por mí?... ¡El diablo me lleve!”.

“No fué nada, Jerome. No ha sido más que una estupidez necia y romántica, y tal vez terriblemente molesta para mí, cuando el capitán venga a interrogarme acerca de ello. Y ¡con lo que tuve que ‘hacer’!”.

“¿Hacer?”.

“Sí... esto no es todo. *Mrs.*... Zia Bey dejó un sobre al sobrecargo en su despacho. Pensé que debía contener más cartas de usted. Así que rogué a ese Matthews que me las proporcionara; pero no quiso. El capitán probablemente está enterado de todo en estos momentos”.

Kenworthy le hizo un guiño con los ojos. “Mi querida Valerie, no le queda más que un camino a seguir. Griswold, el sobrecargo, es un gran amigo mío. Él comprenderá. Dígale la verdad. Y dígale la verdad al capitán también”.

“Desde luego, así pienso hacerlo. Pero ¿no puede causarle ninguna molestia si lo hago?”.

“Valerie, vuelvo a decírselo... no hay cartas mías, le doy mi palabra de honor más solemne que no las hay”.

La muchacha lanzó un hondo suspiro. Sus claros ojos grises, que había dirigido a un lado para ver una columna de caoba, se fijaron en su interlocutor.

“Sí, Jerome. Pero suponga que ellos *piensan* que las había...”.

“¿Que suponga qué...?”.

“Que ellos *piensen* que había cartas. Yo tendría que hablar acerca de ellas, al explicar la razón que tuve para ir a la cabina de *Mrs.* Zia Bey, y que en el bar de Trimalcio usted se vió obligado a relacionarse con ella, escribiéndole algunas cartas. Si estuviesen los oficiales del barco que le introdujeron en el bar de Trimalcio, probablemente habrían oído algo. En cualquier caso, le interrogarán a usted y tendrá que decirlo, Jerome”. Sus ojos se quedaron fijos sobre la corta y derecha nariz; su faz habíase tornado apasionada, y su voz

parecía un lamento. “Estoy pensando en *usted*, Jerome. ¡Pensando en la publicidad dada a un caso de asesinato y a la investigación del mismo, cuando llegemos a Inglaterra! Y en su padre...”. (Jaque-mate).

Durante la última parte de esta conversación, mientras ambos habían experimentado fuertes emociones de tan diversas clases, la orquesta había interpretado un gran final de programa, compuesto de aires populares. Y en aquel momento resonó una especie de explosión musical bajo el tejado de cristal y sobrevino un silencio de muerte.

Que fué roto por un par de manos que aplaudieron pesada y huecamente. Valerie y Kenworthy se sobresaltaron. El aplauso procedía de John E. Lathrop, que se había deslizado lo mismo que un ser invisible, sentándose a cierta distancia de ellos, fumando un cigarro. Guiñó un ojo a Valerie. Su entusiasmo fué seguido por el palmoteo más suave, más de hombre de mundo, del doctor Reginald Archer, sentado un poco más lejos, en la pálida oscuridad.

Valerie y Kenworthy se juntaron. El director de orquesta saludó tan ceremoniosamente como si la sala hubiera estado llena de público, tras lo cual los músicos comenzaron a enfundar los instrumentos. Los aplausos cesaron, y los pequeños ruidos nocturnos del salón comenzaron a hacerse notar. El maderamen crujía a impulsos del oleaje. Eran las nueve y treinta y siete minutos.

Kenworthy, que había comenzado a hablar con cierta estridencia, se reprimió un tanto.

“Comienzo a sentir”, dijo lamentándose, “que cada vez me meto más profundamente en una cosa, sin que sepa totalmente lo que es. ¡Pero, ángel de Dios!, Si usted no se propone decir al capitán y al sobrecargo la verdad, ¿qué es lo va a intentar decirles?”.

Valerie se encogió de hombros. “Negaré la historia de Matthews. Se lo advertí la pasada noche”.

“¿Y entonces?”.

“Diré que estuve con usted”.

Él la miró con asombro. “Pero ¡usted no puede hacer eso! ¿Qué pasará cuando se comprueben tantas mentiras? Las diez menos cuarto... En ese caso, puede decir que estuvo en mi cabina, sosteniéndome la cabeza sobre la palangana... Si usted quiere”.

“¿Por qué no? ¿Quién sabe dónde estuvo usted?”.

“El sobrecargo”, replicó Kenworthy categóricamente. “Pero”, añadió, atisbando, “aquí llega Griswold”.

El sobrecargo intentó entrar sin ser advertido. Pero cada persona que le veía desde que traspuso la puerta principal del *hall*, daba a entender, en su actitud, haberse dado cuenta de su presencia. Al pasar junto al doctor Archer, hizo éste una inclinación de cabeza. Cuando comprobó que era observado, Griswold se dirigió rápidamente hacia el grupo formado por Valerie y Kenworthy. Aun a cierta distancia pudieron éstos observar que, en medio de la serenidad aparente del rostro del sobrecargo, un débil salpullido ponía más de relieve la palidez de su frente, y que respiraba con fuerza por la nariz. Valerie ya se figuraba la clase de noticias que le traía.

Valerie, siempre sensible al ambiente, sintió que sus músculos se contraían y una oleada de pánico atravesó su cuerpo. Intentó sostener la mirada de Kenworthy, porque se daba cuenta de que la ventaja que había conseguido en principio se debilitaba y no quería despertar ninguna sospecha. Por eso le preguntó: “¿Estuvo el sobrecargo en su cabina entre las diez menos cuarto y las diez de la noche pasada?”.

Kenworthy reflexionó un momento. “No sé qué hora sería, ¡demonio! Pero no; espere. Creo que vino un poco más tarde de las diez. Sí; estoy seguro de ello, a menos que fuese el que me gastó la broma con la máscara antigás: éste vino más temprano. Lo que estoy intentando averiguar es si él sabe que yo no estaba en condiciones de recibir visitas femeninas, aunque...”.

“¡Chist, por favor!”.

“Buenas noches, *miss* Chatford”, dijo el sobrecargo, apareciendo al lado de la mesa. Su expresión asustó a Valerie. Pero él hablaba con un tono intencionado de amistad y ligereza. “Buenas tardes, *Mr.* Kenworthy”, añadió cumplidamente. “Me alegra verle a usted aquí arriba”.

“Gracias. ¿Quiere beber algo?”.

“No, ahora no. Desearía decirle algo en privado a *miss* Chatford, si puede ser”.

En el silencio que siguió a estas palabras pudieron oír su excitada respiración. Fuera del ángulo de su mirada, Valerie vió a Lathrop atravesar la habitación dirigiéndose hacia el piano. Los golpes de la maquinaria de propulsión del buque sonaban pesadamente en los oídos. “Pero, *Mr.* Griswold”, protestó Valerie, “lo que usted desee decirme puede hacerlo delante de mi primo”.

“¿Su qué...?”.

“Mi primo. *Mr.* Kenworthy es primo mío”.

“No es hora de bromas”, gruñó el sobrecargo después de una pausa.

“Es la verdad, por esto me ayuda”, gritó Kenworthy, honradamente convencido de lo que afirmaba. “La conozco desde que era muy pequeña. Valerie Chatford. Acostumbraba a llevar trenzas y montaba a caballo sobre un carnero”.

El sobrecargo tomó asiento. “Nunca me dijo usted que tuviera una prima”, se lamentó con tono de reproche.

“No”, precisó Kenworthy; “ni tampoco he oído yo a usted recitarnos la larga lista de sus parientes como si se tratara de un catálogo de buques. No sea bruto, Griswold”.

“Lo que quería decir”, replicó el sobrecargo, sin reparar en las palabras de Kenworthy, “es que mantuve la noche pasada una larga conversación con usted y no mencionó que tuviera algún pariente a bordo, sobre todo tratándose de una joven tan atractiva como ésta. No es propio de usted, viejo amigo”.

Kenworthy iba a responder, pero el sobrecargo le atajó, afortunadamente. “Solamente un minuto. No sé lo que usted piensa, pero puedo decirle francamente que no es momento oportuno para sus divertidas bromas. Pero volvamos a lo primero”. Hizo una pausa y dió un manotazo sobre su rodilla. “Miss Chatford: yo represento al capitán, y por orden suya vengo a hacerle unas cuantas preguntas”. Lanzó una mirada sobre Kenworthy y prosiguió: “También por orden suya se ha decidido que no conviene conservar en secreto más tiempo a los pasajeros” —miró a Kenworthy— “el hecho de que hubo un asesinato a bordo la noche pasada. Esa camarera ha hablado, y ha cundido por todo el barco”. Se dirigió a Valerie, y preguntó: “Pero, supongo que usted habrá oído algo acerca de ello”.

“Sí, he oído algo”, respondió Valerie, sintiendo un escalofrío.

“Ah, ¿lo sabía usted?”.

De su bolsillo, pausadamente, sacó el sobrecargo un amplio sobre de piel de ante, de unas ocho o diez pulgadas de longitud, bien repleto en su interior, a juzgar por la curva de los costados. Su parte superior presentaba una hendidura, y sobre el precinto había sido escrito el nombre: *Estelle Zia Bey*, “Esta tarde”, prosiguió, “Mr. Max Matthews nos contó una serie de cosas. Entre ellas, mencionó esta cartera, de que usted le había hablado, miss Chatford. Estaba depositada en mi despacho. Obedeciendo órdenes del capitán, la he abierto. ¿Un contenido valioso? ¡Aquí está su valioso contenido!”.

Volviendo la cartera con rápido movimiento, vació su porte sobre la mesa. Todo cuanto apareció fueron algunos recortes de periódicos, cortados, evidentemente, con unas tijeras grandes. “¡Recortes de periódicos!”, exclamó el sobrecargo. “Ahora, miss Chatford, el capitán desearía saber por qué necesitaba usted este sobre. Qué motivos tenía para rogar a Mr. Max Matthews que se lo proporcionase”.

Valerie percibía claramente el golpe de la sangre en el tímpano de sus oídos; comprendió que había llevado las cosas demasiado lejos, pero aún era pronto para confesar los hechos, según los planes que se había trazado de antemano. “No sé de lo que me está usted hablando”, dijo.

“El capitán desearía saber”, prosiguió Griswold, “en qué se funda usted para afirmar que *Mrs. Zia Bey* guardaba un paquete de cartas en su bolso de mano y que el asesino las robó”.

“Sigo sin comprender lo que está usted diciendo”.

“El capitán quisiera saber lo que estaba usted haciendo en la cabina de *Mr. Matthews* la noche pasada”.

“¡Pero si yo no he ido a la cabina de *Mr. Matthews*!”.

“¿No? ¿Pues dónde estaba usted?”.

“Estaba con mi primo, *Mr. Kenworthy*”.

Esta conversación se había mantenido en un tono confidencial, algo inclinados hacia adelante y en voz baja; Griswold con el codo apoyado en la rodilla. Pero en aquel momento se recostó para atrás, mostrando su frente fruncida por la brusca elevación de sus cejas negras y espesas. Pero su gesto traslucía satisfacción, como quien dice: ¡Ya lo sabía yo! “¿Es cierto, pues, que estuvo usted con *Mr. Kenworthy*, *miss Chatford*?”.

“Sí”.

“El capitán desearía saber a qué hora estuvo usted con *Mr. Kenworthy*”.

“Creo que llegué a su cabina alrededor de las nueve y media, y que salí a eso de las diez”.

“¿Está usted segura de todo esto? ¿Eran esas horas exactamente?”.

“Sobre poco más o menos, sí”.

La expresión del sobrecargo estaba diciendo: “¡Oh, comprendido!”. Pero no añadió ningún comentario. Sus carrillos de rana continuaban moviéndose. Ahora miraba a *Kenworthy*.

“¿Qué tiene usted que decir a esto?”, preguntó.

“*Alto*”, dijo *Kenworthy* en voz tan alta que *Lathrop* le miró desde el piano. Se oyó un arpegio en la distancia. Después de un profundo suspiro, *Kenworthy* prosiguió: “Antes de seguir adelante, necesito algo de usted, *Griswold*. No trato de evadir sus preguntas. Pero haré lo que considere justo, lo-que-considero-justo. Escúcheme: ¿podría ver a esa *mistress Zia Bey* que fué asesinada? ¿El cadáver...?”.

El sobrecargo alzó de nuevo las cejas. “Ciertamente, ¿no me dijo que ella era compañera de ustedes?”.

“No; con ese nombre, no. Pero, ¿no ha frecuentado usted (casi podría jurar que sí) un garito llamado bar de Trimalcio, en Nueva York?”.

El otro miró sorprendido. “Sí, lo conozco, aunque no he ido por allí desde hace mucho tiempo. Es una especie de *club* inglés. Lleno de hombres de la Real Armada y de la Real Marina... Acostumbran a dejarse caer por allí”. Sonrió levemente y prosiguió. “He oído que está infestado de espías, según creo. Pero ¿a qué viene todo esto? ¿Cuál es su idea?”.

“¿Conocía usted a *Mrs. Zia Bey*?”.

El sobrecargo se encogió de hombros. “He oído hablar de ella, como mucha gente. De una manera confusa. Mala persona, pero muy guapa”.

“¿Dónde oyó usted hablar de ella? ¿En el bar de Trimalcio?”.

“No lo recuerdo. ¿*Por qué*?”.

“Lo que deseo saber es esto”, insistió Kenworthy, abriendo y cerrando sus manos; “es lo siguiente: Usted oyó alguna vez las noticias que corrían acerca de *Mrs. Zia Bey*, y...”.

“¡Jerome!”, gritó Valerie, pero sin que ningún músculo se moviera en su cara delgada y fina.

“... y cierto caballero, en particular”, concluyó.

“No sería extraño haber oído esta clase de chismografía acerca de ella”, comentó Griswold frunciendo el ceño. “Pero no, no lo recuerdo. Me parece que alguna vez oí decir se hacía acompañar de un hombre elegante, arquitecto, o doctor, o algo por el estilo”. Frunció el ceño más fuertemente. “Le repito: ¿por qué me pregunta usted eso?”.

“¿No oyó más que...”, preguntó Kenworthy, “este rumor?”.

Se interrumpió con la mano abierta. Un ligero movimiento del barco intensificó los ruidos del salón. Los tres se inclinaron a un tiempo. “Parecía”, interrumpió Valerie, “como si una mujer estuviera gritando”.

“Ha sido un grito de mujer”, asintió Kenworthy, “pero estoy seguro que no era de *Mrs. Zia Bey*”.

“No hable usted así”, dijo el sobrecargo. Su frente brillaba como la manteca cuando la luz daba, de frente sobre ella. Otra vez tenía la misma disposición de ánimo con que había entrado, pocos minutos antes. “Yo vine para hacerle unas preguntas y tengo intención de hacerlas. Dice usted que le pareció oír gritar a una mujer”.

“Sí, exactamente”, contestó Valerie; “en el piso inferior”.

“*Miss Chatford*, ¿cuánto tiempo hace que está, usted aquí, en el salón?”.

“Pues..., pues no lo recuerdo”.

“¿Desde cuándo?, por favor”.

“Bien; yo subí aquí y me senté uno o dos minutos después de que la orquesta comenzara a tocar. Era su primer número. Puedo decirle esto, si le sirve de algo”.

“¿Dónde estuvo usted antes?”.

“En mi cabina, arreglándome, después de cenar”.

“¿Y usted, *Mr. Kenworthy*?”.

Kenworthy se frotó la barbilla. “No puedo decirle mucho más”, contestó. “Subí poco después que la orquesta comenzara su actuación. Estuve en el bar, pero luego me quedé aquí”.

“La orquesta comenzó a las nueve en punto”, dijo el sobrecargo, “y usted vino pocos minutos después. Muy bien, muy bien, muy bien”. Consultó su reloj. “¿Y usted dice que escuchó algo así como un grito precisamente ahora? Cuando subió aquí, poco después de las nueve, ¿oyó gritar a alguien? ¿Observó algo?”.

“No”, dijeron dos voces al mismo tiempo.

“¿Están seguros de ello? ¿No había ruido alguno en la cubierta B?”.

“No”.

Una alta sombra apareció tras el alto respaldo de la silla de Valerie, sosteniendo en la mano un cigarro. Esta se volvió completamente para ver el rostro conocido de Lathrop que le hacía gestos extraños. Aunque en cierto modo le gustaba Lathrop, experimentaba un intenso desprecio hacia él. Le parecía que tenía las reacciones de un colegial en un cuerpo de hombre con cabellos blancos. Valerie era, quizá, demasiado seria en sus pensamientos. La figura vacilante de Lathrop se apoyó sobre el respaldo de la silla. El humo del cigarro bajaba hasta ella, pero procuraba desviarlo moviendo como un abanico su mano de gruesos nudillos por debajo de su nariz. “¿Qué discusión es esta?”, preguntó.

“Nada”, contestó el sobrecargo.

“Me alegro de oírlo. Tenía confianza en que nada le hubiera sucedido al viejo Hooper”.

“¿Hooper?”, repitió el sobrecargo sorprendido.

“Sí; Hooper. Me prometió venir aquí para escuchar la orquesta, pero no se ha dejado ver”. Lathrop miraba fijamente al sobrecargo. “Espero que no se habrá caído al agua ni nada semejante. Debía venir a enseñarme cómo se juega a una cosa que le llaman *Nap*. Si es tan bueno en esto como en lanzar flechas, estoy prácticamente arruinado. Ya me ha ganado un dólar sesenta y cinco centavos, y se ríe a carcajadas cuando piensa en ello. Buenas noches a todos”.

“¡Mr. Lathrop!”, gritó el sobrecargo, y la excitación que había en la sala subió de pronto varios grados.

Lathrop se detuvo, volviéndose lentamente sobre las plantas de los pies. “¿Quería algo?”.

“Por pura fórmula; el capitán desearía saber dónde estuvo usted esta noche a las nueve en punto”.

“¿A las nueve?”, preguntó Lathrop sin más comentarios. “Estaba en mi cabina”.

“¿También usted?”.

“También yo. Subí alrededor de las nueve y diez para escuchar la música. ¿Ha ocurrido alguna otra cosa?”, declaró más bien que preguntó Lathrop.

“Sí”, admitió el sobrecargo. Se puso de pie y llamó a través del salón: “¡Doctor Archer!”.

En el otro extremo, cerca de la puerta, se agitó una figura humana. El doctor, llevando un libro bajo el brazo y un dedo metido entre sus páginas, se acercó pisando la alfombra gris. Caminaba con arrogancia de intento; pero sus labios, en el rostro flaco, parecían dos secas hendiduras. Tenía el aire complaciente y la expresión atenta propia de un médico amable prestando oído en una consulta. Sus ojos sonrieron a Valerie y saludaron a cada uno de los presentes con particular expresión. Pero su gruesa mano sostenía el libro apresadamente. “¿Qué deseaba, sobrecargo?”, interrogó.

Griswold repitió con cierto énfasis. “Son órdenes del capitán, doctor. ¿Podría usted recordar dónde estuvo esta noche alrededor de las nueve en punto?”.

“Perfectamente”.

“¿Dónde?”.

“En mi cabina”, replicó el doctor Archer. “¿Por qué cierra usted los ojos? ¿He dicho alguna cosa extraordinaria? Mucha gente va a sus cabinas inmediatamente después de cenar. A ponerse el abrigo... a coger un libro...”. Mostró el suyo. “Vine aquí alrededor de las nueve y cuarto, estuve por la sala de fumadores, bebí algo y, finalmente, he estado paseando por el salón para escuchar la orquesta. Usted me perdonará, pero no creo que haya mucho más que hacer a bordo de este barco”. Sin el menor cambio en la expresión añadió: “Continúe, y díganos lo que ha ocurrido ahora. Todos saben lo que sucedió la pasada noche. Vamos, suéltelo ya. ¿Pasó algo malo?”.

El sobrecargo lanzó un profundo suspiro. “Sí”, asintió, “ha habido otro... desgraciado accidente. ¡Pero no hay motivo para que se alarmen! Pueden

confiar en el capitán. El piensa que ustedes se sentirán más tranquilos si se les dice todo clara y honradamente”.

“¿Otro asesinato?”, interrogó el doctor con mirada penetrante.

“Me temo que sí. Pero no hay nada para alarmarse”.

Lathrop respiraba fuerte. Y su voz estaba cargada de dudas. “Usted pretende seguir la broma”, declaró, “que yo he dado acerca del pobre Hooper”.

El sobrecargo se volvió hacia él. “¿Hooper?”, repitió. “¿Quién dijo nada acerca de Hooper? Se trata del francés, del capitán Benoit. Le dieron un balazo por detrás de la cabeza, en la cubierta B, hace tres cuartos de hora”. El rostro de Griswold se oscureció. “Si hubiéramos entendido lo que decía la pasada noche, tal vez hubiéramos salvado su vida”.

Cuando Max y H. M. escucharon el disparo desde su sitio en la barandilla de estribor eran exactamente las nueve menos un minuto. H. M. poseía un reloj grande de metal, con la esfera luminosa. En plena oscuridad, Max le vió sacar el reloj de un bolsillo y mantenerlo como algo incorpóreo en el aire, a modo de un truco fotográfico. Cuando ambos se dirigieron hacia el lugar del disparo, vió nuevamente el reloj brillar en el aire y desaparecer en algún bolsillo del chaleco. “Esto significa que hay trabajo, hijo”, dijo H. M.; “pero, ¡por la vida de Esaú!, vigile sus pasos, tenga cuidado”.

Tanteando el camino con ayuda del bastón, Max se deslizaba sobre su pierna enferma. La oscuridad formaba un muro denso que podía palparse. Perdió de vista a H. M. y no pudo encontrarle de nuevo. Distinguía solamente la negra solidez de las barandillas y las columnas de acero que soportaban la cubierta superior, cuando el balanceo del barco les obligó a inclinarse. Había procurado situarse bien, según juzgaba, para soportar los movimientos, cuando delante de él se encendió una luz amarillenta. Se trataba tan sólo de un fósforo, pero en aquella ocasión poseía el brillo de una linterna sorda. Parecía desafiar al viento helado.

“¡Apague esa luz!”, gritó una voz.

La voz sonaba casi directamente en el oído de Max. No se había dado cuenta de que se encontraba en medio de un pequeño grupo de gente hasta que el cortante aire se agitó con una docena de movimientos. Como un peso, sintió una mano caer sobre el hombro izquierdo, empujándole hacia adelante. Las rodillas se le entumecieron a causa del frío, y el bastón resbaló bajo su mano. Experimentó un momento de pánico cuando se sintió empujado hacia la barandilla y vio el agua, fosforescente, que se movía allá abajo.

Precisamente delante de él alguien se movió en la oscuridad y golpeó la mano que sostenía el fósforo. Su luz se extinguió por completo, pero no antes de que Max, lanzado otra vez sobre la barandilla de la cubierta, hubiera visto todos los detalles de la escena transcurrida entre luz y sombra. La cerilla era sostenida por George A. Hooper. La mantuvo encendida a nivel de sus orejas. Tenía la espalda y los hombros inclinados, de tal manera que podía distinguirse la mata de sus cabellos grises y el resplandor de sus ojos. Hooper

se hizo visible un instante, y en seguida, como si hubiera visto una serpiente a sus pies, la cerilla se apagó.

“¿No sabe usted hacer nada mejor que encender una luz sobre cubierta?”, interrogó la voz de *Mr. Cruikshank*, el tercer oficial. “¿No sabe usted que...”.

Hooper no replicó. Pero encendió otra cerilla.

“¡Oiga! ¿Está usted loco? ¡Deme todas esas cerillas!”.

Hubo una refriega. O el viento apagó la cerilla de un soplo o el tercer oficial pudo conseguirlo. Las protestas de Hooper aumentaban lastimeramente. No parecía alarmado; solamente absorto y fascinado, con una excitación creciente. “Hay un hombre en el agua”, tartamudeó como pudo; “lo echaron abajo, salpicó... con un balazo detrás de su cabeza. Por amor de Dios, ¡déjeme esas cerillas! ¡A un hombre lo echaron *por la borda!*”.

“¿Es eso cierto?”.

“Completamente cierto”, jadeó otra voz en la oscuridad; “soy el vigía número cuatro. Le vimos caer desde la cubierta de los botes. Yo di la señal y oí el timbre telegráfico, pero nosotros no podíamos retrasarnos”... El tono de esta última voz implicaba una pregunta.

“Si usted es el vigía número cuatro”, dijo el tercer oficial, “¿qué demonios busca usted por aquí? ¡Vuelva a su puesto!”.

“Órdenes para encontrar dónde cayó. El número tres y *Mr. Billings*, dijeron que ellos pensaban que se había...”.

“¿Se había qué?”.

“Que se había disparado a sí mismo. Se podía ver su cara, vuelta sobre el agua fosforescente antes de que se hundiera. El revolver cayó con él”.

“¿Muerto?”.

“¡Ah, seguramente!”, interrumpió Hooper con un súbito movimiento de excitación. “La bala fue disparada por detrás de su cabeza. Muerto como un carnero. Era el oficial francés, con su uniforme; bonito uniforme. La bala le entró por detrás de la cabeza; lo vi yo mismo. Pero no lo disparó él. Incluso vi la ráfaga del disparo. Y daría cualquier cosa si no cayó empujado por alguien”...

“Un momento”, interrumpió el tercer oficial. “¿Está usted seguro de que estaba muerto?”.

“La bala le atravesó...”.

“Tome este mensaje para el puente” dijo el tercer oficial al número cuatro. “No, déjelo; lo llevaré yo mismo. ¡Quédese aquí! *Mr. Hooper*, guardaré sus cerillas. Pero ¿quién va?”.

Unos pasos fuertes y pesados indicaban la presencia de alguien que se aproximaba. “Soy Griswold”, respondió la ronca voz del sobrecargo. “¿Qué ocurre?”.

“¡Ah! Nuestro amigo Benoit ha sido muerto de un balazo y arrojado al agua. Por esto estamos aquí. Este es *Mr. Hooper*; ten cuidado de él. Yo voy al puente”.

“¿Crees que el viejo mandará parar?”.

“No. Sería una casualidad muy grande poder recoger al francés, aun cuando estuviese vivo. Y esto es muy peligroso”.

“Bien. Estaré aquí muy pronto. ¿Y cómo fué?”.

“Fué arrojado lo mismo que un saco”, continuó Hooper con creciente excitación, como si los detalles de lo que había visto fueran lentamente aclarándose dentro de él, “y apostaría hasta mis botones si la bala...”.

La voz del sobrecargo resonó, malhumorada. “Manténgase seguro. No vaya a desmayarse sobre mí”.

El tono de Hooper era débil, tan débil casi como su propia respiración. “Es mi corazón”, dijo, “el culpable de toda esta excitación. No puedo evitarlo. Es el corazón”.

“Déjeme darle la mano. ¿Quiere pasar al interior?”.

“¡Ah! ¡Esto es lo que quisiera! Espere, hasta que coja mi chaleco salvavidas, que está en una de las sillas de cubierta”.

Otra vez el sobrecargo elevó el tono de voz. “¿Quién está detrás de mí?”.

Max había estado escuchando todo esto con una especie de abstracción parecida a la de Hooper. Buscó a tientas su bastón, y por milagro lo encontró. Mientras hacía esto, tocó la pierna de alguien, que dió un salto en el aire con un estremecimiento que mostraba el estado de sus nervios. Pero fué la voz de H. M. la que respondió a la pregunta del sobrecargo. “Soy yo, hijo”.

“¿*Sir Henry*?”.

“¡Uh, hum! Buen tiempo tenemos para esta época del año”.

“¿Quiere usted sostener a *Mr. Hooper* y llevarle dentro? Aquí está su brazo. Busque con los pies y encontrará un camino metálico de los muchos que hay. Cualquiera de ellos le conducirá a una puerta. Excúseme”.

Max se agarró a la chaqueta de alguno, que lo mismo podía ser de H. M. que de Hooper, y se deslizó detrás de ellos. Los tres siguieron su camino, encontraron una puerta y fueron a parar a un departamento con oscurecimiento, donde una luz, aunque pálida, cegaba sus ojos. Continuaron un pasadizo pintado de blanco, al final del cual se encontraba, a la derecha, el corredor principal de las cabinas del lado de estribor. El suelo, de linoleum

rojo, parecía más firme que el de cubierta. A su derecha se hallaba la cabina, cerrada, número B-71. Max recordó. Pertenecía al capitán Benoit.

“Éste”, gruñó H. M., “ya ha terminado. Escuche, hijo, dígame; ¿qué pasó exactamente allí fuera? ¿Cómo llegó usted a verlo?”.

Hooper no parecía mal dispuesto a relatar su historia; pero se tomó algún tiempo de descanso antes de hablar. Estaba apoyado de espaldas contra el blanco muro y con los pies extendidos hacia adelante, como si fuera a escurrirse. Respirando lentamente se iba animando su pequeña figura. Tenía la vista fija en el suelo, y su mano derecha debajo del chaleco, al lado del corazón. El chaleco salvavidas colgaba de los dedos de su mano izquierda. Llamaba la atención la rubicundez de sus carrillos de cera junto al acerado gris del bigote. “Esto es para contarlo en otro sitio”, respiró, aún con la mano sobre el corazón. “Yo, George Hooper, vi a un pobre hombre dispararse un tiro y arrojar al agua. Su gorra lucía galón rojo y dorado”.

“Sí, pero ¿qué usted?”.

“Yo”, dijo Hooper mirando repentinamente con ojos apagados, “salí a tomar un poco de aire fresco. Puse una silla aquí mismo, al lado de esta puerta”. (Y era verdad. Max recordaba haber visto a Hooper dormitado en esa silla de cubierta durante su paseo matinal por la cubierta B.). “Me senté en esta silla”, prosiguió Hooper, regulando su respiración, “y me arrojé con la manta. Aquí estuve, según creo, unos diez o quince minutos, y volví al interior otra vez, cuando se abrió esta puerta. Esta misma puerta. Escuché ruido de pasos como de gente que iba a cubierta”.

“¿Cuántos?”.

“Dos personas”, replicó Hooper después de reflexionar. “Se oían sus pasos, aunque no se les viera. Se dirigieron a la barandilla. Se veía mal”. Y como un auténtico narrador de historias, apretó el índice contra el pulgar, manteniéndolos en alto, dramáticamente. “Apenas podían distinguirse sus cabezas y sus hombros. Bien, ¿y qué es lo que yo pensé? Nada. Nada, hasta que aquello me estremeció. Escuché un ruido de pasos precipitados, como de gente que discute, y un disparo de revólver. El cañón del mismo apuntaba a la víctima y alguien, detrás de ella, disparó. Entonces salté fuera de mi silla”.

Al llegar aquí, Hooper se estremeció dando un salto. En momentos de fuerte excitación recordaba al gran Somerset. Su tono de voz era fuerte. “Yo dije: ‘¡Aquí, hijo mío! ¿Qué te pasa?’”. Dios mío, pensé, nada responden, y solamente pude escuchar una especie de grito de aquel pobre hombre. Entonces avancé por la barandilla, justamente a tiempo de ver unas botas caminando sobre la borda. Eran unas botas de cuero. Toqué una de ellas. Pero

la persona a quien pertenecían huyó, y alguien más me pareció que corría suavemente mientras yo miraba por la borda, intentando descubrir la víctima. Primero, su cabeza emergió entre la blanca espuma, que daba algo de luz; pero inmediatamente se volvió de espaldas y comenzó a ser arrastrado en menos de lo que se piensa. No le vi más de unos dos segundos. Después, nada, excepto la blanca espuma sobre el agua otra vez. “¡Pobre muchacho! ¡Una verdadera pena!”.

Hooper se interrumpió. Otra vez pasó la mano, debajo del chaleco, sobre el corazón y se hizo acompasada su respiración, mientras recordaba los detalles, extrañado y perplejo todavía de que hubiese sido él la persona que presencié todo aquello.

Durante el anterior relato, H. M. había permanecido silencioso y pensativo, mirando a Hooper sobre la montura de sus lentes, un tanto corridos hacia abajo por su ancha nariz. Se despojó de la gorra, lo cual le daba una apariencia más humana, y dió un resoplido. Llevando los puños cerrados sobre sus labios, se quedó contemplando a su acompañante con una tranquilidad sorprendente. “Así, pues”, murmuró, “¿podría usted reconocer a la persona que disparó? ¿Podría identificarla si la viese otra vez?”.

“¡Oh, chico, chico, no pida usted milagros!”. (Era algo totalmente nuevo para *sir* Henry oírse llamar 'chico', y los ángulos de su boca se hicieron más profundos; pero insistió).

“Bien. ¿Era alto o bajo, grueso o delgado?”.

“No lo sé”.

“Dijo usted que echó a correr. ¿Qué dirección tomó, hacia proa o hacia popa, o huyó por esta puerta?”.

“Ojalá pudiera yo decírselo. Estaba pensando en la pobre víctima”...

Las puertas, al final del pasadizo, chocaron con estrépito. El comandante Matthews, llevando una lámpara de aceite, venía andando a tientas desde la cubierta. Su rostro carecía de expresión; les saludó con una inclinación de cabeza y echó una mirada a la puerta del B-71.

“Así es que Benoit ha desaparecido”, observó.

“Otro de nosotros”, dijo Max.

“Quería decirte algo”, prosiguió el capitán. “Benoit se mató a sí mismo. Es una gran desgracia”.

Hooper dió un salto.

“Para beneficio de la tripulación”, dijo el comandante Matthews, “y hasta que alcancemos tierra, Benoit se mató a sí mismo. ¿Comprenden ustedes? Dos testigos que estaban en la cubierta de las lanchas vieron caer el revólver

al agua con él. Nuestro compañero estaba, probablemente, enajenado. Mató a *Mrs. Zia Bey*, y después puso fin a su propia vida. No existe ningún peligro más; ¿está claro?”. Hizo una pausa y miró en redondo, al tiempo que el tercer oficial empujaba las puertas detrás de él. “Mi tarea y obligación”, prosiguió el comandante Matthews, “es conducir este barco a salvo hasta el puerto. Procuraré hacerlo. Pero no quiero el peligro del pánico. ¿Está claro?”.

Hooper asintió levemente. Sus pálidos ojos azules, inesperadamente brillantes y astutos, miraron al suelo.

“Según mi manera de ver”, observó H. M., “creo que hace usted lo mejor. Y a los pasajeros, ¿qué vamos a decirles?”.

“A los pasajeros debemos decirles la verdad”, contestó el capitán. “Comprendo que todos ellos saben ahora algo del asunto de *Mrs. Zia Bey*; la tripulación lo sabe, puedo asegurarlo. Desde esta mañana ha sido establecido un sistema especial de vigilancia entre la tripulación. Lo ordené yo. Cinco minutos después de que Benoit cayera al agua, tenía yo informes de todos los oficiales encargados. Cada miembro de la tripulación de este barco estaba en su puesto cuando ocurrió el hecho”.

El comandante Matthews no había levantado la voz, pero la atmósfera del pasadizo se había puesto tan fría como la de la cubierta exterior.

“Saben ustedes lo que esto quiere decir, ¿no es eso? Si no, yo se lo diré. Este asesino monomaniaco puede ser uno de los siete restantes pasajeros, o bien hallarse entre uno de mis propios oficiales. Muy bien”. Sin aparente emoción, el comandante Matthews levantó su mano derecha abierta y la dejó caer tan fuertemente sobre el muro blanco, que la puerta del B-71 retumbó en sus goznes. “Ese pasajero que es culpable nada logrará con ello. Ninguno de ellos logrará nada tampoco. Serán interrogados, serán vigilados y perseguidos, hasta que logremos identificar al hombre que buscamos. Esto es todo. ¡*Mr. Cruikshank!*”.

“¿Señor?”.

“Vaya en busca del sobrecargo y dígame que venga con nosotros aquí. *Sir Henry Merrivale*, yo no soy ningún detective; esto cae fuera de mis límites. ¿Se encargará usted del asunto?”.

H. M. era un gran volumen de carne soñolienta que se había apoyado sobre la cerrada puerta de la cabina. Sacó del bolsillo de su chaleco una pipa negra, tan sucia que hubiera sido difícil introducir la punta de un lápiz en su cazuela. Se la colocó en un ángulo de la boca. La acostumbrada expresión de cinismo —como la del que olfatea un desagradable almuerzo a base de huevos no muy frescos— había desaparecido de su rostro. Chupó de la pipa

mientras sus estrechos ojos se movían oblicuamente tras las gafas. “Hijo”, contestó, “debiera estar orgulloso de esa confianza”.

“¿Y si le desembarcáramos a ese cerdo antes de llegar a la otra orilla?”.

“No prometo nada”, dijo inesperadamente H. M. “Solamente hago promesas cuando logro enfurecerme, y ahora no estoy furioso. Siento algo... como si me apretara el vientre y me crispara las manos. Como tal vez les pase a ustedes”.

“¿Tiene usted alguna idea acerca de esto? ¿Quién lo hizo y por qué? ¿Y cómo fueron hechas aquellas condenadas huellas dactilares?”.

“Bien... ahora yo quisiera expresar una *idea*” replicó H. M., como si escogiese cuidadosamente sus términos. La pipa pasaba de un extremo a otro de su boca. “Una o dos cosas me chocaron cuando escuché la historia del joven Max. Hubiese deseado ver las cosas pertenecientes a Benoit; hubiera querido echar un vistazo a su cabina. ¿Podríamos ir allí, hijo? ¿Dónde está?”.

“Precisamente detrás de usted”, dijo el capitán, señalando con la cabeza. “Cualquier ayuda que necesite, cuente con nosotros”.

Gruñendo, H. M. dió una vuelta en redondo. Su calvo occipucio brillaba bajo la luz; sobre las arrugas que su piel formaba en el cuello y en la base del cráneo sobresalían unos cabellos grisáceos que el barbero parecía no haber visto. Se encogió de hombros y gruñó otra vez. Luego abrió la puerta.

La luz del techo estaba encendida en la cabina B-71. Con la más auténtica economía francesa, el capitán Benoit había elegido uno de los más pequeños departamentos individuales del barco. Tenía una forma oblonga y estrecha, y la puerta comunicaba con el pasadizo. Daba la impresión de una celda pintada de blanco. A lo largo del muro izquierdo estaba la litera, con su cabecera junto al muro opuesto a la puerta. En este mismo muro había sitio para un lavabo y un tocador. El muro de la derecha formaba una profunda alcoba que se cerraba con portezuela precintada. El armario con su espejo estaba a la derecha de la puerta. Al lado había una silla.

Como no sobraba espacio en la cabina, excepto H. M., los demás permanecieron fuera. *Sir* H. M. dió unos pasos en su interior, y cuanto más registraba, más insatisfecho parecía volverse. Estaba colgada en la pared una bata de lana con un par de zapatillas bajo ella. Sobre la silla, apilados, estaban un chaleco salvavidas, una caja conteniendo la máscara antigás y una manta. H. M. examinó estos objetos, y luego su atención se fijó en el tocador.

Sobre éste había una cartera de viaje, de cuero, que contenía dos fotografías antiguas, una de un viejo militar francés con fiero mostacho, la otra de una mujer de mediana edad —probablemente los padres de Benoit—, lo que prestaba un calor íntimo, un toque hogareño, en la habitación de un muerto. Peines, cepillos, tijeras, formaban una línea regular. Una caja de lata para botones y otra de betún. Cepillos para la ropa y para los zapatos, colgaban de sendos ganchos al lado del lavabo, sobre el cual había una repisa en la que estaban los cepillos de dientes y la crema dental.

H. M. abrió los cajones del tocador y echó una mirada a la pequeña alcoba. Con gran trabajo se arrodilló y, tocando bajo la cama, extrajo una maleta plana, que resultó ocupada solamente por algunas prendas de ropa interior, ya sucias.

Volvió a colocarlo en su sitio y abrió la puerta del guardarropa. Allí descubrió un uniforme de militar con los tres galones dorados de capitán sobre las hombreras, dos vestidos de paisano, algunas corbatas colgadas, un par de leguis y dos pares de zapatos. Después, ajustándose los lentes, como si no distinguiera bien por culpa de ellos, H. M. miró la manga del uniforme.

Por último recurso, empinándose, registró la parte superior del armario, sin resultado.

“¡Oh, mi vista!”, musitó entre dientes, sin cesar de morder la pipa vacía. Su expresión se hacía más desconsolada por minutos.

“¿Qué hay?”, preguntó Max desde la puerta. “¿Qué ha encontrado usted?”.

Sir Henry se sentó en el borde de la litera. El tercer oficial había llegado con el sobrecargo. A ambos el comandante Matthews dió instrucciones en voz baja y luego desapareció, excusándose con sus particulares obligaciones. En ausencia del patrón, el tercer oficial aventuró un indiscreto cuchicheo con el sobrecargo. “Verdaderamente, parece un búho”, comentó.

“Estaba pensando, condenado”, dijo H. M. abriendo unos ojos furiosos. “Así es como yo medito siempre. Ahora, déjeme ver”.

Otra vez se alzó sobre sus pies y nuevamente observó la mesa del tocador. Encima de un montón de camisas y calcetines limpios, en el cajón superior, vió una caja de cartón pequeña que puso sobre la cama. Contenía cinco sellos de caucho con asideros de madera de un tampón o almohadilla para entintar.

“Oigan, par de sabuesos”, prosiguió H. M. mostrando malévolamente uno de los sellos de caucho al tercer oficial y al sobrecargo, “ustedes que estuvieron aquí la pasada noche, ¿vinieron a tomar las huellas dactilares del capitán Benoit?”.

“Exactamente”, admitió el tercer oficial moviéndose con disgusto.

“Y el capitán Benoit estaba sentado aquí, digo yo, divirtiéndose con un montón de sellos de caucho y un tampón”.

“Sí, señor”.

“¿Son estos los mismos sellos de caucho?”.

El tercer oficial dió unos pasos cautelosamente dentro de la cabina. Cogió dos o tres para observarlos y volvió a dejarlos.

“Desde luego, parecen los mismos, aunque yo no los examiné bien la otra noche”.

“Cuando usted, finalmente, pudo hacerle comprender que deseaba sus huellas dactilares, él le ofreció dárselas mojando sus pulgar en este tampón; pero usted le previno antes de que pudiese hacerlo, y entonces tomó sus huellas presionando sus dedos sobre el rodillo de tinta que usted traía, ¿no es así?...”.

El tercer oficial asintió con la cabeza. “Así fué, señor”.

“Permítame”, interrumpió una nueva voz. Era Hooper, a quien todos habían olvidado. Se había mantenido en último término, absorto a veces, y

lanzando penetrantes miradas al interior de la cabina. Los sellos de caucho le atrajeron, y cogió uno tras otro, examinándolos con el escrutinio de un profesional. Su aire de experto que va a pronunciar una autorizada opinión era tan grande, que ninguno osó hablar. “Están hechos por mí mismo”, declaró. “*Hooper’s Broad Mead, Bristol*”.

El general veredicto pareció favorable hasta que abrió el tampón entintado con intención de mojar uno de los sellos en él. Entonces se detuvo. Pero era el tampón lo que le interesaba, no las estampillas. Lo estudió, lo tocó con el dedo y lo mantuvo en alto, horizontalmente, a la altura de sus ojos. Una expresión de asombro cruzó sus facciones. “Aquí hay algo gracioso”, dijo Hooper. “El pobre Benoit debía estar chiflado. ¿Habrá una botella de tinta entre sus cosas?”.

“¿Tinta?”, preguntó H. M., galvanizado.

“Sí. Alrededor de media botella”, agregó Hooper, observando el tampón. “Apostaría que usted no encuentra nada extraño en este tampón”.

“¿Qué es?”.

Hooper sonrió. “Sin embargo, yo, sí. Es un tampón nuevo. ¡Completamente nuevo! ¿Y saben ustedes lo que hizo el pobre muchacho? Vertió una media botella de tinta ordinaria de escribir, hasta que la almohadilla lo absorbió por completo, inutilizándolo. Desde luego es eso. Pegajoso como goma. Miren. La gente no hace estas cosas, ¿verdad?”. Con esta observación, puso la almohadilla en la litera. El tercer oficial, el sobrecargo y Max se miraron mutuamente. “Pero ¿por qué haría esto?”, deseaba saber el tercer oficial.

“¡Ah!”, contestó Hooper, “no me lo pregunte”. Se sacudió las manos. “¡Caramba!”, añadió, consultando su reloj. “Cerca de las nueve y media. Apostaría que he perdido el concierto. Lo había olvidado por completo; pero ¿quién no iba a olvidarlo después de haber visto lo que yo he visto? ¿Me necesitan para alguna otra cosa?”.

“Sólo un minuto, hijo”, dijo H. M., cuya expresión se había hecho dura. Se dirigió al sobrecargo: “Recibió usted órdenes del capitán”.

“Sólo de obedecer las de usted”.

“¡Uh! Está bien. ¿Depositó la difunta *mistress* Zia Bey un sobre precintado en su oficina?”.

El sobrecargo chasqueó los dedos. “Casi lo había olvidado. Sí, en efecto. Por orden del viejo... Perdón, del capitán, lo abrí. Aquí está,” Sacó la cartera de piel de ante de su bolsillo. “No hay nada en ella, salvo recortes de periódicos, como puede ver usted mismo”.

H. M. miró la cartera y vació su contenido. Lo sopesó en sus manos y lo olfateó. Estuvo en silencio tanto tiempo, que los otros tosieron impacientes. Finalmente, devolvió la cartera. “Escúcheme, hijo: ¿le gusta a usted asustar a la gente?”. El sobrecargo contrajo sus ojos y lanzó una mirada siniestra. “Está bien. Entonces le voy a encargar de una misión. Necesito que busque a esa joven, *miss* Chatford. Grítela, atemorícela. Enséñele esta cartera e intente averiguar lo que estaba haciendo de verdad en la cabina de Max Matthews la pasada noche. Empiece usted un proceso de desmoralización, y yo lo terminaré. Si ve a algún otro pasajero, puede usted preguntarle (esto con mucho tacto) lo que hacían esta noche alrededor de las nueve. ¿Lo hará?”.

“Sí”.

“Eso es todo. Puede marcharse. *Usted*” —añadió dirigiéndose al tercer oficial—, “permanezca aquí. Y usted también, *Mr...* harrumm”.

“Hooper”.

“*Míster* Hooper. Usted se queda aquí también, si no tiene algo muy preciso que hacer. Ahora podemos sentarnos cómodamente”.

Después de chupar de la pipa vacía varias veces, H. M. comenzó, por último, a llenarla de algo que sacó de un saquito impermeable. Levantó los faldones de su casaca y sacó de su larga americana una caja de cerillas, encendiendo la pipa. Respirando con satisfacción, saltó sobre la litera, apoyando su espalda en las almohadas lo mismo que un convaleciente. El humo era muy fuerte, pero él seguía aspirando. Entonces apuntó con el mango de la pipa a Cruikshank. “Usted y el sobrecargo, dijo, hablaron en francés con Benoit la pasada noche. Dígamelo sinceramente, ¿qué es lo que entendió usted?”.

“Lo siento; me terno que no mucho”.

“Eso es lo que yo necesitaba saber. ¿Qué cree usted que estaba intentando decirles?”.

Cruikshank dudó un momento. “Mire usted; cuando a uno le hablan en francés, entiende algo, si se va derecho al asunto. Esto es, si uno desde el principio sabe de lo que la conversación va a tratar. Si se cogen al vuelo algunas palabras, se conjeturan las restantes. Pero cuando no sabe uno de lo que se trata, la cosa se va haciendo incomprensible a medida que avanza”. De nuevo se quedó dudando. “Para decirle la verdad, parecía que hablaba de alguna mujer”.

“¿Sí?”.

“Así lo creo. Decía *elle* esto, *elle* aquello. Por un instante, creí que estaba confesando el asesinato. Necesitaba haberle interrogado acerca de esto, pero

no quería mostrar mi ignorancia delante de Griswold. Y, dígame, ¿qué significa la palabra 'Traître'?"

Los ojos de H. M. se empequeñecieron. "Significa traidor. ¿Está usted seguro que dijo eso? Por Dios, fíjese con atención. ¿Dijo *traître*, o *traité*, o *traiteur*?"

La oscura expresión del tercer oficial se hizo más sombría. "Esto es mucho para mí", masculló, "pero, mire; casi estoy cierto de que era *traître*, alguien era un *traître*. Una cosa más, señor". Su expresión se oscureció. "¿Puedo hacer una conjetura sin que sea motivo de mofa? Griswold piensa que es algo cómico, pero yo no estoy tan seguro de que lo sea. Pienso que Benoit pueda haber sido un miembro de la '*French Intelligence*'"^[11].

H. M. no mostró disposición de burla alguna. Lanzó una bocanada de humo y observó cómo se extendía hasta disolverse en el techo. Parecía más embarazado. "También pensé en ello", dijo con aire de excusa; sus pequeños ojos se clavaron en Cruikshank; "pero yo digo que está permitido tener opiniones. ¿No cree que un miembro de la '*French Intelligence*' habría de conocer bien el inglés?"

"Ya pensé en eso", dijo Cruikshank, "y no estoy tan seguro de que no conociera el inglés". La pipa de H. M. se corrió a un lado de la boca súbitamente.

"¿Sí? ¿Y por qué cree usted eso?"

"No podría jurar ante un Tribunal. Es una mera suposición. Desde luego. Solamente... bueno, ahora que recuerdo, yo dije algo a Griswold, algo como '¿Para qué supone que nuestro amigo necesitaba tanto sello de caucho?'. Lo dije casi a boca cerrada, en voz baja, como un murmullo".

"¡Úh!... ¿Y qué?"

"Casi podría jurar, por la mirada de nuestro compañero, que había comprendido. Entonces pensé aquello. Esto es cuanto recuerdo. Griswold y yo no disponíamos de tiempo. Además, si hablaba tan poco inglés, ¿qué había hecho en América? Yo no podría haber ido *Broadway* arriba y *Broadway* abajo hablando sólo francés y preguntando todo en este idioma".

"Otra cosa. Hágame el favor: ¿Quiere usted sacar otra vez la maleta que está bajo la litera?"

El tercer oficial así lo hizo, y la volvió en dirección de H. M. Debajo de las etiquetas del *Edwardic* había pegadas las etiquetas del Hotel *Pennsylvania*, de Nueva York, y del Hotel *Willard*, de *Washington*.

"*Washington*", repitió H. M.; "yo fui a parar al mismo sitio... Pero, ¿no tiene usted su pasaporte?". El otro mostró un destello de alivio: "Sí; creo que

los pasaportes no le habrán sido devueltos todavía”, dijo. “Deben estar todavía en el despacho de Griswold”; se interrumpió de pronto. “¡Oiga! ¿Dónde está *Mr. Hooper*? ”.

El fabricante de sellos de caucho había desaparecido. Aun Max, que estaba en la puerta, no se había dado cuenta. H. M., con un bufido, se incorporo en la litera. “Espero que comprendería las órdenes del patrón”, dijo. “¿Cómo habrá podido salir de *aquí*? Está desconcertado con su gran aventura. Espero que no habrá ido a contar esto a algún camarero amigo o a alguna criada”.

El tercer oficial estaba alerta. “¿Voy detrás de él?”.

“Sería mejor. Y darle con un martillo para que se esté quieto. Si producimos la alarma a bordo de este cascarón, será un inconveniente muy grande”. Cuando Cruikshank dejó la cabina, H. M. recobró el mismo estado de desesperación anterior. Dió unas vueltas por el confinado espacio, cogiendo objetos y volviéndolos a dejar. Tomó un peine; pasó la mano por una brocha que tenía seco el jabón y observó que Benoit había sido educado en la tradición espartana; era de los que siguen fieles al uso de la navaja de afeitar. Y con un seco gruñido de interés, cogió la navaja y la abrió. Su pulida hoja brilló siniestramente a la luz.

Max Matthews sentía náuseas en el estómago. “Está usted pensando”, dijo, “que es un arma ideal para degollar a una persona”.

“Ciertamente”.

“Pero nosotros sabemos que Benoit no lo hizo”.

“Sí, seguramente”, reconoció H. M., haciendo un lento y gráfico ademán con la navaja en el aire. “Nosotros sabemos que Benoit no lo hizo, y sabemos también...”.

Una exclamación que sonó desde la puerta casi le hizo cortarse su pulgar izquierdo. Relumbraron sus ojos, encogiendo los hombros hasta las orejas, cuando apareció detrás de Max la cabeza del marinero encargado de la cabina de Benoit. Era un hombre de cierta edad, de facciones delicadas y voz baja, con aspecto de un clérigo retirado.

“¿Llamó usted, señor?”.

“No”, dijo H. M.; y esperó en silencio.

Hubo una larga pausa mientras el barco se balanceaba y H. M., una vez más, describía una curva con la navaja; la maquinaria, allí abajo, traqueteaba. Rechinaban las mamparas como una contorsión de huesos y tendones, cuando el criado apareció.

“Perdone, señor. ¿Me sería permitido hacer una pregunta?”.

“Desde luego, ¿qué pasa?”.

“¿Es cierto lo que he oído? ¿Se ha suicidado el capitán Benoit?”.

“Temo que sí. ¿Por qué?”.

El criado se humedeció los labios.

“Entonces, estoy verdaderamente apenado: creo que he debido quemar una nota suya sobre el suicidio”.

Un silencio de muerte siguió a estas palabras. H. M. colocó la navaja en su sitio, sobre el lavabo.

“Pero ¡estaba en la papelera!”, protestó el criado con la voz excitada. “Yo limpié la cabina e hice la litera durante la cena, y encontré eso en la papelera”. Señaló hacia el lugar en que se encontraba la cesta de los papeles, al lado del tocador. “No estaba roto, pero... ¿Qué otra cosa podría yo hacer cuando estaba en la papelera?”.

“Un momento, hijo”, interrumpió H. M., haciendo un poderoso gesto. Miró la pipa, apagada ya, y la guardó en el bolsillo. “¿Qué es lo que había en esa cesta de papeles?”.

“Una nota, señor, firmada por el capitán Benoit”.

“¿Usted la recogió?”.

“Sí, pero no pude leerla. Estaba escrita en francés. Todo lo que puedo decirle es que estaba dirigida al capitán..., quise decir al comandante, esto es. De todos modos, era una hoja de papel que comenzaba: *'Monsoor lee Capitann del Edwardic'* en grandes letras cruzando la parte superior”.

“Y estaba en la papelera...”. H. M. recobró la dura expresión de otras veces mientras su pecho se elevaba y descendía. Se detuvo. Sus ojos recorrieron la cabina y se detuvieron en un punto, al lado de la puerta. Puso en funcionamiento el ventilador eléctrico.

Blanda e insistentemente el zumbido del ventilador levantó su fuerte canto en la pequeña estancia. Comenzó a moverse en todos sentidos, barriendo la cabina. Había unas cuantas hojas de papel en la caja, donde se guardaron las estampillas de caucho de Benoit. H. M. puso una de las hojas del borde del tocador. Cuando la corriente de aire del ventilador pasó sobre la mesa, comenzó el papel a agitarse. Sesenta segundos más tarde (una eternidad para la impaciencia de H. M.), saltó de la mesa, flota en el aire, rozó el borde de la papelera y cayó al fin sobre la alfombra.

“Ya comprendo”, musitó el criado. Mientras duró el experimento, permanecieron inmóviles, con la mirada clavada en el papel. “Si hubiese ocurrido así, ahora usted tendría la nota del suicida”.

“¡Nota del suicida!”, dijo H. M. con desprecio; pero se reprimió, y volvió a su calma habitual. “¿*Dónde está* ahora ese papel, hijo?”.

“Me temo que en el incinerador”.

Del comedor blanco llegaron unos gritos de mujer.

La expresión de *sir* Henry M. no era agradable en aquel momento. “No sé qué es eso”, dijo a Max; “pero si quisiera envolverme con el manto de la profecía, tendría un gran éxito. Dije que nuestro compañero Hooper estaba entusiasmado con su aventura. Si difunde la historia entre la tripulación...”. Hizo una pausa y se volvió hacia el marinero. “Esto es todo, hijo. ¡No, no fué culpa suya! El francés dejó una nota y se suicidó. La nota fué destruida. No hay ningún secreto. Puede irse”.

Hizo una seña a Max para que permaneciera en la cabina.

Siguieron escuchando, pero el grito no se repitió. El mar había comenzado a alborotarse y el balanceo del barco se hizo más violento. Las cortinas de colores del ventanillo se inflaban como si soplara la brisa y volvían a aplastarse muellemente, mientras toda la cabina B-71 vibraba a impulsos del oleaje. “La verdad”, dijo H. M., señalando al cesto de los papeles, “es que todo puede ser cierto. Que Benoit lo escribiera, que estuvo a nuestro alcance y que fué arrebatado de nuestras manos por una pequeña coincidencia, cuando... ¿Cuál era el libro que leía Benoit?”.

“‘*Gone with the Wind*’”^[12], respondió Max; y comenzó a reír por primera vez desde que puso los pies en el barco.

El *Edwardic* seguía balanceándose.

Dos noches después, entraban en la zona submarina. Desde las primeras horas del lunes, el tiempo había empeorado. La borrasca iba haciéndose tormenta gradualmente, y el viento silbaba del Nordeste. Los botes salvavidas fueron arriados y envueltos con lienzos, pues corrían peligro de ser alcanzados y arrancados por el empuje de unas olas de treinta pies de altura. Griswold comprobaba el daño que había sufrido la vajilla, bamboleándose en su sillón giratorio, que amenazaba romperse. Todos los pasajeros estaban afectados más o menos, y el lunes por la noche, solamente Lathrop y Max entraron en el comedor. En la noche del martes, el comedor apareció completamente desierto.

Hacia la mañana del miércoles, el temporal amainó. Era incluso posible pasear sobre cubierta con aquel movimiento de balanceo, pero ningún pasajero se aventuró a salir. Amaneció el jueves oscuro y frío, con el mar picado. Las gaviotas chillaban de nuevo. Hacia las ocho fué alcanzado y pasado el barco a una milla de distancia por otro trasatlántico que llevaba la misma dirección. Era tan gris y de factura tal, que parecía un barco fantasma que intentara pasar inadvertido sobre la superficie del mar sombrío; se diría transparente. Un poco de luz se esforzaba en decir desde el puente, en lenguaje Morse, que era el *Andalucía*, uno de los grandes trasatlánticos de la *White Planet*. Los marineros, sirviéndose de prismáticos, pudieron observar que llevaba a proa un cañón de seis pulgadas. El *Edwardic* no llevaba armas, excepto el revólver del capitán y un rifle del 22 perteneciente al segundo maquinista.

Durante estos dos malos días, todos los pensamientos referentes al asesinato abandonaron a Max Matthews y ponía en duda si alguien continuaba interesándose en ello. Sus preocupaciones en el tiempo que duró la tormenta fueron tan elementales como las de un perro, y sintiéndose tan enfermo como un perro también. Todo lo demás quedó relegado al olvido.

Tumbado en su litera, descansando entre almohadas bien mullidas, unas veces dormitaba y otras recordaba toda su vida. Pensó en cada oportunidad perdida, en cada juicio erróneo. El barco inmenso y fantasmagórico, con sus cientos de cabinas ocultas, se había convertido en su universo. Y algunas veces trajo a su memoria a Valerie Chatford.

Valerie Chatford. No conseguía precisar el momento en que empezó a sospechar de ella por primera vez.

Recordando el pasado, pensaba que el origen fué en una frase que pronunció Jerome Kenworthy. Fué precisamente el lunes por la mañana, cuando el tiempo empezaba a empeorar, precisamente antes de que Kenworthy —lo mismo que casi todos los demás— se hubiese apresurado a recluirse. Él, Kenworthy, el doctor Archer y Lathrop habían estado intentando jugar a la baraja en la cubierta de las lanchas. Kenworthy había mencionado que Valerie había dicho que Hitler era un gran hombre y que no podía culparse a los alemanes por seguirle.

Esto, desde luego, no tenía importancia, y Max lo olvidó por completo hasta que los malos sueños acompañaron a los primeros síntomas de mareo, el lunes por la noche. Ayudado por ciertas observaciones de *sir* Henry Merrivale, su subconsciencia comenzó a trabajar. Vió en sueños a Valerie Chatford llevando una *svástica* en el brazo, marchando en medio de una multitud de mujeres.

Despertó con fiebre; pero el sueño siguiente, a decir verdad, fué distinto hasta el extremo de haberla sentido entre sus brazos.

Ya despierto, se decía: Uno sabe cómo empieza esto. Y era esta frase el eco de aquella conversación mantenida en el despacho del sobrecargo sobre las gentes que cometen asesinatos desnudos y aprovechando el sueño de la víctima. Su vago instinto le repetía: Esta mujer te atrae mucho, tanto más cuanto *in mente* la temes y crees tenerle aversión. La imagen de la *svástica*, le persiguió con verdadera obsesión durante el día siguiente.

El miércoles por la mañana, con el mar un poco más apaciguado, se encontró más tranquilo y tan firme como siempre había estado, aunque algo débil. Era un placer pasear. Incluso se sentía alegre, y cantó mientras se bañaba. Este entusiasmo disminuyó en gran parte después del desayuno, aunque se limitó a tomar tostadas y café.

De lo que se daba cuenta es que había vuelto al asunto del asesinato. Durante dos días, el *Edwardic* fué un barco muerto. Ahora conseguía moverse otra vez. Sus sospechas sobre Valerie Chatford —no precisamente como una criminal, pero sí como de una mujer de carácter resbaladizo— le enojaron otra vez. Indudablemente, no puede sospecharse de una mujer porque se sueña con ella y la vea con una *svástica* en el brazo. Pero, aparte del sueño, había hechos en que fundarse. Ella aseguró ser prima de Kenworthy, como le dijo al sobrecargo, y Kenworthy lo había corroborado, lo que irritaba los nervios de Max. Aseguró además haber estado con Kenworthy entre las nueve

cuarenta y cinco y las diez de la noche del sábado, lo que asimismo confirmó Kenworthy. Pero él sabía que era una gran mentira. ¡Condenada muchacha!

Fué la primera persona que encontró al salir a cubierta poco antes del mediodía. Se hallaba en el amplio espacio abierto junto a la popa, en la cubierta A, donde habían sido apilados un enorme montón de sacos terreros y se habían colocado previsoramente unas sillas. Vestía una chaqueta de color tostado, con el cuello vuelto, y el viento levantaba, su cabello rizado. Le daba la espalda y estaba mirando el blanco zigzag de espuma que el barco dejaba.

“Buenos días”, dijo él, y, siguiendo un estúpido e irresistible impulso, añadió: “¡*Heil* Hitler!”.

Las palabras resonaron en el aire frío de la mañana. Durante un segundo o dos, Valerie no se movió. Luego dió una vuelta en redondo.

“Buenos días”, y preguntó entreabriendo los labios apenas: “¿Es ésa la idea que tiene usted de las bromas?”.

(Hubiera deseado ahora no haber dicho aquellas palabras, pareciéndole que se hubiera traicionado a sí mismo).

“Cada vez que nos encontramos”, dijo Max, “parece que le da motivo para preguntar si es ésa ’mi idea de las bromas’”.

“Si no nos encontráramos...”, sugirió Valerie en tono punzante. (La halló atractiva, no podía negarlo. Sentía que se había impresionado cuando ella se volvió hacia él. A pesar de unas ligeras sombras bajo los ojos, el aire del mar le daba lozanía; parecía poseída de una gran excitación interna, si bien mantenía en su presencia una actitud glacial). “Si nosotros *no* nos encontráramos...”, repitió.

“¿Por qué?”, preguntó Max. “Ahora que ha recuperado usted a un primo, ¿no cree que puede permitirse ser más generosa?”.

“¿Insinúa usted que *Jerome* no es mi primo?”.

“Quiero decir solamente que usted no estuvo en su cabina entre diez menos cuarto y diez de la noche del sábado”.

Sus ojos eran maliciosamente inocentes.

“¿Y cómo lo sabe, *Mr. Matthews*? Usted no me vió hasta las dos de la mañana”.

Esto era cierto, y *le* daba motivo para averiguar la verdad. Pero, como de costumbre, ella tergiversaba las palabras. “Usted me dijo...”.

“¡Oh, no, *Mr. Matthews*! No; no puedo haber dicho a usted nada. A usted no le vi por entonces. Por lo menos, eso es lo que he declarado al capitán y al sobrecargo; y usted no lo ha desmentido”.

Max había comprobado antes muchas veces que hay ocasiones en las cuales el hombre más pacífico siente deseos de colocar sobre sus rodillas a una mujer exasperante y azotarla con una correa. Pero nunca había experimentado ese deseo con tanta intensidad como ahora. Lo que más le indignaba era el pensar que Valerie estaba haciendo misterios donde no los había. Casi le había vencido, cuando ella lo estropeó todo al añadir: “¿Por qué dijo usted *Heil Hitler*?”.

“Porque me parece que usted le cree merecedor de ello”.

“No pienso nada de eso, *Mr. Matthews*. Pero estimo que es necio e inútil menospreciar al enemigo, pensando solamente que es un visionario con bigote”.

“De acuerdo. Pero dudo que nadie en Francia o Inglaterra le menosprecie”.

“Y”, prosiguió Valerie, palideciendo un tanto, “si los alemanes consiguen realmente empezar en serio, nuestro aspecto jovial y divertido cambiará”.

Max permaneció imperturbable. “Otra cosa puedo decirle. Este barco, por decirlo así, es suelo inglés. Usted tiene libertad para decir lo que quiera y cuando quiera. ¿Por qué no grita usted *Heil Hitler*? ¿O salta al puente de mando y canta el *Horst Wessel*? A todos los que vamos a bordo de este barco de municiones nos gustaría”.

Valerie se irritó con él. “Diré lo que se *me antoje*”, gritó; “diré...”.

Pero le interrumpió la clara voz de Lathrop. Las puertas del salón de fumadores de proa estaban abiertas, y asimismo dos de las ventanas. La cabeza de Lathrop apareció por una de estas últimas. “¡Eh, shss! Por amor de Dios, recuerden dónde están”, recomendó Lathrop.

La cabeza desapareció, y poco después Lathrop se acercó a ellos y les dijo: “Precisamente acabo de meterme al colete medio cuartillo de *champagne*”. Llevaba las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, y el viento esparcía sus blancos cabellos. Respiraba profundamente. “Lo que acostumbramos a llamar hace cuarenta años ‘una chica’. Nada como esto para un estómago estropeado y revuelto”. Miró a Valerie con ojos centelleantes: “Mi consejo profesional es que no debe usted vitorear a Hitler aquí, haya o no haya libertad de palabra; puede encontrarse con una paliza. Y yo le diré lo que la preocupa, señorita. Es usted demasiado propensa a la seriedad”.

“Todas las cosas mejores de la vida son serias”, dijo Valerie.

Lathrop hizo un ademán de asentimiento. “Bien, bien...; pero esto depende de cómo lo mire usted. Lo que creo que quiere decir es que todas las cosas serias de la vida son las mejores. Y esto es un error, señorita. Es un

error. Necesita usted divertirse. Así, le diré lo que vamos a hacer: permítame; vamos a subir todos a la cubierta de las lanchas para jugar una partida de tenis o algún juego de tejos”.

“No deseo jugar a nada”, dijo Valerie, buscando las palabras, “con esta... *serpiente de cascabel*”.

“¿Se refiere usted a este compañero?”, preguntó Lathrop señalando a Max con su pulgar, sin sorpresa alguna. “¡Oh, es una persona intachable! No busque coartadas ahora. Vamos”.

Inesperadamente, Valerie intervino en la conversación. “Supongo que usted diría que el beber no es cosa seria”.

“Creo”, observó Max, mientras ambos la miraban con sorpresa, “que *miss* Chatford nos va a soltar ahora un sermón sobre la templanza. Y hablando de coartadas...”.

Un frío y desagradable silencio se hizo en torno de ellos, mientras Valerie enrojecía. Lathrop lo rompió, diciendo: “Estoy viendo que ustedes no se llevan muy bien”, y agarró a cada uno de un brazo; “necesitan algún ejercicio en común, las palabras estorban. Vengan conmigo”.

En la cubierta de las lanchas la fuerza del viento era aún mayor y los azotaba, echándoles agua a los ojos y haciéndoles más conscientes de la marcha del barco. En un amplio espacio, cerca del lugar en que iban los bombarderos camuflados, había dos campos de tenis y una mesa para jugar a los tejos. Varias líneas de bancos cruzaban la cubierta de babor a estribor. Sentado en el extremo de uno de éstos, completamente solo, estaba *sir* Henry Merrivale. Sus grandes zapatos estaban colocados a un lado, y su gorra de cuadros, calada hasta detrás de las orejas. A unos seis pies frente a él había un taco de madera, colocado sobre una base también de madera, y él intentaba con un puñado de tejos, hechos de trozos de cable, acertar a pasarlos como anillos por el taco. Completamente absorto, hablaba consigo mismo, gruñendo de vez en cuando, y de tiempo en tiempo arrojaba un tejo. No se daba cuenta de nada. Podía haber estado en otro planeta. “Si comprendía el inglés, ¿por qué no lo decía?... Además, tenemos la cuestión de la navaja de afeitar. ¡Hum! Y la tinta..., la tinta... Otra vez hemos perdido en este, asunto condenado”.

“¡H. M.!”.

¿Por qué tantos sellos de caucho? Si hubiera tan sólo una buena *razón*. Max, aproximándose, emitió un penetrante silbido. Despertado de su ensueño, H. M. dió una sacudida, lanzó una feroz mirada y, por último, aceptó la

situación. “Ah, ¿es usted?”, gruñó. “¿Hace mucho que se ha levantado y está paseando?”.

“Supongo que no estará mareado”.

“¿Yo?”, preguntó H. M. con tono de mofa e incrédulo asombro. “Jamás estuve mareado en mi vida. Es su imaginación, hijo mío, la que interviene en todo esto. Porque, por ejemplo, cuando di la vuelta al cabo *Hatteras*...”.

“Oh, sí; ¿está usted ocupado?”.

“Estaba sentado y meditando”, respondió H. M., rascándose un lado de la nariz. “Y por cierto un asesino fantasmal, que deja fantasmagóricas huellas dactilares necesita un buen rato de meditación”.

“¿Se ha dado cuenta de la presencia de *miss* Chatford o de la de *Mr.* Lathrop?”.

Lathrop, impresionado, alargó la mano con un sencillo respeto que consoló al viejo; Valerie permaneció más fría y menos amable. H. M., tras hacer una gran reverencia, recogió los tejos de la cubierta, con los que estaba jugando, y volvió a sentarse. “Hemos oído hablar mucho de usted en los Estados Unidos, *sir* Henry”, dijo Lathrop. “Estoy muy satisfecho por haberle conocido. Los chicos de *City Hall* le habrían hecho una estruendosa recepción”.

“Lo sé”, replicó H. M., “y esta es una de las razones por las que me marché a hurtadillas. Quiero a América; es uno de los países más hospitalarios que existen. Pero es tan hospitalario, que cada quincena tienen que llevarme a bordo de un barco, conservado en alcohol. Soy viejo, y no puedo permanecer en esa baraúnda por mucho tiempo”.

“Aparte de que”, prosiguió Lathrop, “usted no podía esperar —en unas circunstancias como éstas— encontrarse lejos de la patria”...

“Sí, también”, dijo H. M., y lanzó un tejo a distancia.

“Si yo recuerdo bien, fué en los, periódicos donde se decía que se le iba a conceder la dignidad de par y que iba a entrar en la Cámara de los Lores”.

“¡Eso es una patraña!”, interrumpió H. M., “y no debe usted creer una palabra de eso. Lo intentaron, es cierto, y todavía andan acechando, precisamente, para encontrar un pretexto y meterme en la Cámara de los Lores; pero ya les burlé una vez y les burlaré otras, si es preciso”. Tiró otro tejo que cayó a pocos pies del taco. “Supongo que el sobrecargo les habrá contado que vamos a tener una reunión para discutir el asesinato”.

Hooper y el doctor Archer subían en aquel momento, seguidos del tercero de a bordo y del sobrecargo. Y aunque no se cruzó ni una palabra, Max comprendió que se había producido una nueva tensión. El sobrecargo estaba

inquieto. Llevaba la gorra colocada con atildamiento, pero no podía ocultar su confusión. “Buenos días”, dijo Griswold. “¿Estamos todos?”.

“Todos, no, hijo”, contestó H. M. “¿Dónde está el comandante?”.

Hubo una pausa. “El capitán no puede venir esta mañana”, respondió Griswold, como casualmente. “Y... puede ser que tampoco en todo el día”.

H. M. volvió a tirar otro tejo. Sus pequeños y penetrantes ojos exploraron la cara del sobrecargo. Con el balanceo del barco, su banco se movía hacia abajo y hacia arriba, insistentemente. El viento azotaba la cubierta de las lanchas. “¡Oh!”, exclamó H. M., lanzando otra vez el tejo lejos de su marco. No prosiguió, pero todos supieron la que aquello significaba. Observando la cubierta de las lanchas, Max apreció que su aspecto parecía diferente esta semana. Los centinelas habían sido doblados. Estaban en la zona de peligro.

Valerie gritó malhumorada. “También usted necesitaba jugar a los tejos, ¿verdad?”, preguntó a Lathrop. “¿Usted sabía que iba a haber otra investigación!”.

H. M. se volvió hacia el sobrecargo. “Aquellas ocho pequeñas tarjetas con las huellas dactilares, ¿están donde nadie pueda tocarlas?”.

“Están en mi caja. El mismo Houdini no podría llegar hasta ellas. No encerré allí las otras ciento porque toda la tripulación encontró coartadas para el sábado por la noche. No nos sirven de mucho”.

H. M. lanzó cuidadosamente otro tejo. Los ángulos de su boca se marcaron más hacia abajo. Sobre todo el grupo pesaba una atmósfera mortecina, cansada, que irritaba los nervios de Max. “Dígame, hijo”, prosiguió H. M., cerrando un ojo y lanzando perezosamente el tejo, “suponga que alguno de nosotros encuentra al asesino, o podemos probar que alguien estuvo mezclado en él asesinato. ¿Qué iban a hacer ustedes con él? ¿Encerrarle?”. El tercer oficial sonrió sin demasiadas ganas. “No, señor. Esto es otra idea de las novelas; ya se me ha preguntado antes por eso mismo. El calabozo se usa solamente cuando un marinero se va de parranda por el puerto y tiene que ser arrestado. No es para los pasajeros”.

H. M. insistió. “Bien, ¿qué haría usted con él entonces? ¿Con un presunto asesino?”.

El tercer oficial se encogió de hombros. “Probablemente, el capitán le confinaría en su cabina hasta que pudiera entregarlo a las autoridades del puerto”.

“¿Confinarle bajo custodia?”.

“Encerrarle más bien. Después de todo, no podría salir. Sólo hay un camino de escape, si no se dispone de una lancha: tirarse al agua”.

“¡Hum!, como Benoit”, asintió H. M.

Después lanzó otro tejo, que cayó dos pies más abajo del blanco. Su faz se calmó. Sus maneras eran lentas y pesadas; pero Max las hubiera preferido más rápidas. Después de respirar profundamente, miró directamente a Valerie Chatford. “Entonces, lo mejor es que encierre usted a la joven allí. Seré responsable hasta entregarla a las autoridades cuando llegemos a la otra orilla”.

Hubo un silencio. Valerie, que había retrocedido, se balanceaba levemente, no exenta de gracia, sobre el piso de la cubierta. El viento le echaba sus rizados cabellos detrás de las orejas, forzándole a bajar los párpados. Pero su rostro acusaba completo terror. “¡No comprendo lo que está usted diciendo!”, gritó con voz aguda. “¿Yo?”.

“Usted”, dijo H. M. “Mire: el capitán y el jefe de máquinas, los oficiales del puente y estos compañeros que están aquí” —e indicó a Cruikshank y a Griswold— “no pueden tomar a broma todo esto. Si usted no lo sabe, transportar municiones a través de un temporal, como hemos tenido los dos días últimos, no es una jira de placer, y ellos no pueden permitirle a usted que vaya echando miradas dentro de la máquina por pura diversión”. La calma de su voz hizo retroceder aún más a la muchacha. “Un minuto todavía antes de que usted conteste”, dijo H. M. “No hay a bordo ‘polvo gris’ para revelar las impresiones de huellas dactilares; pero la tiza, bien pulverizada y empleada con un cepillo blando, sirve lo mismo. Sus huellas dactilares estaban todas sobre la parte metálica del conmutador eléctrico de la cabina de *Mrs. Zia Bey*. También estaban en una brocha para polvos que había en el tocador. Cruikshank las obtuvo la noche pasada, y Griswold las comparó. ¿No es eso, hijo?”.

El tercer oficial asintió brevemente. El sobrecargo apareció sobre cubierta. Ningún otro ruido se produjo, excepto que Hooper dejó caer de golpe su chaleco salvavidas, desplomándose sobre el banco al lado de H. M. El doctor Archer colocó una mano sobre el respaldo del banco, apretándolo fuertemente.

“Es preciso que abandone usted todas las bromas”, continuó H. M., cogiendo calmamente otro tejo, “y deje a un lado las historias de aparecidos que nos ha contado. Ahora se lo advierto a usted; ésta es su última ocasión”.

“Niega usted”, gritó Valerie, “que yo soy...”. Otra vez la interrumpió H. M. “No estoy negando que su nombre pueda ser Valerie Chatford, y que usted sea prima de Kenworthy. Pienso que el apellido Kenworthy es muy familiar. Se trata del hijo del viejo Abbsdale, desde luego. Conocí a Abbsdale cuando era almirante en las *Falkland* Precisamente el patrón y yo hemos estado en contacto con él esta mañana”.

“¿En contacto con él?”, repitió Lathrop. “Pero ¿cómo pudo ser eso? Usted no puede enviar un radiograma desde el barco; es completamente imposible. Estamos aislados de todo el mundo”.

“Fué para una cosa que puede calificarse de asunto oficial, y usamos el radio-teléfono”, contestó H. M., y otra vez sus ojos se clavaron en Valerie. “Abbsdale tuvo una hermana, Ellen Kenworthy. Su primer marido fué Jossy Bernard, del *Foreing Office*, y tuvieron una hija —Valerie—, antes que Jossy muriese, hace dieciocho años. Después, Ellen casó con un maestro llamado Chatford, cosa que disgustó a la familia. Primero, porque Chatford no estaba completamente bien de la cabeza, y en segundo lugar, por un motivo más importante, que causaba un santo temor a los Abbsdales, y era que se creía que Chatford había estado viviendo con su ama de llaves, una mujer llamada Vogel. Pero Ellen casó con él, cogió a la niña y fueron a las Bermudas. Los Abbsdale no quisieron hablar más con ella. ¿No es así, joven?”.

En el momento de tirar otro tejo, ladeó su cuello y vió a Jerome Kenworthy como un espectro ambulante, envuelto hasta las orejas en una bufanda, que se balanceaba en la escalera de la cámara con su chaleco salvavidas colgado a la espalda. Cuando llegó al banco, dando un empujón a Hooper, se sentó a su lado. “Este joven”, prosiguió H. M., “ha hablado con su padre por radio-teléfono y *dice* que es verdaderamente prima suya. ¡Bien! Vamos a admitirlo. Pero lo que no podemos tragarnos es esa mentira de que haya estado con Jerome quince minutos el sábado por la noche. Ahora, hija mía, ¿quiere usted confesar o no que estuvo en la cabina de *Mrs. Zia Bey*?”.

Las mandíbulas de Valerie se acusaban duramente bajo la suave piel de las mejillas. Estaba asustada, pero parecía azorada solamente. Existía una emoción que Max no podía definir ni expresar en palabras. Incertidumbre... sospecha... ¿qué era?

“Luz de mi vida”, murmuró Kenworthy, contemplando sus zapatos con cierto terror. “Esta mañana me molestaban horriblemente. Nada me agradaría más que poder presentarme con una coartada indiscutible. Por el momento, no me importa nada de lo que ocurre. No doy ni cinco si el barco se hunde; pero, ¿tenemos que estar sentados aquí afuera con este viento? ¿No podríamos entrar, sentarnos en el bar y morir allí?”.

Valerie, alzando los ojos, habló con voz extraña. “Pero... bueno, suponga que no he dicho *toda* la verdad”, gritó. “¿Por eso están ustedes promoviendo este bullicio?”.

H. M. estaba auténticamente asombrado. Permaneció sosteniendo la cuerda en el aire lo mismo que un paralítico, con su boca entreabierta y la

visera de la gorra cayéndole sobre los ojos. “¡Oh, por amor de Dios!”, exclamó. “Eso es lo que se llama una inteligencia despierta. Dos asesinatos en cinco días, una alarma en la zona de los submarinos, un semilunático yendo con una navaja de afeitar y un revólver... Y todavía necesita saber por qué estamos armando todo este bullicio”.

“¡Tonterías!”, dijo Valerie. La impaciencia comenzó a mezclarse con su miedo, o al menos así lo interpretó Max. “Ustedes saben quién fué el asesino”.

“¿Nosotros?”.

“Desde luego. Fué el capitán Benoit”.

“¿El capitán Benoit?”.

“Naturalmente; y usted lo sabe. Lo sabe usted desde el sábado por la noche”.

“Pero...”.

“No sé qué clase de historia refirió usted, pero escuche la verdad de labios de mi camarera”, continuó Valerie. “El capitán Benoit mató a *Mrs. Zia Bey*. No pudiendo hacer frente a la situación, se suicidó después. Mi camarera tiene un primo que es uno de los vigías, y éste vió cómo se puso el cañón sobre la cabeza y apretó el gatillo. Fué un crimen pasional, como cualquiera se lo puede explicar. Los franceses son así. Benoit le había escrito un montón de cartas a ella. Y después de matarla, se las llevó”. Hooper dió un salto y sacudió su cabeza violentamente; pero Valerie no quería ser interrumpida. “Como digo, yo podía haber contado ésta historia hace tiempo. Lo vi el sábado por la noche”..., concluyó mirando fijamente a todos.

“¡Un momento!”, exclamó H. M., con voz penetrante que cortó la aparente excitación de la joven. “¿Vió usted al capitán Benoit matar a *mistress Zia. Bey*?”.

Valerie rectificó. “No dije exactamente que le vi *matarla*. Esto hubiera sido demasiado horrible. No hubiera podido permanecer allí. Pero yo le vi... cuando salía de la cabina después de haberla matado”.

Sir Henry estaba sosteniendo aún el tejo y la miraba con asombro, como si en su vida la hubiera visto. “Benoit en la escena del crimen”, murmuró H. M. “Benoit intenta decirles algo y se sorprende cuando le contestan ‘*Ah, oui*’ Benoit deja una nota. Benoit pierde su cortesía...”. Su voz se hizo apenas perceptible, y después se alzó de nuevo. “Así es que aquel hombre, que sabía demasiado”, masculló, “se da en la cabeza otra vez. ¿Cuándo la vió usted salir de la cabina de *Mrs. Zia Bey*?”.

“Alrededor de las diez menos cinco. Llevaba un bulto grande de papeles; las cartas, sin duda... ¡Oh!, un bulto de siete o diez centímetros de grueso”.

“¿Está usted mintiendo otra vez?”, tronó la voz de H. M.

El doctor Archer se interpuso. “Si usted me lo permite, diré...”, sonrió, “diré que esta joven parece tener casi una morbosa obsesión con el asunto de las cartas culpables. Un fajo de cartas de siete o diez centímetros no es un bulto; es casi un archivo”.

“La gente hace cosas harto misteriosas, ¿verdad?”, masculló Hooper. “Parece una película”.

“Sí”, asintió Lathrop. “Y ahora que está el gato fuera del saco, hay algunas cosas que quisiera comprender por mí mismo. El joven Matthews nos refirió su historia acerca de esas misteriosas cartas hace tiempo, *miss* Chatford. Lo que deseo que nos diga es esto: ¿Cómo supo usted que ella tenía un paquete de cartas?”.

Los poderosos pulmones de H. M. se apaciguaron y comenzó a decir algo mientras los otros hablaban a la vez. “Ahora todo es sencillo. Cuéntenos la historia, hija. ¿Qué le sucedió a usted el sábado por la noche entre las nueve cuarenta y cinco y las diez? Y esta vez, piénselo, queremos toda la verdad”.

Valerie pareció hacer un esfuerzo. “Fui a la cabina de *Mrs.* Zia Bey para suplicarle que me entregara las cartas del pobre Jerome”...

“¡El diablo me lleve! Les digo a ustedes que yo nunca he escrito una ca...”.

“¡Chiss! Continúe, hija”.

“Bueno, pues para hacer un favor a una persona”, rectificó Valerie, y las lágrimas (ayudadas por su larga permanencia contra el viento) aparecieron en sus ojos. “Cuando llegué junto a su puerta, vi a *Mrs.* Zia Bey hablando dentro con un hombre”.

“¿Qué hombre?”, preguntó H. M. “¿Podría usted identificar su voz?”.

“No, temo que no. Era una voz grave, pero hablaba bajo y no pude escuchar ni una palabra. Entré en la cabina de *Mr.* Matthews, que estaba en frente, pero sin saber que era su cabina; de haberlo sabido, no habría entrado. Y esperé que saliera aquel hombre. Al poco escuché cómo se abría y cerraba la puerta del B-37. Me arriesgué un poco, atisbando desde fuera, y vi al capitán Benoit, que precisamente volvía por el corredor principal, de espaldas a mí. Llevaba un gran sobre lleno de cartas en la mano”.

“¿Cómo reconoció usted que eran cartas?”.

Valerie gesticuló. “Bueno, eran papeles de cualquier clase, y por eso pensé, naturalmente, que serían cartas”.

“¡Hum! ¿Y entonces?”.

Ella tragó saliva con dificultad. “Golpeé ligeramente en la puerta del B-37. Nadie respondió. Abrí la puerta. La luz estaba encendida, y vi a Estelle sobre la mesa del tocador, toda cubierta de sangre... ¡Oh! Casi me desmayé. Me acerqué para asegurarme de que era ella realmente. Entonces pude dejar mis huellas dactilares en el metal de la polvera. ¡Ah!, y apagué la luz cuando abandoné la cabina. No sé ni lo que hice. Era algo horrible. Así recuerdo, sólo vagamente, que me escurrí dentro de la cabina de *Mr. Matthews*, preguntándome qué es lo que tendría que hacer *ahora*. Permanecí allí unos cinco minutos, con la puerta cerrada”.

El sobrecargo interrumpió. “*Miss Chatford*, usted deja entender”, dijo, “que el propio asesino debía estar en el B-37 cuando usted entró para ver a *Mrs. Zia Bey*, acaso escondido en el baño...”.

“¿Cómo... cómo es eso?”.

“Al menos”, prosiguió el sobrecargo, “que Benoit matase a *Mrs. Zia Bey* y algún otro matase luego a Benoit, lo cual no parece muy verosímil. Prosiga”.

Nuevamente Valerie gesticuló. “Permanecí en la cabina de *Mr. Matthews* unos cinco minutos”...

“Espere”, interrumpió H. M., “durante este tiempo, ¿no salió nadie de la cabina B-37 detrás del capitán Benoit? ¿No oyó usted nada?”.

Valerie movió su cabeza. “Lo siento. Estaba demasiado trastornada para advertirlo. No lo hubiera oído. Pero *debió* ser Benoit. ¿Por qué no? Fue él; seguramente. Nunca pensé en ningún otro. Su propio suicidio, todas las cosas coinciden. Usted está tratando de atemorizarme, pero no me asustaré. Eso es todo lo que hay. Aproximadamente cinco minutos después escuché que alguien se acercaba y llamaba a la puerta del B-37. Miré hacia fuera otra vez y vi que era *Mr. Matthews*. Luego, él abrió la puerta. Más tarde, intenté salir, cuando él envió al marinero en busca del capitán; pero casi tropecé con un camarero, y hube de volver dentro otra vez. Permanecí enjaulada en la cabina de *Mr. Matthews*, y más tarde en el cuarto de baño, durante horas y horas, para ser insultada por él cuando me descubrió”.

H. M. parecía ligeramente ofuscado. “Usted sabía todo esto desde entonces y pensó que Benoit era el asesino; ¿por qué no habló antes?”.

“Lo hice para salvar a Jerome”, gritó ella trágicamente; “pensé que podría alcanzar una palabra de gra... gratitud”.

Ahora representaba su papel como instintivamente lo sentía, y se excitaba aún más al hablar de la historia de las cartas, que había referido al mismo

Kenworthy. Pero el pequeño demonio de la emoción se había apoderado de su alma aria y pretendía llegar a un drama sentimental. Max lo comprendió así, y Kenworthy, que había tenido algunos días para reflexionar, también empezó a sospecharlo.

“Así, pues, ¿usted estaba protegiendo el buen nombre de este joven?”, preguntó H. M., lanzando su último tejo.

“Sí”.

H. M. miró a Kenworthy. “¿Había allí algunas cartas tuyas?”.

“Por última vez”, respondió Kenworthy con énfasis. “No. ¿Iba a verter mi alma cándidamente sobre el papel? Oralmente, de palabra, sí. En un *cabaret*, sin duda. Pero no de forma que lo pudiese ver un abogado. Esto no quiere decir que deje de estar agradecido a Valerie. Creo que su intento no terminó aún, y el gobernador lo apreciará así también. Pero sin necesidad de no ser un caballero, me parece que sus mejores esfuerzos para ayudarme no han hecho otra cosa que buscarme complicaciones”.

“¿Ha visto usted el cuerpo de *Mrs. Zia Bey*?”. “Lo vi...” —el largo rostro del joven, tras los octogonales lentes, se puso lívido— “en el frigorífico, o en la nevera, o como se llame”.

“Y ¿la reconoció?”.

“No; pero... tengo una confusa idea de haberla visto antes, alguna vez, en circunstancias que me parecen haber sido muy cómicas y con alguien cuyo rostro juraría haber visto en este barco”.

“Pero ¿dónde... y cuándo... y quién?”.

“¡No puedo recordar!”, exclamó Kenworthy. “Si este mar se calmara un poco y me diese lugar a quitarme la carga que tengo en el cerebro, quizá podría bucear en mis remotos recuerdos”.

“Puede que tenga usted esa oportunidad”, dijo el tercer oficial, “si nos metemos entre la niebla, como parece probable”.

“Muchas gracias por esos pequeños consuelos. Es lo mismo, señor”. Kenworthy se dirigió a H. M. “Mire si usted puede consolarme también. Después de, todo, ¿es tan imposible que Benoit matase a la mujer y luego se suicidara? Parece la explicación más razonable para mi pobre ingenio”.

El doctor Archer interrumpió:

“¡Ah!”, exclamó, y con sus bien cuidados dedos tamborileó sobre el respaldo del banco. “Precisamente es la pregunta que yo quería hacer. ¿Por qué está usted tan seguro de que no se suicidó?”.

“Porque, hijo...”.

“¡Un momento!”, dijo el doctor Archer, levantando una mano. “Aceptando...”, sonrió e hizo una reverencia, “aceptando la última historia de *miss* Chatford, no veo ninguna otra explicación; ahora, ¿es verosímil que otra persona saliera de la cabina de *Mrs.* Zia Bey después del capitán Benoit? *Miss* Chatford oyó la puerta abrirse y cerrarse antes. ¿No la hubiera oído otra vez? ¿No estarán ustedes creando un asesino fantasma sólo por el placer de plantear un problema? Creo, señoras y señores, que tengo alguna experiencia en esta clase de asuntos, e insisto en que algún peso debe tener esta experiencia mía”.

H. M. movió la cabeza. “¿Experiencia? ¿Qué experiencia?”.

La burlona expresión del doctor se convirtió en una mueca. “Fui durante algunos años”, replicó, “uno de los cirujanos-policías en activo de una División de la *Metropolitan Police*. (Empleábamos varios de nosotros parte de nuestro tiempo en este trabajo). No he dicho nada de esto, porque esperaba que la montaña viniese hacia mí, como Mahoma. Aunque”, añadió, presionando el pulgar contra la yema del dedo corazón como si estuviera haciendo saltar una miga de pan, “así fué. ¿Significa algo para usted, *sir* Henry, el nombre del inspector-jefe Masters? ¿O el del sargento —ahora inspector— Pollard? Pero no le preocupe mi buena fe. El lunes, por la mañana, a petición del cirujano de a bordo (que nunca había hecho una), hice la autopsia del cuerpo de *Mrs.* Zia Bey”.

“¡Bien!”, dijo Lathrop, girando en redondo, “yo mantuve insistentemente que era necesario hacerla. En la ley...”.

El doctor Archer le interrumpió: “Como dice *Mr.* Lathrop, su insistencia sobre este punto conduce a buenos resultados. El resultado de esta autopsia puede sorprenderles”.

H. M. le miró fijamente. “Me figuro que no irá usted a decirnos que ella fué envenenada o ahogada”.

El doctor sonrió. Max pensó que esta su constante sonrisa, o reticencias, o amables indirectas, podían haber irritado sus nervios si él no estuviera tan dispuesto a recibirlo todo con tranquilidad. Formaba parte de la atmósfera que estaban obligados a establecer entre ellos mismos.

“Solamente digo”, apuntó el doctor Archer, “que el resultado puede sorprenderles. Pero esto es apartarse del punto. Yo puedo preguntarle a usted, como un médico forense: ¿Qué evidencia tiene usted de que el capitán Benoit no se suicidó?”.

Entonces se levantó George A. Hooper, agitando sus brazos, y volvió a relatar su historia.

“¿Vió usted todo lo que dice?”, insistió el doctor.

“¡Yo vi el asesinato!, lo vi con mis propios ojos”, añadió Hooper.

“Pero, en semejante oscuridad, ¿cómo pudo estar seguro de que había otra persona con él? ¿O estar seguro de que le dispararon por detrás de la cabeza?”.

“Lo vi cuando disparó el revólver”, respondió Hooper sencillamente.

“¿Por el resplandor del fogonazo?”.

“Exacto”.

“Mi querido amigo, eso es imposible”.

Hooper cambió de color. “¿Quiere usted decir”, preguntó después de reflexionar, “que soy un mentiroso?”.

“No, no. Sencillamente dije...”.

“Sí, esto”, dijo Hooper, saltando de repente como un muñeco de goma; “no es llamarme mentiroso...”.

“¡Chiss! Vamos, vamos”, intervino Lathrop con tono apaciguador, mientras H. M. recogía los tejos y continuaba tirándolos sin inmutarse. “Es imposible”, continuó Lathrop, “que no exista nadie que haya dejado las sangrientas huellas dactilares, es imposible. Cuando dos y dos no suman cuatro, no son dos y dos, digo yo. Esto no puede dilatarse mucho tiempo. ¿No es cierto que no?”.

Antes de que acabara el día, el asesino dió un nuevo golpe.

Miércoles por la noche. Viento fresco NNE.; el barómetro tiende a subir. Latitud y longitud, ocultas, a petición del censor. Flotaba un aire de tensión como si un eco del crujido de la llave del destino se hubiese metido en la mente de los pasajeros. Ni una palabra era pronunciada acerca de ello. Los oficiales fueron a sus ocupaciones como siempre lo hacían. Pero nunca se les veía sino a distancia. Aparecían y desaparecían, y las puertas se cerraban de golpe. Un trasatlántico en el mar es como un teatro de emocionantes sucesos, precisamente porque todos se conocen. Los pasajeros bromeaban entre sí. Se anunció que sería proyectada una película en el salón después de cenar, pero que el bar se cerraría a las diez.

Max había estado matando el tiempo hasta que le pareció hora apropiada de vestirse para la cena, y poco antes de las siete se dirigió a su cabina. No había llegado más allá de la puerta del almacén de la cubierta B cuando fué detenido por voces familiares. “Mire”, clamaba una voz airada, “esto está comenzando a irritar mis nervios. Conozco lo que está pensando. *Pero no deseo todavía ningún regenerador del cabello*. Deseo un afeitado, a-f-e-i-t-a-d-o. Durante cinco días he estado afeitándome yo mismo para librarme de usted. Por vida de Esaú, ¿querrá usted no volverme a nombrar ese regenerador del cabello?”.

“El cabello”, dijo el barbero, “es como la hierba. Ningún hombre previsor puede dudarle un momento. ¿*Por qué* crece entonces...?”.

“No lo sé. Lo que le estoy diciendo...”.

“Esa es exactamente mi opinión, señor”, dijo el barbero triunfante. “Crece porque la lluvia cae sobre ella y la moja. Usted sabe que la hierba, que es regalo de Dios y un fenómeno natural, como usted dice, requiere a veces abundancia de lluvia para germinar. ¿No es así?”.

Max hizo a un lado la cortina y metió la cabeza en la tienda del barbero. Limpia y cubierta en parte por azulejos blancos y espejos, el lugar parecía muy apropiado para todos, excepto para H. M. Llevaba los lentes casi en el extremo de la nariz, y atisbaba por un ángulo detrás del gran paño blanco que le cubría. Pero no podía sostener la mirada del barbero. Este, después de abrir una pequeña puerta de cristal, para inspeccionar las toallas calientes, fué a batir el jabón en una bacía de porcelana.

“Así, pues, si nuestra madre naturaleza puede ser ayudada a este respecto, ¿cuál es el resultado? Entre, señor; es usted el próximo...”.

EL barbero se interrumpió, cesando en su batido, cuando reconoció a Max. Una siniestra sospecha parecía atravesar su mente. Dejó la bacía. Pero como Max saludó sencillamente, considerando que podía necesitar un corte de cabello, acercó una silla, aumentando su tranquilidad el hecho de que Max alcanzara un número del *Tatler* para leer; aunque siguió mirando a Max recelosamente por el rabillo del ojo, continuó su trabajo. “Le diré aún otra cosa, señor”, prosiguió con pesadez. “No le dije que el otro día sentí precisamente... (permítame coger sus lentes; eso es)...”.

“Escuche, hijo. ¿Recuerda lo que le dije acerca de la toalla? No demasiado caliente. Tengo la piel muy sensible”.

“Yo tengo mi orgullo como cualquier otro, señor”, dijo el barbero con tono ofendido. “Fué usted el primer parroquiano... Ahora la toalla caliente, *si* usted gusta. Eso es; no demasiado caliente: ¿está bien?”.

“¡Uh!”.

“¿Está bien, o no, señor?”.

“¡Uh, uh! ¡Uh!”.

“Entonces la dejaremos quieta todavía, señor, mientras la arrollo y hago un pequeño orificio para que su nariz salga fuera. Hablando de narices... pero volveré más tarde sobre esto. Lo que deseaba decir realmente es que tengo mi orgullo igual que cualquier otro. Pero es muy raro que un caballero se siente en mi silla y se levante cuando aún estoy enjabonando con la brocha...”.

“¿Có-o-mo?”.

“He dicho enjabonando con la brocha. No obstante, no me ofende. Dicen que la película de esta noche es de Shirley Temple, y estoy seguro que usted... ¿Pasa algo, señor?”.

Hubo un silencio tan largo, que Max, volviendo las páginas de la revista sin mirarlas, empezó a darse cuenta de él. Sentíase mareado y disgustado con la comida de a bordo. Sabía que se utilizó a Valerie como gancho, y tenía el presentimiento de que todos ellos no habían conseguido turbarla. Como el efecto del silencio le alcanzaba lo mismo que una explosión, miró hacia arriba.

Vió el rostro de H. M. reflejado en el gran espejo de la pared. Sosteniendo la toalla caliente en una mano, se mantenía derecho a duras penas en la silla del barbero. Su rojizo rostro y sus ojos tenían una expresión que no podría ser más curiosa si el barbero hubiera acertado a tocarle por detrás de la cabeza

con un frasco del famoso restaurador del cabello. “Deme los lentes”, dijo de repente.

“¿Señor?”.

“¡Deme los lentes!”, aulló, escurriéndose de la silla y tentando el paño alrededor de su cuello, “tengo prisa y no dispongo de tiempo para afeitarme ahora”.

Fué un ataque al orgullo artístico del barbero. Por un momento pareció herido y pronto a romper la bacía de porcelana contra el suelo para bailar sobre sus trozos.

Una excitación menor conmovía al paño blanco.

“Sáqueme de este Apio Claudio, ¿no puede usted?”, apremió H. M. Pero cuando se vió libre de su alba cobertura, cambió de pensamiento. Estrechó con fuerza la mano del barbero. “Hijo”, dijo solemnemente, “no sabe cuánto ha hecho por mí. Cuando pienso que he estado evitando este lugar, que siempre fué la fuente y origen de la inspiración, debía patearme yo mismo. Me vuelvo atrás y le compraré un frasco de su tónico. Mientras tanto, he aquí una libra. Venga, Max; tenemos *que* hacer usted y yo”.

Los dos parroquianos abandonaron con tanta rapidez la barbería, que el barbero hubo de salir detrás de ellos con su salvavidas. Cuando bajaban las escaleras, H. M. participó a Max su observación: “Tenemos que ver al sobrecargo”, dijo, “no estoy seguro, y odio hacer profecías, pero me parece que he logrado algo”.

Aunque la ventana del sobrecargo estaba abierta, Griswold se hallaba ausente. Su ayudante, un agradable joven con la cara salpicada de pecas y graves maneras, expresó su sentimiento. “Todo cuanto deseo”, dijo H. M. “es echar un vistazo a las tarjetas de las huellas dactilares de los pasajeros, exclusivamente de los pasajeros, y también una buena lente”.

“Lo siento, todas esas tarjetas están en la caja fuerte, y no sé cómo se abre”.

“¿Dónde está el sobrecargo?”.

El joven titubeó. “Está conferenciando con el capitán, según creo. No puedo interrumpirle, ni aun por usted”.

El rostro de H. M. adquirió gravedad. “¡Cómo!, ¿submarinos, acaso?”.

“No puedo decirle nada, señor. En su lugar, volvería otra vez más tarde”.

“¿Cuándo?”.

“Bastante más tarde. Desde luego, después de cenar”.

“Esto lo estropea todo”, protestó H. M., mientras el cierre de la ventanilla bajaba con estrépito.

“¿No podríamos ir a interrumpirlos?”.

“Bien, pero... No, si están tratando cosas tan importantes. Esto parece”, dijo, “a los negocios. Pero ¡qué demonio!”, continuó, a pesar de que él mismo era el menos paciente de los hombres. “¿No puede usted tener paciencia por un rato? Un poco de comida no nos puede hacer daño alguno ahora”. El poco de comida, cuando se materializó, los llevó al comedor con los otros pasajeros. H. M., con la servilleta metida dentro del cuello, comía imperturbablemente sin decir nada. Había una sobrealegría en el comedor. Nadie hacía referencia a los submarinos. Hooper y Lathrop *comenzaron* una larga y complicada discusión acerca del argumento bíblico de la travesía del Jordán por los israelitas; disputaron por algún tiempo la anchura del Jordán antes de que alguno de ellos preguntara, titubeando, si ellos no estarían refiriéndose al mar Rojo.

Hooper, tan terco como siempre, rehusó moverse de su posición, que era la del río Jordán. Lathrop, más flexible, refirió una anécdota acerca de una inundación en *Pennsylvania*. El doctor Archer, a su vez, relató otra anécdota aún más truculenta acerca de la guerra. Por alguna razón esas historias se consideraban divertidas, y así, cada cual reía las del compañero.

(Esperar. Y esperar más y más. Con un relámpago de perspicacia, Max experimentó que la guerra era precisamente eso: esperar, y que por esto precisamente destrozaba los nervios).

El sobrecargo no había aparecido todavía.

Después de cenar se dirigieron todos al salón, donde había sido colocada una pantalla para el cine. Vieron cómo Shirley Temple conquistaba a unos millonarios y servía de unión a corazones leales. Un espectáculo deprimente para personas juiciosas, pero que, después de todo, entretenía. En medio de la proyección, Max perdió de vista a H. M... y no volvió a encontrarlo.

El salón del *Edwardic* recobró su murmullo nocturno, poniéndose en marcha otra vez, El doctor Archer insinuó nadar en la piscina, donde Max había medio prometido reunirse con él. Pero luego prefirió seguir a Valerie Chatford al salón de fumadores. Ella se sentó en la oscuridad de la habitación. “Hola”, dijo Max. “¿Me acompaña usted a beber algo?”.

“No, gracias”.

“Es lástima. Había olvidado que usted no aprueba el beber”.

“Si se apura usted así”, murmuró Valerie, “tomaré un coñac”.

El reloj, encima de la chimenea, marcaba su tictac pesadamente. Max no había pretendido atormentarla con aquella observación. Cuando ella abandonó el salón, le pareció que estaba cansada, sola y deprimida. Llevaba otra vez el

vestido de noche de color gris paloma, que ya algunas veces había descosido y vuelto a coser para que pareciera otro.

“¿Le divirtió la película?”.

“Oh, así, así”...

“¿No le interesó nada?”.

“Algo, sí; gracias. Pero ¿por qué esta repentina amistad, *Mr. Matthews*?”.

(Oh, ¡por fin!, pensó Max). Sintió que sus ojos le observaban de arriba a abajo. Sus desnudos hombros tenían una anchura lechosa. Daban más impresión de juventud que su misma cara. Ella esperaba abriendo y cerrando su bolso de mano. “No debía haber dicho eso”, dijo ella; “soy tan mala como usted”.

“Imposible”.

“No; así es. Usted cree que yo hice esta mañana una exhibición terrible en la cubierta de las lanchas”... Se quedó dudando, y ella replicó: “Sí; usted lo piensa. Y hay una cosa evidente: no le soy grata a usted, ni me respeta; por tanto, no pretendo otra cosa de usted. Sé el espectáculo que he hecho conmigo misma, tan bien como usted”. De repente, comenzó a dar golpecitos con el bolso en su muslo, y su voz adquirió una rara intensidad. “Solamente que yo soy miserable, muy miserable; nadie hay en el infierno tan miserable como yo”.

¿Más aún? Podía ser; ya Max lo dudaba. Había sonado esto a una sinceridad que raras veces tuvo ocasión de comprobar.

“Tengo la seguridad”, dijo él, “de que no piensa usted hablar de sí misma. Ahora bien, creo que podía haberles dicho lo que sabía desde un principio y no hacer semejante misterio del asunto”.

“Entonces, la historia que referí”, prosiguió ella, “acerca del cambio de las cartas en el bolso de *Mrs. Zia Bey*...”.

Al llegar a este punto, el bolso de Valerie, que mantenía en lo alto, cayó abierto. El camarero que traía los coñacs apareció en la oscuridad cerca de ellos. Dejó las bebidas en la pequeña mesa de café que estaba frente al canapé. Max escuchaba el pesado tictac del reloj. Ambos, el camarero y él vieron lo que contenía el bolso de Valerie: una larga y niquelada linterna eléctrica de gran cabeza. El camarero dudó un momento antes de inclinarse: “Le pido perdón, señorita, pero...”.

“Esta linterna”, dijo el otro sin ánimo de ofensa, “no la encenderá usted sobre cubierta, ¿verdad? Pensé que se lo había advertido”.

“No, desde luego que no”, replicó Valerie. “Solamente la tengo en previsión de que nosotros... Usted ya sabe. La electricidad puede faltar. Sería

muy desagradable meterse dentro de uno de aquellos botes fríos y oscuros”.

“Es cierto, señorita”, aseguró el camarero. Tenía ademanes de diplomático. Hizo mención del tiempo en tono confidencial. “Solamente”, añadió en voz baja, “algo oí la pasada noche; alguien que se dejó una portezuela abierta, o tal vez uno de los centinelas que fumó sobre cubierta. De todas maneras, hay calma esta noche”.

“Pero”, dijo Valerie, interrumpiéndole, “¿ellos, no...? Bueno, podían hacer algo antes de que nosotros estuviéramos en los botes”.

“No, desde luego”, dijo en tono tranquilizador el camarero, sonriendo otra vez. “No hay motivo para que se inquiete, señorita”, y miró significativamente a Max. “El bar se cierra a las diez en punto, señor. Tendré que apagar las luces. ¿Algo más?”.

Max movió la cabeza, y el camarero se alejó, dejándolos solos.

“¿Un cigarrillo?”.

“No, gracias”, dijo Valerie.

Él encendió el suyo y terminó su coñac. Dudó un poco antes de hacer un comentario. “Lo siento”. Valerie habló con tal precipitación que Max se sobresaltó. “Voy a parecerle grosera otra vez. No quiero parecerlo ahora; pero, ¿podría usted terminar el coñac por mí?”. Estiró los pies, alzando el salvavidas. “Tengo un horrible dolor de cabeza, y me voy a la cama. ¿No le molesta?”.

Él estiró también los pies, empujándolos con su bastón; la pierna enferma le dolía. “No faltaba más. Tome un par de aspirinas y se sentirá la mujer más excelente del mundo. Buenas noches”.

“Buenas noches”.

Zud, zud, trepidaban las máquinas del barco. *Zud, zud, Zud, zud*. Se las oía mejor porque el mar estaba en calma. El reloj puso en movimiento su juego de campanas, y dió las diez. Max siguió fumando mientras las luces se apagaban, revolviendo más de un problema en su mente, hasta que el paso de un camarero le despabiló. Terminó el coñac de Valerie, y, pasando por la gran galería, entró en el salón. Con un par de novelas, se colocó en un rincón, desde donde pudiera lanzar una mirada a la escalera principal. Hooper se retiró para acostarse antes de las once, y Lathrop, un poco más tarde.

“He oído”, observó Lathrop, “que hoy se ha visto un petrolero a diez millas detrás de nosotros”.

“Cualquier cosa es buena para ser oída en este barco”.

“¡Oh!, parece que está más tranquilo”.

“Como siempre”, replicó Max. “¿Conoce usted por casualidad el número de la cabina de *miss* Chatford?”, preguntó como por casualidad.

Lathrop se abstuvo de hacer comentario alguno, sobre todo jocoso; sus procedimientos no eran nunca obvios. “Creo que sí”, dijo después de una pausa. “No puedo decírselo así, de repente; pero sé que es una fórmula química. C-20; eso es. Recuerdo que ella se reía de esto, diciendo que su número era una fórmula química. ¿Lo diría porque se lo figuraba? En todo caso, es alguna clase de gas”.

“Gracias”.

“Que descanse”, dijo Lathrop, y desapareció.

Zud, zud. Zud, zud. Todavía ni señal de H. M. A las once y media Max no podía desatender ya las indicaciones de los camareros del salón, que apagaban las luces. Se llegó hasta el despacho del sobrecargo y tocó con los nudillos en la puerta, sin que nadie contestara. Su impulso inicial fué dirigirse a la cabina C-20 y comprobar que Valerie había vuelto allí, pero pensó que este hecho podía ser mal interpretado, y en el último momento cambió de parecer, volviendo al *hall* principal de la cubierta A, en la cual podían mantenerse las luces más tiempo encendidas, tomó asiento para leer.

El reloj de pared sonaba a cada movimiento de sus manillas, pero el pesado aire de aquel lugar, completamente cerrado, hizo su efecto, y quedó dormido en la silla. Luego despertó con un sobresalto que hasta mucho más tarde no pudo explicarse. Pero se produjo súbitamente. Su piel se erizó bajo la impresión de un peligro (peligro íntimo, personal, que aceleraba su corazón y que le producía la clara sensación de ser espiado).

Miró en torno suyo con precaución. Una luz mortecina ardía en el techo de la escalera. Alguien había apagado las demás, Ni un ruido sonaba en el barco, excepto el crujido de las mamparas y el monótono trepidar de las máquinas. Cuando Max levantó la vista para mirar el reloj, el mismo reloj que había marcado el tiempo para Estelle Zia Bey, vio con estremecimiento que eran las tres menos diez.

Necesitaba encontrar a H. M.; era este su único deseo. No podía irse a dormir para revolvele en la litera hasta encontrar una solución. Tenía que hallar a H. M. La cabina de éste estaba en la cubierta de las lanchas, y fuera real o ficticio su peligro, él estaba obligado a ir hasta allí. Tan silenciosamente como su cojera se lo permitía, siguió la oscura línea de las puertas, sintiendo otra vez la sorprendente sensación de ser espiado o seguido; sin embargo, no podía distinguir nada. Las puertas crujían y crujían ruidosamente cuando las traspasaba.

No era difícil encontrar al compañero de viaje esta noche. Salió a cubierta en la noche clara, tranquila y estrellada. La oscuridad dominaba en el mar; sobre su cabeza, la luz era azulada, con algunas sombras difusas, pero que le permitía distinguir los objetos aun a cierta distancia. Tan sosegada era la noche que percibió el cuchicheo de los centinelas y un deslizamiento de pies,

como el de ratas en fuga. La sensación de peligro continuaba, casi lo olfateaba.

Algo se movió delante de él.

Aunque la cubierta de las lanchas estaba oscura, la blanca chaqueta de pieles continuó su camino. Reconoció a Valerie Chatford antes de llegar junto a ella y agarrarla por las muñecas. En su mano, perfectamente visible, mantenía una linterna eléctrica cuyo cuerpo arrojaba un débil reflejo metálico.

Escuchó su propia voz, sonando agria, con un ruido que parecía proceder más de su cerebro que de su boca. “Deme esa linterna”.

Ninguna respuesta. Él, insistiendo, repitió otra vez, como en un susurro: “Deme esa linterna. Si intenta tocar el botón, tendré que golpearla. ¿Acaso lo ha hecho usted ya?”.

“Está usted loco”, respondió ella en el mismo tono, “¿qué piensa que intento hacer...?”.

“¿Me da la linterna?”.

El blando choque de las olas y su silbido habíanse hecho monótonos, al par que el viento de la oscura chimenea y el balanceo del palo de trinquete, destacándose sobre el cielo estrellado. Max experimentó materialmente frío en el corazón. Era el momento de los suicidios y de los malos sueños; ya se adivinaba el amanecer. La agarró por las muñecas y arrebató la linterna.

“¡Escuche!”, exclamó Valerie.

Ambos giraron en redondo. Unos pies avanzaban sobre cubierta. La voz que escucharon era clara y limpia, pero atravesó la quietud de la noche lo mismo que si un rayo hubiera caído a su lado.

“*¡Submarino por estribor! ¡Van a lanzar un torpedo!*”. Veinte minutos más tarde, estrepitosamente, las campanas de alarma empezaron a sonar desde todas las partes del barco.

Max pensó: bueno, aquí está. Ahora, ¿qué pasará? Nada más que esto. Ninguna emoción que pudiera después recordar. En el espacio de veinte segundos, antes de que el tañido de las campanas sonara, mil ideas atravesaron su imaginación. Se preguntaba si el buque saltaría en mil pedazos al ser tocado por el proyectil, como el juguete de un niño, o si no se incendiaría el cargamento.

Las campanadas de alarma se extendían como el fuego.

“¡Corra!”, dijo. “Baje a su camarote, coja una manta y todo lo que pueda necesitar, y vaya al comedor. ¿Lleva su chaqueta salvavidas?”.

“Usted no pensará...”, gritaba Valerie, “que yo trataba de señalar...”.

“No importa lo que yo piense. Usted puede moverse más rápidamente que yo. ¡Aprisa!”.

“¿No vamos a los botes?”.

“¡Maldita sea!”, rugió Max. “¿No oyó usted lo que el tercer oficial nos dijo? Obedezca las órdenes. ¡Vaya!”.

Un torpedo lanzado a través del agua. Según le habían explicado una vez, produce una especie de rumor burbujeante. También le habían dicho que si se le avista a cierta distancia, un barco fiel al timón puede esquivar el proyectil mediante un hábil zigzag. Eso sería lo primero que se hiciera.

Valerie se había ido. Las campanas de alarma seguían sonando, ahogando los sentimientos. Max descendió con rapidez. Cayó dos veces en el trayecto, tendiéndose en el puente sin conciencia del dolor; pero no corrió. Se decía a sí mismo que él era demasiado tranquilo para correr.

Los puentes inferiores estaban llenos de gente. Un marinero pasó de prisa, pero serenamente, enrollando una cuerda. Max siguió su ejemplo. Abrochándose la chaqueta salvavidas, entró en su camarote, que ahora le pareció con un calor insoportable. Tomando su cartera del cajón del tocador y el pasaporte, que recogiera aquella mañana de manos del sobrecargo, miró en torno suyo, buscando algo que pudiera serle útil. Guantes, cigarrillos en abundancia y cerillas. Por último, la máscara antigás y una manta. Tensa y aguda como un micrófono, una parte de su mente siempre escuchaba. Estaba esperando el choque del torpedo. ¿Por qué no sonaba? Acaso el peligro hubiera pasado ya... Pero eso era imposible. Abandonó el camarote y se alejó por el pasillo sin recordar que había olvidado una de las cosas más importantes: su abrigo. Volvió a recogerle.

Vagamente se sorprendió de no encontrarse ya asustado. “Sal de aquí”, se dijo a sí mismo. “¿Por qué te retrasas? No mires más a tu alrededor. La cosa ocurrirá dentro de medio minuto, y entonces ya no había tiempo”.

Al salir por segunda vez, encontró al camarero, que le preguntó si tenía todas sus cosas, y se sintió tranquilizado. El camarero le hizo una inclinación de cabeza, y se marchó. Todavía había que hablar a gritos bajo el estrépito de la campana de alarma. Cuando llegó al comedor, algunos de los pasajeros estaban ya allí. El tercer oficial, de pie junto a la puerta, observaba con ojos vigilantes a los reunidos. Hizo una inclinación de cabeza, y le saludó al pasar.

Los muchísimos espejillos de las columnas del comedor brillaban bajo las luces y reflejaban las imágenes. Los manteles estaban sobre las mesas. Hooper, empaquetado en su chaleco salvavidas y mantas, tocado con sombrero tirolés verde, con una plumilla, estaba sentado cerca de una mesa y

tamborileaba con los dedos, según costumbre. Lathrop, con la máscara antigás, permanecía en una silla. El doctor Archer entró quedamente, y Kenworthy, fumando un cigarrillo. Ambos, después de pensarlo, se sentaron. Nadie habló a nadie. La última en aparecer fué Valerie.

El repiqueteo de las campanas de alarma cesó de repente. Sin embargo, nadie se movió ni dijo una sola palabra.

Max se quitó el chaleco salvavidas para ponerse el abrigo, tras de lo cual volvió a colocarse aquél, Valerie, frente a él en la mesa, manoseaba los cordones del suyo. Ella fué la primera en hablar, en el silencio del salón. “*Estoy a sus...*”, empezó con timbre agudo. Max cerró los dedos sobre el hombro de ella y apretó tan fuerte como pudo. Los músculos de su cara permanecieron rígidos, pero pareció que ella se tranquilizaba con esto.

Una de las puertas de la cocina chirrió. El agua se balanceaba suavemente en las jarras de cristal, con el movimiento del barco. Max no apreciaba diferencia algún de velocidad. Lathrop alzó su máscara antigás para decir algo: “Deben haber fallado”.

“¡Ah! Así lo parece”, asintió Hooper. “Hijo mío”, añadió dirigiéndose al tercer oficial a través de la habitación, “que me ahorquen si no he olvidado el regalo que traía para el pequeño de Lou. ¿Puedo subir por él?”.

“No, por favor, quédese donde está”.

“Pero ¿qué demonio están esperando?”, preguntó Lathrop.

“Tranquílcese, por favor”.

Kenworthy, mirando por turno fijamente a cada pasajero, seguía fumando y sonriendo. Era el suyo como un gesto de insolencia. El doctor Archer, pensativo, revisaba el contenido de su bolsillo: la linterna, la pitillera, el frasco de licor, el encendedor y las barras de chocolate. La mano del doctor tembló una vez. Echó un vistazo a su alrededor para ver si alguien lo había notado. Hooper suspiró como aburrido. Hooper seguía diciendo: “Hijo mío, ¿puedo...?”.

Max se enderezó en su silla. ¿Dónde estaba *sir* Henry Merrivale?

El barco entero, arrastrándose, parecía vivo por los ruidos de movimientos lejanos. Este era el único indicio de lo que pudiera estar pasando fuera. Lathrop hacía entrechocar sus manos enguantadas. El doctor Archer echó un poco de agua en un vaso y bebió de él.

“¡*Míster* Cruikshank!”, exclamó Max en tono tan agudo que todos se sobresaltaron. “Falta uno. Nosotros...”.

“¡Calma, por favor!”.

Resonaron fuertes pasos en las escaleras. Había dos juegos de dobles puertas de cristales que se abrían al comedor. En las puertas de estribor, el tercer oficial se cuadró. Max vió a la última persona que esperaba ver: el viejo Frank. El comandante Matthews entró a grandes pasos en la habitación, se detuvo en seco, examinó a todos por turno, y habló tranquilamente:

“Señoras y señores, no se alarmen. No hay peligro”. Sus fuertes hombros se echaron hacia atrás: “En efecto, no hay submarinos; pueden volver a sus camarotes. Hemos sido víctimas de una falsa alarma”.

Cerca de treinta segundos fueron necesarios para que el verdadero significado penetrara en las mentes asustadas y en los ojos enfocados para mirar a la muerte. Reinaba un silencio mortal, sólo interrumpido por el tranquilo ruido de pasos sobre cubierta; la tripulación regresó tranquila a sus puestos. El rojo esmalte del comedor, los espejos repitiendo sin cesar la figura del viejo Frank, con su mano medio levantada. Más tarde, Max nada recordaba del viaje con tanta claridad como esta escena.

El doctor Archer se puso en pie, con las piernas rígidas, y volvió a sentarse. Sonrió. Kenworthy bostezó. Pero esto no era todo. “Un momento”, dijo el comandante Matthews. “*Mr. Cruikshank*, cierre las puertas”.

El tercer oficial dió la vuelta al cuarto y cerró las dobles puertas echando el cerrojo a todas. Después atravesó la pieza para mirar las cortinas y cerciorarse de que nadie se escondía en su interior. El comandante, con las manos en los bolsillos, dió unos pasos en dirección a los pasajeros. “Dije que podían regresar a sus camarotes”, continuó, “pero esto fué sólo un decir para tranquilizarlos. Me gustaría que se quedasen un momento. El hecho es que la falsa alarma no ha sido un accidente”.

Su tono seguía siendo familiar. Se acercó a una mesa y se sentó en ella: “No sé si lo saben. Cada uno de ustedes ha estado bajo vigilancia desde el domingo por la noche. No han dado un paso sin que yo lo haya sabido. Hay un asesino entre nosotros. No necesito decírselo. Yo estaba tratando de que no se cometiesen más crímenes.

Desgraciadamente, hay algo que no había previsto”, los labios del capitán se entreabrieron; “el asesino pensó en una nueva treta: imitó al vigía y estableció una alarma de submarino. No podíamos arriesgarnos a no creerlo, y caímos en la trampa. Durante casi diez minutos estuvimos en ella. A bordo, todo el mundo estaba ocupado en sus obligaciones particulares en caso de ataque. Nadie se dió cuenta de lo que estaba sucediendo en el resto del barco. Una especie de tapadera, ¿se dan cuenta? Creo que sí. Bajo esta tapadera,

hubo tiempo suficiente para que el individuo hiciese lo que quería hacer. Hubo un intento de robo en la oficina del sobrecargo”.

El comandante se detuvo, estaba ahora tan cerca de Max, que éste podía oírle su respiración fatigosa. “En el intento”, continuó, “*sir Henry Merrivale* fué herido, seriamente herido, según tememos. El ladrón le golpeó por detrás, derribándolo. El ayudante del sobrecargo, *Mr. Tyler*”, el comandante dudó y se humedeció los labios, “está muerto”. Volvió a detenerse. “*Mr. Tyler* murió en el cumplimiento de su deber. Su cráneo fué fracturado por repetidos golpes con alguna especie de arma pesada. Creemos que con el atizador de la chimenea del salón de fumadores. En todo caso, está muerto. He creído conveniente que todos ustedes lo sepan”.

Silencio. Sus oyentes estaban como paralizados. Lo que la amenaza de un submarino no pudo conseguir, la combinación del alivio enfermizo producido por la confirmación de que había sido un peligro fantasma, y ahora estas nuevas, por añadidura, casi lo consiguieron para la mayor parte de ellos.

“Yo les agradecería”, concluyó el capitán, “que se quedasen donde están durante cierto tiempo. Excepto mi hermano. Ven conmigo. Si alguno de ustedes desea algo que comer o beber, pídanlo. *Míster Cruikshank* se ocupará de su servicio”.

Dió la vuelta. A medio camino de la puerta, con los puños ahora en sus caderas, se paró en seco y se volvió. Parecía luchar con las palabras. “Para la mayor parte de ustedes”, añadió torpemente, “es injusto este trato. No lo merecen. Se han portado como veteranos en lo que creyeron un peligro verdadero. Gracias. Ven, Max”. Y salió a grandes pasos, abriendo las puertas ante sí a empujones.

Max abandonó toda su indumentaria. Al dejar la estancia, tuvo la rápida visión de la cabeza de *Valerie Chatford*, encima de la mesa, hundida entre sus brazos. El comandante *Matthews* estaba aguardándole junto a la oficina cerrada del sobrecargo, en la esquina del espacio abierto del puente C. “Bueno”, dijo Max, “¿qué ha pasado?”.

“El truco más limpio que vi en mi vida”, estalló el comandante *Matthews* casi con admiración. “Falsa alarma y... asesinato en un abrir y cerrar de ojos”.

“No consiguieron matar al pobre *H. M.*, ¿no?”.

“No. No podemos decir todavía si es o no grave su herida. El doctor está con él ahora”. *Frank Matthews* miró a su hermano de cerca: “Tienes la cara verde, muchacho. No te lo reprocho”, rió un poco sin gana. “No importa. Saldremos adelante. ¿Te gustaría beber algo?”.

“Ahora no. ¿Qué *sucedio* exactamente?”.

“Sólo Dios lo sabe. Fué un milagro que Griswold mismo no fuera alcanzado. Todos dormíamos vestidos. El camarote de Griswold está pegado a su despacho. Cuando sonó la alarma, se levantó, abrió la caja fuerte, el cajón del dinero y telefoneó a su ayudante para que recogiese éste y los papeles, mientras él mismo iba a echar una mano a los pasajeros. Cruikshank dijo que no necesitaba ayuda, y Griswold volvió. Había estado fuera cinco minutos. Pero el daño estaba hecho. Puedes hablar a Griswold tú mismo”.

Max intentó reajustar sus pensamientos. De la confusión emergía una huella clara y aviesa, que era la huella del asesino. Max podía verla como la senda de un caracol. H. M. había descubierto el juego, fuera el que fuese. De algún modo, su objetivo o su prueba, tenía que ver con aquellas pequeñas tarjetas de huellas dactilares que el sobrecargo había encerrado en la caja fuerte. *Sir Henry* quería llegar hasta ellas. También el asesino. Pero Griswold no las hubiera mostrado, y mucho menos dado a cualquier pasajero sin autorización. Robar con alevosía la caja fuerte de un barco no es empresa fácil para un aficionado.

La falsa alarma había servido para un doble fin. Había obligado al sobrecargo a abrir su caja fuerte (lo que él, naturalmente, tenía que hacer en el supuesto de un ataque submarino), y había servido como pantalla para el ladrón de tal modo, que, en la ciega preocupación reinante en el *Edwardic*, podría, tomar cuanto quisiera. Para ser un plan de repentina concepción, era demasiado genial. Max se preguntaba, enfurecido, cómo no había previsto algo. El comandante Matthews abrió la puerta del despacho del sobrecargo.

“Adelante”, dijo éste tristemente, “echa una mirada a la víctima. ¡Pobre Tyler!”.

El despacho estaba revuelto. Los ficheros de cartón improvisados, en los que el ayudante del sobrecargo había guardado las fichas de huellas dactilares de los oficiales y tripulación, estaban esparcidos por el suelo. Parecía alfombrado con blancas tarjetas de negras huellas y rúbricas enmarañadas. Los cajones del escritorio estaban abiertos. Igualmente el del dinero. Una caja ligera de acero, conteniendo dinero y papeles, con la tapa alzada, se hallaba sobre el escritorio. La caja fuerte estaba abierta. Griswold, en un rincón, permanecía sobre un sillón giratorio recientemente arreglado. “¡Cinco minutos!”, murmuraba. “¡Cinco minutos!”, y se levantó al entrar el capitán.

Max miró con el rabillo del ojo. Mas allá de una puerta entreabierta distinguía el camarote del sobrecargo. Un cuerpo humano, cubierto por una colcha, había sido colocado sobre la litera con las rodillas encogidas. La

colcha cubría también su cabeza. El joven Tyler no había sangrado mucho. Lo demostraban las pocas manchas del despacho, salvo las de las fichas extendidas por el suelo.

A pesar de ello, Max cerró los ojos unos segundos antes de volverse hacia el sobrecargo.

“¿De modo”, dijo, “que nuestro asesino nos ha ganado la delantera? Penetró en la caja fuerte y robó las fichas”.

“No. No lo hizo”, replicó el sobrecargo. “Ni siquiera tocó la caja fuerte”.

“¿Eh?”.

“Justamente”, insistió el sobrecargo, extendiendo un par de manos fervorosas como si sostuviese algo en ellas. “¡Pobre viejo!... Sir Henry... ¿Cómo está?”.

“No lo sé”, dijo el comandante. “Podría usted bajar a verlo un momento. El doctor Black está con él ahora. ¡Pobre viejo!”.

“¡Pobre viejo!”, repitió Griswold, pasándose la mano por la frente. “Me advirtió que alguien podría intentar saltar la caja fuerte. Yo me reí de él. Nadie podía hacer saltar la caja fuerte... ¿Comprende usted lo que quiero decir? Así se lo dije cuando le hablé esta noche”.

“¡Diantre!, ya puedo adivinar lo que sucedió, tan claro como el día. El pobre viejo sospechaba algo turbio acerca de la alarma submarina. El asesino cogió a ambos, a él y a Tyler. Los estaría espiando, puesto que los dos fueron atacados por la espalda. Entonces, el asesino se apoderó de lo que quería. Pero yo juro que no tocó la caja fuerte. Miren”.

Abrió más la puerta de la caja fuerte. Observó los pequeños cajones en perfecto orden. Algunos departamentos se cerraban con puertas y cerraduras. De su bolsillo, el sobrecargo sacó un puñado de llaves. Sus manos peludas temblaban tanto, que tuvo dificultad para dar con la llavecita que necesitaba. “Vean ustedes”, explicó: “sin tocar. Todas las fichas dentro, envueltas en un pañuelo, tal como yo las dejé. El tipo parece haber mirado todas las otras fichas y no haberse molestado por éstas”.

Max dudó. “Quizá no pudo llegar a ellas. Usted tenía el departamento cerrado”.

“¡Ah!, ¡pero no entonces! Sólo lo cerré más tarde. Después de que mataron a Tyler. ¡A buenas horas! No estaba cerrado en el momento que ocurrió este incidente. ¡Ah, otra cosa! Robó todos los pasaportes que no habían sido retirados por sus dueños. Pero ¿por qué andaba tras de ellos? ¿Qué demonios deducen ustedes de todo esto?”.

Max silbó. “Esto va a crear dificultades a la gente cuando desembarquen, ¿verdad?”.

“¡Terribles dificultades! Esto, si alguno de nosotros logra llegar a la otra orilla”.

“¡Míster Griswold!”, gritó enérgicamente el comandante Matthews.

“Lo siento, señor. Yo quería decir...”.

“¿A quiénes pertenecían los pasaportes que fueron robados?”.

“A *Mr. Lathrop*, *miss Chatford*, capitán Benoit y *Mrs. Zia Bey*. Esto no perjudicará a los dos últimos, pero puede ser serio para los demás. Y para colmo, la única persona que tenía una idea acerca de lo que hay tras esto —*sir Henry*—, está medio muerto. Él tenía una idea. Así me lo dijo, pese a que no quiso explicar qué era. Y si no reacciona...”.

El teléfono del sobrecargo zumbó. Las facultades de Max se avivaron. Cuando Griswold cogió el teléfono, Max vió que eran las cuatro y veinticinco. Al ver la expresión del sobrecargo, ambos, él y el comandante, dieron un salto. Había un silencio tal en el despacho, que podían oír la voz del doctor Black a través del teléfono.

“¿Muerto?”, chilló la voz. “Desde luego, no ha muerto”.

“¿Se repondrá?”.

“Ciertamente. No hay conmoción. Tendrá que estar echado un par de días y sentirá un dolor de cabeza que será más difícil de sobrellevar que nunca. Pero eso es todo”.

“¿Cuándo podremos hablar con él?”.

“Mañana o pasado. No antes. ¿No le basta?”.

Griswold colgó el auricular. Cundió por el despacho un suspiro de alivio y esperanza tan palpable, como si un hechizo de embrujamiento hubiera abandonado sus mentes.

“¡Ya lo tenemos!”, prorrumpió el comandante Matthews, frotándose las manos. “Mire, yo tengo que marcharme, *Mr. Griswold*; Max, delego en ti. Pregunta a esas gentes si quieres. Yo he de irme. Todo es cuestión de tiempo. Pero continúa como antes”.

Nunca, después de esto, le pareció tan larga una noche hasta que se hace de día. Más de una vez, mientras Griswold hacía entrar en su despacho a los pasajeros, uno tras otro, para interrogarles (sin ningún resultado), Max pensó que el reloj se había parado. Las horas fueron gastándose como agua, goteando sobre los nervios. Sin embargo, los sentimientos de alegría y esperanza de Max persistían. A las siete y veinte, él y Griswold quedaron sobrecogidos por un grito salvaje que parecía provenir del comedor.

Hasta que llegaron allí, abriéndose camino a través de un excitado grupo, no se dieron cuenta de que el grito había sido de júbilo. Una de las portillas había sido levantada. La luz gris de la madrugada penetraba a raudales, acariciando las caras empalidecidas por la luz artificial. Los otros pasajeros se agruparon a su alrededor. Sonriendo, el tercero de a bordo hizo señas a Max para que se acercase a la portilla.

El viento de la mañana soplaba frío y adormecedor sobre sus párpados al mirar hacia fuera. Humeante de niebla, el mar, de un azul negro, batía contra los costados del *Edwardic*. La espuma salpicó la cara de Max. El horizonte iba descubriéndose, de color gris. Sobre él se destacaban formas pequeñas y purpúreas, que poco a poco y de una forma insensible se transformaban en siluetas. Max vió las chimeneas despidiendo humo y los largos cascos deslizándose por debajo de la línea de la torreta delantera. Menudos y delgados, rápidos como terriers, los destructores hacían la guardia.

Hooper se quitó el chaleco salvavidas y lo dejó caer sobre una silla. Dió una palmada sobre el hombro a Max. “Estamos salvados, muchacho”, dijo, “la flota está aquí”.

“EL golpe que me dieron en el coco”, observó «sir» Henry Merrivale, no sin modesto orgullo, “es una hermosura. Probablemente estropeará el contorno de mi cráneo shakespeariano para siempre. Pero nunca recibí nada parecido desde que jugué como *rugger* por *Cambridge* en 1891”. Subió las sábanas a la altura de su pecho, y se echó hacia atrás en las almohadas. No movía su cabeza indebidamente. Pero su expresión (para ser de H. M.) era casi afable.

Su compañero le miró fijamente. “Oiga”, dijo Max sin comprender, “¿le sucede algo malo?”.

“¿Malo? Claro que sí. Soy un inválido. Eso es lo que soy. Pero no acostumbro a quejarme, ¿verdad?”.

“¿Está usted seguro”, preguntó Max, “de que no le ha afectado demasiado el golpe? Yo esperaba encontrarle a usted delirando y maldiciendo de todo y a todos. ¿Qué le pasa?”.

H. M. pareció sorprendido. “No me pasa nada. Es una cicatriz de honor, hijo mío. La primera recibida como ‘gajes del negocio’ en veinticinco años. Además, tengo a todo el mundo a bordo de este barco bailándome el agua a la menor palabra que pronuncio. ¿Eh? ¡Caldo de gallina! Traga que traga. Vinos que no se sirven a los pasajeros. Todo lo que quiero. ¿Sabe usted...? Le apuesto”, su expresión se hizo pensativa, “le apuesto que si pidiese ser fotografiado con botones dorados y gorra con galones de oro, sobre el puente dando órdenes a todo el mundo, le apuesto a que el patrón me dejaría hacerlo. No; estoy muy bien. Hay una sola cosa que no puedo aguantar. Ahí va ahora”.

¡*Hu-u-u-u!*..., resonó el pito del barco, llenando el ambiente con su mugir. H. M. dió un respingo y se llevó las manos a la cabeza, mirando, ferozmente resentido, hacia el techo. Arriba mismo de su camarote, sobre el puente de los botes, la sirena hacía un ruido ensordecedor. El *Edwardic* se deslizaba tan lentamente, que podía oírse el rumor de las olas, suave como en un tranquilo lago.

Max atacó de frente: “Oiga, H. M., los otros van a subir aquí dentro de un minuto a echarse sobre usted. Yo pensé que podía adelantarme a ellos. ¿Sabe usted qué día es hoy?”.

“¿Jueves, acaso?”.

“Es el viernes por la tarde. Ha estado usted fuera de combate desde las primeras horas de la mañana del jueves. El doctor no nos permitió verle hasta hoy. La gente está hecha un lío, preguntándose dónde y cuándo vamos a desembarcar. Algunos dicen que será mañana, aunque a mí me parece más probable que sea el domingo”.

“He oído que tenemos convoy”.

“En todo caso, estamos escoltados. El peligro no ha desaparecido. Pero, por lo menos, ha disminuido tanto, que la gente está ya empezando a preocuparse de otra cosa. Quiero decir de ese triple asesino que está haciendo su agosto con todo el barco”.

“¿De veras?”.

“Cuando dimos vista a esos destructores el jueves por la mañana, todos estábamos bastante desanimados. Entonces recordamos y estábamos medio asustados de encontrarnos unos con otros por los pasillos. Tiene usted que hacer algo acerca de esto. ¿Se acuerda de lo que le sucedió cuando tuvimos la falsa alarma de un ataque submarino?”.

H. M. se echó atrás en las almohadas y se caló las gafas. Hizo girar sus pulgares sobre su estómago, y dijo:

“¡Oh, sí!, lo recuerdo”.

“¿Vió usted quién le pegó o quién mató al ayudante del sobrecargo?”.

“No”. Max se sintió decepcionado. “Pero si le sirve de consuelo”, añadió tranquilamente H. M., “yo no necesitaba verlo. Puedo decirle quién cometió los asesinatos, por qué y cómo. Puedo decirle de dónde proceden esas huellas dactilares fantasmales y por qué fueron puestas allí, y de qué juego se trata”. Su expresión se hizo aún más sombría. “Tenga confianza en este viejo, hijo mío. Déjeme actuar. Yo sé lo que estoy haciendo”.

¡Hu-u-u-u!, continuó la sirena en el exterior, y H. M. respingó otra vez.

“¿Es una sola persona la responsable de todo esto?”, preguntó Max.

“Una persona, y una solamente”.

“En todo caso, ¿qué ocurrió la noche o mañana del robo en el despacho del sobrecargo?”.

H. M. frunció la nariz. “Yo le diría que puede adivinarlo por sí mismo. Advertí a Griswold —¡vaya si le advertí!— que alguien pudiera tratar de hacerlo. Yo quería que él sacase las fichas para mí. Mas, ¡oh, no!, estaba ocupado. ‘Da igual mañana’, me dijo, pero no hubo ningún mañana. Cuando oí la señal de alarma, pensé que pudiera ser un *bluff*. Descendí atropelladamente al despacho del sobrecargo. Allí estaba el joven —¡buen muchacho!— en la caja fuerte. Dábamos la espalda a la puerta. Tuve la

impresión, de pronto, de que el techo se me caía encima... Lo último que recuerdo es la cara del joven Tyler, cuando dió la vuelta y vió quien estaba de pie detrás de mí”.

El fuerte mentón de H. M. se contrajo; echándose para atrás, se arropó.

“Yo no había visto el rostro del asesino”, explicó; “mas sí el joven Tyler. Por lo cual tenía que desaparecer. Fué una tarea sucia; el asesino no tenía mucho tiempo”.

“Pero ¿qué diablos buscaba allí el asesino? No iba tras ninguna de las fichas de los pasajeros”. “¿No iba a eso?”.

“No. Ni siquiera las tocó”.

De nuevo el pito atronó el aire, presionando materialmente sobre los tímpanos. La portilla, adaptada al oscurecimiento del camarote de H. M., estaba en parte abierta. Jirones de blanca niebla, pegajosos como lana húmeda, pasaban por la abertura, difuminándose como el vapor de la respiración. Una lucecita brillaba en la cabecera de la litera de H. M., obstaculizada por una pesada cortina. H. M. indicó a Max que cerrase la escotilla y diese toda la luz.

“¿Ve usted?”, siguió disculpándose, “yo no he sido del todo franco con usted. Usted no es el primero que me visita. El capitán y el sobrecargo han estado aquí. Del capitán obtuve esto”. Alcanzando la mesilla de noche, abrió el cajón y sacó un revólver de servicio de calibre 45 y lo puso sobre sus rodillas. “Del sobrecargo conseguí esto otro”. Esta vez cogió las fichas de huellas de los pasajeros, que abrió en abanico. “Tengo idea de que voy a necesitar ambas cosas antes de envejecer muchas horas”.

Max examinó el revólver. Un malestar vago se infiltró en el camarote tan perceptiblemente como el tacto de la niebla. “¿Qué va usted a hacer exactamente?”.

“Tan pronto como el capitán tenga un momento”, respondió H. M. consultando su reloj, “va a venir aquí. Le voy a explicar de qué juego se trataba y cómo se realizó. Tiene dos caminos a seguir: O bien puede apresarle en seguida, lo que probablemente no hará, o bien... pero ésta es una idea mía. En ambos casos, le aseguro que hemos atrapado al amigo. Hay indicios evidentes para ahorcarle, y él debe estar ciego y desesperado a estas horas”. ¡Hu-u-u-u!, siguió la sirena; primero rompiendo la niebla y luego ahogándose en ella al irse alejando el eco.

“Ahora, márchese”, dijo H. M. suavemente, “y déjeme poner algodón en los oídos para impedir que estalle mi cabeza”.

“Pero...”.

“Le dije que se fuese. Ya le avisaré su hermano cuando él venga”.

Max se encogió de hombros y accedió. Lo último que vió al salir al angosto pasillo que corría por el costado del puente de botes, fué a H. M. acomodándose con una seriedad feroz para leer un periódico humorístico. Cerró la puerta del camarote, abrió la puerta exterior del pasillo y respiró la niebla. Esta se movía y se rizaba lo mismo que humo. Primero hacía cosquillas y luego picaba en las narices al aspirarla; le obligaba a toser; se le quitaba de la cara y dejábale una humedad pegajosa; aunque los objetos eran invisibles a quince o veinte pies, su silueta aparecía y desaparecía en la oscuridad al moverse la neblina. Max, a tientas, fué hacia popa, desde la parte posterior del puente (prohibida a los pasajeros). Pasó a través de una puertecilla de hierro y salió a zona libre.

Pese a la niebla, algo expresivo reinaba en el ambiente; estaban llegando a la patria. Uno podía casi oler la tierra. Donde se encontraban, nadie lo sabía, salvo los oficiales, que se lo reservaban. Durante los dos últimos días, Max había estado hablando con Valerie Chatford, y nadando en la piscina con Valerie Chatford, y jugando al *ping-pong* con Valerie Chatford, y devanándose los sesos acerca de Valerie Chatford...

¡¡Pum!! Se paró en seco. Oyó un ruido, apagado por la niebla, procedente de algún sitio frente a él. El sonido tembloroso del pito lo ahogó, pero cuando el silbido se apagó, oyó otra vez: ¡¡Pum!! Era un sonido como de cuero contra madera, con un fondo siniestro.

A alguna distancia frente a él, hacia adelante, en el espacio abierto del tenis del puente, una puerta conducía a un pequeño gimnasio. Hasta ahora, nadie lo había usado. En el puente abierto, ante la puerta —la neblina lo borraba ahora todo—, había una pequeña jaula para practicar golpes de *golf* y un *Punching-ball* colgado del techo de madera. Alguien parecía estar de pie en la semioscuridad y a intervalos golpeaba el *Punching*. Y Max tuvo la sensación de que ese acto se dirigía con furia, terror y desesperación al corazón de alguien, todo ello expresado sin palabras.

¡¡Pum!! “¡Hola!”, exclamó. Sonó un golpe apagado del saco contra el techo de madera. Casi parecía percibirse la cólera del golpe. Una puerta se cerró. Cuando Max llegó a la entrada del gimnasio, el *Punching-ball* estaba aún balanceándose, pero la persona había desaparecido.

Esta era la atmósfera reinante en el *Edwardic*. Al bajar las escaleras, encontró llorando a Valerie en la gran galería. No quiso hablar con él y se marchó a su camarote. Entre Lathrop y Hooper hubo un conato de pelea. Desafiados a una partida de lanzar flechas, Lathrop había rehusado: “Las

flechas”, había dicho, “pueden volverse armas asesinas si se usan propiamente”. Max intentó leer, haciéndose fuerte contra los ruidos de la sirena en el transcurso de la tarde. A las 6,30, más pronto de lo que esperaba, el sobrecargo se le acercó en el salón.

“¿Vamos al camarote del viejo?”. Griswold se le acercó al oído y susurró: “Acaban de venir a buscarme para subir”.

“¿Ahora?”.

“Ahora. ¿Tiene usted idea de lo que me dijeron que llevase? Se lo voy a decir: Mi rodillo de tinta y el tampón de Benoit. Están ahí fuera”. Griswold contrajo sus músculos para oír la sirena. “Creo que algo va a estallar, y pronto”.

Cuando llamaron a la puerta del camarote de H. M., fué la voz del comandante Matthews la que les dijo que entrasen. El camarote, que tenía un cuarto de baño particular, estaba ahora brillantemente iluminado. El comandante Matthews, muy a disgusto, fumaba un cigarro. H. M. estaba sentado en la cama; el cuello de la anticuada camisa de dormir estaba abrochado. Con dolor de cabeza o sin él, fumaba su negra pipa. Sobre sus rodillas tenía un tablero de dibujo, con hojas de papel y un lápiz. En la mesilla, junto a la cama, Max vió un pequeño aparato de radio portátil, un plano plegable del *Edwardic* y un pañuelo limpio. “Adelante”, gritó H. M., sacando la pipa de su boca. “¿Tiene usted eso, el rodillo y el tampón?”.

“Aquí están”, dijo el sobrecargo.

“Siéntense entonces”, dijo H. M. con cierta aspereza. “Tenemos una buena cantidad de trabajo oficial frente a nosotros. ¡Condenada sirena!”.

“No se puede evitar”, apuntó el comandante Matthews. “Bueno, ¿qué ha descubierto usted?”.

Durante algún tiempo H. M. permaneció apoyado, echándose hacia atrás y mirando a la luz del techo, fumando lentamente su pipa, dejando que el humo fuese ascendiendo. Alrededor de su boca había un asomo de sonrisa amarga, mas sus ojos permanecieron graves, aun cuando empezó a balancearse con júbilo contenido. “Estaba justamente sentado y pensando”, dijo. “Es la cosa más graciosa con que tropecé hace tiempo”.

“¿Qué es?”.

“Esto”, replicó H. M. sonoramente: “el modo de que se ha valido el asesino para engañarnos”.

El comandante Matthews cambió de color. “Usted puede considerarlo gracioso, yo emplearía otra palabra... ¡Por Dios!, que no es gracioso para...”. Se detuvo. “Engañarnos, ¿cómo?”, preguntó.

“Con sus huellas dactilares falsificadas, primero. Pero eso es lo último. Lo último de todo”.

El sobrecargo interrumpió. “Señor”, dijo vehementemente. “Creo que voy a ser juzgado. Lo estoy esperando y, sin embargo, juro por mi vida aquí y ahora que las condenadas huellas que estaban en el camarote de *Mrs. Zia Bey* no eran, *no*, n-o, n-o, falsificadas”.

“Admitido, hijo”.

“Pero usted dijo ahora mismo que lo eran”.

“No exactamente. Dije que estaban falsificadas, no que fuesen falsificadas”.

El comandante, Griswold y Max se miraron, perplejos. “¿No?”, preguntó el capitán. “¿Cuál es la diferencia entonces?”.

“Bueno... Ahora”, refunfuñó H. M. argumentativamente, rascándose la frente. “Es quizá cuestión de finura en la argumentación. Pero puede encerrar una gran diferencia. Puede conducir a la gente a cometer una imbecilidad al resolver un problema. La manera más fácil de salir de un enredo es no discutir demasiado sobre las propiedades de los términos. La manera más fácil es enseñarles a ustedes cómo se llevó a cabo el truco. ¡Ahora!”. Fumó durante un momento en silencio, con la sonrisa sarcástica aun desfigurando su rostro. Entonces señaló el cajón de su mesita de noche.

“Las fichas con las huellas dactilares de los diversos pasajeros están en ese cajón. ¿Quiere usted sacar la ficha que lleva la huella de mis dos pulgares? *Mis* huellas dactilares. ¡Fíjese!”.

“Pero, ¡señor!...”.

“Haga lo que le dice, *Mr. Griswold*”, ordenó el comandante Matthews.

Todavía meneando la cabeza, el sobrecargo abrió el cajón, ojeó el paquete de fichas y escogió la que llevaba la firma, sin duda, de H. M.

“¡Bien!”, dijo H. M. “Ahora, hijo, ¿está usted preparado a jurar que esas son mis huellas? ¿Que son las huellas de mis pulgares, derecho e izquierdo, tomadas delante del tercer oficial y de usted y firmadas por mí?”. Como la mirada de Griswold indicaba cada vez más negras sospechas, H. M. levantó su mano. “Adelante, hijo. Palabra de honor que no hay truco en esta parte. Yo le diré: son mis huellas verdaderas, tomadas delante de usted. ¿Le satisface esto?”.

“Si usted lo dice...”.

“Bien. ¿Trajo su lupa?”.

“La tengo en mi bolsillo”.

“Muy bien. Le voy a pedir que tome mis huellas de nuevo. ¿Tiene usted alguna de esas fichitas?”.

“No; temo que no”.

“Bien, no importa”, dijo H. M. “Podemos emplear esta hoja de papel blanco. No, no; que me muera si no es una hoja de papel corriente. No está preparada de ningún modo. Use una de las suyas, si quiere”.

Otra vez el comandante Matthews, Griswold y Max cruzaron sus miradas. Colocando su pipa en un cenicero sobre la mesa, H. M. aseguró el tablero de dibujo sobre sus rodillas. Puso una hoja de papel en su centro. “¿Tiene su rodillo de tinta ahí, hijo?”.

“A su disposición, señor”.

“Entonces, adelante con la impresión... ¡Caramba! ¡Yaya una cosa sucia! Deme ese pañuelo... Así. Acérqueme más esa hoja de papel... Así. Ahora voy a imprimir mis huellas. Pulgar derecho... pulgar izquierdo... Ahí están. Ahora, tome ese papel. Saque su lupa. Compare estas huellas con las de la ficha”.

Hubo un silencio. Griswold, todavía suspicaz, quitó el tablero de las rodillas de H. M. y se sentó a los pies de la litera. Puso el papel y la ficha uno al lado de la otra. La brillante luz del techo, oscurecida por el humo del tabaco, daba de lleno en el tablero. Sacando una lupa grande de su bolsillo, el sobrecargo empezó a examinar. La lupa iba de uno a otro lado. Su estudio meticuloso parecía prolongarse indefinidamente. Una vez que paró, miró a H. M. y empezó a hablar; pero lo pensó mejor y no siguió. Pidió un lápiz a H. M. Entonces empezó a trazar líneas, como las señales de un corrector de pruebas, desde los arcos, curvas, espiras y compuestos de un grupo a los correspondientes del otro. Vieron el sudor brillar en su frente, y una gota cayó al inclinarse sobre el tablero.

El comandante Matthews se impacientaba. “Bien”, exclamó. “¿Qué pasa? Son iguales, ¿no?”.

Griswold levantó la cabeza. “No, señor; no lo son”.

“No lo son”... El comandante se detuvo. Su cigarro se había apagado, y lo dejó en el cenicero. Se levantó. “¿Qué dijo usted?”.

“Juro”, prosiguió Griswold, “que estos dos grupos de huellas no pertenecen al mismo hombre”.

De nuevo nadie habló. El sobrecargo, buscando algo con que limpiarse el sudor, cogió el pañuelo de H. M., el cual le dejó una mancha de tinta sobre su ojo; pero no se dió cuenta. Todos miraban a H. M.

“¿Está usted seguro de eso, hijo?”, preguntó este último.

“Lo estoy”.

“Júrelo, ¿quiere?”.

“Sí”.

“Y sin embargo”, observó H. M., cogiendo su pipa y sacudiéndola sobre el borde del cenicero, “hice los dos grupos de huellas con mis propios pulgares. Ustedes lo saben”.

Por primera vez, en algunos minutos, Max no se había dado cuenta de la sirena. Ahora ululaba, como mofándose, y parecía sacudir el camarote. “Supongo que no estamos todos locos”, preguntó el comandante echando hacia atrás su gorra.

“No”, contestó H. M. más sobriamente, con el rostro contraído. “Ya es hora de dejar de bromear. Pero no cubran sus cabezas con cenizas. Anden erguidos. Una vez, ese mismo truco casi engañó al laboratorio técnico de policía de Lyon. Así, que no necesitan avergonzarse si les engañó a ustedes. En el caso de ellos era el resultado de un accidente. En el nuestro... ¡ah, no! Déjenme enseñarlas prácticamente cómo se hace. Ahora imagínense que van a tomar la huella de mi pulgar. Ustedes la toman sobre una superficie impregnada de tinta. La superficie de cualquier dedo humano, como éste, por ejemplo, está constituida por una serie de pequeñas arrugas de la carne que forman arcos, curvas, espiras y compuestos, con huecos entre ellos. ¿Se enteran? Cuando ustedes miran una fotografía de una huella dactilar, las líneas negras representan las elevaciones, y las blancas, los huecos intercalares. ¿Está entendido?”.

“Bien”, dijo el comandante Matthews.

H. M. volvió a encender su pipa.

“Ahora supongan ustedes”, resumió, “que su rodillo o su tampón, o lo que empleen, es defectuosos supongan que tiene mucho exceso de tinta... O supongan que un celoso ‘candidato’ pasa su dedo por una superficie entintada cualquiera y acumula *demasiada* tinta (tal como yo hice hace un minuto). Encuentra su dedo sucio. Está empapado. Resultaría una impresión borrosa. ¿Qué hace él con toda la naturalidad del mundo? Pues coge un pañuelo y se limpia (como hice yo). Está bien. Él ha quitado sencillamente de su pulgar un exceso de tinta; eso es todo. Todavía queda tinta. Todavía será capaz de dejar una huella clara. Pero *¿qué sucede entonces?*”.

H. M. hizo una pausa. Miró al grupo que le rodeaba. Y Max Matthews, con una especie de genio mental, vislumbró la solución y vió la imagen tomar forma.

“¿No ven ustedes?”, insistió H. M. “De esa superficie de líneas microscópicas de su pulgar él no ha quitado bien la tinta. La tinta está aún en

su pulgar. Pero la ha quitado de las *elevaciones* y la ha dejado en los *huecos*. Cuando la huella sea tomada, serán los *huecos los que aparezcan como líneas negras*, y las elevaciones como blancas. Justo al revés de lo que tenía que ser. Como el positivo y el negativo de una placa fotográfica. Desde luego, el resultado es una huella muy diferente de la tomada con un entintado adecuado y sin ninguna treta. Particularmente, las 'bolsas' o pequeños núcleos en el centro de las espiras serán tan totalmente diferentes, que incluso un aficionado podría jurar a simple vista que no son las mismas. Un experto, al comparar, aun sostendría más el error. En Francia, hace años, sucedió lo mismo accidentalmente. Y poco faltó para que le costase a una mujer una gran cantidad de dinero, porque nadie quería creer que era ella misma^[13]. Durante años he estado esperando que algún 'inteligente' emplease la misma trampa para un crimen deliberado; y he aquí que alguno lo ha hecho.

"Sigan ustedes escuchando. El criminal mató a *Mrs. Zia Bey* con la deliberada intención de dejar falsas huellas dactilares en el lugar del crimen. Llevó consigo un frasco de tinta con la intención de derramarla como por accidente o en la lucha, y dejar hermosas huellas después de haber limpiado cuidadosamente sus pulgares. En lugar de esto, cambió de idea y empleó sangre, que es una mejor materia para el caso. Así, la tinta fué desechada. Las huellas sangrientas del pulgar se mostraron ante nuestros ojos deslumbrados. He ahí la explicación de los dedos fantasmas, mis torpes amigos. Eso es todo".

El auditorio había estado escuchando con variados grados de emoción. El sobrecargo se limpió de nuevo el sudor con el pañuelo manchado. El capitán parecía haber sido alcanzado por un rayo. Sintiendo también calor, se quitó la gorra y comenzó a abanicarse con ella. "Así de fácil, ¿eh?", preguntó, desanimado.

"Así de fácil".

"Todo es muy sencillo", continuó el comandante, "cuando se conoce el secreto".

"¡*O tempora!*", gritó H. M., agitando su pipa en el aire. "¡*O mores!* ¡Oh infierno! Naturalmente que es sencillo... después de que se lo he contado. Siempre se está oyendo eso. No importa. ¿No tiene nadie ningún comentario que hacer?". Se percibía una nueva nota en su voz. Max sintió que les estaba observando atentamente; que le estaba preguntando por algo; que estaba invitando a sus imaginaciones con gentil insistencia a dar un paso hacia adelante. Max, con la mirada fija en la radio portátil, halló algo nuevo que le preocupaba. A pesar de que la luz brillaba detrás del disco graduado,

denotando que estaba conectado el aparato, ningún sonido salía de él; ni siquiera los atmosféricos, que siempre se oyen en el mar. Pero tampoco le preocupó demasiado. Apenas si, por el momento, se daba cuenta de la sirena. “*Sir Henry*”, dijo, “todo eso está mal”.

“¿De veras?”, inquirió el interpelado suavemente. “¿Qué es lo que está mal?”.

“Este asunto de las huellas dactilares. ¿Usted dice que el asesino dejó deliberadamente las huellas falseadas o falsificadas cuando mató a Mrs. Zia Bey?”.

“Sí”.

“Pero ¿está loco?”.

“No. Lejos de ello. ¿Por qué?”.

Si sus uñas hubiesen sido más largas, Max las habría mordido. “Bueno, es difícil de explicar. Algo como esto; si el asesinato hubiera sido cometido en tierra —o cuidadosamente fuera de un barco, en cualquier sitio—, admitiría que habría sido un golpe magistral; mata a su víctima; deja falsas huellas; contempla cómo toda la policía echa a correr, buscando una persona que no existe, entre millares de seres. Seguramente acabarían por abandonar la pista que entre tantas otras *acaso* pudiera ser. Pero a bordo de un barco...”. Dudó un momento. Se volvió a Griswold. “Dígame: ¿Están todos los sobrecargos obligados a saber interpretar huellas dactilares?”.

“Debieran saber”, respondió Griswold, frunciendo el ceño, “y la mayor parte saben. ¿Por qué?”.

Con el ceño, a su vez, fruncido, replicó Max. “Muy bien. El asesino sabía, naturalmente, que las huellas de todos los de a bordo serían tomadas y comparadas. Las suyas también serían tomadas de una manera regular y no coincidirían con las sangrientas. Esa es la idea general, ¿no?”.

“Lo es”, afirmó H. M.

“Pues éste es el caso; sus verdaderas huellas no coincidirían, pero tampoco las de los demás. Todo lo que consiguió fué cometer un asesinato fantasma: todo lo que consiguió fué cogerse en su misma trampa. Llamó premeditadamente la atención sobre el hecho de algo muy sospechoso en alguna parte. ¿Cuál era la ventaja? ¿Por qué dejar huellas? Porque, fíjense, si cualquiera se da cuenta del truco, está perdido. A menos que sólo desee dar un gran espectáculo. ¿No es arriesgarse demasiado por tan poco?”.

El comandante Francis Matthews, R. N. R.^[14], levantó los brazos y lanzó un bufido de impaciencia.

“Guárdate esas ideas”, dijo.

“Pero Frank...”.

“Te digo que te las guardes”, repitió el comandante; se volvió hacia H. M. “Le decía la otra noche a Max que, de la familia, es el único que tiene ideas graciosas. Es todo imaginación. No tiene estabilidad”. La sangre se agolpó en el rostro del comandante. “Lo que yo quiero saber es...”.

Se paró en seco, porque *sir* Henry había comenzado a frotarse las manos con verdadera y maligna satisfacción. “¡Ah, ah!”, gorjeó mirando a Max. “Ahora está usted empezando a usar su cerebro. Fíjese en que todavía digo que el asesino hizo justamente eso: dejar deliberadamente huellas engañosas en el lugar del crimen. Pero ¿por qué lo hizo? Eso es lo que a mí me hizo pasar largas horas de meditación intensa. Encuentre la razón del por qué, y usted habrá descubierto uno de los crímenes más pulidos y astutos que yo he tratado. Piense ahora”.

“¡Calle!”, dijo Max tan impetuosamente que incluso su hermano se sobresaltó.

“Bien”.

“Benoit”, empezó Max con vividas y confusas imágenes en su mente. “¿Dónde encaja Benoit en todo esto? Después de que *Mrs.* Zia Bey fué muerta, Griswold y Cruikshank fueron a tomar las huellas dactilares de Benoit. Allí estaba éste sentado con un tampón (muy sucio) cuidadosamente preparado, con el que quería sacar sus propias huellas. Solamente que no se lo permitieron. Luego parece como si Benoit quisiera darles un par de huellas falsas. ¿Qué estaba haciendo?”.

Silencio. “Pero Benoit está muerto”, protestó el sobrecargo.

“¡Oh, seguramente Benoit está muerto!”, convino H. M., “y, sin embargo, muchachos, el carácter de Benoit, el modo de obrar de Benoit, todo lo relativo a Benoit es la clave de este problema. ¿No lo ven ustedes?”.

“No”, contestaron tres voces.

“Entonces, déjenme hacer una especie de reconstrucción para ustedes”, refunfuñó H. M., mirando al techo con aire adormilado y dando lentas chupadas a su pipa. “El domingo por la noche, justamente antes de que Benoit fuese asesinado”, continuó, “Max Matthews me dió cuenta completa y detallada de todo lo que venía sucediendo. Entonces fué cuando percibí por primera vez lo extraño del caso. El joven Matthews me habló de un misterioso personaje que se paseaba por los pasillos llevando puesta una máscara antigás y entrando en los camarotes. Era una de esas máscaras civiles en forma de morro de cerdo, de las que nos dieron a todos. Pregunté si el individuo de la máscara pudiera ser esta o aquella persona, hasta que

mencioné al francés. Entonces me di cuenta de que no iba por buen camino; un oficial francés no podía llevar... Y, ¡cáspita!, vaya golpe mental que recibí cuando pensé acerca de ello. Porque yo mismo había visto al francés llevando dicha máscara. Yo había estado mirando de lejos, fuera de la acción; pero ésta penetró en mi imaginación. ¿No recuerdan aquel simulacro de alarma del sábado por la mañana? ¿No recuerdan la aparición de Benoit llevando la tal máscara?”.

Max sí se acordaba.

“Así que la cuestión era ésta”, dijo H. M. con énfasis. “¿Dónde estaba la máscara de ordenanza de Benoit?”.

“¿Su qué?”, preguntó Max asombrado.

Pero el comandante Matthews explicó:

“Su máscara de gas del ejército”, dijo.

“Exactamente”, corroboró H. M. “No podía creer lo que veía. Todo miembro de las fuerzas de combate es provisto de una máscara de ordenanza, mucho más complicada y perfecta que las de los civiles; lleva un estuche de goma que se cuelga alrededor del cuello, Todo soldado de uniforme *tiene* que llevar su máscara en todo momento. Y, sin embargo, ahí estaba Benoit, paseándose con una máscara civil. ¡Oh, amigos!, era tan extraño, que yo deseaba darme una vueltecita por su camarote. Y cuando lo efectué, comprobé que la máscara de ordenanza no estaba allí. No estaba en ninguna parte. Al contrario, estaba la máscara civil, cuidadosamente colocada en una silla, con salvavidas y manta.

”Lo cual no fué todo. Abrí el armario —¿se acuerdan ustedes?—, y me llevé la sorpresa mayor de toda mi vida; allí, colgado, estaba el uniforme de reserva de un hombre. Y las insignias de ese uniforme estaban equivocadas”.

Max, todavía, en parte, deslumbrado, trató de protestar:

“¡Espere!”, dijo. “¿Qué es lo que estaba equivocado? Son tres galones los que corresponden a un capitán en el ejército francés. Estoy seguro de ello. Y Benoit los llevaba”.

“¡Ah, ah!”, repuso H. M. “Sí, los llevaba; pero en sitio equivocado. Los llevaba en las charreteras. Escuche, hijo; un oficial francés lleva las insignias sólo en dos sitios: alrededor de la gorra y en las bocamangas. Nunca en el hombro. Compruébelo en diccionario militar. Hasta entonces no había mirado atentamente la indumentaria de Benoit. Por eso no lo había notado. Pero ahí estaba. Hasta, si usted recuerda, cogí la manga de la guerrera y la miré detenidamente, pues no lo podían creer mis ojos.

”Pero, unido a lo de la máscara, era concluyente. Benoit era una falsificación de alguna clase... No era un oficial francés. No sabía nada acerca del ejército francés y, probablemente, maldita la cosa acerca de ningún otro ejército. Pero aun así —con seis pruebas bien claras mirándome a la cara — no caí en ello. Entonces Cruikshank sugirió que tal vez fuese un miembro del Servicio Secreto francés...”.

H. M. hizo una pausa. Max, escuchando y, no obstante, con el oído atento al rugido de la sirena, oyó, en cambio, algo que le hizo saltar de la silla: la radio portátil les estaba hablando:

“¡Capitán! ¡Sir Henry!”, susurró la radio suavemente entre un repentino zumbido y un golpe seco; Max creyó reconocer la voz del tercer oficial. “Prepárense. Creo que su hombre se dirige hacia arriba”.

H. M. abrió el cajón de la mesa, sacó el revólver y lo sopesó en la palma de la mano.

El comandante Matthews se levantó raudo y amenazador. Carraspeó:

“¿Qué demonios es esto?”.

H. M. explicó, como disculpándose:

“Es el asesino, hijo”, y señaló la pequeña fila de fichas. “Tiene que hacer desaparecer una de esas fichas. Si no, tan cierto como que Dios hizo el mundo, le ahorcarán. Está acorralado y desesperado. Yo había pensado que trataría de hacerlo cuando todos estuviesen cenando o jugando al *bridge*, y suponiendo que yo continuaba aun en mal estado. Si quieren ver un pequeño golpe de mano, escóndanse los tres en el cuarto de baño. Apaguen la luz y enganchen la puerta, dejándola abierta una o dos pulgadas, para asegurarse de que no se mueva. No salgan, a no ser que suceda algo”.

Obedecieron.

Max estaba en tal estado de curiosidad y perplejidad, que temía hasta que la respiración hiciese restregarse a sus zapatos sobre el suelo de ladrillos del cuarto de baño. Apretados en el confinado espacio, él, Frank y el sobrecargo se mantuvieron quietos junto a la puerta. Apagaron la luz. Con la puerta enganchada y ligeramente abierta podían ver un fragmento del camarote, incluso una parte de la litera de H. M.

¡Hu-u-u-u! ¡Hu-u-u-u! Continuaba la sirena.

Excepto por un ligero balanceo y el suave rumor de los motores, en punto muerto, el barco parecía no estar en movimiento. H. M., deslizando el revólver bajo las ropas de la cama, se estiró casi cuan largo era, cruzó sus manos sobre el estómago y cerró los ojos.

Silencio. Durante tres minutos largos, roto solamente por el ligero chapoteo del agua en los costados del buque, la sirena y miles de ruidos imaginarios en la mente de Max. El humo oscurecía la brillante luz del camarote. El estómago de H. M. subía y bajaba como si estuviese durmiendo. Sonó una discreta llamada en la puerta. H. M. no se movió. La llamada se repitió, más fuerte. Tras otra pausa, Max oyó chirriar los goznes, y después un chirrido más largo y lento, al abrirse la puerta del pasillo. Esta fué cerrada con la misma suavidad y precaución. Max podía ver las ventanas de la nariz de H. M. contraerse y dilatarse como si realmente estuviera durmiendo. Esto duró treinta segundos más.

“¡Ya basta!”, dijo H. M.

Abrió los ojos, y su mano, que había deslizado debajo de las sábanas, salió arrastrando, con el revólver del capitán firmemente agarrado. “Será mejor que levante las manos. *¡Condenado, no sea burro!*”.

Quiquiera que fuese el recién llegado, fué tan rápido como una serpiente de cascabel. Una silla de madera con el asiento de felpa encarnada fué lanzada, a través de la habitación, a la cabeza de H. M. Los que estaban observando la vieron cruzar por los aires y desaparecer de su radio de visión. Vieron, incluso, surgir el agujero en la pana encarnada al estampido del tiro del revólver que H. M. tenía en la mano. Lanzada con furia salvaje, la silla falló el hombro de H. M., pegó en la radio y ambas se estrellaron en el suelo. Al precipitarse el comandante Matthews, Griswold y Max en el camarote, H. M. disparó de nuevo.

La puerta del pasillo se cerró de golpe tras una figura en retirada. El comandante la abrió a tiempo para que todos ellos vieses cerrarse la trampa; un hombre se hallaba en el largo, angosto y blanco pasillo —el mismo que corría a lo largo del costado del buque y tenía una puerta a cada extremo, conducente al puente exterior—. El hombre estaba medio doblado y apretaba una mano contra su hombro. Miró primero a la izquierda; después a la derecha; primero a popa, después a proa. A ambos extremos del pasillo, las cortinas de *black-out*^[15] se agitaron contra la puerta; en cada una apareció un fuerte A. B.^[16], con puños cerrados y hombros prestos a la lucha. No se movieron ni hablaron.

El hombre gritó. Dió un paso, se volvió, gritó de nuevo y se detuvo. “Lo tenemos”, dijo suavemente H. M. Algo desvanecido y pálido se deslizó de la cama con su camisa pasada de moda, se puso las zapatillas y salió con paso tardo. “Debí tirarle a matar”, rezongó; “pero a última hora no pude hacerlo”.

Max no hizo caso. Quería percatarse bien de la visión del hombre que estaba ante él bamboleándose y doblándose cada vez más, comprimiéndose el hombro izquierdo con la mano derecha. Los dedos y la manga iban adquiriendo un tono rojo-oscuro, un rojo mucho más oscuro, por ejemplo, que el del fondo de la gorra militar que el hombre llevaba, con galones dorados; su uniforme era caqui, sus botas, de un marrón brillante; en su tez oscura destacaba un bigotito negro.

“¡*Sir Henry!*”, exclamó Max. “¡Es el capitán Benoit!”.

“¡*Oh, no! No lo es*”, repuso H. M. tranquilamente.

“¡Le digo a usted que lo es! Pregunte a Frank, pregunte a cualquiera... ¡Pero usted dijo que Benoit no estaba vivo!”.

“No está vivo, hijo mío”, siguió H. M. con acento sombrío. “Esa es toda la historia. Nunca estuvo vivo. Su amigo Lathrop decía, en broma, algo que era tan verdad como el Evangelio: que Benoit era un fantasma. Nunca existió. En otras palabras: una persona, a bordo de este barco, ha estado representando un doble papel hasta que Benoit ‘murió’ el domingo y... ¡Agarradlo, muchachos!”.

Los marineros se acercaron mientras el prisionero chillaba. Lo cogieron por los brazos. H. M. se le aproximó y le quitó la gorra de fondo rojo y oro, para mostrar, no cabellos negros, sino rubios. Pasó sus manos por el maquillaje oscuro de la cara. Tocó el negro bigote, que despegó con dificultad, mientras el prisionero seguía chillando. Pero otras facciones, otra expresión de boca, ojos y mandíbula fueron saliendo a la luz uno a uno, descubriendo un nuevo semblante:

Ante sí tenían los ojos crueles y sin gafas de Jerome Kenworthy.

“Se celebrará”, decía el anuncio del boletín de a bordo, *un corto servicio religioso a las once de la mañana. El desembarco se espera que tenga lugar hacia las dos de la tarde. Se ruega a todos los pasajeros, recojan sus tarjetas de desembarco en el despacho del sobrecargo*”.

“H. M.”, dijo Max Matthews. “Usted va a contárnoslo todo antes de que este barco atraque. Si no lo hace, toda esta gente”, señaló a un interesante auditorio, “va a hacerle pedazos. ¿Lo comprende usted?”.

“¡Oh, oh!”, repuso modestamente H. M.

En aquella brillante y fría mañana del domingo, con todas las ventanillas abiertas, H. M. estaba sentado junto al fuego, en el salón de fumar. Delante tenía su antigua bebida favorita: un ponche de *whisky*. En torno a él estaban sentados Max, Valerio, Hooper, Lathrop, el doctor Archer, el sobrecargo y el tercer oficial. Griswold meneó la cabeza atónito. “Aún no lo puedo creer”, murmuró. “¡El joven Kenworthy! Y todavía no puedo comprender qué demonio de juego se traía entre manos. ¡Bien que me la ha pegado!”.

Valerie abrió los ojos furiosa: “¿A usted se la ha pegado?”, gritó. “¡A mí sí que me la ha pegado! Yo les dije la verdad respecto a esas cartas que escribió a Mrs. Zia Bey. Y nadie quiso creerme. Yo le vi, de hecho, vestido de Benoit, abandonando el lugar del crimen con las cartas en la mano. ¡Y nadie quiso creerme! Inocentemente, salí de mi camino para procurarle una coartada. Y todos ustedes pensaron que yo era una perfecta mentirosa”.

Hooper frunció los labios dubitativamente. “¡Ah!”, confesó. “Pero yo soy el más defraudado. Juré que había dos personas en la oscuridad del puente el sábado por la noche, cuando todo lo que hizo fué disparar sobre un muñeco y tirarlo por la borda, ¿eh?”.

“Es a mí a quien tocó la peor parte”, declaró Lathrop. “Porque, prácticamente, solucioné el problema sin saberlo. Siempre les dije que ‘Benoit’ era un fantasma. Dije que apenas le veíamos, a no ser a las horas de las comidas, y que entonces se sentaba siempre solo. Incluso en aquellos momentos, jamás le vimos más que con luz artificial. Dije (¿no es cierto?) que parecía raro que un oficial francés conservase la gorra puesta”.

El tercer oficial, arrugando la frente, mostraba su desacuerdo. “No, la víctima soy yo. Ha habido solamente dos ocasiones, señor, en que *todos* los

pasajeros —sin faltar uno— habían de estar presentes; cuando se distribuyeron las máscaras antigás, y en el simulacro del sábado por la mañana. Han sido las dos únicas veces en las que el engaño pudiera haber sido descubierto. La primera vez no llamó demasiado la atención la ausencia de Kenworthy, porque también faltó *miss* Chatford, y a los dos los vi más tarde en sus camarotes, al ir a entregarles las máscaras. Naturalmente, yo no me apercibí de que 'Benoit' desapareció de la sala tan pronto terminamos el reparto. Pero en el simulacro, apenas yo insistí en que Kenworthy, mareado o no, tenía que venir al puente, el francés salió disparado y desapareció. No se lo impedí. Llevaba la máscara puesta porque era la única vez que tenía que arriesgarse a la luz del día, y no a la artificial”.

El sobrecargo levantó la mano imperativamente y volviendo sus cejas Bobey^[17] con aspecto siniestro hacia todos ellos, dijo: “Cállense. Después de todo, yo conocía al hombre. Admito que sólo lo vi en una travesía, hace algunos meses. Pero creía conocerlo. Y, no obstante, yo le he hablado efectivamente como al tal 'Benoit', o, mejor dicho, Cruikshank le habló cuando le estábamos tomando las huellas, sin darnos cuenta de quién era. ¿Saben ustedes por qué nunca le descubrí?”.

“Bueno, ¿por qué?”, preguntó Cruikshank con aire de reto.

“Porque él hablaba en francés”, replicó el sobrecargo. “Acabo de pensar en ello. Es un modo perfecto de disfrazar la voz. Es gracioso; cuando se oye chapurrear en una lengua extraña, todas las voces parecen iguales. Toda idea de identificación desaparece. Pruébenlo alguna vez. En cuanto a su pretensión de ignorar el inglés, era para él una doble protección, puesto que le procuraba una excusa para no hablar con la gente. El...”.

“¡Hola!”, gritó H. M.; a su ex abrupto sucedió un silencio de muerte; H. M., con aire digno y resentido, les miró. “¿Quieren o no saber lo que pasó?”, terminó preguntando como un rey ultrajado.

“Lo siento, señor”, se disculpó el sobrecargo rápidamente. “Claro que queremos. Empiece por donde acabó la otra noche, cuando nos hablaba al capitán, a Max Matthews y a mí. Usted dijo que estaba disgustada cuando examinó la cabina de 'Benoit'; cuando usted descubrió, que no tenía buena ventilación y que el uniforme estaba mal hecho. Usted sabía que 'Benoit' era falso. Pero ¿qué le hizo deducir que era un fantasma?”.

“En su mayor parte fué su brocha de afeitar”. Calló durante unos instantes y miró sin benevolencia alguna al gato de porcelana. “Bien”, siguió, “esto vino después. En la noche del domingo, cuando suponía que 'Benoit' había sido asesinado y yo examiné su camarote, no caí en ello. Aparte del uniforme

y la máscara antigás, estaba yo preocupadísimo con todos esos menudos y retorcidos detalles que ustedes han mencionado hace un momento”.

“Ahora bien. Nuestro amigo Cruikshank sugirió que Benoit pudiera ser miembro del Servicio Secreto Francés, influido por una larga arenga de Benoit acerca de la 'traición' de cierta mujer. Pero ello, naturalmente, era pura fanfarronería. Todos los miembros del Servicio Secreto Francés han sido, o son oficiales del ejército regular. Cualquiera que hubiera sido oficial francés en cualquier tiempo no hubiera llevado ese uniforme tan estrafalario. Pero esto me despertó una nueva duda: ¿sería capaz *un* verdadero francés de llevar tal uniforme?

”Recuerden que todo francés está obligado a prestar el servicio militar en su juventud. ¡Bendito sea Dios! ¿Cómo iba a ser posible que un muchacho, después de prestar un servicio de nueve meses, olvidase el número de galones que había de saludar? Si encargó el uniforme a un sastre, tenía que haberle mandado poner los galones en el hombro, en lugar de en las bocamangas... Ahí está donde yo empecé a sentir cierta comezón en el fondo de mi cerebro.

”De todo ello parecía deducirse que no era, de ningún modo, francés. Cruikshank creía que hablaba inglés —aunque el hombre no lo admitía—. ¿Por qué? ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué ese miedo a ser visto en público o hablando con la gente? ¿Por qué conserva el sombrero puesto constantemente?

”Fíjense: algo sucio estaba haciendo, algo tramaba. La escena del tampón rebosando tinta había sido preparada para Cruikshank y Griswold. Él parecía culpable cuando entraron y abrió la boca como un pez, como si sus planes se hubieran estropeado, cuando salieron. Y más tarde, estando yo sentado, pensando y atando cabos en el puente de botes, viene Valerie Chatford a decir que había visto a Benoit salir del camarote de *Mrs. Zia Bey* inmediatamente después del asesinato...

”Yo había decidido ya que alguno había tratado de emplear la trampa de las huellas invertidas, las huellas negativas, falsificadas, en el lugar del crimen. ¿Quién era? ¿Benoit? Si así era, ¿por qué este último intentaba sacar sus propias huellas con un sucio tampón delante del sobrecargo y el tercer oficial, cual si quisiese exhibir *otro* par de huellas falsificadas? Yo les pregunto: ¿por qué? Falsifica primero sus huellas en el camarote de *Mrs. Zia Bey*... Entonces se prepara a falsificarlas de nuevo; pero se lo impiden y se las sacan correctamente.”

“¿Por qué?”.

“Y entonces recuerdo la brocha de afeitar. Es una lástima. Yo había sido muy torpe. Tuve en mis manos la brocha y la navaja el domingo por la noche en el camarote de Benoit, pero este viejo tenía demasiadas ideas en la cabeza para poderse dar cuenta de nada; aunque sí pensé que era un poco raro que el hombre tuviese una navaja de afeitar y no tuviese, en cambio, suavizador ni piedra para afilarla.

”Pensando detenidamente en ello, fui al barbero, al final de la tarde del miércoles. Yo conocía ya a esta furia. En efecto, había estado en la barbería para un afeitado interrumpido, justamente unos momentos antes de que Benoit fuese asesinado el domingo por la noche, y el barbero me había dicho, muy dolido, que yo era su *primer cliente* en ese día. Añadió *algo* sobre la espuma y la brocha, y... ¡diablo!, entonces fué cuando recordé con claridad aplastante que la brocha del camarote de Benoit estaba completamente seca”.

H. M. hizo una pausa. Max le recordó con precisión, manoseando distraídamente la brocha seca en el camarote de Benoit. Y de nuevo vió cómo el plan tomaba forma.

“Ustedes, muchachos”, continuó H. M., señalando severamente a todo el grupo, “que tienen únicamente una brocha de afeitar, como la mayor parte de nosotros, digan: ¿Está *nunca* la brocha completamente seca? ¿No se mantiene siempre, de un día para otro, algo húmeda? La brocha de Benoit tenía que no haber sido usada por lo menos en una semana, como tampoco su navaja. *No* había ido al barbero. Y, no obstante, este joven, siempre flamante, siempre cuidadosamente afeitado —salvo el bigote—, había estado desde el viernes hasta el domingo sin la menor huella de barba. Eso fué lo que me hizo despertar. Todos los trozos de este extraño asunto empezaron a unirse en la punta de una brocha da afeitar.

”El capitán Benoit era otra persona.

”Por eso hablaba solamente francés; para disfrazar la voz. Por eso llevaba la gorra siempre puesta; porque ninguna peluca, examinada de cerca, deja de descubrirse. Por eso es por lo que estaba siempre alejado de los demás y aparecía únicamente a la amortiguada luz artificial. Pero ¿podía sostener este segundo engaño mucho tiempo? *No. Solamente el tiempo necesario para eliminar a «Mrs.» Zia Bey; dejar un indicio acusador de un capitán Benoit fantasma; hacerse acusar en el papel de Benoit, ceder y confesar. Entonces, habiendo confesado, se pega un tiro y cae por la borda. Un personaje ha sido creado y está destruido. El caso está terminado. Al, día siguiente, el verdadero criminal aparece lánguidamente en su propia personalidad, libre para siempre.*

”¿Ven ustedes cómo un fantasma iba a cargar con la culpa?

”El papel de Benoit había sido prefabricado por completo; falsos trajes, falsas fotografías de familia, falso pasaporte, falsa letra, cuidadosamente ensayada, y hasta falsas etiquetas de hotel en las maletas. Todo estaba hecho minuciosamente y, ¡válgame Dios!, artísticamente. Fué una pena que todo el plan se viniese abajo.

”Pero, una vez descubierto el juego, era muy fácil descubrir quién pudiera ser el autor. Había ciertas cualidades que el hombre había de poseer. Así: *Una*, tenía que ser un pasajero; ningún oficial ni miembro de la tripulación con obligaciones oficiales podía llenar los requisitos necesarios para llevar a cabo la tarea. *Dos*, ser un hombre que hubiera estado encerrado en su camarote, y que no hubiese sido visto sobre cubierta hasta después de la ‘muerte’ de Benoit. *Tres*, tenía que ser un hombre que hablase perfectamente el francés. *Cuatro*, tenía que ser un hombre nunca visto en compañía de Benoit o cuando éste estuviese a la vista. Todo eso, torpes, resolvió el problema. *Sólo* había *una* persona posible”.

H. M. se interrumpió para acabar de sorber su ponche. Con satisfacción profunda sacó un puro de su bolsillo, lo olió, taladró su punta con una cerilla, lo encendió y se acomodó de nuevo. También sacó el plano plegable del *Edwardic* que Max había visto en su camarote el viernes por la noche. Continuó: “Ahora, si ustedes no tienen nada que objetar, voy a repetir esos detalles en sentido inverso. Algunas preguntas hábiles produjeron maravillas en este caso. Ustedes mismos pueden facilitar la información afirmativa.

”Muy bien. Ustedes han visto —en el comedor, pongo por caso— a *Mr.* Lathrop en presencia del capitán Benoit. Han visto a *Mr.* Hooper en presencia del capitán Benoit. Han visto al doctor Archer en presencia del capitán Benoit. Han visto a Max Matthews en presencia del capitán Benoit. ¿Vio alguno de ustedes, en cualquier sitio o en cualquier momento jamás a Jerome Kenworthy en presencia del capitán Benoit? Puedo apostar a que no. ¿Y hablar buen francés? ¿Sabían ustedes que Kenworthy sacó notas brillantísimas en las oposiciones al Cuerpo diplomático y que perteneció a ese Cuerpo hasta que le echaron a patadas? (¡Ah!, veo que la joven estaba enterada). Bien: el mayor mérito para la carrera diplomática, el *sine qua non*, es un perfecto conocimiento del francés. Esto también encaja. Y por lo que se refiere a estar en su camarote sin salir en los dos primeros días... No necesito apenas hablarles de ello. Era notorio, ¿no? Mas no es eso todo. Adiestró hábilmente a su camarero (¿no se lo dijo él mismo?) a no entrar en su camarote en ninguna circunstancia, a no ser que lo llamase. ¿No es así?”.

Max y Griswold asintieron. El sobrecargo gruñó.

“Su camarero”, continuó H. M., “parece haberse preocupado mucho porque Kenworthy, aparentemente, no había probado bocado en varios días. Pero sí había comido. Recuerden que el ‘capitán Benoit’ aparecía tan sólo a las horas de comer, y no siempre. Tomaba su almuerzo, volvía entonces a su camarote, y generalmente se provocaba un vómito violento tomando nuez vómica o algo por el estilo. Su enfermedad no era fingida. Actuaba de maravillosa coartada. Ustedes no suponen a un hombre medio muerto de mareo degollando a la gente. Mas, de hecho, él no estuvo nunca mareado por el *mar*. ¿No han observado ustedes que esos sujetos delgados y tiesos, que se pasan el día bebiendo, rara vez se marean?”.

“Pero, señor...”, empezó a decir el sobrecargo.

“Aguarde. Durante sus breves apariciones en público, lo mismo que Benoit, él cerraba la puerta de su propio camarote (el de Kenworthy) y guardaba la llave. Otra nueva prueba para su coartada. A nadie le gusta molestar a una persona mareada. Si alguien llamaba a su puerta mientras estaba fuera, podía decir que no había querido contestar. Y había otra cosa”.

H. M. señaló maliciosamente a Max con el dedo.

“¿Cuál era”, preguntó, “el número del camarote de Kenworthy?”.

“B-70”.

“¡Ajá! ¿Y el de del camarote de Benoit?”.

“B-71”.

“Espere un momento”, interrumpió Lathrop enarcando las cejas. “¿Cómo es que no estaban uno al lado del otro? Recuerdo que el camarote de Benoit estaba a estribor, y el de Kenworthy, a babor”.

H. M. desplegó el plano del *Edwardic*. “Precisamente”, dijo, “hijo; ahí está el *quid*. Este barco está construido según los planos de casi todos los trasatlánticos. Es decir: los camarotes con números pares están a babor, y los impares, a estribor. Los camarotes señalados con números seguidos no son contiguos; están, por el contrario, unos frente a otros y separados por toda la anchura del barco. ¿Y cuál es la anchura del barco en ese punto? ¿Qué es lo que ocupa el espacio, con una entrada al lado de la puerta del camarote de Kenworthy y otra junto a la del de Benoit? Piénselo bien”.

“Los lavabos”, contestó Max.

“Exacto, los lavabos. De modo que si Kenworthy quería deslizarse rápidamente al camarote de Benoit o Benoit al de Kenworthy, el hombre tenía un camino rápido a través de dichos lugares, sin necesidad de mostrarse en ningún otro sitio del barco. Además, era un lugar en donde cualquiera de

ambos podía haber sido visto sin inspirar sospechas. ¡Oh, Kenworthy no es tonto! Cada movimiento estaba tan ingenioso e 'inocentemente' planeado como una de las campañas de nuestros amigos de Berlín. Tuvo solamente dos pegas, como les demostraré cuando recapitulemos. Hace mucho tiempo, en Nueva York, Kenworthy decidió matar a Estelle Zia Bey”.

“¿Cómo, *sir* Henry?”, preguntó el doctor Archer. “Tengo una razón muy particular para querer saber eso”.

La expresión cansada de H. M. indicaba que se iba a enfrentar una vez más con la cualidad que a él le gustaba llamar 'maldita y horrible gracia' de las cosas en general. “De los indicios que hemos logrado”, dijo, “ustedes debieran adivinarlo. Esta chica debe ser capaz de decírnoslo en todo caso”.

Valerie estaba fastidiada y casi lloraba, “¡Oh! ¡Va... vayan a paseo todos ustedes!”, estalló. “He estado diciéndoselo todo el viaje a través del Atlántico, y ninguno quiso creerme. Creyeron que Jerome era el caballero sin tacha y yo el vil gusano. Yo *sabía* que mis hechos tenían razón. Esa mujer, Zia Bey, confió a dos o tres muchachos, en Trimalcio, que tenía un montón de cartas de Jerome... Cartas demostrando no sé qué cosa... no sé qué”.

“¿Sería mucho preguntarle”, empezó H. M., mirándola por encima de sus gafas, “quién es usted realmente? ¿Qué diablos de juego se trae entre manos?”.

Valerie se serenó. “Sí”, respondió. “¡Se lo diré a todos! ¿Y por qué? Porque esa bestia robó mi pasaporte, y ahora ni siquiera podré desembarcar en Inglaterra. Y no me importa, pues creo que ya no quiero nada con la familia Kenworthy”. Se serenó todavía más. “Mi nombre no es Valerie Chatford, aunque he pasado toda mi vida en casa de *Mr.* Chatford; primero, cuando era soltero, y después, cuando se casó con Ellen Kenworthy. Yo... yo fui al colegio con Valerie Chatford. Murió hace un año. Pero no soy pariente de ellos. Mi verdadero nombre es —aquí se acabó de serenar— Gerte Vogel”.

“¡Vogel!”, exclamó H. M. Sus ojos se cerraron al tiempo que silbaba. “¡Eso es! ¿Es usted, por casualidad, pariente de *Mrs.* Vogel, esa ama de llaves de Chatford que armó el escándalo cuando Ellen Kenworthy se casó con Chatford? (Todos ustedes estarán enterados). El viejo *lord* Abbsdale se escandalizó hasta el fondo de su alma puritana, y repudió a su hermana para siempre. ¿Algún parentesco con esa *Mrs.* Vogel?”.

“Sí, soy su hija”, respondió Valerie. “Ha muerto ya; así que no digan nada contra ella”. (H. M. silbó suavemente de nuevo). “Y Valerie también ha muerto”, siguió la muchacha. “Y *míster* Chatford, mi tío adoptivo, ha estado bebiendo hasta quedarse ciego y con el rostro amarillo. Es un *horrible*

espectáculo. Y mi tía Ellen se ha vuelto una arpía. Los dos me han estado instando a que hiciese algo por ellos, después de lo que ellos han hecho por mí. Dijeron que el hermano de tía Ellen, *lord Abbsdale*, era rico como Crespo, mientras que nosotros no teníamos nada. Tía Ellen decía que su hermano la había repudiado, que era muy mezquina y que nunca la perdonaría. Y lloraba... Y bueno... muchas cosas más”. Hizo una inspiración profunda. “Entonces tuvieron la gran idea: ¿por qué no me hacía pasar yo por Valerie Chatford? Después de todo, podía encariñarse con la hija de Ellen, a quien tanto había querido cuando niña. Mejor todavía si yo podía hacer algún favor grande por él, por su hijo...”. El color volvió a sus mejillas y entrelazó los dedos. “Ustedes saben lo mal que hice mi papel. Yo no estaba, realmente, ayudando a Jerome, sino tratando de hacerle creer, a él y a todos, que le ayudaba, *pensando* que si él creía que le ayudaba me lo agradecería. Fué por eso”, se volvió rápidamente hacia Max, “por lo que en la noche en que *Mrs. Zia Bey* fué asesinada le hablé a usted de las cartas, y del modo más ingenuo le pedí que trajese un sobre del despacho del sobrecargo. Yo sabía que usted no lo haría y que las entregaría inmediatamente al capitán. Eso me pondría en evidencia, y entonces yo podría hacer una escena y confesar que estaba intentando ayudar a Jerome. Yo no veía ningún mal en ello. Sabía que *él* no había cometido el crimen, o al menos (¿no lo ven ustedes?) eso era lo que yo pensaba porque había visto al francés... Esperaba obtener su gratitud. Pero”, terminó con expresión de cansancio, “*era Jerome*, después de todo. ¡Qué mundo!”.

H. M. se rió entre dientes y disimuló tosiendo. “Vogel”, murmuró. “Vogel es un buen apellido alemán”.

“Sí, lo es”, dijo Valerie. “Eso es otra cosa. Mi pa... pa... padre había nacido en Alemania, aunque estaba nacionalizado en Inglaterra, y era un ciudadano tan bueno como otro cualquiera. Pero no puedo evitar el tener alguna simpatía por la gente de mi padre, ¿no? Entonces —sus ojos se fijaron de nuevo en Max—, cuando empezaron a apartarse de mí y a decirme ¡*Heil Hitler!*!, no sabía qué cosas horribles podían suponer. Llegaron a decir que estaba señalando a un submarino en la noche de la falsa alarma. ¡Yo! ¡Yo, que les tengo tanto miedo que había subido al puente de los botes porque no podía dormir! Yo no hubiera viajado a bordo de este barco ni por millón si no hubiera sido porque tía Ellen y tío Arthur no me hubiesen obligado a seguir a Jerome”.

“Bueno, bueno”, dijo H. M.

“¡Vaya fracaso el mío! Ni siquiera me creyeron lo de las cartas, cuando estaba diciendo la verdad”.

H. M. abrió los ojos. “¿Que yo no lo creí, chiquilla? Me parece que no da usted todo su valor al viejo”.

“Pero, ¿lo creyó usted?”, preguntó Max. “Yo pensé...”.

“Mire”, dijo H. M., con aire de aburrimiento. “¿No está usted olvidando lo que su propio hermano nos dijo? ¿No está usted olvidando que la camarera del camarote de *Mrs. Zia Bey* confirmó el hecho de que había habido un paquete de cartas en el saco de mano?”.

“¡Por Dios, era verdad!”, murmuró el sobrecargo.

Otra vez intervino el doctor Archer. Hondas arrugas desfiguraban su clásica frente, y sacudió la mano, negando vagamente. “Sí”, insistió. “Pero todavía siento curiosidad por saber el motivo que movió a Kenworthy a asesinar a la dama. Cartas comprometedoras... ¿No es (y excuse la palabra) una amenaza muy estilo 'Victoriano' para nuestros días?”.

“Seguramente”, convino H. M. “Pero *lord, Abbsdale*, el padre de Kenworthy y única fuente de ingresos, es un hombre de la época de la reina Victoria, por lo que sabemos de su carácter”.

El doctor no hizo caso de esto, y prosiguió. “Pero ahí”, y sonrió, “yo les puedo ayudar, probablemente. Todos hasta ahora, menos yo, han contribuido con algo a esta discusión. Ahora entro yo. Como les dije en el puente de botes, el miércoles dirigí la autopsia. Les dije que había encontrado datos sorprendentes”. Hizo una pausa. “No dije haber descubierto que la dama hubiera sido envenenada o estrangulada. Descubrí, sin embargo, que iba a tener un hijo”.

H. M. chasqueó los dedos. “¡Cartas!”, dijo señalando a Valerie, “demostrando 'no sé qué cosa'... Apuesto a que lo que demostraban era la existencia del niño de Jerome. Y Estelle Zia Bey iba directamente a decírselo al viejo Abbsdale. ¡Ay, mi ojo!”. Y se lo guiñó a Max. “¿No les decía, cuando estaba bebida, que iba a ver a alguien *en el Alm...* ¡que es el Almirantazgo! ¿No decía que tenía pruebas? Ahí está el motivo. Apuesto cualquier cosa. Con lo cual, señoras y señores, se pone fin, por ahora, al caso que nos ocupa. Podemos muy bien reconstruir”, dijo H. M. “Cuando *Mrs. Zia Bey* se decidió a cruzar el Océano para llorar sus cuitas sobre el pecho de Abbsdale, Kenworthy, con toda calma, decidió matarla. Con un poco de imaginación, he de suponer que fué encantador con ella. Adivino que la persuadió para que tomase este barco, y le prometió acompañarla. Adivino que únicamente le

suplicó que ocultase su amistad hasta tanto él decidiese lo que había que hacer”.

Lathrop interrumpió. “¡Alto ahí!”, dijo. “Supongamos que hubiera dicho a alguien a bordo que era amiga suya”.

“Bien”, repuso H. M. “Supongamos que lo dijera. ¿Qué hubiera sucedido? Creo que ustedes notarían que Estelle Zia Bey, a pesar de su alegre parloteo, era persona excesivamente prudente cuando se trataba de sus asuntos personales, incluso cuando estaba completamente bebida. Y observen que no se fiaba en absoluto de Kenworthy; pretendía haber sellado esas cartas en un sobre para entregárselas al sobrecargo, y probablemente dijo a Kenworthy que lo había hecho, cuando, en realidad, las conservaba en su maletín. Desdichadamente, él lo adivinó. Pero incluso supongan que hubiera dicho que Kenworthy era amigo suyo. Recuerden que ese crimen iba a ser cometido por el capitán Pierre Benoit, de los tiradores franceses. No debía haber ninguna duda acerca de ello. El capitán Benoit tenía que ser cogido, literalmente, con las manos en la masa, dejando huellas dactilares sangrientas. Tenía que confesar, dejar una carta y suicidarse. Al final del caso, ¿qué es lo que todo esto tenía que ver con el inocente hijo de *lord* Abbsdale? Kenworthy lo planeó todo cuidadosamente. Sus uniformes y demás adminículos como Benoit los obtuvo seguramente en Nueva York. Tomó dos camarotes audazmente escogidos, a dos nombres distintos. El equipaje de Benoit fué enviado a bordo. Pero Benoit en persona nunca se embarcó; apareció después. Sencillamente, Kenworthy dejó el billete y el pasaporte de Benoit sobre la litera del camarote B-71, donde el camarero pudiera verlos y recogerlos. (Recuerden que es el camarero el encargado de recoger los billetes después de la salida, y que no hay que entregarlos al entrar). Ahora, no tengo porqué abrumarles a ustedes con los detalles de su dobla vida a bordo, que pueden ustedes imaginar después de lo que les he contado. Jerome no podía continuar la farsa durante mucho tiempo; pero no era necesario. Todo lo que necesitaba era dejar en las mentes de los viajeros, en una primera y sombría noche, cierta borrosa impresión de que uno de sus compañeros de viaje era un hombre moreno con uniforme francés. En esta primera noche también sembró un poco de inquietud con un espectacular lanzamiento de cuchillo, lo que tenía por objeto intentar llamar la atención y sembrar en nuestra mente la idea de un sujeto medio loco con un fanático rencor contra una mujer. Y casi se dejó coger, pero no completamente, en el simulacro de peligro.

”En la segunda noche, estaba dispuesto. Dudo si pensaba matar a *Mrs.* Zia Bey a hora tan temprana. Creyendo, vean ustedes, que estaba fuera,

colocando con Max, se deslizó, disfrazado de Benoit, para registrar su camarote. Ella le sorprendió al bajar a buscar su abrigo; pero no gritó porque, a primera vista, no lo reconoció como Kenworthy, y la presencia de un hombre desconocido en su camarote, con propósitos fáciles de adivinar, no era capaz de preocuparla, ni acaso disgustarla. Cuando cayó en ello era demasiado tarde. La aturdió, primero de un golpe, y la mató después, probablemente con aquella navaja de afeitar.

”Él había llevado consigo aquel frasco de tinta, sin saber si emplearla o usar sangre. Sustituyó el frasco por el paquete de cartas, limpió sus pulgares y dejó esmeradas huellas falsificadas para que las encontrasen los sabuesos. Entonces se fué.

”Fíjense: ni siquiera se preocupó de si llevaba manchas de sangre o de si le habían visto entrando o saliendo en el lugar del crimen. Esta sería una prueba más cuando se estableciese la culpabilidad de 'Benoit'.

”Pero ahora faltaba lo más arduo del plan. La cuestión era: ¿Cuándo se descubriría el cuerpo? ¿Cuándo empezarían los sabuesos a ladrar? ¿Cuándo empezarían a sacar huellas dactilares? Él no creía que sería tan pronto como esa misma noche; ciertamente, no al cabo de una hora; era esta una suposición razonable. Regresó al camarote de Kenworthy, se quitó el disfraz, tomó la otra dosis de la droga que le había tenido mareado dos días, y se metió lanzando gemidos en la cama. Y tan pronto como se había metido...”.

“Entré yo”, dijo sombríamente el sobrecargo, terminando la frase.

H. M. asintió. “Sí; era su primera visita a su camarote. Pero ¿qué más? Para endulzar la situación imaginaria, Kenworthy lanzó esa historia del ser fantástico que se paseaba por todos los sitios llevando puesta la máscara antigás. Apenas había dicho esto, entra Max Matthews. Por lo que dice Max al sobrecargo, Kenworthy se da perfecta cuenta de que han encontrado el cuerpo. El capitán está ya poniendo a todos en movimiento. Kenworthy debió ser presa de un sudor frío. Recuerden —H. M. miró al sobrecargo y a Max— con cuánta prisa les echó a ustedes de allí. Recuerden que casi le dio un ataque cuando el sobrecargo propuso mandar a buscar al médico. Recuerden cómo juró que no quería ser molestado más esa noche, sucediera lo que sucediere. Ahora viene la verdadera prueba. Se transformó en Benoit nuevamente, cerró con llave su puerta y se trasladó, a través de los lavabos, al B-71. Allí se sentó a jugar con sus sellos de goma, teniendo a mano el tampón bien preparado.

”He aquí cómo tenía la intención de llevar a cabo el engaño. Alguien, el capitán quizá, vendría a tomar las huellas. Bien. Benoit, con el tampón frente

a él, accedería y apretaría sus pulgares en su propio y sucio tampón. Entonces se mostraría molesto, limpiando sus dedos en un pañuelo, y haría en presencia de los testigos *las mismas huellas falsificadas que había dejado en el B-37*. Durante todo este tiempo, como si le hubieran cogido en una trampa, se las arreglaría para aparecer lo más culpable posible”.

Esta vez fué el tercer oficial el que interrumpió. “Perdone”, dijo Cruikshank, “pero toda esa jerigonza acerca de... ‘esa mujer’ que era una ‘traidora’...”.

H. M. gruñó. “Falso motivo, hijo; quería hacer penetrar en su mente precisamente lo que parece haber conseguido; que Estelle Zia Bey era una espía nazi y que él la había matado. ¿Ve usted? Estoy seguro de que fué Kenworthy quien mandó el anónimo al patrón, advirtiéndole que se encontraba a bordo una espía.

”Bien. Con las huellas tomadas en el camarote de Benoit creyó que su plan estaba completo. Las recogerían todas primero y las llevarían después para compararlas; pero no era probable que esto lo hiciesen inmediatamente. Cuando hubieran llevado todas las huellas esa misma noche, ‘Benoit’ escribiría su carta y se suicidaría, sirviéndose de un muñeco vestido, que tiraría por la borda. Nadie le vería después de que el sobrecargo y el tercer oficial hubieran abandonado su camarote. Las huellas de ‘Benoit’ coincidirían con las ensangrentadas. Su confesión estaría ahí para corroborar. Finalmente, ningunas otras huellas de las tomadas a bordo serían semejantes a las de Benoit, pues las del propio Kenworthy estarían tomadas de una manera regular. La elegancia de este truco, ¿saben ustedes?, es pasmosa. Y toda la impostura sería terminada en el plazo de veinticuatro o cuarenta y ocho horas”. H. M. hizo una pausa y olisqueó su vaso vacío. Su puro se había apagado, pero no volvió a encenderlo. “Únicamente”, dijo con cierto acento de amargura “que salió mal”.

“Porque”, dijo el sobrecargo, “Cruikshank y yo nos excitamos con todas sus maniobras y rehusamos dejarle emplear su tampón. De este modo obtuvimos sus huellas de modo normal. Y lo cogimos en su propia trampa”.

“Cogido en su propia trampa”, gritó H. M. “No hay que sorprenderse de que entonces tuviera su cara esa extraña mirada que ustedes no alcanzaban a describir. Todo su artificio se había venido abajo y estaba hecho polvo. ¿No ven ustedes cómo?”

”No hablemos de los acontecimientos de la noche siguiente, cuando el ‘capitán Benoit’ se estaba volviendo un peligro cada vez mayor y del que había que disponer antes de que lo prendiesen. Kenworthy hizo un muñeco

(puede que con una manta y unos periódicos arrollados), disparó un tiro y lo lanzó por la borda, sabiendo bien que los centinelas lo verían caer. El 'cuerpo' llegaría deshecho al agua, naturalmente, pero nadie lo averiguaría nunca. Trataba todavía de salvar su plan, ¿comprenden? El capitán Benoit dejó realmente una nota confesándose autor del crimen y del suicidio, pero se *perdió*. Y Mr. Hooper juró haber visto dos personas en el puente B.

”No hablemos del horrible susto que Kenworthy tiene que haber sufrido cuando, tambaleándose, tras haberse deshecho del muñeco, tambaleándose para dirigirse a tomar el primer vaso que le entonase el estómago, tambaleándose por primera vez con su indumentaria real, se topó con una chica que le espetó que era Valerie Chatford, su prima, venida para salvarle de la amenaza de sus cartas. ¡Diantre! ¿No ven ustedes la enorme, la mortal prueba en que se habían convertido, como un lazo alrededor de su cuello, las huellas dactilares?”.

Valerie parecía intrigada. “No, no la veo”, replicó. “Después de todo, ninguna huella era igual a las ensangrentadas halladas en el lugar del crimen”.

Sir Henry tendió sus manos como suplicando. “Oiga, chiquilla. Por vida de... ¡Piense! En la caja fuerte del sobrecargo había ocho tarjetitas blancas, en cada una de las cuales estaban impresas las huellas de los pulgares derecho e izquierdo de los distintos pasajeros. Pero las huellas del 'capitán Benoit' habían sido tomadas de una manera regular, y las de Kenworthy también. Por consiguiente, **HABÍA DOS TARJETAS EN LAS QUE LAS HUELLAS DEL PULGAR ERAN EXACTAMENTE IGUALES**”.

“Cogido”, replicó el sobrecargo. “¡Y por las buenas!”.

“Sí. Nadie, hasta el momento, había pensado en comparar entre sí las diferentes huellas de los pasajeros. Si ustedes lo hubieran hecho, se habrían dado cuenta de que Benoit y Kenworthy eran una y la misma persona. Pero en cuanto éste barco tocase tierra y el caso fuese tomado por la policía oficial, esta identidad de huellas sería descubierta a la primera. Kenworthy tenía que invalidar las huellas de Benoit. Tenía que hacerlo, o estaba perdido. Con que organizó la alarma submarina, atacó el despacho del sobrecargo y...”.

“... y no tocó las fichas, que estaban en la caja fuerte”, interrumpió Lathrop, echándose encima. “¿Por qué? Si quería una de esas fichas, ¿por qué no tocó la caja fuerte?”.

“Si quisiéramos”, gesticuló H. M., “una última prueba de la culpabilidad de Kenworthy, ahí la tendríamos. Él no las buscó en la caja fuerte, porque *no* sabía que estaban allí. ¡Y era él el único pasajero que lo ignoraba! Miren; retrocedan al miércoles por la mañana. Todos ustedes, excepto Kenworthy,

estaban arriba; en el puente de los botes, cuando el sobrecargo nos dijo lo que había hecho con las huellas de los pasajeros. Kenworthy apareció más tarde. Seguía creyendo que estaba en los ficheros de cartón, que habían sido dejados a la vista, muy al alcance de la mano. Así que registró los ficheros y dejó en paz la caja. Estropeó un puñado de pasaportes al azar para disimular el robo del pasaporte *falsificado* de Benoit, pero no tuvo la ficha que quería.

”Entonces pensé para mí mismo: voy a darle otra oportunidad. De modo que dejé correr el rumor de que recibí un golpe mucho mayor del que realmente sufrí, y hago saber que las fichas están en mi poder. Ustedes saben ya lo que hizo. En cuanto a haberse disfrazado de nuevo de Benoit, ello prueba que se hallaba desesperado. Estaba vigilado; por eso fué por lo que tuvo que organizar la alarma submarina cuando efectuó su incursión en el despacho del sobrecargo. Ahora tenía que utilizar cualquier subterfugio. Estaba acorralado. Pero era una noche de niebla. Si usaba el uniforme de reserva de Benoit y cualquiera lo descubriera, todo el mundo creería que el testigo tendría los nervios estropeados y estaba viendo fantasmas, según las mejores tradiciones marineras. Hizo un último intento, y yo...”, dijo H. M. con mirada cansada, amarga y palideciendo, “yo *le* descerrajé un tiro. Eso es todo”.

Hubo una pausa. Afuera brillaba el sol de invierno, el cual, reflejándose en el agua, se introducía por las escotillas abiertas y oscilaba a lo largo del techo. Estaban avanzando por el canal. Desde el día anterior, en que habían avistado la *Seven Sister* a lo largo de la costa inglesa, se sabía que el puerto de arribo era Londres. En dirección a los muelles *Tilbury*, el *Edwardic* avanzaba por aguas tranquilas hacia la patria.

“Hay todavía una cosa”, murmuró el sobrecargo meneando la cabeza, “que no entiendo. El mareo de Kenworthy. Cuando viajó con nosotros la otra vez...”.

De nuevo H. M. le miró por encima de sus gafas. “No pierde usted un detalle. Si tuviese que hacer otra suposición, me gustaría apostar a que su mareo en los primeros días del otro viaje era debido principalmente a los restos de una buena juerga. Dicen que suele suceder así. Lo que puedo decirle es que hizo uso de esa fama con muy buenos efectos. Él sabía todo lo concerniente a este barco; su propia reputación, la posición de los camarotes, del conocimiento por parte de usted, de las huellas dactilares; en todo ello basó sus planes. Es un hombre bastante inteligente, ¿saben? Eso es lo que pensaron de él en el Cuerpo Diplomático”.

“¿Inteligente?”, repitió como un eco el sobrecargo. “¡Es un genio!”.

“Y sin embargo”, dijo Valerie, “parecía tan *simpático*...”.

“Ya lo creo”, afirmó *sir* Henry, “muchos asesinos lo son. No es una paradoja, ni una observación maliciosa, aunque siempre parece asombrar a la gente. Es causa y efecto. Las mujeres los encuentran, simpáticos, y ellos organizan líos con las mujeres, de los que después tienen que salir. Ustedes han oído otras historias parecidas, y oirán muchas más”.

El camarero del salón de fumar, con paso suave y aspecto confidencial, vino hacia ellos.

“Un destructor nos está cruzando. ¿No querría alguno de ustedes verlo?”.

Hubo un desconcertante abalanzamiento hacia las puertas, dejando atrás solos a Valerie, Max y H. M., que los veía marchar con mirada airada.

“Esto es gratitud”, dijo H. M. “¡Puah!”.

“Todos le estamos agradecidos”, dijo Valerie, cubriéndose los ojos con las manos, “especialmente yo. Pero... bien. Otros nueve días tan horribles e hipócritas no quisiera revivirlos pronto. Y tengo que regresar en este barco. No me dejarán desembarcar en Inglaterra sin pasaporte”.

H. M. la miró ceñudamente. “¿Quién dijo que no podrá desembarcar?”, preguntó. “Soy el viejo, ¿no? Puede que nos cueste un día o dos conseguir desenmarañar el embrollo. ¡Maldita sea todo ello! Si Lathrop puede venir a pedirme lo mismo, ya que Kenworthy cogió y destruyó su pasaporte... tirándolo por la borda, igual que hizo con sus armas, entonces también puedo hacer algo por usted, ¿no?”. Miró a Max. “¿Quiere usted o no que ella desembarque?”.

“Si no desembarca”, contestó él sinceramente, “me vuelvo en el barco también”.

“Usted creyó que era una salvaje. Yo creí que lo era usted. Acaso los dos sigamos creyéndolo. Pero si no me dejan desembarcar y *usted* lo hace, saltaré por la borda y me iré nadando detrás de usted”. Y le tendió ambas manos.

Entraron tranquilamente en la antesala, cuando oyeron que la orquesta del barco estaba afinando los instrumentos. Una quietud dominical envolvía al barco. El comandante Matthews, con la Biblia sostenida desmañadamente en las manos, se encontraba al lado de la improvisada tribuna y observaba cómo iban llegando sus pasajeros. De nuevo leyó el salmo 23. “Y lo lee muy bien”, pensó Max, “tratándose del viejo Frank”. No hubo himnos. No hubo oraciones. Pero a una seña del comandante Matthews, la orquesta comenzó a tocar y todos entonaron el *God save the King*^[18]. Y nunca esas palabras habían sido cantadas con más fuerza, más sinceridad nacida del corazón, que cuando las estrofas subieron hacia el techo y el gran barco gris se deslizaba

por el canal. Y firme como la saeta de una brújula, en la muerte, y en la tormenta, en el peligro, y en la oscuridad de los vastos mares, el *Edwardic* volvió a la Patria.

COMPUESTO EN TIPO CENTURY,
DE INTERTYPE CORPORATION.
PAPEL ESPECIALMENTE FABRI-
CADO POR PAPELERA DEL NOR-
TE, S. A., HERNANI. * IMPRESO
POR ESCELICER, S. L., MADRID.
EDITADO POR EDICIONES ALBA
TROS, S. L., MADRID



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Firmó también muchos de sus libros, con los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] *Crab cocktail*. Copa aderezada con salsa de tomate (de ahí su nombre) que se sirve corrientemente como entremés. <<

[2] Se fué con el viento. <<

[3] Hans Gross, *Investigación criminal*. (3ª edición. Londres, Sweet & Maxwell, 1934.) Pág. 192. <<

[4] *Delirium tremens*: ataque de locura furiosa. <<

[5] Debemos declarar aquí que los tres puntos expuestos por el comandante Matthews eran perfectamente correctos, como más tarde fué descubierto.
—C. D. <<

[6] The Judas Window. <<

[7] The White Priory Murders. <<

[8] General Head Quoters (Cuartel General). <<

[9] Se refiere a los avisos que previenen a los viajeros contra los jugadores de ventaja. <<

[10] *Daddy*. Papaíto. <<

[11] Servicio Secreto francés. <<

[12] Se fué con el viento. <<

[13] *Pistas y crímenes. La ciencia de la investigación criminal*, por H. T. F. Rhodes (John Murray, 1933), pp. 105-107. <<

[14] *R. N. R.*: Reserva de la Marina Real. <<

[15] Oscurecimiento. <<

[16] Marinero. <<

[17] Cejas como George Robey, comediante inglés. <<

[18] Himno nacional inglés. <<

ALBATROS

COLLECCIÓN

Carter Dickson



Nueve y la muerte
son diez



COLLECCIÓN

ALBATROS

Lectulandia